
JORGE HERRERO
FUERA DEL REGISTRO
TRILOGÍA RIBERAS DEL SILENCIO
Periodismo. Crimen. Verdad.
La investigación que cambiará todo

FUERA DEL REGISTRO

Jorge Herrero

Fuera del Registro
Jorge Herrero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del escritor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con ellos a través de la web www.cedro.org o por teléfono.

Copyright © diseño cubierta: Cristina Modrego
Copyright © Jorge Herrero, 2026
www.jorgeherrero.blog
contacto@jorgeherrero.blog

Primera edición en papel: enero de 2026

ISBN: 979-13-88142-48-2

Advertencia usual

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, con cierta libertad, en escenarios reales. Algunos personajes y hechos narrados también toman como referencia la realidad, pero siempre recreados con idéntica libertad. Esta obra debe considerarse fruto de la imaginación del autor y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna organización o persona existente o que haya existido.

Índice

Dedicatoria
Prólogo
1. El silencio del cuarto piso
2. El arquitecto de sombras
3. Triángulo de hormigón
4. Código postal cero
5. Ozono y críticos
6. El humo y la estrella
7. Soldados de plomo
8. Recursos Humanos
9. Error 404
10. La quinta muesca
11. La herencia del papel
12. El abogado del diablo
13. La jaula de Faraday
14. Bajo la lluvia

15. Pólvora y papel
16. Bomba de papel
17. Filiación
18. Audiencia Nacional
19. La Pecera
20. Epílogo
21. Sobre el autor

Para mi mujer, faro de cada palabra
Para mis gatos, alegría que danza en el silencio
Para mis padres, raíces que sostienen el vuelo
Para mis amigos, estrellas que iluminan la distancia
Todos juntos, el eco que da sentido a mi voz

Prólogo

La luz del portal llevaba meses muriendo. Parpadeaba sin ritmo, iluminando apenas las motas de polvo que flotaban en el aire denso. Cada vez que alguien empujaba la puerta de la calle, el cierzo se colaba dentro del cuerpo a cuchilladas, arrastrando consigo el olor agrio del contenedor de enfrente y el eco lejano de un mercadillo de fruta clandestino en la avenida, un murmullo de voces que llegaba deshilachado, como si viajara contra el tiempo.

El edificio Venecia, en la calle Pontevedra de Torrero, exhibía su piel hinchada de humedad y grafitis corroídos que hacía años que nadie intentaba borrar. Las letras se montaban unas sobre otras como estratos de tiempo abandonado, testimonios anónimos de una rabia que ni siquiera aspiraba a ser leída. En el buzón del cuarto no había nombre. Nunca lo hubo, y esa ausencia encajaba con una naturalidad inquietante en el paisaje del edificio.

Desde el cuarto piso llegaba un olor denso, como a ropa mojada que nunca llegó a tenderse mezclado con el amargor químico de la lejía barata y algo más, algo que no se identifica de inmediato, pero que hace que cualquiera acelere el paso en el descansillo. Un repartidor de Glovo dejó la bicicleta contra la pared, con la mochila aún llena. Miró hacia arriba, el instinto le dijo que algunas entregas

era mejor no hacerlas. Bajó los dos peldaños que había subido y montó en la bici sin mirar atrás.

La vecina del tercero, una mujer menuda con bata de flores descoloridas y un moño torcido hecho sin mirarse al espejo, había oído golpes en la madrugada. No eran golpes de obra, eran de los otros: los que te dejan quieta en la cama, conteniendo la respiración. Algo pesado arrastrándose. Una silla con rebote metálico. Un portazo que quiere ser discreto, pero no puede. Después, silencio. Un silencio peor que los golpes, más largo, más espeso, con la textura de algo que se había detenido bruscamente.

Ella se había quedado despierta hasta el amanecer, con la oreja pegada a la pared que compartía con el hueco de la escalera, esperando pasos que nunca llegaron. Cuando por fin se atrevió a salir al rellano con la excusa de bajar la basura, aunque era demasiado temprano, no vio nada. Solo la puerta del cuarto cerrada, como siempre, y una mancha de humedad en la pared que no recordaba haber visto antes. O quizá siempre había estado ahí: en este edificio, las manchas y los secretos se confundían con facilidad. Había visto entrar a tres hombres dos noches antes. Risas contenidas, de esas que no quieren que se oigan. Botas. Dos pares arrastraban los pies, como si fueran nuevos en la escalera o como si llevaran algo pesado entre los tres.

La policía llegó cuando ya no quedaba ruido, casi al mediodía, con el protocolo exacto de quien ha repetido el gesto muchas veces: cinta amarilla, libretas de espiral con las tapas dobladas, una conversación corta entre dos agentes que hablaban sin mirarse, economizando palabras como si cada una costara dinero. La puerta del piso fue forzada en silencio, con una precisión que hablaba de práctica. No hizo falta ni patada ni estruendo: solo una tarjeta plástica, un movimiento de muñeca, un clic. A los vecinos los enviaron a sus casas con amabilidad seca y profesional, del tipo que no admite réplica. «Tranquilos, no hay peligro», dijeron, aunque nadie les había preguntado si lo había.

Ella, la del tercero, no se movió del quicio. Se cruzó de brazos sobre la bata floreada, apretó el rosario en el bolsillo con dedos que olían a ajo y lejía, y memorizó el sonido de los pasos que subían

hasta el cuarto. Pasos pesados de los agentes uniformados; pasos ligeros de alguien con maletín que no había venido en el primer coche; pasos nerviosos del policía joven que subía de dos en dos como si tuviera prisa por acabar cuanto antes. Todos esos pasos quedarían grabados en su memoria, junto con los golpes de la madrugada, formando un archivo sonoro que no podría borrar. Memorizó también las caras: el joven de gafas que parpadeaba demasiado, el veterano con piel de papel que lo había visto todo y ya no veía nada.

Dentro casi no había muebles: solo un colchón sin sábana manchado en las esquinas, una lámpara decapitada que colgaba del techo con el cable pelado y una mesa plegable marcada por cigarrillos apagados contra la melamina. Las quemaduras formaban un mapa de esperas, de noches en vela, de conversaciones que se habían consumido como el tabaco. Un vaso de agua con dos huellas en el borde, todavía medio lleno, con una película de polvo flotando. Un cenicero improvisado con la tapa de un bote de Cola Cao, repleto de colillas aplastadas sin filtro. Restos de pan duro sobre un papel de estraza, migas esparcidas que los ratones aún no habían reclamado. El bombín de la puerta era reciente; la madera, sin embargo, hacía una mueca que delataba su vejez.

En el suelo junto a la ventana que daba a un patio sin luz, un cuerpo yacía tendido de lado. La cara oculta por el hombro, como si durmiera o no quisiera ser reconocido, ni siquiera muerto. Las manos abiertas, las palmas hacia arriba, como si intentaran explicar algo que ya no alcanzaba a decir. Los dedos largos y limpios, sin rastro de mugre bajo las uñas. La camisa, planchada alguna vez, había perdido el almidón en la intemperie de ese cuarto. Las arrugas se habían asentado en la tela como verdades que ya nadie podía negar. Iba bien vestido, demasiado bien vestido para ese piso, para ese barrio, para morir sin nombre en un cuarto ocupado.

No llevaba documentación. No había llaves en los bolsillos, ni teléfono, ni monedas sueltas, ni el DNI plastificado que todos llevamos. Los bolsillos, vacíos y limpios, como si alguien se hubiera tomado la molestia de vaciárselos con cuidado, o como si él mismo lo hubiera hecho sabiendo lo que venía. Llevaba un cinturón marrón

con la hebilla gastada y zapatos de suela de goma, limpios pero viejos, de los que se compran en rebajas y duran años porque nunca los usas.

El agente más joven, un chaval con acné en la mandíbula y gafas de pasta, parpadeó dos veces, como si un picor le atravesara el ojo. Tragó saliva y miró hacia otro lado, hacia la ventana sucia donde una mosca zumbaba atrapada entre el cristal y la mugre. El veterano, un tipo flaco de piel de papel y pelo ralo acicalado con gomina barata, dijo «anótalo» sin levantar la voz y señaló la ventana con el bolígrafo. Había visto demasiados cuerpos en demasiados pisos como ese, ya no le afectaban, o eso afirmaba. Afuera, el cielo de Zaragoza soltó la primera amenaza de lluvia: gotas gordas y espaciadas, de esas que no necesitan explicación.

El informe se redactó con frases que sabían cerrar cajones: hallazgo fortuito, indicios no concluyentes, ausencia de violencia evidente, traslado al anatómico forense. Palabras que no significaban nada y lo significaban todo. Palabras que convertían una muerte en un trámite, un cuerpo en un expediente, un misterio en un archivo que se guarda en un estante y se olvida. No había signos de violencia, posible paro cardiorrespiratorio, lo justo para que nadie llamara. Sin papeles, sin huellas en base, sin nada decente de lo que tirar del hilo. Los de arriba no querían ruido en Torrero esa semana, los de arriba nunca quieren ruido.

Al salir, la cinta quedó cruzando el marco de la puerta: una cinta flaca, casi un hilo, que se movía con la corriente del descansillo. La vecina del tercero se persignó con gestos rápidos y apretados, de los que se hacen por costumbre, pero también por miedo. Nadie preguntó el nombre del muerto. Los agentes no preguntaron; los vecinos tampoco. Ella sabía que preguntaría, había oído demasiado como para callarse ahora.

El cierzo seguía silbando entre las rendijas del portal cuando se llevaron el cuerpo en una bolsa negra. Desde el cristal de la panadería de la esquina, una figura observaba en silencio cuaderno en mano, con la expresión de quien ha llegado tarde a algo que ya ha comenzado

El silencio del cuarto piso

Irene Larré aparcó el coche dos calles más allá de su destino, en una zona de carga y descarga donde la línea amarilla se había borrado lo suficiente como para permitir la duda

Martes, 14 de noviembre. El calendario del salpicadero marcaba la fecha con la indiferencia de los días laborables, pero para Irene, aquel martes pesaba distinto. Habían pasado tres días, un plazo razonable. No era un descuido; era pura memoria muscular. En barrios como Torrero, donde las ventanas tienen ojos y las esquinas memoria, la matrícula de un coche ajeno es un dato que se registra antes que el saludo.desde que encontraron el cuerpo en el cuarto piso. Tres días de un silencio oficial tan espeso, tan densamente administrativo, que a cualquier periodista con más de cinco años de oficio le apestaba a encubrimiento barato desde la redacción.

Llegó al edificio Venecia pasadas las diez y cuarto. El barrio despertaba con esa pereza hostil de las mañanas frías: camiones de reparto bloqueando media acera, una nube de harina y pan caliente flotando frente a la panadería de la esquina y el cierzo, ese viento navajero de Zaragoza, colándose por las costuras de su cazadora negra.

Irene se subió el cuello de la ropa. Llevaba su cuaderno Moleskine en el bolsillo interior. No era solo un fetiche de su época en Madrid;

era una manía heredada. El olor del papel de gramaje alto le recordaba al taller de imprenta de su familia, a grasa de maquinaria y a tinta fresca, antes de que todo aquello se perdiera entre deudas y abogados. Tocar el cuaderno era tocar lo poco que quedaba de la dignidad de los Larré. Junto a él, llevaba el móvil en modo avión. Era un hábito adquirido en las noches de insomnio, cuando la realidad se le atragantaba y necesitaba desconectar del mundo digital para que el real dejara de girar tan rápido. La noche anterior había sido una de esas: vueltas en la cama, mapas mentales de edificios okupados que no cuadraban y expedientes municipales que parecían escritos en tinta invisible.

El portal del edificio Venecia la recibió como una boca enferma. La bombilla del techo agonizaba con un parpadeo arrítmico, una luz amarillenta y sucia que apenas lograba recortar las sombras del hueco de la escalera.

Se detuvo un momento frente a los buzones. Eran una necrópolis de identidades: metal abollado, nombres tachados con rotulador negro, etiquetas sobre etiquetas formando un palimpsesto de vidas que pasaron por allí sin echar raíces. «Familia Martínez» apenas visible bajo un «S. Rahman» medio despegado. Un «3º B» cancelado con una equis violenta. Y en el buzón del cuarto, el vacío. Solo un rectángulo de pegamento reseco donde alguien, con una uña nerviosa o una llave, había arrancado cualquier rastro de nombre hasta dejar el metal desnudo.

Irene sacó el móvil un segundo, rompiendo su propia regla. Tres mensajes de la jefa en la pantalla de bloqueo: «¿Tienes algo?», «Necesito líneas para mañana», «Llámame». Los leyó con la fatiga de quien conoce la canción antes de que empiece la música. Volvió a guardar el teléfono, ignorándolos, y puso un pie en el primer escalón. Cada paso devolvía un eco de cemento viejo, de estructura cansada de sostenerse.

La subida fue lenta. En el primero, un grafiti rojo gritaba «¡Viva er Beti!» sobre la pintura verde desconchada que dejaba ver las capas de historia del edificio: azul, crema, gris. En el segundo, un cartel de «Se vende» amarilleaba con el sol, tan viejo que al número de teléfono le faltaban dos dígitos borrados por el tiempo.

Al llegar al descansillo del tercero, el aire cambió. Ya no olía a humedad y abandono, sino a café de puchero y a guiso de ayer recalentado. Una puerta entreabierta dejaba escapar el murmullo de una radio pequeña sintonizada en una emisora local: cortes de tráfico, obras eternas en la plaza del Pilar, un pleno sobre vivienda que sonaba a ruido de fondo.

Irene se detuvo. Respiró hondo para componer la cara de «no soy una amenaza» y golpeó con los nudillos. Dos veces. Seco.

Dentro del piso se oyó el arrastre de una silla y unos pasos cortos, arrastrados, de zapatillas de fieltro. La puerta se abrió unos centímetros más, retenida por la cadena de seguridad, y la cara de una mujer menuda, envuelta en una bata de flores descolorida, asomó por la rendija. La miró con una mezcla de recelo y alivio, como quien espera una visita, pero teme que sea la incorrecta.

—¿Sí? —preguntó. La voz era ronca, una lija fina gastada por el tabaco o por el llanto.

—Soy Irene. Periodista —dijo ella, alzando el cuaderno Moleskine a la altura de los ojos, a modo de salvoconducto. A veces, la credencial de prensa plastificada asustaba más que una pistola; el cuaderno, en cambio, prometía que alguien estaba dispuesto a escuchar.

La mujer la escrutó a través de la rendija. Sus ojos viajaron de las botas gastadas de Irene a los vaqueros con una mancha de café, y de ahí a la cazadora con el forro despegado. Tardó unos segundos en calibrarla. Al fondo del pasillo, una voz masculina preguntó algo inaudible, pero la mujer no se giró.

—Ya se lo dije todo a los de anoche —dijo al fin, sin soltar la cadena.

—A ellos sí. A mí me interesa la otra parte. —Irene ensayó esa media sonrisa que había perfeccionado en pasillos de juzgados, la que dice «no soy tu amiga, pero tampoco soy policía»—. Lo que no cabe en sus casillas.

La frase pareció funcionar. O quizá fue el cansancio en los ojos de Irene, que reflejaba el propio cansancio de la mujer. La cadena de seguridad se deslizó con un tintineo metálico.

—Pase rápido —susurró, abriendo la puerta lo justo para que Irene se deslizara dentro.

El piso era un búnker de limpieza obsesiva que contrastaba violentamente con la suciedad de la escalera. Estrecho, ordenado, con olor a lejía y a cera. En la mesa de la cocina, junto a la radio que seguía murmurando, una taza humeaba al lado de un crucigrama a medio resolver: «Mamífero marino de seis letras». *Delfín*, pensó Irene automáticamente.

La mujer se sentó al borde de una silla, sin invitarla a hacer lo mismo, frotando el rosario que llevaba colgado al cuello por encima de la bata.

—Se llevaron al muerto sin decir quién era —soltó de golpe, como si llevara horas aguantando esas palabras en la boca—. No llevaba papeles. A mí me da cosa, hija, que uno no tenga ni nombre en la boca de nadie. Que se lo lleven así, en una bolsa, como si fuera un mueble viejo que estorba.

—¿Iba solo? —preguntó Irene, sacando el bolígrafo pero sin abrir el cuaderno todavía, para no romper el momento—. ¿Vio entrar a alguien más antes de que llegara la policía?

La vecina desvió la mirada hacia la etiqueta de un bote de azúcar. Empezó a rasparla con la uña del pulgar, un gesto nervioso, rítmico, que delataba que había repasado esa escena mil veces en su cabeza durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—Antes… dos noches antes, subieron tres —dijo, bajando la voz—. Fue tarde, pasadas las once. Se oían risas, pero… raras. Con sordina. De esas que no quieren que se oigan en el patio. Y botas. Botas pesadas, no de zapatilla. Se cayó una silla, un golpe seco. Después, silencio.

—¿Vio las caras?

—Veo poco, niña —se ajustó las gafas con un gesto de disculpa—. Y de noche, menos. Solo vi… sombras y botas. Dos pares. Uno andaba arrastrando los pies, eso sí me fijé. Como si fuera nuevo en la escalera y no supiera dónde pisar. O como si… no sé, como si llevaran algo pesado entre los tres. O a alguien.

Irene abrió el cuaderno y escribió rápido: «3 hombres / 2 noches antes / 23h / botas / arrastran peso / risas contenidas». Subrayó la

palabra «arrastran» dos veces.

—¿Y después de esa noche? —presionó suavemente—. ¿Oyó algo más?

—Pasos. Solo pasos de hombre, pesados. Y ayer por la mañana, muy temprano, antes de que saliera el sol, oí la puerta del cuarto. Se cerró despacio, con cuidado. Como quien no quiere hacer ruido, pero sabe que alguien puede estar escuchando al otro lado de la pared.

Irene se acercó a la ventana de la cocina. Desde allí se veía la calle, el portal, la panadería de la esquina y un quiosco cerrado con las persianas grafiteadas. La vida del barrio seguía su curso: un hombre con chaleco reflectante descargaba cajas de verdura, ajeno a que tres pisos más arriba se estaba reconstruyendo una muerte.

—¿Conocía al que vivía arriba? —preguntó Irene sin girarse—. ¿Era del barrio?

La mujer negó con la cabeza.

—Aquí casi todo está okupado, de una manera u otra —explicó con naturalidad—. Hay gente que paga alquiler, gente que paga a quien no debe, gente que no paga nada… nosotros no nos metemos. Pero lo raro es que venía gente de fuera. Gente que no era de aquí. Y yo conozco a todo el mundo en esta escalera, niña. Llevo cuarenta y dos años en esta casa.

La palabra «fuera» quedó flotando en el aire viciado de la cocina como una acusación. Irene la anotó y la rodeó con un círculo. «Gente de fuera».

—Gracias —dijo, arrancando una hoja de su cuaderno y escribiendo su número—. Si recuerda algo más, cualquier cosa, llámeme.

La mujer cogió el papel con dos dedos, como si fuera algo frágil o peligroso.

—Tenga cuidado, hija —dijo, y esta vez el miedo en su voz no era por el muerto, era por la viva—. Hay cosas que es mejor no remover. Aquí han pasado cosas que… en fin. Usted haga su trabajo, pero tenga cuidado.

Al salir del portal, el sol de noviembre la golpeó en la cara, deslumbrante pero frío. Irene respiró hondo, intentando sacarse el olor a lejía y miedo de los pulmones. Se detuvo frente al escaparate

de la panadería, fingiendo mirar los precios, pero observando el reflejo de la calle.

De repente, una figura se interpuso en el cristal.

Un chico joven, veintipocos años, mochila militar al hombro y camiseta de *skate*. Caminaba con pasos nerviosos, directos hacia ella. Irene se tensó por instinto, girándose para encararlo.

El chico se plantó delante de ella, invadiendo su espacio personal. Tenía acné en la sien, un *piercing* en la ceja y un tatuaje mal hecho en el cuello. Miraba a los lados como si esperara un golpe.

—Tú eres la que pregunta —dijo sin preámbulos, con voz acelerada.

—A veces —respondió Irene, calibrando la distancia y la amenaza.

—Pues pregunta esto: ¿cómo entra la policía en un edificio y sale tan rápido? Y además… ¿por qué nadie quiere hablar del muerto si todos vieron que no era de aquí?

Irene sacó el cuaderno despacio, para no asustarle. El chico emanaba una vibración nerviosa, como un cable pelado.

—¿Tú lo viste?

—Yo vi cómo se lo llevaban —corrigió él, bajando la voz y mirando obsesivamente hacia la esquina de la calle—. En una bolsa, como si fuera una mudanza. Los polis ni siquiera pusieron la cinta esa amarilla hasta media hora después. Como si no tuvieran prisa. O como si tuvieran mucha prisa por hacer ver que no pasaba nada.

—¿Cómo te llamas?

—Llámame Daniel —mintió, probablemente—. Vivo en el quinto. No me apuntes en la libreta, ¿eh? No quiero salir en el papel. Solo te digo que por aquí pasan cosas que solo entiende quien está en la calle a las diez de la noche.

—¿Qué tipo de cosas?

—De todo. Gente que entra y sale, furgonetas que vienen de madrugada. Y luego hay pisos como el del cuarto que llevan meses con la cerradura nueva y cara de que ahí no vive nadie… aunque sepas que sí vive alguien.

—¿Viste al muerto antes? —insistió Irene—. ¿Cuando estaba vivo?

—Una vez, hace como tres semanas. Bajaba las escaleras con una bolsa del Mercadona. Pelo oscuro, cuarenta años, bien vestido.

Demasiado bien vestido para estar okupando un cuarto sin luz en este edificio de mierda. Parecía… no sé, parecía normal. Demasiado normal.

Irene anotó frenéticamente: «Ejecutivo / 40 años / Furgonetas madrugada / Cerradura nueva».

—¿Iba solo?

—Esa vez sí. Pero he visto entrar a otros. Tipos con pinta de oficina. Uno llevaba maletín. No eran yonquis, no eran okupas de los de siempre. Era raro.

—¿Crees que vendrán otra vez?

Daniel se encogió de hombros y miró hacia el cuarto piso. La ventana estaba cerrada a cal y canto, muda.

—Quizá. Pero no creo que vuelvan al mismo sitio. Esto funciona así: pasa algo, la poli viene, limpian, se queda todo en silencio una temporada, y luego vuelve a empezar en otro edificio. Es un ciclo. Si quieres encontrarlos, no mires aquí. Mira donde vaya a haber fuego mañana.

Se dio la vuelta y se marchó calle abajo, con las manos hundidas en los bolsillos y paso rápido, dejándola con la palabra «ciclo» rebotando en la cabeza. Irene se quedó sola en la acera. Miró hacia arriba. El edificio Venecia parecía guardar la respiración. Una paloma se posó en la cornisa y la miró con ese ojo lateral, estúpido y curioso.

Volvió al coche, encendió el móvil del todo. Seis mensajes más entraron de golpe; los ignoró. Marcó el número de la centralita de Urbanismo, el que se sabía de memoria. Reconoció la voz de la telefonista, esa mujer mayor con acento catalán.

—Buenos días. Soy Irene Larré, de *El Diario del Ebro*. Necesito revisar el expediente del edificio de la calle Pontevedra 25. Sí, el del suceso. No, quiero hablar con registro de expedientes.

Mientras esperaba en línea, con la música de espera sonando metálica y lejana, Irene apoyó la frente en el volante. Sabía que esa mañana no estaba persiguiendo a un cadáver anónimo, iba a por la sombra que lo había dejado sin nombre. Por la razón por la que un hombre de cuarenta años, bien vestido y con las uñas limpias, había

acabado tirado en el suelo de un piso okupado, sin llaves, sin teléfono y sin historia.

Y tenía la certeza, fría y sólida en el estómago, de que quien encontrara esa razón vería aparecer a alguien muy poderoso intentando que no se publicara.

El arquitecto de sombras

El tufo químico del desinfectante de la comisaría peleaba con la ranciedad del papel viejo en la garganta de Irene. Era el olor de la burocracia cuando intenta digerir la desgracia ajena y se le indigesta.

Irene esperaba sentada en una silla de plástico naranja que crujía con cada respiración, bajo un calendario de pared que mostraba una playa caribeña congelada en un agosto perpetuo. Alguien había escrito «Ojalá» con rotulador negro sobre la arena blanca; el único rastro de honestidad en todo el edificio de la comisaría.

Había pasado demasiadas horas en salas de espera como aquella, pero hoy el tiempo pesaba distinto. Hoy no venía a por una declaración de robo de bolso o un parte de accidente de tráfico; venía a por un nombre para un cadáver que nadie quería reclamar.

A su lado, un hombre con un chándal gris sucio dormitaba con la boca abierta, roncando suavemente. En el mostrador de recepción, tras un cristal blindado sucio, un agente joven tecleaba con dos dedos en un ordenador prehistórico, con la desgana absoluta de quien sabe que nada de lo que escriba va a cambiar el mundo, ni siquiera un poco.

Irene miró su reloj; Zuazo llegaba tarde. Mientras esperaba se miró la mano: tenía una pequeña mancha de grasa dulce en el dedo

índice. Un recuerdo absurdo de esa misma mañana, que parecía haber sucedido en otra vida.

Hacía solo tres horas, Irene había estado en el Patio de la Infanta, cubriendo una recepción oficial aburridísima de Ibercaja. Recordó el frío del patio renacentista, los canapés de salmón que nadie se comía y las sonrisas falsas de los políticos locales. Y recordó a aquel hombre mayor, de elegancia antigua, traje cruzado y pelo blanco, que se le había acercado con un pañuelo de tela.

—Tiene un poco de crema en el dedo, señorita —le había dicho—. Manchará su libreta.

—Gracias —había respondido Irene, aceptando la servilleta.

—Gregorio Orellana —se presentó él, con una sonrisa paternal que inspiraba confianza—. Leo sus columnas los domingos. Tiene usted una pluma afilada, señorita Larré. Siga escribiendo. Esta ciudad necesita gente con pasión para curar sus heridas.

Irene se frotó el dedo en el vaquero, borrando el rastro de dulce y de Orellana. Qué lejos quedaba ese mundo de moqueta y buenos modales del mundo de cadáveres sin nombre y comisarías que rezumaban lejía en el que se estaba metiendo ahora.

La puerta de seguridad se abrió con un zumbido eléctrico. Damián Zuazo apareció con una carpeta azul descolorida bajo el brazo y el nudo de la corbata un milímetro descentrado, ese pequeño gesto de rebeldía que mantenía desde hacía treinta años. Tenía el pelo gris cortado al rape y una cicatriz vieja en el cuello que a veces se tocaba inconscientemente, como quien comprueba que la cabeza sigue pegada a los hombros. Se conocían desde hacía mucho; para él, ella era la única periodista en la ciudad que todavía tenía el valor de publicar la verdad.

—¿Qué te he dicho por teléfono? —fue su saludo. Ni mano extendida ni sonrisa.

—Que no prometes nada. —Irene se levantó. Las rodillas le crujieron.

La guio hasta un despacho interior sin ventanas, una caja de zapatos con unas paredes que sudaban nicotina vieja de años de fumar a escondidas y una mesa sepultada bajo montañas de papeles. No era desorden; era una barricada. Zuazo había construido

murallas de expedientes atrasados alrededor de su silla para protegerse de los ordenadores modernos y de los jefes que exigían estadísticas digitales en Excel. En ese metro cuadrado de caos analógico, él seguía siendo el rey de una policía que ya no existía.

Cerró la puerta con cuidado y lanzó la carpeta sobre la mesa como si le quemara los dedos.

—Informe preliminar —dijo, dejándose caer en su silla con un suspiro que venía de muy adentro, de los pulmones de un fumador —. Sin signos de violencia aparente, posible paro cardiorrespiratorio. Hallazgo fortuito.

—Traducido al español —dijo Irene, sacando su cuaderno.

—Traducido: se murió, no molestó a nadie mientras lo hacía y no hay nadie a quien culpar. Caso cerrado antes de abrirse. Carpeta al archivo.

Irene no escribió nada. Miró al policía a los ojos.

—No llevaba documentación.

—Ni un papel. Ni llaves, ni teléfono, ni monedas sueltas, ni tarjeta del bus. Nada. Hemos cruzado sus huellas con la base de datos nacional: negativo. Extranjería: negativo. Desaparecidos: negativo. Es como si el tío hubiera nacido en ese suelo de madera podrida hace tres días. Un fantasma.

—Iba bien vestido —insistió Irene—. Camisa planchada, zapatos limpios. No es el perfil del yonqui que se cuela en un edificio en ruinas de Torrero para picarse y se pasa de dosis.

Zuazo se encogió de hombros, haciendo crujir la silla.

—He visto ejecutivos dormir en cajeros después de un divorcio y abuelas robando cobre. La crisis nos iguala a todos, Irene. La vida es creativa jodiendo a la gente.

—Los vecinos del tercero oyeron a tres hombres dos noches antes. —Irene se inclinó sobre la mesa, invadiendo su espacio—. Risas. Botas pesadas subiendo la escalera. Y algo que arrastraban. O a alguien.

—Las sillas siempre se caen en los testimonios de las vecinas cotillas. Y las risas siempre suenan siniestras de noche cuando tienes miedo.

—¿Y la furgoneta blanca? —Irene soltó la carta sobre la mesa—. Una Mercedes Vito sin rotular parada en la esquina, dos horas antes de que llegarais vosotros. Que os siguió a distancia cuando os llevasteis el cuerpo.

Zuazo se detuvo en seco. El gesto de cansancio se transformó en algo más afilado, más peligroso. Se quitó las gafas de cerca y las dejó sobre el informe con lentitud.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El barrio tiene ojos, Zuazo. Y orejas.

—Pues diles a esos ojos que parpadeen menos y miren hacia otro lado si no quieren acabar con conjuntivitis.

Se frotó la cara con las manos grandes y callosas, dejando escapar un gruñido sordo.

En ese momento, su móvil personal vibró sobre la montaña de expedientes, zumbando como un insecto atrapado entre papeles. La pantalla se iluminó. Una foto de una mujer joven sonriendo y la palabra «HIJA».

Zuazo se quedó mirando el teléfono. La vibración hacía bailar el aparato sobre el papel timbrado. Irene vio la duda cruzar sus ojos grises, una mezcla de culpa atroz y fatiga infinita que duró solo un segundo, pero que pareció una eternidad.

—No vas a cogerlo —no fue una pregunta.

Zuazo colgó la llamada con un dedo y le dio la vuelta al teléfono, dejándolo boca abajo sobre la mesa, silenciando su vida.

—Hoy no —dijo, con la voz ronca—. Hoy soy policía. Mañana ya veré si puedo volver a ser padre.

Respiró hondo, recomponiendo la máscara de frialdad profesional, y volvió al informe.

—Mira, Irene, no hay autopsia completa todavía. El toxicológico tardará semanas, con suerte meses, tal y como está el Instituto Anatómico Forense. Pero el forense me ha dicho extraoficialmente que no hay marcas. Ni un golpe, ni un pinchazo visible, ni surco de asfixia. Es una muerte limpia. Demasiado limpia.

—¿Por qué tan rápido? —preguntó Irene—. Cerráis el piso, hacéis el parte y en doce horas no queda ni la cinta policial. He visto robos de bicicletas con más investigación que esto.

Zuazo bajó la voz, aunque estaban solos en una caja insonorizada.

—Porque hay cincuenta cosas en mi mesa que sí tienen solución y esta no. Y porque, si te soy sincero… los de arriba no quieren ruido en Torrero esta semana.

—¿Quiénes son «los de arriba»?

—Los que deciden qué se investiga y qué se archiva. Jefatura, Delegación del Gobierno, Ayuntamiento... y ahora mismo, con las elecciones municipales a la vuelta de la esquina y los planes de rehabilitación urbana del barrio, un muerto sin nombre en un edificio conflictivo es una mancha de grasa que conviene limpiar con quitamanchas rápido.

Irene sintió el frío en el estómago. Rehabilitación urbana. La pieza que le faltaba a Daniel.

—Okupación dirigida —murmuró.

Zuazo la miró fijamente, evaluándola.

—Tú sabrás dónde te metes, Larré. Pero te lo digo por tu bien, y me cuesta un café decírtelo: no remuevas la mierda si no tienes una pala muy larga. Y tú vas con una cuchara de postre.

Se levantó, dando por terminada la reunión. Irene guardó el cuaderno en el bolso.

—Una cosa más —dijo Zuazo, deteniéndola con la mano en el pomo de la puerta—. Alguien ha preguntado por ti.

Irene se heló.

—¿Aquí?

—En la entrada, hace dos días. Nada raro, lo de siempre. Un tipo bien vestido, treinta y tantos, acento de Madrid o por ahí. Preguntó si eras la Larré que hacía las fotos o la que hacía las preguntas en los sucesos. Le he dicho que a veces las dos. Para que te rías.

—¿Quién era?

—No se identificó. Dijo que era un asunto personal. Pero Irene… —Zuazo la miró con una seriedad que no era habitual—. No tenía cara de fan. Tenía cara de cobrar por horas. Ten cuidado.

—¿Le diste mi teléfono?

—¿Por quién me tomas? Le dije que estabas de viaje. Te aviso si hay novedades. Promesa no vinculante.

***

Irene salió de la comisaría con la sensación física de tener una diana pintada en la espalda con pintura roja. El cierzo había arreciado fuera. Soplaba con ese silbido agudo que limpia el cielo de nubes pero llena la cabeza de locura. Irene se subió el cuello del abrigo, sintiéndose pequeña en una ciudad que, de repente, parecía tener los dientes afilados y hambrientos.

Se refugió en un bar cercano, uno de esos locales de mármol viejo, servilleteros metálicos grasientos y camareros que no sonríen. Pidió un café solo. Se sentó de espaldas a la pared, controlando la puerta por inercia. El café estaba hirviendo y sabía a grano quemado y a agua del grifo, un sabor amargo y metálico que encajaba perfectamente con la mañana que llevaba.

El móvil vibró en la mesa, sacándola de sus pensamientos. Una llamada entrante de un número fijo desconocido.

—¿Señora Larré? —una voz neutra, funcionarial, de esas que repiten lo mismo cien veces al día—. Le llamamos de la Gerencia de Urbanismo respecto a su solicitud sobre el expediente de la calle Pontevedra.

Irene se enderezó en la silla.

—Sí. Soy yo.

—Le cito mañana a las doce, sala tres. Solo consulta presencial, no se permiten copias ni fotografías, solo notas a mano con lápiz. Y sea puntual, por favor. El técnico tiene la agenda muy apretada.

Colgaron antes de que pudiera dar las gracias. Urbanismo. La maquinaria empezaba a moverse, lenta y pesada como un dinosaurio. Pagó el café dejando las monedas justas y salió. Caminó rápido hacia su coche, con el cuello subido y las manos hundidas en los bolsillos.

Al cruzar la calle, la vio.

Aparcada en la esquina, con el motor en marcha soltando humo blanco y las luces apagadas.

Una furgoneta blanca. Mercedes Vito. Sin logotipos, sin rotulación, limpia de polvo.

Irene aminoró el paso, el corazón golpeándole las costillas como un pájaro en una jaula. Los cristales eran tintados, opacos como ojos de tiburón. No se veía nada dentro. Pasó de largo, obligándose a no mirar, a no correr, a caminar como una ciudadana normal. Notó la presencia del vehículo como un peso físico en la nuca, un calor que le erizaba el vello.

¿Era la misma que había visto Daniel? ¿La misma que había «escoltado» al cadáver de Torrero?

Solo cuando dobló la esquina y la furgoneta quedó fuera de vista, se permitió soltar el aire.

Llegó a su coche y entonces lo vio.

No era un golpe de aparcamiento, no era un roce accidental de otro conductor.

Una línea profunda, hecha con llave o navaja, recorría la puerta del conductor de lado a lado. Un tajo limpio, quirúrgico, que brillaba sobre la pintura oscura mostrando el metal desnudo. Un mensaje horizontal: *«Te estamos viendo»*.

Irene pasó el dedo por el surco. El metal estaba frío y áspero. Miró a su alrededor. La calle estaba tranquila. Un par de ancianas con el carro de la compra, un repartidor de Amazon. Nadie parecía prestarle atención.

Se metió en el coche y cerró los seguros con un golpe seco. Le temblaban las manos al meter la llave en el contacto. Arrancó y salió de allí quemando rueda. Clavó los ojos en el retrovisor, incapaz de dejar de vigilar, esperando ver los faros de una furgoneta blanca pegados a su parachoques.

Pero la calle estaba vacía.

***

Zaragoza entró en la noche arrastrando los pies, sin luz y sin prisa por amanecer.

En su casa, Irene cenó un túper de lentejas frías frente al portátil, con las noticias de fondo para llenar el silencio opresivo del piso. Después, bajó al trastero.

Necesitaba buscar los archivos de años atrás, las notas viejas que había ido acumulando sobre la corrupción urbanística en la ciudad. Quizá había un patrón. Un nombre repetido. Una pista en el pasado.

El pasillo de los trasteros olía a humedad, a hormigón y a encierro. Irene abrió su puerta metálica con la llave pequeña. La bombilla desnuda parpadeó antes de encenderse con una luz amarilla y débil.

Se quedó paralizada en el umbral.

A simple vista, todo parecía normal. Las cajas apiladas de cartón marrón, la bicicleta vieja colgada de la pared, las estanterías metálicas oxidadas.

Pero Irene era una mujer de orden patológico. Sabía exactamente cómo dejaba sus cosas. Era su forma de controlar un mundo caótico.

La caja etiquetada con rotulador negro como «URBANISMO / DELICIAS» estaba movida.

Apenas dos centímetros. Un rastro de polvo desplazado en la balda metálica la delataba. Una línea limpia en el gris del polvo.

Alguien había estado allí.

Irene sintió que el suelo oscilaba.

Alguien había entrado, había buscado y había tenido la delicadeza profesional de dejarlo casi igual. Casi. No habían forzado la cerradura. Tenían llave maestra, o sabían usar una ganzúa sin dejar marcas en el bombín.

Irene sintió el aire viciado del sótano cerrarse sobre su garganta. No era un robo. Un ladrón lo tira todo buscando cosas de valor. Esto era una invasión. Era una demostración de fuerza y control. *«Podemos entrar donde queramos. En tu coche, en tu casa, en tu trastero, en tu vida».*

Subió a su piso corriendo, saltando los escalones de dos en dos. Cerró la puerta blindada y echó el cerrojo y la cadena. Puso una silla bajo el pomo, un gesto absurdo, de película de miedo barata, pero que necesitaba hacer para sentir que tenía algo de control.

Se sentó en la cama con el portátil sobre las rodillas. El cursor parpadeaba en la pantalla blanca, burlón, exigiéndole palabras.

Escribió un título. Lo borró. Volvió a escribir.

«Fuera del registro: la muerte invisible en Torrero»

Guardó el archivo en un *pendrive* y se lo colgó al cuello. Miró la hora. Las dos de la madrugada.

En la calle, el cierzo aullaba golpeando las persianas.

Irene pensó en el hombre sin nombre del cuarto piso. Pensó en los tres hombres que reían bajito en la oscuridad. Pensó en la furgoneta blanca y en el técnico de Urbanismo que la esperaba mañana con una sonrisa burocrática.

Y supo, con la certeza absoluta de quien ha visto el final de la película antes de que empiece, que el rayajo en su coche no era una advertencia para que parara.

Era el aviso de que la cuenta atrás ya había empezado. Y ella iba perdiendo.

Triángulo de hormigón

La sala tres del Archivo de Urbanismo estaba enterrada en el semisótano del edificio Seminario, un purgatorio de hormigón desnudo y tubos fluorescentes que zumbaban como avispas enfermas. Allí abajo, el tiempo no se medía en horas, sino por el grosor del polvo gris acumulado sobre los legajos. Para llegar, había que descender dos tramos de escaleras con el pasamanos pegajoso y cruzar un pasillo largo, sin ventanas, donde el zumbido de la electricidad estática se te metía en los dientes.

Era el lugar donde la ciudad guardaba lo que prefería olvidar.

El funcionario de turno, un hombre con chaleco de lana marrón lleno de bolitas y unas gafas bifocales colgadas de una cadena de oro falso, depositó una caja gris sobre la mesa con la reverencia de quien manipula uranio enriquecido.

—Tome, Expediente Torrero - Incidencias y Licencias 2023-2024. —Su voz era seca, polvorienta—. Solo consulta presencial. Nada de fotos, nada de escáner y nada de bolígrafos de tinta líquida. Y, por favor, no desordene la cronología. El caos administrativo ya es suficiente sin ayuda externa.

Irene asintió, sacando su cuaderno Moleskine y un lápiz HB. Esperó a que el hombre volviera a su trinchera de papel al fondo de la sala, tras una barricada de expedientes, antes de abrir la caja.

Su padre —que se había dejado los pulmones y la vista en la imprenta familiar, respirando plomo y disolvente en la Zaragoza de los 80— le había enseñado que los papeles, a diferencia de las personas, nunca mienten; solo esperan pacientemente a que alguien sepa leerlos.

«No te fíes de lo que te digan, hija», le solía decir, con un cigarro Ducados colgando del labio y las uñas perpetuamente negras. *«Las palabras se las lleva el aire. La memoria falla, pero la tinta no. Una vez que la máquina muerde el papel, la verdad se queda ahí, negra sobre blanco. Lo impreso es ley».*

Llevaba muerto cinco años, pero su voz seguía resonando en la cabeza de Irene cada vez que abría una libreta.

Lo primero que le golpeó al levantar la tapa fue el olor a celulosa vieja, ese aroma dulzón y avinagrado de los secretos que llevan demasiado tiempo guardados en la oscuridad. Empezó a pasar páginas con método. Al principio, todo parecía la burocracia habitual: solicitudes de obra menor, recibos del IBI, actas de comunidad aburridas escritas a mano. El ruido de fondo de cualquier edificio viejo.

Pero Irene sabía buscar. No leía las líneas; leía los márgenes.

Hacia la mitad del legajo, el tono cambiaba. Aparecían informes de inspección técnica fechados seis meses atrás. Eran fotos en blanco y negro, mal impresas en papel folio barato, de un patio interior lleno de cascotes apilados en una esquina y una bajante rota que lloraba una mancha oscura sobre la fachada, ramificándose como un cáncer negro en el ladrillo rojo.

Y allí estaba. Una nota manuscrita al pie de un informe oficial, redactada con letra apretada y nerviosa, en bolígrafo azul, saltándose el protocolo:

«Degradación acelerada no acorde con la antigüedad del inmueble. Estado general incompatible con la falta de mantenimiento habitual. Se observan marcas de herramientas en vigas maestras. Posibles manipulaciones para forzar deterioro aparente.»

Irene sintió un calambre en la nuca. *Posibles manipulaciones.*

Un técnico municipal había tenido la valentía, o la ingenuidad suicida, de poner por escrito lo que Daniel le había dicho en la calle: que al edificio no se le estaba cayendo la piel a tiras por viejo, sino porque alguien se la estaba arrancando a tiras.

Buscó la firma al pie de la nota. L. Prieto, Arquitecto Técnico Municipal.

Irene subrayó el nombre en su cuaderno con doble trazo, apretando tanto que casi rompió el papel. *Luis Prieto.* Alguien que todavía tenía ojos en la cara y vergüenza en la firma. Se preguntó si seguiría trabajando allí, si estaría dispuesto a hablar fuera de ese edificio búnker.

Siguió pasando hojas, ahora con más urgencia, con los dedos manchados de polvo. Encontró más notas de Prieto. En todas se repetía el patrón: reticencia a declarar la ruina técnica, solicitud de segundas inspecciones con policía que nunca se realizaban, advertencias sobre accesos forzados a zonas comunes.

Y luego, de repente, el silencio.

Los informes de Prieto cesaban en seco en noviembre.

En su lugar, aparecía un dictamen externo. Un documento impecable, redactado en papel de alto gramaje con un logo corporativo en relieve en la cabecera: «Vistula Technical Advisory — Ingeniería y Dictámenes».

El tono del nuevo informe era apocalíptico, diseñado para asustar: «Riesgo inminente de colapso estructural», «Insalubridad crítica», «Recomendación de desalojo inmediato por seguridad pública».

Irene comparó las fechas. El informe de Vistula estaba fechado apenas tres días después de la última nota de disidencia de Prieto. Alguien había apartado al técnico molesto para traer a los mercenarios de lujo.

—Interesante lectura, ¿verdad?

Irene cerró la caja de golpe. El sonido fue un disparo en la sala silenciosa. No había oído la puerta abrirse.

Un hombre alto, con traje de lino claro impecable y camisa blanca sin corbata, estaba de pie junto a su mesa. Tenía esa elegancia desenfadada que cuesta mucho dinero conseguir y una sonrisa de «padre de familia ejemplar» que no le llegaba a los ojos. Desprendía

una estela de lavanda y dinero que llenó la sala al instante, a *aftershave* de marca y a limpieza estéril. Era un aroma pulcro, agresivo en su perfección, el olor de quien nunca se mancha las manos aunque camine por el fango hasta las rodillas.

Irene lo reconoció al instante. Lo había visto en la prensa local, cortando cintas y estrechando manos en los plenos municipales, siempre en segundo plano, siempre cerca del poder, susurrando al oído del Alcalde.

—Javier Huertas —dijo ella, sin levantarse. Mantenerse sentada era su forma de no ceder terreno en su propia investigación. De decirle «yo estaba aquí primero».

—Señora Larré. —Huertas apoyó una mano sobre la mesa, invadiendo su espacio personal con estudiada naturalidad. Sus uñas estaban manicuradas—. Me han dicho que se interesa por la arquitectura de nuestros barrios más… pintorescos. Veo que se toma su trabajo muy en serio.

—Me intereso por saber por qué los edificios se caen a trozos justo cuando alguien quiere comprarlos —respondió Irene, poniendo la mano sobre su cuaderno cerrado como si protegiera un secreto de estado—. Y por qué los técnicos municipales que dicen lo contrario desaparecen de los expedientes como por arte de magia.

La sonrisa de Huertas no vaciló, pero se volvió un grado más fría, como si alguien hubiera bajado el termostato de la sala diez grados.

—Los edificios viejos son como las personas mayores, Irene. A veces enferman de golpe. La estructura cede, las tuberías revientan, el corazón falla. Y a veces, lo más compasivo es dejarles ir para construir algo nuevo. Mejor, más seguro, más eficiente. Regeneración lo llamamos nosotros.

—¿Y la gente que vive dentro? ¿También hay que dejarles ir? —preguntó ella, sosteniéndole la mirada—. He leído el informe de Prieto. Habla de manipulaciones, de daños provocados con herramientas. Eso no es vejez, Huertas. Eso es sabotaje.

Huertas suspiró, un gesto teatral de paciencia infinita, como si estuviera explicando física cuántica a un niño lento o testarudo.

—Los papeles, señora Larré, reflejan el mundo como pueden. La burocracia es imperfecta y el criterio técnico es subjetivo. El señor

Prieto tenía… opiniones muy personales. Nosotros intentamos que el proceso sea ordenado, que no haya… accidentes lamentables.

La palabra *accidentes* sonó en la sala vacía con un eco metálico. Irene notó que el funcionario del fondo ni siquiera levantaba la cabeza; seguía sellando papeles con un ritmo hipnótico. Estaba claro que Huertas mandaba allí más que cualquier jefe de servicio.

—He visto nombres —insistió Irene, jugando su carta—. Vistula, Riberas Capital. Todos aparecen cuando Prieto desaparece.

—Le daré un consejo, de profesional a profesional. —Huertas retiró la mano de la mesa y se irguió, recuperando su altura—. No se obsesione con los márgenes, Irene. A veces, uno mira tanto la letra pequeña que se pierde la historia grande. Y la historia grande es que Zaragoza va a cambiar. La ciudad va a crecer.

Se giró y caminó hacia la puerta con paso elástico, silencioso. Antes de salir, se detuvo con la mano en el pomo de latón.

—Por cierto, bonito coche el suyo. Un Opel Corsa negro, ¿verdad? Sería una lástima que le pasara algo más grave que un simple rayajo en la puerta. La ciudad está llena de conductores descuidados. Y de camiones pesados.

Salió con un *clic* apenas audible.

Irene se quedó sola, con el corazón golpeándole contra las costillas como un pájaro atrapado. Huertas sabía lo del coche. Sabía lo del rayajo. Sabía que estaba allí en ese preciso momento. La vigilancia no era pasiva; era activa, descarada y venía de arriba.

Recogió sus cosas con manos que intentaban no temblar. Tenía un nombre: Prieto. Tenía una empresa: Vistula. Y tenía una amenaza directa del hombre que parecía mover los hilos legales de la trama.

***

Salió del archivo buscando el aire de la calle como quien busca una salida de emergencia en un incendio. El móvil le vibró en el bolsillo justo cuando el sol de mediodía la cegaba.

Telegram. Usuario desconocido. Un *emoji* de un dado. Alea.

«Te están mirando desde hace dos días. La furgoneta blanca no es casualidad. Tengo cosas que enseñarte. ¿Nos vemos? Bar del

Gancho. 15 min».

Irene guardó el cuaderno en el bolsillo interior de la cazadora, subió la cremallera hasta arriba y echó a andar. No miró atrás, pero notaba la nuca caliente, como si tuviera un punto rojo láser apuntándole desde alguna ventana del Ayuntamiento.

El Bar del Gancho era un refugio de mesas de mármol gastado y olor a fritanga rancia y café torrefacto, de esos donde los camareros no preguntan nombres y los parroquianos miran al plato o a la máquina tragaperras. Estaba en el corazón del casco viejo, un laberinto de calles estrechas donde las cámaras de tráfico no llegaban. Irene lo había elegido hacía años como punto seguro precisamente por eso: era invisible.

Alea ya estaba allí, sentada en la mesa del fondo, la que daba a la pared ciega bajo un espejo publicitario de cerveza Ámbar. Llevaba una sudadera gris con la capucha bajada, el pelo recogido en un moño precario sujeto con un lápiz chino y esa mochila negra desgastada que valía más que el bar entero por el *hardware* que llevaba dentro.

Tenía esa forma de mirar que va un segundo por delante de la conversación, escaneando el entorno como quien lee código fuente. Se conocían desde hacía ocho años, cuando Alea todavía trabajaba en un banco. La «invitaron a salir por la puerta de atrás» por exponer una brecha crítica que la dirección prefería ocultar a los inversores. Desde entonces, habitaba los márgenes: blindaba los sistemas informáticos del periódico donde trabajaba Irene, aceptaba encargos en la dark web y cazaba fantasmas en servidores ajenos por pura ética hacker.

—Baja la voz —dijo sin saludar cuando Irene se sentó—. Te queda bien el miedo. Combina con las ojeras.

—Huertas estaba en el Archivo —soltó Irene, pidiendo un agua con gas al camarero que pasaba arrastrando los pies—. Me ha amenazado a la cara. Sabe lo de mi coche. Sabe que estoy investigando. Sabe mi matrícula.

—Claro que lo sabe. —Alea sacó un portátil pequeño, lleno de pegatinas, de la mochila y lo abrió, pero no lo encendió todavía—. Huertas es la cara amable. El que firma, el que sonríe en las fotos

del *Heraldo*, pero no es el que marca los coches con llaves. Él no se mancha.

—¿Quién es entonces?

Alea suspiró y sacó un cuaderno A5 de papel cuadriculado lleno de garabatos ininteligibles y esquemas complejos. Era su método paradójico: tecnología punta para la extracción, papel y boli para el análisis. Decía que lo que no se digitaliza no se puede *hackear*.

—Tengo el mapa completo —dijo, girando el cuaderno hacia Irene —. Llevo tres semanas cruzando datos registrales y tráfico de red. El patrón es matemático.

Señaló un diagrama dibujado a mano con rotuladores de colores neón.

—Riberas Capital compra o hace oferta de compra agresiva por edificios en zonas degradadas. Inmediatamente después, Vistula Technical emite un informe de ruina inminente que contradice los informes municipales anteriores. Huertas aparece como asesor legal para gestionar el papeleo de urgencia y el desalojo. Es un triángulo perfecto. Bermudas inmobiliarias.

—Ya he visto los informes —dijo Irene—. Prieto, el técnico municipal, escribió que había «posibles manipulaciones».

—Prieto tenía razón. Pero le faltaba un ángulo. —Alea señaló un cuarto nombre en el diagrama, rodeado en rojo sangre—. Hay un cuarto actor. Alguien que aparece en los registros mercantiles cruzados, siempre en la sombra, siempre como socio minoritario, consultor externo o vocal en fundaciones benéficas fantasma.

Alea encendió el portátil, tecleó una contraseña kilométrica a una velocidad absurda y abrió una carpeta cifrada. Apareció una foto granulada. Un hombre robusto, de unos cincuenta años, con cara de haber recibido muchos golpes y haber devuelto el doble. Estaba en una gala benéfica, con esmoquin, pero sus manos eran grandes, de nudillos marcados y callosos. Manos de estibador o de asesino.

—Maksim Ivanchuk —leyó Irene—. ¿Quién es?

—Ucraniano, exboxeador peso pesado. Llegó en los noventa tras la caída del muro, ahora es «empresario filantrópico». Tiene una fundación de deporte para jóvenes en riesgo en el barrio de San

José y, casualmente, una empresa de seguridad privada que opera en todos los barrios donde Riberas compra edificios. Segurval 24H.

Irene sintió cómo las piezas encajaban con un chasquido mental doloroso. Furgonetas blancas sin rotular, hombres con botas militares, cerraduras forzadas de madrugada, incendios «fortuitos».

—Seguridad —murmuró—. Ellos son los que «limpian» los pisos antes de que Vistula diga que están en ruina. Ellos son la furgoneta blanca que vio mi testigo. Ellos ponen el miedo.

—Exacto. —Alea asintió, satisfecha—. Huertas pone la ley. Vistula pone la técnica. Riberas pone el dinero. E Ivanchuk… Ivanchuk pone el músculo. Es un ecosistema perfecto, Irene. Se alimentan unos a otros como pirañas en un tanque. Y Segurval no solo vigila obras; hace el trabajo sucio. «Desokupaciones exprés», lo llaman en sus correos internos encriptados.

—¿Has encontrado nombres operativos? —preguntó Irene—. Necesito saber quién conducía.

—Solo apodos. En los partes de incidencias se repite una y otra vez, machacón: «Krasny». Siempre aparece cuando hay problemas, cuando hay que «apretar» a un inquilino. No sé si es un nombre o un código, pero quien sea ese Krasny, es el que lleva la batuta en la calle.

Irene anotó el nombre en el margen de su libreta. *Krasny. Rojo en ruso.*

—¿Has entrado en sus correos?

—Digamos que su servidor es tan seguro como una puerta de cristal para alguien con mis llaves. He encontrado facturas cruzadas, pagos de Riberas a Segurval por «servicios de consultoría» y pagos de Segurval a empresas de reformas fantasma que no reforman nada. También tengo algo más.

Alea sacó un sobre blanco del bolsillo de la sudadera y lo deslizó por la mesa de mármol, con cuidado de no tocar los bordes, como si estuviera contaminado.

—Un contacto en el anatómico forense del Miguel Servet. Me debe favores que prefiere no recordar. Informe preliminar del muerto de Torrero, no oficial. Filtrado antes de que lo censuren.

Irene abrió el sobre. El papel estaba tibio.

—Posible paro cardiorrespiratorio —leyó—. Pero aquí hay una nota al margen.

—Mira la toxicología —señaló Alea con el dedo índice, con la uña mordida—. Sedación previa. Midazolam de uso hospitalario. Nada de drogas callejeras ni heroína adulterada, Irene. Alguien le inyectó un sedante quirúrgico antes de que su corazón se parara. Y tiene marcas en las muñecas, muy leves, compatibles con contención física profesional. No se defendió porque no pudo. Estaba atado.

Irene levantó la vista. El ruido del bar —la cafetera, las voces, la tele— pareció alejarse, como si estuvieran dentro de una burbuja de silencio absoluto.

—Lo durmieron —dijo—. Lo inmovilizaron y lo durmieron hasta que se paró. Como a un perro viejo.

—Es una ejecución limpia, Irene. De las que no dejan mancha en la alfombra ni sangre en la pared. Y el muerto tenía un trabajo dental hecho en Europa del Este, materiales que no se usan aquí desde los noventa. Con toda seguridad polaco o ucraniano.

—Ivanchuk es ucraniano —recordó Irene.

—Y Segurval contrata a muchos exmilitares del este. Todo queda en casa.

Irene guardó el informe en el sobre. La realidad del caso acababa de cambiar de dimensión. Ya no era especulación inmobiliaria local; era crimen organizado con corbata y sello municipal.

—Y Luis Prieto —dijo Irene, recordando la letra nerviosa en el expediente del archivo, la única voz disidente—. El arquitecto municipal. Él lo vio. Escribió que había manipulaciones y se enfrentó a ellos. Tengo que hablar con él. Es mi testigo clave.

Alea se puso seria. Su expresión cambió, volviéndose sombría. Se inclinó sobre la mesa, reduciendo la distancia entre ellas hasta que Irene pudo ver las motas doradas en sus ojos oscuros y preocupados.

—He buscado a Prieto en la base de datos municipal esta mañana —dijo en voz baja, casi un susurro—. Su usuario está inactivo.

—¿Despedido?

—No. —Alea la miró fijamente a los ojos—. De baja administrativa permanente.

Irene sintió el vértigo.

—¿Muerto?

—Accidente de tráfico. Hace diez días en la Carretera A-131, salida de vía en un tramo recto, sin lluvia, de día. Sin testigos, sin frenada. El coche se salió y chocó contra un pilar de hormigón. Murió en el acto. Justo tres días después de pedir el traslado por «desavenencias con la dirección».

El silencio cayó sobre la mesa como una losa de granito. Irene entendió entonces el alcance real de lo que tenía entre manos. Ya no era solo un cadáver anónimo en un piso ocupado. Era una red que abarcaba desde los despachos hasta los gimnasios de boxeo de los barrios bajos. Y en medio, un arquitecto honesto que había dejado de firmar lo que no debía y había pagado el precio máximo.

—Tengo que encontrar a la viuda de Prieto —dijo Irene, guardando el sobre en su bolso como si fuera una bomba de relojería—. Tengo que saber qué vio y tengo que hablar con alguien que esté dentro.

—Ten cuidado —le advirtió Alea.

La *hacker* estiró la mano y le colocó un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. Fue un gesto inconsciente, rápido, casi tierno, pero sus dedos rozaron la piel de Irene, dejando un rastro eléctrico y caliente que le bajó hasta el estómago. Alea retiró la mano rápido, como si se hubiera quemado, y desvió la mirada hacia su portátil, nerviosa, rompiendo el momento.

—He puesto una alerta en tu nube —dijo Alea, con voz un poco más aguda de lo normal—. Alguien intentó entrar anoche desde una IP enmascarada. Si vas a por ellos, recuerda que Ivanchuk no juega con papeles. Juega con cosas que se rompen. Y tú eres de carne y hueso.

—Necesito un nombre más, Alea. Alguien a pie de calle, alguien que no sea un jefe. Un eslabón débil.

Alea pensó un momento, mordiéndose el labio.

—Hay un tipo. Le llaman «El Rumano», aunque es moldavo. Sorin. Trabaja para Segurval, pero va por libre. Es un mediador, de los que gestionan la entrada de familias vulnerables en los pisos para hacer ruido y molestar a los vecinos legales. Suele parar en un

bar cerca del Mercado Central. Si le invitas a comer y le pagas las copas, habla. Pero es peligroso. Es un superviviente.

Irene se levantó.

—Invitaré a comer a Sorin.

—Irene —la llamó Alea antes de que se diera la vuelta.

—¿Qué?

—Llámame cuando llegues a casa. Solo para saber que has llegado entera.

Irene asintió, sintiendo un calor repentino en el pecho que nada tenía que ver con la calefacción del bar.

—Te llamo.

Salió del bar. La tarde caía sobre Zaragoza, tiñendo el cielo de un violeta amoratado, sucio por la contaminación y las nubes de tormenta que se acercaban desde el Moncayo.

El mapa estaba completo. Tenía los nombres: Huertas, Ivanchuk, Prieto. Tenía las empresas. Y tenía el primer cadáver con causa de muerte real: asesinato químico.

Ahora solo faltaba que alguien cometiera un error. O que ella fuera lo suficientemente rápida para esquivar el golpe que, estaba segura, ya venía de camino en forma de furgoneta blanca.

Código postal cero

La carretera A-131 es una línea recta trazada con desgana sobre el paisaje estepario de los Monegros, un lugar donde el viento tiene tanto espacio para correr que golpea los coches con la fuerza de un puño invisible.

Irene conducía con los ojos escociendo por la falta de sueño. La noche anterior la había perdido en una nave del Polígono Cogullada, congelada de frío, esperando una supuesta entrega de documentos filtrados que resultó ser una broma o una trampa. Alguien la había tenido tres horas vigilando la nada solo para reírse de ella. Pero esa mañana no era una broma. Irene había conducido hasta el kilómetro 18 con la ubicación del accidente marcada en el GPS y la garganta seca. Según Alea, Luis Prieto había muerto allí hacía diez días. Según la Guardia Civil, se había dormido al volante. Según el sentido común de Irene, los arquitectos municipales que denuncian irregularidades no se duermen en tramos rectos; los duermen.

Aparcó en el arcén, encendiendo las luces de emergencia. El lugar no tenía nada de especial. Un tramo de asfalto gris, hierba seca en las cunetas y un árbol solitario, un pino carrasco con el tronco desollado a un metro del suelo. La madera viva había quedado expuesta, brillando con resina fresca que goteaba como sangre

ámbar, marcando el punto exacto donde la vida de Prieto se había detenido en seco.

Bajó del coche. El frío allí era distinto al de la ciudad; era un frío abierto, mineral. El cierzo soplaba con ese silbido agudo, casi humano, que la gente de fuera confunde con el ruido del tráfico lejano, pero que los de aquí saben que es el sonido de la soledad. Era un viento que no solo movía el aire, sino que parecía querer borrar las huellas de lo que había pasado en ese asfalto.

Sacó el móvil y marcó un número.

—¿Estás despierto?

—Soy fotógrafo *freelance*, Irene. Mi estado natural es el insomnio y la precariedad —respondió una voz rasposa al otro lado.

—Necesito fotos. Carretera A-131, kilómetro 18. Ahora.

—¿Qué hay ahí?

—Un árbol con historia y un asfalto que miente.

—Dame cuarenta minutos.

Marcos llegó en treinta y cinco. Bajó de su viejo Seat Ibiza con esa pinta de turista despistado que le había valido el apodo. Llevaba sandalias con calcetines (en pleno noviembre), bermudas de camuflaje y un chaleco lleno de bolsillos donde guardaba objetivos que costaban más que su coche. Irene había empezado a llamarle «Germán» hacía tres años, por «el alemán», y la broma se había quedado pegada a él como su propia sombra.

—Germán —saludó ella.

—Larré. —Él sacó la cámara sin preguntar y se la llevó a la cara. Germán nunca miraba el mundo directamente si podía evitarlo; prefería mirarlo a través del pentaprisma, filtrado por una lente de cristal. Era su forma de mantener la realidad a una distancia segura, convirtiendo el horror en encuadre y la tragedia en apertura de diafragma—. ¿Qué busco?

—Busca lo que no está. —Irene señaló el asfalto—. Busca la frenada.

Caminaron juntos por la carretera; no había tráfico. El silencio solo lo rompía el obturador de la cámara de Germán, disparando en ráfagas, *clic-clic-clic*. Irene se agachó; el asfalto estaba limpio. Viejo, agrietado, pero limpio.

—Si te duermes y te sales de la vía —murmuró—, el cuerpo reacciona antes de impactar. Un volantazo, un pisotón al freno, algo. Aquí no hay nada. El coche salió recto, como una flecha, contra el único árbol en quinientos metros.

—O iba muerto antes de chocar —dijo Germán, enfocando las marcas en la corteza del pino—, o alguien le sujetaba el volante.

Irene se acercó al árbol. Entre la tierra removida y los restos de plástico rojo de un faro trasero que nadie había limpiado, vio algo más. Una mancha oscura en la tierra, aceitosa.

—Germán, esto.

Él se agachó, cambió la lente y disparó.

—Líquido de frenos —diagnosticó—. O aceite, pero es reciente.

—El accidente fue hace diez días.

—Entonces la tierra ha bebido mucho.

Irene sacó su cuaderno, dibujó un croquis rápido. Recta, árbol, ausencia de frenada. De repente el móvil le vibró; era Zuazo, había tardado dos horas en devolverle la llamada perdida.

—Dime que no estás en la carretera —fue su saludo.

—Estoy viendo un árbol que tiene más respuestas que tu atestado.

Zuazo suspiró. Se oía ruido de fondo, teléfonos, el caos de la comisaría.

—El atestado de la Guardia Civil dice «pérdida de control por causas indeterminadas, posible somnolencia». No hay alcohol en sangre, no hay fallo mecánico en los frenos según la primera inspección.

—¿Y extraoficialmente? —preguntó Irene.

—Extraoficialmente… Prieto había pedido el traslado hace dos semanas. Fue a Recursos Humanos, dijo que estaba «incómodo», que le presionaban para firmar cosas que no veía claras.

—¿Quién le presionaba?

Zuazo bajó la voz.

—Su jefa directa, la directora de área, Piedad Albar. En los papeles firma como P. A. Le dijo que no era momento de irse, que se quedara quieto.

El nombre golpeó a Irene. *Piedad Albar.* La misma P. A. que aparecía en el acta de la «Mesa de Coordinación» que le había

enseñado Alea, la pieza que conectaba el despacho con la calle.

—¿La interrogaron?

—Le tomaron declaración rutinaria, dijo que Prieto era un excelente profesional con problemas de estrés. Cerraron el expediente administrativo al día siguiente del entierro. Tienen prisa, Irene. Mucha prisa.

Irene colgó. Miró el árbol desollado.

—Vámonos, Germán. Ya tenemos la escena. Ahora necesito a la víctima.

***

Laura, la viuda de Prieto, vivía en Delicias, en uno de esos bloques de ladrillo caravista de los años setenta que envejecen con dignidad obrera. Irene subió sin llamar al telefonillo, aprovechando que una vecina salía con el carrito de la compra. Quería evitar el «no» fácil del interfono. Tercero B. Tocó el timbre. Esperó. Oyó pasos lentos. La mujer que abrió la puerta parecía haberse encogido dentro de su propia ropa. Llevaba un jersey gris dos tallas más grande y tenía los ojos hinchados, con esa mirada vidriosa de quien lleva días llorando y ya solo le queda la sal.

—¿Sí?

—Soy Irene Larré. Periodista. —No usó trucos esta vez, no sacó el cuaderno, solo la verdad—. Estoy investigando la muerte de su marido. Y creo que no fue un accidente.

Laura la miró. Hubo un momento de duda, de miedo reflejo. Pero luego, Irene vio algo más en sus ojos: rabia. La rabia de quien sabe que le han mentido. Se apartó para dejarla pasar.

—Pase. Está todo… manga por hombro.

El piso estaba ordenado, pero triste. Un silencio espeso flotaba en el pasillo, interrumpido solo por el tictac de un reloj de pared. En el mueble del recibidor, junto a las llaves de ella, había un hueco vacío en la bandeja de cuero y unas zapatillas de andar por casa de hombre, alineadas con precisión militar contra la pared, esperando unos pies que ya nunca volverían a calzarlas. Ese par de zapatillas vacías gritaba la ausencia más fuerte que cualquier llanto. Había

fotos de Luis Prieto también: en la playa, con los niños, sonriendo con una copa de vino. Parecía un hombre normal, un hombre que no debería haberse cruzado con una furgoneta blanca.

Se sentaron en el sofá. Laura se abrazó las rodillas, haciéndose un ovillo defensivo.

—La Guardia Civil dice que se durmió —dijo, con voz monocorde —. Luis nunca se dormía. Era la persona más meticulosa que he conocido. Revisaba la caldera dos veces antes de salir, conducía a noventa.

—Lo sé —dijo Irene—. He estado en el lugar. No frenó, Laura.

La mujer levantó la vista, los ojos llenos de lágrimas nuevas.

—¿Por qué?

—Porque creo que le obligaron a no frenar. O porque ya no podía hacerlo.

Irene sacó el cuaderno, pero lo dejó cerrado sobre sus rodillas.

—¿Luis le contó algo las últimas semanas? ¿Estaba preocupado?

Laura asintió despacio.

—Estaba… distinto, nervioso. No dormía. Se levantaba a media noche y se ponía a revisar papeles en la cocina. Le pregunté qué pasaba, me dijo que en el trabajo las cosas se estaban poniendo feas.

—¿Mencionó algún nombre?

—Hablaba de «ellos». Decía «quieren que corra», «quieren que firme sin mirar». Y mencionó a una mujer, su jefa.

—¿Piedad Albar?

Laura se tensó.

—Sí. Piedad. Decía que ella le sonreía mientras le ponía los expedientes delante, pero que sus ojos… decía que sus ojos no sonreían nunca. «Es una burócrata del miedo», me dijo una vez.

Laura se levantó y fue hacia una estantería. Cogió una caja de zapatos vieja, de esas que se usan para guardar recuerdos o facturas.

—La noche antes del… accidente, Luis hizo algo raro, me dio esto. Sacó un sobre marrón, sellado. Me dijo: «Si me pasa algo, si me despiden o si… bueno, si pasa algo, no abras esto. Dáselo a alguien que no tenga miedo».

Laura le tendió el sobre a Irene. Le temblaba la mano.

—Yo tengo miedo, Irene. Tengo dos hijos y tengo miedo. Pero usted… usted ha venido hasta aquí.

Irene cogió el sobre. Pesaba poco, pero se sentía denso, cargado. Irene lo abrió. Dentro había una nota manuscrita y un correo impreso amenazante de un tal «R. Abad». Era la prueba de la extorsión.

—Gracias, Laura. Prometo que esto no se quedará en un cajón.

—Solo quiero saber por qué —dijo la viuda, acompañándola a la puerta—. Era un buen hombre, solo quería hacer las cosas bien. ¿Por qué matar a alguien por hacer las cosas bien?

—Porque hacer las cosas bien sale caro para los que quieren hacerlas mal —respondió Irene.

Irene se levantó para irse. Ya tenía la confirmación política. Pero justo cuando llegaba a la puerta, Laura la detuvo.

—Hubo algo más —murmuró la viuda, bajando la voz—. Hubo un caso concreto que le rompió por dentro. Un anciano, un tal Azcona. Creo que era profesor de la Universidad.

—¿Azcona?

—Sí. A Luis le obligaron a ir allí. Tuvo que firmar un informe de «riesgo estructural inminente» mientras los de seguridad sacaban al hombre a la calle. Luis volvió a casa blanco. Me dijo que el piso estaba bien, que no había ninguna ruina. Se sintió como un verdugo.

La viuda se abrazó a sí misma, temblando.

—Semanas después, Luis lo vio. Vio al profesor Azcona durmiendo en un coche viejo en el *parking* de la estación de Delicias. Eso le mató, señorita Larré. Luis era un mandado, pero tenía corazón. Decía que no había derecho a tratar así a la gente decente. Quería ir a buscarle, quería ayudarle. Y dos días después… el accidente.

Irene sintió un escalofrío. Ahí estaba. El cabo suelto.

—El *parking* de Delicias —repitió Irene, memorizando el dato—. Gracias, Laura. Ha sido usted muy valiente.

Salió al rellano y bajó las escaleras de dos en dos. El aire de la calle le golpeó la cara, pero ya no sentía frío. Sentía urgencia. Si ese profesor seguía allí, era la prueba viviente del fraude.

Sacó el móvil y marcó el número de Germán mientras corría hacia su coche.

—No te vayas a dormir todavía —dijo en cuanto él descolgó—. Tengo una dirección. O mejor dicho, tengo un *parking*. Vamos a buscar a la conciencia de Prieto.

***

Zaragoza tiene dos caras. La de día, que huele a café y prisa, y la de las tres de la madrugada, que es una ciudad de persianas bajadas y semáforos parpadeando en ámbar para nadie. Irene conducía cruzando el Puente del Tercer Milenio, una estructura blanca y curva que cruzaba el Ebro como una costilla de ballena gigante.

Debajo, el río bajaba negro y espeso. Arriba, la ciudad dormía.

—¿Estás segura de que es buena idea? —preguntó Germán. Llevaba la cámara sobre el regazo, acariciando la lente con el pulgar, un tic nervioso—. Ir a despertar a gente que vive en la calle no suele acabar con abrazos.

—No viven en la calle, Germán. Viven en el limbo. —Irene giró el volante hacia la salida de la Estación Intermodal—. Y la viuda fue muy clara. Si Prieto vio al profesor allí, es que sigue allí. Un hombre de setenta años no se mueve rápido.

La Estación de Delicias apareció frente a ellos. Una mole inmensa de hormigón y cristal, iluminada como un aeropuerto, limpia, aséptica. Pero Irene no buscaba la entrada principal. Giró hacia el sur, hacia la zona de sombra, donde el asfalto cuidado se convertía en grava y los focos halógenos parpadeaban.

El «parking disuasorio».

Al entrar, el sonido de las ruedas cambió. Dejó de ser un siseo suave para convertirse en un crujido de piedras. Irene apagó las luces largas para no asustar a nadie. Lo que los faros revelaron no era un aparcamiento; era un campamento silencioso.

—Madre de Dios —susurró Germán.

No era solo el frío, que allí se sentía más húmedo y sucio que en la carretera. Era la sensación de intrusión.

Vieron una furgoneta blanca de reparto con el logotipo de una panadería medio borrado. De su tubo de escape salía un hilillo de humo blanco; tenían el motor al ralentí para no congelarse. Vieron un Renault Clio con los cristales tapados con cartones de pizza recortados a medida. Vieron la ropa tendida en los espejos retrovisores: calcetines, camisas de trabajo, uniformes de limpieza secándose al aire gélido de la noche.

Aquí no había drogadictos, ni delincuencia visible. Había un silencio aterrador. Era el silencio de la gente que tiene que madrugar para ir a trabajar, saliendo de un coche en lugar de una casa.

—Huele a gasoil y a humanidad rancia —dijo Irene, bajando la ventanilla un centímetro.

Avanzaron despacio por las filas. En un rincón, un hombre joven con traje se afeitaba usando el retrovisor exterior y una botella de agua mineral, iluminándose con la linterna del móvil. Se preparaba para una entrevista o para entrar al turno de mañana en algún banco, manteniendo la fachada mientras dormía sobre el freno de mano.

—Ahí —dijo Germán, señalando el fondo.

Pegado a la valla metálica que separaba el aparcamiento de las vías del tren, donde el ruido de los mercancías debía ser insoportable, estaba el Renault Megane. Verde botella. Viejo, pero inquietantemente limpio.

Irene aparcó a unos metros. Apagó el motor y la oscuridad se les echó encima.

Bajaron. El suelo estaba lleno de charcos helados que crujían bajo sus botas. Se acercaron al Renault. El interior era una pequeña cápsula de resistencia. Irene vio una pila de libros de tapa dura en el suelo del copiloto: *La decadencia de Occidente, Historia de Roma, El capital*. Estaban ordenados por tamaño, milimétricamente. En la percha de la agarradera trasera, una camisa blanca y una corbata azul marino esperaban el día, protegidas por una funda de plástico de tintorería.

El hombre dormía en el asiento trasero.

Irene golpeó el cristal. No fuerte, sino con ritmo. *Toc, toc, toc.*

El movimiento dentro fue inmediato, pero no brusco. El hombre se incorporó. Tenía el pelo blanco revuelto y llevaba un jersey de cuello alto bajo la manta. Buscó sus gafas, se las puso y miró hacia fuera. Sus ojos no mostraron miedo. Mostraron cansancio. Un cansancio antiguo, geológico.

Bajó la ventanilla. El interior del coche conservaba el rastro rancio de la vejez, apenas camuflado por un ambientador barato.

—Si vienen a decirme que mueva el coche, el motor está frío —dijo. Tenía una voz profunda, educada, que no pegaba con el escenario—. Necesitaré cinco minutos.

—No somos policías —dijo Irene. Se agachó para estar a su altura —. Busco al profesor Arturo Azcona.

El hombre sonrió con amargura. Se pasó una mano por el pelo, intentando adecentarse.

—El profesor Azcona daba clases en el Aula Magna. Yo soy Arturo, el del *parking*. ¿Son ustedes de Servicios Sociales? Porque ya les dije que no iré al albergue. No pienso dejar mis libros.

—Soy periodista. Irene Larré. Vengo de hablar con la viuda de Luis Prieto.

El nombre funcionó como una llave. La expresión de Arturo cambió. La máscara de dignidad férrea se agrietó un poco. Abrió la puerta y salió al frío. Era alto, aunque caminaba encorvado por las noches durmiendo en un asiento. Llevaba unos pantalones de pinzas perfectamente planchados, aunque brillantes por el desgaste.

—Prieto —murmuró, mirando hacia las vías del tren donde pasaba una locomotora solitaria—. El arquitecto triste. Leí en el periódico que había muerto. Un accidente, decían.

—No fue un accidente, Arturo. Lo mataron porque se sentía culpable. Por lo que le hicieron a usted.

El profesor se ajustó las gafas. Miró a Germán, luego a la cámara, luego a Irene.

—¿Tienen frío? —preguntó de repente—. Voy a hacer café. La hospitalidad es lo único que esos buitres no pudieron embargarme.

Se movió hacia el maletero con gestos lentos, dolorosos. Abrió el portón y reveló su cocina: un hornillo de gas, un cazo abollado, garrafas de agua y una caja de galletas María.

Encendió el gas. La llama azul iluminó su rostro, lleno de arrugas profundas.

—Vivíamos en la calle Coso —empezó a contar, mientras el agua se calentaba—. Un tercero con balcones a la calle. Mi mujer, Carmen, amaba la luz de ese piso. Cuando enfermó… el Alzheimer es una enfermedad cara, señorita Larré. Muy cara. Dejé de pagar tres cuotas de la comunidad y dos derramas. Luego llegaron las de la hipoteca inversa.

—Y apareció la empresa —apuntó Irene.

—Aparecieron los bárbaros. —Arturo echó café soluble en tres vasos de cartón—. No entraron con espadas, sino con burofax. Primero cartas amables, luego amenazas. Y finalmente, el día del lanzamiento, vinieron con el arquitecto.

Le tendió un vaso a Irene. Quemaba, y eso era un consuelo.

—Prieto no quería estar allí —siguió Arturo—. Lo vi en sus ojos. Temblaba más que yo. Firmó el papel que decía que mi casa se caía a pedazos, pero me susurró «lo siento». Fue un cobarde, sí. Pero un cobarde con conciencia.

—¿Quién le obligaba? —preguntó Germán—. ¿Quién más estaba allí?

Arturo dio un sorbo largo a su café.

—Los de seguridad. Segurval 24H. Había un tipo calvo, con una cicatriz en la ceja. No gritaba. Daba órdenes en voz baja, como si estuviera gestionando ganado. «Saquen los muebles», «cambien el bombín». Me miraba como si yo fuera un residuo.

Segurval. Irene sintió el odio subirle por la garganta.

—Arturo, necesito saber quién compró la deuda. Prieto mencionó una empresa instrumental. Una tapadera.

El profesor dejó el vaso en el suelo. Se limpió las manos en el pantalón y abrió la puerta del copiloto. De la guantera, que usaba como archivo, sacó una carpeta azul de gomas.

—Guardo todo —dijo, acariciando el plástico—. Cada notificación, cada insulto legal. Es mi legado. Si algún día la historia me juzga, quiero que sepa que yo pagué hasta donde pude.

Sacó un papel arrugado con el membrete de un juzgado y otro grapado detrás.

—La inmobiliaria grande se quedó el piso. Pero las notificaciones… las notificaciones venían de aquí.

Irene iluminó el papel con el móvil.

NEXO PATRIMONIAL S.L. Entidad gestora de activos. Dirección fiscal: Calle Mayor 4, Polígono Industrial «El Secano», Tardienta (Huesca).

—¿Tardienta? —Germán frunció el ceño—. Eso es un pueblo en mitad de los Monegros. Allí no hay nada, solo polvo y una harinera.

—Exacto —dijo Irene. Sus ojos brillaron—. Es un buzón. Una empresa fantasma para que las denuncias de gente como Arturo nunca lleguen a nadie real. Se pierden en el desierto.

Irene fotografió el documento. Luego miró al profesor. Estaba temblando, y no era solo por el frío. Recordar dolía.

—Mi mujer murió dos semanas después del desahucio —dijo Arturo, mirando su reflejo en la chapa del coche—. Murió en un hospital público, en una habitación compartida. Pero creo que en realidad murió de vergüenza. De verse sin su casa, sin sus recuerdos.

—Lo siento, Arturo.

—No lo sienta. Hágalos pagar. —El profesor cerró la carpeta con un golpe seco—. El Derecho Romano dice *Ubi societas, ibi ius*. Donde hay sociedad, hay derecho. Pero esta gente ha roto el pacto social. Nos cazan, señorita Larré. Nos cazan uno a uno porque estamos solos.

Un pitido agudo sonó a lo lejos. Un guardia de seguridad con chaleco reflectante empezaba a recorrer las filas golpeando los coches con una linterna.

—Deben irse —dijo Arturo, apagando el hornillo rápidamente—. A las cuatro hacen la ronda. Si nos ven hablando, pensarán que estamos trapicheando y me echarán. Y este es el único sitio seguro que me queda.

El profesor guardó sus cosas con una dignidad que partía el alma. Se metió en el coche, cerró el seguro y se subió el cuello del jersey. Se convirtió de nuevo en una sombra en un asiento trasero.

Irene y Germán se alejaron caminando rápido hacia su coche. El viento soplaba ahora con más fuerza, trayendo el olor a ozono de las

catenarias del tren.

Subieron al vehículo. Irene no arrancó de inmediato. Se quedó mirando el volante, respirando fuerte.

—¿Estás bien? —preguntó Germán.

—No —dijo ella. Su voz era dura como el pedernal—. No estoy bien. Ese hombre ha educado a cientos de alumnos y ahora tiene que esconderse para hervir agua. Prieto tenía razón en morirse de culpa.

Arrancó el motor. El coche rugió, un sonido agresivo en la noche quieta.

—¿A casa? —preguntó Germán, aunque ya sabía la respuesta.

Irene negó con la cabeza mientras metía primera.

—Germán, mira el mapa. ¿A cuánto está Tardienta?

—A unos cincuenta minutos. Pero es de noche, Irene. No veremos nada.

—Mejor. Quiero estar allí cuando amanezca. Quiero ver qué clase de madriguera tienen estos tipos en el desierto.

El coche salió del *parking*, dejando atrás la ciudad de los invisibles, y enfiló la carretera hacia el norte. Hacia la oscuridad de los Monegros.

***

El amanecer en los Monegros no es un evento romántico; es una revelación brutal. El sol no sale poco a poco, estalla sobre el horizonte plano y ocre, iluminando un paisaje que tiene más en común con la superficie de Marte que con el resto de Aragón.

El coche de Irene devoraba kilómetros por la carretera A-23 y luego por una comarcal llena de grietas que serpenteaba entre campos de secano. A ambos lados, la tierra yerma se extendía hasta el infinito, salpicada de sabinas retorcidas y granjas de cerdos que hedían a amoniaco a kilómetros de distancia.

Germán dormitaba en el asiento del copiloto con la boca abierta, acunado por la vibración del motor y la calefacción. Irene no podía dormir. La cafeína del café soluble del profesor Azcona y la rabia la mantenían despierta, con los ojos fijos en la línea blanca del asfalto.

—¿Falta mucho? —masculló Germán, despertándose al pillar un bache especialmente traicionero. Se frotó la cara con las manos, intentando borrar el sueño—. Siento que estamos conduciendo hacia el fin del mundo.

—Casi. Tardienta. —Irene bajó el parasol—. Es el lugar perfecto, Germán. Si quieres esconder algo, lo escondes donde nadie mira. Y nadie mira a los Monegros si no es para rodar una película del oeste o poner molinos de viento.

El pueblo apareció como un espejismo de ladrillo y silos de grano en medio de la nada. Pero Irene no entró en el casco urbano. El GPS del móvil la guiaba hacia las afueras, hacia una zona marcada en el mapa digital como Polígono Industrial «El Secano».

El nombre no podía ser más apropiado.

El polígono era un cementerio de ambiciones precrisis. Naves industriales a medio construir, esqueletos de hormigón donde solo crecían los cardos y carteles de «SE VENDE» descoloridos por diez años de sol implacable. El viento, que allí soplaba sin obstáculos, levantaba nubes de polvo blanco que golpeaban el coche como lluvia sólida.

—Calle Mayor, número 4 —leyó Irene, reduciendo la velocidad a paso de hombre.

Pasaron por delante de una fábrica de piensos cerrada y un taller mecánico que parecía funcionar, custodiado por tres mastines atados con cadenas cortas que se lanzaron contra la verja ladrando con furia.

—Ahí —señaló Germán.

El número 4 no era una oficina con cristales tintados y banderas en la entrada. No había recepcionista, ni moqueta, ni aire acondicionado.

Era una nave pequeña, de bloques de hormigón gris sin pintar, con el techo de uralita hundido en una esquina. La puerta metálica basculante estaba oxidada, cerrada con una cadena gruesa y un candado que parecía nuevo. Las ventanas estaban rotas a pedradas, cubiertas desde dentro con plásticos negros de basura que aleteaban con el viento, produciendo un sonido rítmico, hipnótico: *flap, flap, flap*.

Irene detuvo el coche detrás de un montículo de escombros, intentando que no fuera visible desde la carretera principal.

—Dime que es una broma —dijo Germán, bajando del vehículo y protegiendo la lente de su cámara del polvo con la mano—. ¿Esta es la sede del *holding* inmobiliario que está comprando media Zaragoza?

—No es una broma. Es una tapadera.

Caminaron hacia la entrada. La grava crujía bajo sus botas como cristales rotos. El aire estaba quieto, cargado de polvo.

No había timbre. Solo había un buzón. Un buzón metálico, grande, de estilo americano, clavado en un poste torcido. Estaba abollado, como si alguien lo hubiera golpeado con un bate de béisbol, pero seguía en pie. Y estaba lleno a reventar. La tapa no cerraba. Sobres blancos, amarillos, notificaciones certificadas de Correos asomaban como lenguas de papel.

Irene tiró de uno de los sobres con cuidado, usando un pañuelo de papel para no dejar huellas, aunque sabía que era una precaución absurda.

—Mira esto.

Germán leyó el destinatario a través del plástico de la ventanilla del sobre.

—Nexo Patrimonial S.L. —Cogió otro que había caído al suelo—. Inversiones Cierzo 2020 S.L. —Cogió un tercero—. Gestión de Activos Urbanos del Ebro S.A.

Miró la nave ruinosa y luego a Irene.

—¿Todas estas empresas están aquí?

—Todas estas empresas son este buzón —sentenció Irene con asco—. Es el truco más viejo del libro. Si denuncias a Nexo Patrimonial por acoso, la citación judicial llega aquí. El cartero no encuentra a nadie, la deja en el buzón. Pasan los meses. Te dan la razón en rebeldía. Y cuando el juez manda embargar, se encuentran esto: un nido de ratas que no vale ni mil euros. El dinero real ya está en Suiza o en Panamá.

Germán empezó a disparar fotos. *Clic, clic, clic.* El sonido del obturador era seco, como disparos pequeños. Documentó el buzón,

la cadena oxidada, los plásticos en las ventanas. La prueba gráfica de la gran mentira.

—Vamos a ver qué hay detrás —dijo Irene.

Rodearon la nave. La parte trasera daba directamente al campo abierto, un secarral inmenso. Allí, pegado a la pared de hormigón, encontraron algo más.

El suelo estaba negro.

Había un bidón metálico cortado por la mitad, lleno de cenizas recientes. Alrededor, la tierra estaba quemada. Irene se arrodilló y removió la ceniza con un palo.

—Queman el correo —murmuró—. Vienen, cogen lo que les interesa (probablemente cheques o notificaciones bancarias) y queman las citaciones judiciales. Destrucción de documentos sistemática.

—Irene —susurró Germán. Su voz había cambiado de tono. Era urgente—. Coche.

El sonido de un motor se acercaba por el camino de tierra. Un rugido diésel, pesado.

—¡Escóndete! —ordenó Irene.

No les daba tiempo a llegar a su coche. Corrieron hacia la esquina de la nave y se aplastaron contra el hormigón rugoso, ocultos por la maleza seca.

Una furgoneta blanca, una Ford Transit sin logotipos y llena de barro, entró en la parcela. Frenó delante del buzón levantando una nube de polvo.

Irene contuvo la respiración. Germán pegó la cámara al pecho, tapando el objetivo para que no hubiera reflejos.

La puerta de la furgoneta se abrió. Bajó un hombre. Irene se asomó milímetros. Era un tipo corpulento, con un mono de trabajo azul y guantes de cuero. Parecía un «mandado», uno de esos hombres para todo que arreglan tuberías o rompen piernas según el día.

El hombre abrió el buzón con una llave pequeña. Sacó el taco de cartas con brusquedad. Lo hojeó rápido, separando dos sobres que se guardó en el bolsillo del pecho. El resto, la inmensa mayoría, lo tiró al suelo.

Luego, sacó una garrafa de gasolina de la furgoneta.

«Va a quemarlo», pensó Irene.

El hombre roció el montón de cartas en el suelo, justo debajo del buzón. Sacó un mechero.

Fwoosh.

La llamarada subió rápida, alimentada por el papel seco. El hombre se quedó mirando el fuego unos segundos, con aburrimiento, asegurándose de que las notificaciones del juzgado se convertían en humo negro.

Germán, en un acto de valentía estúpida o instinto profesional, levantó la cámara. Se asomó un poco y disparó.

Clic.

El sonido fue imperceptible por el viento, pero el hombre se giró. Tenía el instinto de un animal de presa. Miró hacia la esquina donde estaban escondidos.

—¡Eh! —gritó el hombre, soltando la garrafa—. ¿Quién anda ahí?

Empezó a correr hacia ellos.

—¡Corre! —gritó Irene.

Ya no había sigilo. Salieron de su escondite y corrieron hacia su coche, aparcado tras los escombros. Las botas resbalaban en la grava.

—¡Oigan! ¡Paren! —gritó el hombre a sus espaldas. Oyeron pasos pesados persiguiéndoles.

Irene llegó a la puerta del conductor, abrió y se lanzó dentro. Germán se tiró en el asiento del copiloto casi al mismo tiempo. Irene giró la llave. El motor tosió una vez —el frío— antes de arrancar.

La mano del hombre golpeó el cristal trasero justo cuando Irene soltaba el embrague y pisaba el acelerador a fondo.

El coche derrapó, lanzando piedras hacia atrás, y salió disparado hacia el camino principal. Irene no miró atrás hasta que estuvieron a quinientos metros, volviendo a la carretera asfaltada a toda velocidad.

Por el retrovisor, vio al hombre de pie en medio del camino, haciéndose pequeño, con la columna de humo negro del correo quemado subiendo hacia el cielo azul detrás de él.

Germán se dejó caer en el respaldo, respirando como si acabara de correr una maratón.

—¿Tienes la foto? —preguntó Irene, con el corazón golpeándole las costillas.

Germán revisó la pantalla de su cámara. Asintió, pálido pero sonriendo.

—La tengo. Tengo que editarla porque se ve algo borrosa. Y se ve el fuego. Tenemos la prueba, Irene. Están obstruyendo a la justicia.

Irene aflojó la presión sobre el volante, aunque no bajó de 120 km/h hasta que perdieron de vista el pueblo.

—Bien. Porque esto confirma que no podemos luchar contra ellos con papeles. Los papeles los queman.

—¿Y ahora qué? —preguntó Germán—. No podemos volver allí. Saben nuestro coche.

—Ahora cambiamos de estrategia. —Irene miró la carretera infinita —. Hemos visto el fantasma, Germán. Hemos visto el buzón vacío. Ahora necesitamos carne y hueso. Necesitamos a alguien que tenga miedo de verdad, alguien a quien podamos apretar.

—¿Quién?

Irene recordó la conversación con el profesor en el aparcamiento. El nombre del mediador. El que daba la cara.

—Sorin —dijo Irene—. El rumano. El que engañó a Arturo.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—Alea me dijo que para por el Mercado Central. Tiene una oficina oficiosa en un bar.

Irene miró la hora en el salpicadero. Las nueve de la mañana.

—Vamos a desayunar fuerte en la primera área de servicio que encontremos, Germán. Necesitamos fuerzas. Porque a mediodía vamos a ir al bar El Cantábrico. Y esta vez no voy a ser una periodista amable. Voy a ser su peor pesadilla.

Ozono y críticos

El bar «El Cantábrico» no era un lugar donde la gente fuera a disfrutar; era un lugar donde la gente iba a esconderse o a esperar. Estaba incrustado en una callejuela lateral del Mercado Central como un diente podrido en una boca sana, en esa zona de sombra perpetua donde el sol de Zaragoza no entra ni en agosto, y donde los adoquines siempre están húmedos y resbaladizos por el baldeo de los puestos de pescado.

Al entrar, la atmósfera se te pegaba a la piel como una tela de araña sucia.

No olía simplemente a comida barata. El aire tenía una densidad geológica, sedimentada tras años de ventilación insuficiente: una mezcla de fritanga rancia de hace tres días, vinagre de los botes de encurtidos abiertos en la barra, serrín húmedo en el suelo y ese dulzor empalagoso y nauseabundo de la fruta que se pudre en los contenedores del mercado.

Eran las cinco y media de la tarde, la hora muerta. La hora en la que los ruidos de la ciudad cambian: el bullicio del comercio cesa y empieza el estruendo seco de las persianas metálicas al bajar —*clac-clac-clac*—, sonando como cerrojos de una prisión al aire libre.

Irene eligió una mesa al fondo, bajo un televisor silenciado que emitía un concurso de preguntas y respuestas que nadie miraba. Se

sentó de espaldas a una pared forrada de madera falsa, oscura y grasa, buscando instintivamente la *posición táctica*: control visual de la entrada y del pasillo de los baños.

Se frotó los ojos con los nudillos. Notaba los párpados pesados, lijados por la arenilla del desierto de los Monegros que aún traía en la ropa y por las casi veinticuatro horas que llevaba sin dormir. Su cuerpo estaba en reserva, funcionando con vapores de adrenalina y cafeína, pero su mente estaba extrañamente lúcida, afilada por la imagen del fuego consumiendo los papeles en el descampado.

Pidió un café solo. El camarero, un hombre con manchas de lejía en el polo negro y movimientos de autómata, se lo sirvió en un vaso de cristal grueso, sin platillo y sin mirarla.

Irene esperó. Tamborileó los dedos sobre la mesa de formica, notando cómo se le quedaban levemente pegados al levantar las yemas. Germán se había quedado fuera, en el coche, aparcado en doble fila con el motor en marcha y la calefacción puesta, su vía de escape si la reunión se torcía.

Alea le había asegurado que Sorin usaba aquel antro como su despacho de operaciones. «Es territorio neutral», había dicho. «Ni policía, ni cámaras, ni preguntas». Irene llevaba allí dos horas, viendo entrar y salir a hombres solitarios que bebían rápido y hablaban poco, rezando para que la información de la *hacker* siguiera vigente. No tenía tiempo para vigilancias largas. La cuenta atrás del edificio Venecia corría más rápido que su reloj.

La puerta se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire frío que cortó la densidad del local. Las cortinas de tiras de plástico de la entrada repiquetearon.

Y entonces, apareció.

Sorin no encajaba con el decorado de óxido y derrota del bar. Llegó con cinco minutos de retraso sobre su horario habitual, esa impuntualidad calculada de quien necesita demostrar que su tiempo vale más que el de los demás. No tenía aspecto de criminal de bajos fondos, ni de matón de discoteca. Parecía un monitor de *crossfit* o un *influencer* de barrio en su día libre: sudadera técnica negra impecable con el logo de Adidas, pantalones de chándal de marca

ajustados y unas zapatillas blancas, obscenamente blancas, que parecían levitar sobre el suelo sucio del local.

Llevaba una mochila deportiva cruzada al pecho y caminaba con esa elasticidad arrogante, casi felina, de quien sabe que su cuerpo es su única herramienta y su única defensa.

Escaneó el local en un barrido rápido —barra, tragaperras, caras conocidas— y sus ojos se detuvieron en Irene. No hubo duda. Sabía a quién buscaba. Una sonrisa lenta, que enseñaba demasiados dientes, le cruzó la cara.

Se acercó y se sentó frente a ella sin pedir permiso, invadiendo la mesa, apropiándose del espacio. Dejó la mochila en el suelo, entre sus pies, pero mantuvo una pierna trabada en la correa.

—Me han dicho que hay una periodista invitando a café a los trabajadores del sector servicios —dijo. Su voz era suave, pero tenía un borde metálico. Su español era perfecto, de calle, sin apenas acento, salvo en la dureza de las erres.

—Irene —se presentó ella, ignorando la ironía—. Gracias por venir.

—Sorin. Aunque en este barrio me llaman «El Rumano», por pereza, aunque soy de Moldavia. Pero ahórrate la educación, Irene. No hemos venido a hacer amigos. Vamos al grano. ¿Qué quieres? Mi tarifa por hora es alta y hoy voy con prisa.

Hizo un gesto imperceptible al camarero. Un minuto después, tenía una cerveza y un bocadillo de calamares delante.

Empezó a comer con voracidad, abriendo mucho la boca, triturando el pan con una violencia mecánica. Masticaba fuerte, mirándola fijamente a los ojos, desafiándola a apartar la mirada. Se limpió el aceite de la comisura de los labios con el pulgar. No era un hombre almorzando; era un depredador alimentándose en público para demostrar que no temía a nada.

Irene sostuvo su mirada. Vio en sus ojos algo que conocía bien: la frialdad calculadora del superviviente. Sorin no era un fanático ni un sádico; era un mercenario. Y los mercenarios negocian.

Mantuvo las manos sobre la mesa, visibles, lejos del bolsillo donde la grabadora del móvil registraba cada sonido, incluso el de su propia respiración agitada.

—Quiero saber la mecánica —dijo Irene, con voz neutra—. Quiero saber cómo un edificio pasa de estar habitado por familias a estar en ruina técnica irreversible en tres semanas. Y quiero saber quién firma el calendario de las desgracias.

Sorin soltó una risa breve, seca como un golpe de tos.

—¿Calendario? Tienes mucha imaginación, periodista. Escribes novelas, ¿no? Las casas se caen porque son viejas y están podridas. La gente se va porque se cansa de vivir entre mierda. Es la vida. La gravedad.

—La gravedad no suele coordinarse con las ofertas de compra a la baja de Riberas Capital —replicó Irene, soltando el nombre como quien deja caer un arma sobre la mesa—. Ni con los informes de urgencia de Vistula. Ni con un cadáver sin nombre en el cuarto piso que aparece cronometrado para acelerar el desalojo policial.

La sonrisa de Sorin se congeló un instante. Dejó el bocadillo sobre el plato de papel. Se pasó la lengua por los dientes. Irene vio que había tocado un cable de alta tensión.

—Veo que has hecho los deberes —dijo él, bajando el tono, inclinándose hacia delante hasta que Irene pudo oler su colonia barata mezclada con el olor a calamares—. Pero saber leer nombres en un buzón no te convierte en experta, muñeca. Yo no toco muertos. Yo gestiono… fricciones. Si alguien se pasa de la raya o se pone creativo con la violencia, no es mi problema. Yo soy logística.

—Pues convénceme —Irene se inclinó también, reduciendo la distancia, entrando en la zona de peligro—. Porque ahora mismo, Sorin, tengo un borrador en mi portátil que dice que tú eres el jefe operativo. Que tú organizas las okupaciones, los sabotajes y los «accidentes». Y cuando eso se publique, los de arriba —Huertas, Ivanchuk— van a necesitar a alguien a quien sacrificar para que la sangre no llegue a sus moquetas. Alguien prescindible. Alguien extranjero y con antecedentes. Tú eres el cortafuegos perfecto.

Sorin la miró con una intensidad que habría derretido el cristal. Evaluó la amenaza. Comprendió que estaba atrapado entre una periodista suicida y unos jefes que no perdonaban errores.

—Mira —susurró, girando apenas la cabeza hacia la entrada—. Sin movimientos bruscos. ¿Ves a esos dos que acaban de entrar?

Irene movió los ojos, no la cabeza.

Dos hombres acababan de cruzar el umbral, recortándose contra la luz gris de la calle. Llevaban ropa de trabajo azul oscuro, botas de seguridad con punta de acero manchadas de yeso y mochilas militares idénticas. No se acercaron a la barra. Cruzaron el local en silencio, con paso sincronizado, marcial, dirigiéndose a la salida de emergencia del fondo. Nadie en el bar pareció verlos. Eran invisibles para la gente normal.

—Esos van al edificio de la calle San Vicente, número 12, tercero izquierda —explicó Sorin, hablando rápido, necesitando descargar peso—. Empiezan el turno a las siete. Ruido estructural, golpes en las vigas, música a todo volumen. Mañana habrá tres denuncias vecinales por «problemas de convivencia». Pasado mañana, inspección técnica municipal provocada por las denuncias. En dos semanas, el informe de Vistula dirá que el edificio es inhabitable… y en tres, oferta de compra de Riberas.

Sorin dio un trago largo a su cerveza, como si quisiera lavarse la boca.

—Esos hombres son el paso uno. Yo solo les digo dónde ir, les doy las copias de las llaves y engraso la maquinaria. Soy un gestor de recursos humanos, nada más.

—¿Y si los vecinos no se van? —preguntó Irene.

—Entonces pasamos al paso dos. —Sorin dibujó un círculo en el aire con el dedo—. Se rompe una bajante principal. Se quema un contador de la luz. Se inundan los trasteros. Se crea la urgencia técnica. Todo limpio. Nadie sale herido si son listos y se van a tiempo.

—El hombre de la calle Pontevedra no se fue a tiempo —dijo Irene, fría—. Y acabó en una bolsa de plástico.

Sorin golpeó la mesa con la palma de la mano, haciendo vibrar los vasos.

—¡Porque eso no fue cosa mía! —siseó, con los ojos inyectados en rabia—. ¡Eso fue un error, una chapuza, o un mensaje! Pero no lo envié yo. Yo no mato a la gallina, yo recojo los huevos.

—¿Quién lo envió entonces? —presionó Irene—. ¿Maksim?

Sorin se echó hacia atrás en la silla como si le hubieran apuntado con una pistola. El color se le fue de la cara.

—Ni se te ocurra —susurró, mirando a los lados con paranoia real —. Ni se te ocurra escribir el nombre de Maksim Ivanchuk en tu libretita. Él está en otra liga. Él es un padrino. Da guantes, da gimnasio, da disciplina. Él pone el estadio; nosotros solo jugamos el partido. Maksim no se mancha las manos con grasa. Él cena con el Alcalde.

—Si no fue Maksim y no fuiste tú, ¿quién vigila que el calendario se cumpla? ¿Quién decide cuándo se pasa del paso uno al dos… o al tres?

Sorin miró hacia la puerta, comprobando las salidas. El miedo en sus ojos era genuino, primario. Se pasó la lengua por los labios secos.

—Hay un capataz —dijo, bajando la voz hasta que fue casi imperceptible, un secreto confesado en el purgatorio—. Alguien que lleva el casco rojo en las operaciones. Le llaman Krasny.

—¿Es un nombre?

—Es una función. Un puesto. —Sorin se tocó el cuello inconscientemente—. *Krasny* significa «Rojo». Es el que marca los tiempos. El anterior… el anterior se llamaba Staszek. Un polaco loco, se creyó más listo que el sistema. Se creyó que su estrella le protegía.

—¿Qué estrella?

—Un tatuaje. En el cuello. —Sorin se tocó el lado derecho del cuello con dos dedos—. Cinco puntas. Staszek la llevaba como si fuera un galón de general. Pero en este negocio, Irene, si brillas demasiado, te apagan.

—¿Dónde está Staszek ahora?

Sorin se encogió de hombros, un gesto de fatalismo eslavo.

—Desapareció. Se lo tragó la tierra, o el agua. Dicen que acabó alimentando a los siluros del Ebro. Cuando un *Krasny* cae, otro se pone el casco. Mismo miedo, distinta cara. Así funciona el ciclo. Nadie es imprescindible.

Irene sintió un escalofrío. El río. El cuerpo que Zuazo había encontrado. Staszek.

—¿Y el nuevo Krasny? ¿Quién es?

—No lo sé. Y tú tampoco quieres saberlo. —Sorin se levantó de golpe, cogiendo su mochila del suelo con un movimiento fluido—. Ya tienes tu historia. Yo soy un gestor, los muertos son cosa de los que llevan estrella. Yo no sé nada.

—Espera. —Irene intentó detenerlo—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Sorin se detuvo un segundo. La miró con una mezcla de lástima y desprecio.

—Tú no le encuentras a él. Él te encuentra a ti si molestas lo suficiente. Y créeme, ya estás molestando mucho. Si te lo cruzas, notarás su aliento antes de verle la cara.

Sacó un billete arrugado, lo tiró sobre la mesa y salió del bar sin mirar atrás, caminando rápido, mezclándose con la gente del mercado como una sombra más que huye de la luz antes de que anochezca del todo.

***

Irene se quedó sola, con el cuaderno abierto y la palabra «Krasny» subrayada tres veces. Rojo. Estrella. Staszek muerto. El nuevo ejecutor suelto.

Fuera, las farolas ya habían encendido sus charcos de luz amarillenta sobre el asfalto. Irene avanzó rápido hacia el vehículo de Germán, encogiéndose dentro del abrigo. Se sentía expuesta, vulnerable bajo aquel alumbrado público, como si caminara por un escenario vacío mientras alguien la observaba desde la platea a oscuras.

En la esquina, un hombre con gorra y cazadora oscura leía el menú de un restaurante chino cerrado. No levantó la vista cuando ella pasó, pero Irene vio por el rabillo del ojo cómo su cuerpo giraba levemente, como un girasol negro, siguiendo su trayectoria hasta el coche.

Subió al vehículo de un salto.

—Vámonos —dijo—. Sácame de aquí.

Germán arrancó y se incorporó al tráfico. Irene no dejó de mirar por el retrovisor hasta que cruzaron el Ebro.

El móvil vibró. Mensaje de Zuazo.

«Me han dicho que "alguien" de una plataforma vecinal va a agitar el tema de Torrero mañana. Reunión vecinal en el Centro Cívico a las siete de la tarde. Si vas, ve ligera y con ojos en la nuca. No vayas sola».

Irene cerró los ojos. La maquinaria no paraba. Iban a legitimar el miedo en asamblea.

—Germán —dijo, sin dejar de mirar el móvil—. ¿Tienes plan para mañana a las siete?

—¿Incluye correr delante de alguien o esconderse en arbustos?

—Probablemente. Centro Cívico de Torrero. Necesito fotos de caras. De todas las caras. Los que hablan y, sobre todo, los que callan y vigilan desde el fondo de la sala. Quiero el álbum de la familia.

—Hecho.

Llegó a su casa pasadas las nueve. El edificio estaba en silencio, ese silencio de las comunidades donde nadie quiere saber qué hace el vecino para no tener que testificar.

Subió al trastero antes de ir a su piso. Tenía una espina clavada desde la noche anterior. Tenía que comprobar la caja de los archivos de Delicias, la que le había parecido movida.

Abrió la puerta metálica con cuidado. El olor a humedad y a encierro la golpeó. Encendió la luz amarillenta.

A primera vista, todo seguía igual. Las cajas apiladas, la bicicleta vieja.

Pero Irene se fijó en la estantería central.

Había dejado un trozo de cinta adhesiva transparente, casi invisible, pegado en el borde inferior de la balda, uniendo la madera con la caja de cartón. Un truco viejo y paranoico que le había enseñado un compañero de Zuazo cuando investigaba a los narcos del Gancho. «El testigo mudo», lo llamaba.

La cinta estaba despegada. Doblada sobre sí misma.

Alguien había movido la caja.

Irene se acercó, conteniendo la respiración, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba. Miró la cinta con la linterna del móvil, acercando la luz.

Pegados en el adhesivo, atrapados como insectos en ámbar, había dos pelos.

Cortos. Castaños. Gruesos.

No eran suyos. Irene tenía el pelo negro y largo. Eran de un hombre.

Sintió una náusea repentina que le subió desde el estómago. No habían entrado para robar cosas de valor. Habían entrado para leer de nuevo. Para saber cuánto sabía, para medirla, para calibrar el peligro que ella representaba.

Alguien con pelo castaño y llaves maestras había estado allí, respirando su mismo aire viciado, tocando sus recuerdos, violando su refugio.

Irene despegó la cinta con cuidado, usando unas pinzas que llevaba en el neceser del bolso, y la metió en una bolsa de plástico de congelar. Era una prueba ridícula, inútil en un juicio, pero para ella era la confirmación definitiva. El enemigo había estado dentro.

Subió a su piso corriendo, cerró la puerta blindada y echó los dos cerrojos. Arrastró una silla bajo el pomo, encajándola contra el suelo como la otra vez.

Se duchó con agua hirviendo, frotándose la piel hasta enrojecerla, intentando quitarse la sensación de suciedad, de manos ajenas sobre su vida. Se puso el jersey de lana más grueso que tenía y se sentó en la cama, con el portátil sobre las rodillas como un escudo.

Abrió un documento nuevo. Escribió una lista, vaciando su mente para intentar dormir:

Huertas: El cerebro legal. Amenaza en el archivo.

Ivanchuk: El músculo. Segurval 24H. «Observador».

Sorin: El calendario. El gestor del ruido.

Krasny: El capataz. Casco rojo. Estrella.

Staszek: El Krasny anterior. Muerto en el río.

Prieto: El obstáculo eliminado.

El pelo castaño: El intruso.

Debajo, escribió dos preguntas en mayúsculas:

¿QUIÉN ERA EL MUERTO DEL CUARTO PISO? ¿QUÉ SABÍA PARA QUE TUVIERAN QUE SEDARLO?

Apagó la luz del techo, pero dejó la lámpara de la mesilla encendida. El viento había cambiado de dirección fuera. Ya no era el cierzo seco y frío que venía del norte: era otra cosa, más suave pero también más inquietante. Un aire más húmedo que arrastraba el aliento del río y la promesa de una tormenta inminente.

Irene se ovilló bajo el edredón, con la mano cerca del espray de pimienta que había dejado en la mesilla de noche. Sabía que Sorin tenía razón: había un calendario. Y su nombre acababa de aparecer marcado en rojo en la hoja de mañana.

Mañana, en el Centro Cívico, vería las caras de los que movían los hilos. Y ellos la verían a ella.

La caza había dejado de ser silenciosa.

El humo y la estrella

El salón de actos del Centro Cívico era una caja de resonancia mal diseñada, un espacio con techos demasiado bajos donde las voces rebotaban contra paredes pintadas de un color salmón que había pasado de moda en los noventa. Hacía un calor seco y asfixiante, producto de una calefacción central que nadie sabía regular, y el aire estaba tan cargado que casi se podía masticar. Olía a abrigos húmedos amontonados, a la estática del polvo acumulado en las cortinas de terciopelo sintético y a ese aroma inconfundible a humanidad cansada que se genera cuando se juntan cien personas enfadadas en una habitación sin ventanas.

Irene eligió una silla de madera en la penúltima fila, pegada al pasillo central. «Posición de salida», pensó. Desde allí tenía línea de visión directa con la mesa de ponentes y, más importante aún, con la puerta lateral de emergencia que alguien había dejado sospechosamente entornada a pesar de la corriente fría de noviembre que se colaba desde la calle.

Arriba, en la pequeña galería que hacía de entreplanta técnica, vio el destello breve de una lente. Germán ya estaba en posición, mimetizado con las sombras, tal y como le había pedido. Irene se subió el cuello de la cazadora de cuero. Notaba el peso del *spray* de

pimienta en el bolso, un recordatorio físico y frío de que aquella tarde no iba de urbanismo participativo, sino de pura supervivencia.

La puesta en escena era perfecta en su falsedad corporativa.

Dos *roll-ups* verticales flanqueaban la mesa con palabras inofensivas impresas en tipografía suave y colores pastel: «Diálogo», «Barrio», «Futuro», acompañadas de fotos de *stock* de gente multicultural sonriendo en reuniones que nunca habían ocurrido en el barrio de Torrero.

La gente entraba en oleadas lentas, empujada por curiosidad y por costumbre, ese reflejo de vecindario obrero que sabe que estas reuniones nunca solucionan nada, pero que igual hay que ir por si acaso reparten algo o la cosa se pone fea.

Detrás de los micrófonos, cuatro personas interpretaban su papel en la farsa con distinta fortuna.

Una mujer de pelo rojo teñido y sonrisa de asistente social nerviosa. Una chica joven con aros dorados y camiseta reivindicativa que parecía creerse de verdad la película. Un vecino mayor, con camisa azul y sudor en la frente, que tenía pinta de haber sido empujado a esa silla a la fuerza para cubrir la cuota de «participación ciudadana».

Y R. Abad.

Irene lo reconoció por las fotos de prensa que había revisado con Alea, pero en persona imponía más distancia. Llevaba una americana gris de corte impecable, seguramente italiana, era un grito de seda gris en medio de la estética de barrio. No miraba a los vecinos a los ojos; miraba por encima de sus cabezas, hacia un punto indeterminado en la pared del fondo, con esa paciencia condescendiente de quien sabe que tiene el reloj y la cartera más caros de la habitación y solo está esperando a que pase el trámite.

Un vecino mayor, con las manos manchadas de grasa de taller, se acercó a la mesa para dejar una queja escrita en un papel arrugado. Rozó accidentalmente la manga de la americana de Abad. Irene vio el gesto instintivo del presidente: se apartó un milímetro, con una mueca de disgusto casi imperceptible, y luego se sacudió la tela con dos dedos, como si la pobreza fuera un polvo contagioso que pudiera manchar su traje de mil euros.

—Buenas tardes a todos y todas —empezó la mujer del pelo rojo, con voz temblorosa por la megafonía—. Gracias por venir. Sabemos que el barrio pasa por momentos complejos, de transformación, y estamos aquí para construir, para tejer redes de convivencia.

Irene escaneó la sala. No buscaba a los que hablaban; buscaba a los que vigilaban.

Y los encontró.

Apoyados contra la pared lateral, como columnas de carne, había dos hombres. Llevaban cazadoras *bomber* azul marino idénticas, pelo cortado al cero y esa postura de descanso militar —manos cruzadas delante, piernas abiertas— que grita «seguridad privada». El más joven llevaba un auricular transparente en la oreja, conectado a un cable en espiral que desaparecía bajo el cuello de la camisa. El mayor, con la nariz torcida de boxeador retirado, jugueteaba con un llavero metálico marcando un compás metálico y nervioso.

Irene entornó los ojos: no era un llavero cualquiera. Era un puño de acero, una nudillera disimulada.

«Segurval», pensó Irene. El músculo de Ivanchuk cuidando la «convivencia».

La reunión avanzó con la lentitud de una agonía. Vecinos quejándose de ruidos a deshoras, de jeringuillas en los parques infantiles, de miedo al bajar la basura por la noche. Historias reales, dolorosas, de gente atrapada, que se estrellaban contra el muro de algodón de la mesa.

—Tomamos nota —decía Abad cada vez que alguien terminaba, asintiendo con gravedad impostada—. Es fundamental garantizar la seguridad jurídica de los propietarios para evitar estas situaciones desagradables.

—¿Y la seguridad de los que vivimos aquí? —gritó de pronto un hombre con la camiseta del Real Zaragoza desde la segunda fila—. A mí me han quemado el felpudo dos veces este mes. Y a la semana siguiente, me llega una carta vuestra recomendándome que venda el piso «antes de que se devalúe más». ¿Eso es seguridad jurídica o es extorsión?

El murmullo de la sala subió de volumen. La tensión, que hasta entonces había sido un zumbido de fondo, se hizo eléctrica. Abad no se inmutó. Se acercó al micrófono con suavidad letal.

—Señor… la oferta y la demanda son libres. Nosotros solo facilitamos soluciones habitacionales a quien las necesita. Nadie le obliga a vender, pero entenderá que vivir en un edificio en proceso de ruina técnica no es seguro para su familia.

Ruina técnica. La palabra mágica. El disparador.

Irene levantó la mano. No esperó turno ni micrófono. Se puso de pie, rompiendo la coreografía de la sala.

—Buenas tardes. Irene Larré, de *El Diario del Ebro*.

El cambio en la postura de Abad fue microscópico, pero Irene lo vio. Se le tensó la mandíbula. Los ojos, antes aburridos, se clavaron en ella como alfileres. Sabía quién era. La estaban esperando.

—¿Podría explicarnos la relación entre esta supuesta «Plataforma por la Convivencia» y las empresas Vistula Technical y Riberas Capital? —preguntó Irene, proyectando la voz para que llegara hasta la última fila—. ¿Es cierto que comparten financiación y objetivos? ¿Por qué los informes de ruina de Vistula siempre aparecen exactamente una semana después de que ustedes inicien estas «mediaciones»?

El silencio en la sala se hizo sólido. La mujer del pelo rojo palideció y miró a Abad buscando instrucciones urgentes.

Abad sonrió. Fue una sonrisa de tiburón: solo dientes.

—Señora Larré. Qué gusto verla interesada por los problemas reales de la gente, en lugar de buscar titulares sensacionalistas. Esta es una reunión vecinal. Si tiene inquietudes empresariales o dudas sobre el registro mercantil, le sugiero que las dirija a la Comisión de Urbanismo. Aquí estamos para hablar de convivencia.

—Estoy hablando de convivencia —replicó Irene, sin sentarse. Su voz sonó firme, proyectada, pero por debajo de la mesa le temblaban las rodillas. Notaba el sudor frío bajándole por la espalda, pegándole la camiseta a la piel. Odiaba hablar en público, pero odiaba más a los mentirosos con traje caro.

Clavó la mirada en Abad. Quería que él viera que no le tenía miedo, aunque fuera mentira.

—Estoy preguntando quién paga a los hombres de las cazadoras azules que tienen en la puerta vigilando a los vecinos —continuó, señalando a los gorilas de la entrada con un dedo acusador—. El aire de la sala se había vuelto denso, cargado de esa estática que precede a las tormentas o a las peleas de bar—. ¿Son mediadores o son intimidadores? ¿Trabajan para el barrio o para el fondo de inversión que quiere comprarlo?

Un murmullo recorrió la sala. Irene olió el miedo de Abad; se mezclaba con su perfume caro. El político se aflojó el nudo de la corbata, un gesto microscópico que a Irene le supo a victoria.

Desde la galería, en la penumbra del techo, vio un destello. Germán. Le hizo una señal discreta con la mano, un movimiento rápido que solo ellos entendían. *Mira a la derecha.*

Irene giró la cabeza levemente, despacio, sin perder de vista a Abad, sintiendo cómo se le erizaba el vello de la nuca. Su instinto le gritaba que algo iba mal. La puerta lateral, esa puerta de emergencia que debería estar cerrada, se había abierto un poco más, como una boca negra que se prepara para tragar.

En la penumbra del pasillo, vio una cara, solo una fracción de segundo.

Un perfil afilado. Pómulos marcados. Una cicatriz pálida cruzando la ceja derecha.

El hombre la miró. No era una mirada curiosa; era una mirada de reconocimiento. Fría. Profesional.

Krasny. O el hombre que ahora ocupaba el puesto.

Y entonces, todo se rompió.

—¡Fuego! —gritó alguien desde el fondo de la sala, con una voz demasiado aguda, demasiado teatral—. ¡Huele a quemado! ¡Hay humo!

El olor llegó un segundo después: plástico y papel chamuscado, un olor acre, químico, que picaba en la garganta. El pánico es un animal contagioso. La gente empezó a levantarse, empujando las sillas de plástico, buscando la salida entre gritos ahogados.

—¡Salgan despacio! —gritó el de seguridad, el del auricular, tomando el control con una autoridad ensayada—. ¡Por la puerta principal! ¡Mantengan la calma!

Era una maniobra. Irene lo supo al instante. Humo táctico. Una forma de reventar la reunión antes de que las preguntas se volvieran peligrosas, antes de que los vecinos empezaran a atar cabos.

Pero Irene no miró a la salida principal. Miró a la puerta lateral.

El hombre de la cicatriz ya no estaba.

Irene se abrió paso a codazos entre los vecinos asustados, ignorando los gritos de los guardias de seguridad que intentaban bloquear el paso. Salió al pasillo lateral. Había una papelera metálica echando un humo denso y gris. Alguien había tirado una bengala o un papel ardiendo dentro hacía segundos.

Al fondo del pasillo, vio la espalda de un hombre que salía por la puerta de emergencia que daba al callejón trasero. Llevaba una sudadera gris con la capucha subida. Caminaba rápido, sin correr, con la seguridad de quien conoce el terreno.

Irene corrió.

Salió al callejón empujando la barra antipánico con violencia. El aire frío de la noche la golpeó en la cara sudada.

A treinta metros, bajo el cono de luz amarillenta de una farola, una moto negra de gran cilindrada estaba arrancada, el motor ronroneando al ralentí como un gato grande. El hombre de la sudadera estaba allí, de espaldas a ella, poniéndose el casco.

Al levantar los brazos para ajustarse la correa, la manga de la sudadera bajó y el cuello de la prenda se abrió un instante.

Irene se detuvo en seco para enfocar.

En el lateral del cuello, justo debajo de la oreja derecha, había un tatuaje negro.

Una estrella de cinco puntas. Geométrica. Perfecta.

El hombre se subió a la moto. Antes de acelerar, giró la cabeza hacia donde estaba Irene. El visor del casco estaba levantado. La miró a los ojos. Sonrió.

Una sonrisa breve, que no era de diversión, sino de advertencia. *Te he visto, tú me has visto. Ahora estamos en el juego.*

Luego bajó el visor con un golpe seco y aceleró. La rueda trasera patinó un instante sobre la grava y salió disparada hacia la avenida, perdiéndose en el tráfico de la noche con un rugido.

Irene se quedó paralizada bajo la farola, repitiendo la matrícula en su cabeza como un mantra para no olvidarla.

—*Siete-Kilo-Sierra… Siete-Kilo-Sierra…*

—¿Lo tienes? —La voz de Germán sonó a su espalda, jadeante. Había bajado por la escalera de incendios exterior saltándose los últimos tres peldaños.

—Tengo la matrícula —dijo Irene, sacando el móvil para apuntarla con dedos temblorosos—. Y tengo el tatuaje. Una estrella en el cuello. Germán, ese era Krasny. El capataz del que hablaba Sorin.

—Tengo la foto —dijo Germán, levantando la cámara y revisando la pantalla LCD—. Borrosa, porque había poca luz, pero se le ve la cara antes de ponerse el casco. Y la cicatriz de la ceja.

Volvieron a la entrada principal. El «incendio» ya estaba controlado (un simple fuego de papeles en una papelera), pero la reunión se había disuelto. El objetivo se había cumplido: silencio administrativo.

Abad hablaba por teléfono en una esquina del vestíbulo, lejos de los vecinos, con gesto furioso, tapándose la boca con la mano. Los de seguridad habían desaparecido como por arte de magia.

Cuando Irene se dirigía a su coche, el hombre de la cazadora *bomber* azul, el del auricular, se le cruzó en el paso. Salió de detrás de una columna como una aparición.

—Señorita Larré —dijo. Ya no fingía amabilidad. Su voz era plana, metálica—. Se le ha caído esto.

Le tendió una tarjeta de visita blanca, inmaculada.

Irene la cogió con desconfianza. Solo ponía un nombre y un teléfono móvil.

SEGURVAL 24H - Dpto. Operaciones.

—Para que contrastes la información antes de publicar mentiras —dijo el hombre, acercándose un paso más de lo necesario, invadiendo su zona de seguridad—. Y para que sepas a quién llamar si tienes… algún problema de seguridad en casa. O en el trastero.

La mención al trastero la golpeó en el estómago. Sabían que sabía. Sabían del pelo en la cinta.

El hombre se dio la vuelta y se marchó, subiéndose a un coche oscuro que esperaba en doble fila con el motor encendido.

Irene miró la tarjeta. Le temblaban las manos, pero no de miedo. De pura adrenalina.

Habían cometido un error. Al intentar asustarla, le acababan de dar el hilo directo hacia el centro del laberinto. Le habían dado una cara, una matrícula y una tarjeta de visita.

Se metió en el coche y cerró los seguros. Marcó el número de Alea.

—Tengo la matrícula de la moto —dijo en cuanto descolgó, sin saludar—. Y tengo una cara. Pon a trabajar el reconocimiento facial, Alea. Vamos a ponerle nombre al fantasma.

Soldados de plomo

El club «Espartanos» no estaba en una avenida principal, sino incrustado como un tumor de ladrillo visto en las costillas del barrio de San José. Estaba encajonado en un callejón sin salida, apretado entre un taller mecánico que exhalaba un olor perpetuo a aceite quemado y una tienda de alimentación regentada por una familia china que parecía vivir bajo fluorescentes eternos.

La fachada era una declaración de intenciones: una puerta de chapa gris, blindada contra patadas y pintadas de bandas latinas, y un cartel de metacrilato amarillento por el sol de Zaragoza que rezaba: «Fundación Ivanchuk — Deporte y Juventud».

Debajo, en una contradicción que solo esta ciudad podía sostener sin ironía, convivían pegatinas institucionales del Ayuntamiento («No al odio», «La calle es de todos») junto a otras de un gimnasio *hardcore* que prometía **DOLOR, DISCIPLINA, CARÁCTER** en letras mayúsculas rojas que parecían sangrar sobre el metal.

Irene se ajustó el bolso al hombro y empujó la puerta. El chirrido metálico de las bisagras, agudo y oxidado, anunció su entrada mejor que cualquier timbre, cortando el aire espeso del local como un cuchillo.

El interior la golpeó como un puñetazo húmedo en la cara.

No era solo calor; era una atmósfera biológica. Una bofetada de mentol y caucho caliente la recibió en la puerta. Era un olor exclusivamente masculino, denso, territorial. Un olor a cueva de osos.

Irene se detuvo en el umbral, parpadeando para que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra cavernosa.

Un *ring* pequeño ocupaba el centro de la nave industrial, con las cuerdas rojas y blancas tensadas como tendones a punto de romperse. Alrededor, sacos de boxeo de cuero negro colgaban del techo mediante cadenas oxidadas, oscilando levemente como reses en un matadero esperando el despiece. Algunos estaban remendados con cinta americana plateada, cicatrices de mil batallas.

Media docena de chicos, ninguno mayor de veinte años, golpeaban los sacos con una violencia mecánica, hipnótica.

Phaf. Phaf. Tssh.

El sonido no era un golpe seco; era un estallido húmedo, profundo, como carne chocando contra carne. El aire silbaba entre sus dientes con cada exhalación rítmica, creando una banda sonora de esfuerzo agónico. Los espejos de la pared del fondo, agrietados en las esquinas por impactos pasados, devolvían el reflejo de una violencia controlada, estetizada, convertida en deporte para ocultar su verdadera naturaleza.

Un entrenador cincuentón, con una barriga dura de exatleta que ha bebido demasiada cerveza y una nariz aplastada como un higo seco, se interpuso en su camino antes de que Irene pudiera dar tres pasos. Se movió con una agilidad sorprendente para su peso. La miró desde el borde del *ring* como se mira a alguien que se ha equivocado de universo. O de baño.

—Las clases de defensa personal para mujeres son a las seis —dijo, con un acento del este profundo que arrastraba las erres como si fueran piedras de molino—. Ahora entrenan los chicos del equipo. Solo competidores. Privado.

—No vengo a clase. —Irene le sostuvo la mirada, tirando de su mejor sonrisa profesional, esa máscara de porcelana fría que usaba para desarmar porteros de discoteca y jefes de prensa—. Busco al responsable. Al señor Ivanchuk.

La palabra «responsable» pareció molestarle físicamente. El entrenador cruzó los brazos sobre el pecho, hinchándose como un pavo real enfadado. Sus bíceps, tatuados con alambre de espino descolorido, se tensaron bajo la camiseta sudada.

—¿Para qué?

—Vi el cartel de la fundación en la puerta —mintió Irene, señalando hacia atrás con el pulgar, relajada, como si no estuviera rodeada de testosterona hostil y peligro real—. Quería hablar sobre un posible reportaje. «Deporte en barrios, integración a través del guante», esas cosas que quedan bien en el suplemento dominical y atraen subvenciones municipales.

El entrenador frunció el ceño, creando surcos profundos en su frente de cuero curtido. La palabra «reportaje» no siempre abría puertas; a veces, en sitios como este, donde el dinero negro paga la luz y las licencias son papel mojado, las cerraba con doble vuelta.

Miró hacia el fondo del gimnasio, hacia una zona de sombras donde la luz de los fluorescentes moría, como pidiendo instrucciones silenciosas a un dios invisible.

En el *ring*, dos adolescentes se daban golpes con guantes de dieciséis onzas, demasiado grandes para sus manos, peleando con más miedo que técnica. Al lado del cuadrilátero, apoyado en un poste con la tranquilidad absoluta de quien es dueño de todo lo que ve, un hombre alto supervisaba el combate sin decir una palabra.

—¡Maksim! —gritó el entrenador, girándose—. Una periodista pregunta por ti. Dice que quiere escribir algo bonito.

El hombre del fondo giró la cabeza despacio, con la calma de un depredador que no teme ser sorprendido. Caminó hacia la luz con una lentitud estudiada, haciendo crujir la madera vieja del suelo con cada paso. *Crac. Crac. Crac.*

Era alto. Imponente. Llevaba una camisa negra de seda remangada hasta los codos que dejaba ver unos antebrazos de estibador cubiertos de vello rubio y un reloj Breitling caro, discreto, en la muñeca izquierda. Un reloj que costaba más que todo el gimnasio junto.

Tenía la cara marcada por una vida dura —pómulos altos, mandíbula cuadrada—, pero sus ojos eran de un azul luminoso, casi

gris, el color del hielo sucio. Contrastaban violentamente con la brutalidad de sus rasgos eslavos.

A su lado, un paso por detrás, como una sombra armada, había otro hombre.

No era un boxeador; era algo peor. Más delgado, fibroso como un galgo de pelea, con la cabeza rapada al cero y una cazadora de cuero marrón desgastada. Masticaba un chicle con un movimiento lento y rítmico de la mandíbula, y miraba a Irene con unos ojos vacíos, de tiburón, como si estuviera calculando exactamente cuántos segundos tardaría en romperle el cuello si su jefe se lo ordenara con un simple gesto de barbilla.

Maksim Ivanchuk era el rey del castillo, pero aquel hombre era el foso con cocodrilos.

—Ivanchuk —dijo al llegar, sin ofrecer la mano, presentándose como quien entrega una tarjeta de visita hecha de plomo—. ¿De qué periódico viene?

—Irene Larré. *El Diario del Ebro*.

Él la evaluó en un segundo. Un escáner completo, clínico. Arriba, abajo. Botas militares (bien), cuaderno Moleskine en la mano (peligro), actitud desafiante (interesante).

—Siempre es bueno que los medios nos visiten —dijo con una voz grave, educada, demasiado pulida y suave para ese entorno de sudor y sangre. Hablaba un español perfecto, pero con una melodía metálica de fondo—. Pocas cosas ayudan tanto a la gente joven de estos barrios como un *ring* de boxeo. Les da normas, les da disciplina… les limpia la cabeza de malas ideas.

—O se las llena —replicó Irene, probando el terreno, buscando la grieta en la armadura—. Depende de quién entrene, supongo. Y de para qué les entrenen. Un soldado y un asesino usan las mismas armas, señor Ivanchuk. La diferencia es el objetivo.

—Depende —concedió él, con una media sonrisa que no tenía alegría, solo cálculo—. Pero aquí enseñamos respeto. Y el respeto siempre es bueno, señorita Larré. El respeto salva vidas. La falta de respeto… las acorta.

Maksim juntó las manos sobre su rodilla. Irene bajó la vista y se fijó en ellas. Estaban perfectamente cuidadas, con las uñas pulidas

por una manicura cara, intentando parecer las manos de un pianista o de un banquero de inversión. Pero la piel no mentía: los nudillos estaban deformados, achatados y llenos de microcicatrices blancas, viejos recuerdos de dientes rotos y tabiques nasales hundidos. Eran manos que habían roto muchos huesos antes de empezar a firmar cheques. La seda no podía ocultar al martillo.

La invitó a sentarse en uno de los bancos de madera, junto a una pila de toallas sucias que apestaban a amoniaco. Irene sacó el cuaderno, dejándole ver claramente que iba a tomar notas. Quería que viera el bolígrafo como un arma, una advertencia de que todo lo que dijera quedaría registrado.

—Vi la fundación en la puerta —dijo Irene, quitando el capuchón del boli con un *clic* sonoro—. Fundación Ivanchuk. Bonito gesto, financiar deporte en barrios complicados donde el Ayuntamiento no llega.

—Gesto y más que gesto. —Maksim miró a su alrededor con orgullo de propietario feudal, abarcando con la mano el sudor ajeno —. Aquí se suda, lo demás es ruido. Solo trabajo con las reglas claras. Si cuenta eso en su reportaje, si cuenta la verdad del esfuerzo, nos entenderemos muy bien.

—¿Y si cuento la verdad con todos los nombres? —Irene levantó la vista del papel y le clavó los ojos, tensando la cuerda al máximo—. Vistula Technical, Riberas Capital, el despacho de abogados Huertas & Asociados. Empresas que donan generosamente a su fundación y, casualmente, aparecen en los mismos expedientes municipales de ruina que sus chicos de seguridad «gestionan» por las noches.

Dejó que el silencio se asentara un segundo, pesado y denso como el aire viciado del gimnasio. Los golpes de fondo parecieron amortiguarse. Irene lanzó el último nombre como quien tira una cerilla encendida a un charco de gasolina:

—Krasny.

El silencio que siguió fue absoluto.

Los golpes en los sacos se detuvieron. Los chicos dejaron de respirar fuerte. Maksim no parpadeó. Su sonrisa no cambió ni un milímetro, pero la temperatura a su alrededor bajó diez grados de golpe. Irene sintió el frío en la nuca.

—No sé de qué me habla —dijo con voz suave, casi susurrada, un tono que daba más miedo que un grito—. Yo soy un boxeador retirado, señorita Larré. Hago papeles, gestiono licencias, organizo torneos. Los nombres que dice son de negocios complejos y aquí no me interesan. Aquí solo me interesa que los chicos aprendan a defenderse sin hacer daño a nadie que no lo merezca.

—A veces los negocios apadrinan guantes. —Irene señaló con el bolígrafo un saco con una cinta roja y un logo bordado—. Y a veces apadrinan reuniones de convivencia vecinal donde se tiran botes de humo para asustar a ancianas que no quieren vender sus casas.

—La convivencia es difícil —asintió él, sin perder la calma zen—. Todo el mundo quiere convivir. Usted también quiere convivir con la verdad, supongo. Y con su salud.

Era una amenaza velada, envuelta en papel de regalo. Una advertencia elegante.

Irene miró hacia el *ring* para disimular el temblor de sus manos. Uno de los chavales falló un golpe y se dio en su propia frente. El entrenador, el tal «Toro», gritó algo en un idioma eslavo, áspero y cortante como un latigazo.

Maksim se levantó. Su cuerpo proyectaba una sombra larga sobre el banco, cubriendo a Irene, eclipsándola.

—Escuche, señora Larré —dijo, bajando la voz hasta convertirla en una confidencia peligrosa—. Usted es inteligente. Lo veo en sus ojos, en sus preguntas afiladas. Y tiene amigos inteligentes también, eso lo sé, he oído hablar de usted en ciertos círculos.

Hizo una pausa, acercándose un paso más, invadiendo su espacio vital con su olor a colonia cara, tabaco rubio y peligro. Irene tuvo que hacer un esfuerzo físico para no retroceder.

—Pero no quisiera que su inteligencia la metiera en un sitio donde no se pelea con guantes acolchados. ¿Me entiende? Hay ligas donde no hay árbitro.

—Esa frase suele venir con un sobre adjunto. —Irene se mantuvo firme, aunque su instinto de supervivencia le gritaba que corriera hacia la puerta—. Con billetes de cincuenta dentro para pagar el silencio. Me temo que hoy no traje bolso grande para llevar dinero sucio.

—No soy grosero —rio Maksim, una risa seca como madera partiéndose—. No compro periodistas, solo doy consejos de amigo. Si le interesa el boxeo, le presento a los chicos. Si le interesa el urbanismo, vaya al Ayuntamiento. Si le interesan los muertos… —y aquí su mirada se volvió hielo absoluto, vacía de toda humanidad— vaya al tanatorio. Aquí no hay muertos, Larré. Aquí respiramos. Y respiramos fuerte.

Era un reto. Una línea trazada en el suelo con sangre.

Irene desvió la mirada hacia el espejo grande del fondo, buscando una salida visual, algo que rompiera la tensión. Y entonces lo vio.

En la esquina opuesta, un hombre estaba vendándose las manos con un ritual meticuloso. Estaba de espaldas, pero Irene reconoció la nuca rapada al cero. El hombre se giró para coger una botella de agua y la toalla que llevaba al cuello cayó un instante al suelo.

El perfil afilado. La cicatriz blanca que le cruzaba la ceja derecha como un relámpago.

Era él. El motorista del Centro Cívico. El que había tirado el bote de humo. El que había estado en su portal.

Y en el lateral del cuello, nítido bajo la luz artificial de un foco halógeno, el tatuaje.

La estrella de cinco puntas. Pequeña, geométrica, negra.

Irene sintió el golpe de adrenalina en el estómago, un puñetazo invisible que le cortó la respiración. Estaba allí. El nuevo ejecutor entrenaba en casa. El monstruo tenía guarida y nombre.

—¿Él también boxea? —preguntó Irene, intentando que la voz no le temblara, señalando discretamente con la barbilla hacia el hombre de la cicatriz.

—Todos boxean aquí —respondió Maksim, siguiendo su mirada con indiferencia—. Es un requisito.

El entrenador, Toro, se acercó al ver el interés de Irene, con esa necesidad patética de los subordinados de ser útiles al jefe.

—Ese es bueno —dijo Toro, señalando al hombre de la cicatriz—. Técnico y rápido. Una máquina de golpear. Le dicen «Krasny».

Irene se tensó. El nombre. Ahí estaba, servido en bandeja de plata.

—¿Por qué? —preguntó, aguantando la respiración.

—Porque le gusta el rojo de las vendas —explicó Toro, riéndose de su propia ocurrencia con una risa porcina—. Siempre usa vendas rojas cuando pelea en serio. Dicen que es para que no se vea la sangre de los otros. No es su nombre real, claro. Aquí todos tenemos apodos de guerra. Yo soy «Toro». Él es «Rojo», Krasny.

Maksim miró al entrenador con una mezcla de benevolencia y advertencia. Toro se calló al instante, bajando la cabeza.

—¿Contenta? —preguntó Maksim—. Ya tiene su apodo, ya tiene su historia de color para el reportaje sensacionalista.

—No hago contentos. —Irene cerró el cuaderno con un golpe seco —. Hago preguntas. Y acabo de encontrar una respuesta.

—Pues pregunte lo que quiera, pero no moleste. Estos chicos necesitan concentración. Un despiste aquí y te rompen la nariz. Y la nariz, señorita Larré, tarda en curar.

Maksim se dio la vuelta y caminó hacia la pared del fondo, donde había un gran tablero de corcho lleno de papeles. Irene lo siguió a una distancia prudencial.

El tablero era un caos de fotos y recortes. Pero lo que helaba la sangre no eran los logos corporativos, sino la normalidad con la que se exhibía el poder.

Había un dibujo infantil, hecho con ceras de colores, donde un monigote con guantes de boxeo sonreía bajo un sol amarillo. Debajo, con letra temblorosa de niño, se leía: *«Gracias, Sr. Maksim»*. Esa hoja de papel inocente, colgada con una chincheta roja junto a las facturas de luz de una fundación pantalla, era el disfraz perfecto. El monstruo se vestía de santo benefactor.

Y en el centro, bien visible, un documento plastificado: «Patrocinadores y Colaboradores 2024».

No era un registro del pasado; era la hoja de ruta del futuro.

Irene se acercó. El aire en la habitación pareció volverse más denso de golpe y tuvo que secarse el sudor de las manos en el pantalón antes de seguir mirando. Ahí estaba la prueba física de la conexión. Los logos, impresos en un papel satinado que brillaba bajo la luz, parecían inmaculados, demasiado limpios:

Fundación Ivanchuk

Riberas Capital

Vistula Invest Iberia

Segurval 24H

Asociación de Propietarios de Torrero (R. Abad)

Estaban todos. Financiando el mismo gimnasio. Entrenando a los mismos hombres que luego desalojaban los edificios que ellos mismos compraban. Era un círculo perfecto de dinero y violencia, expuesto en una pared de corcho con chinchetas de colores como si fuera el menú del día.

Irene sacó el móvil para hacer una foto. Su dedo flotó sobre la pantalla.

—No fotos —dijo Toro, poniéndose delante, tapándole la visión con su pecho ancho.

—Déjala —dijo Maksim desde atrás, con voz tranquila, casi aburrida—. No tenemos nada que ocultar. Que la periodista se lleve un recuerdo de quién apuesta por el barrio. Que sepa quién manda aquí. Y que se lo enseñe a sus lectores.

Irene hizo la foto. *Clic.* Guardó el móvil rápido, como si quemara.

—Gracias —dijo—. Ya he visto suficiente.

Salió del gimnasio con el corazón en la garganta, caminando rápido pero sin correr, sintiendo la mirada de Maksim y del hombre de la cicatriz clavada en su espalda como miras telescópicas hasta que la puerta metálica se cerró tras ella con un estruendo definitivo.

***

El aire de la calle estaba frío y limpio. Sabía a libertad y a río cercano. Irene caminó rápido hasta la esquina, giró por la Avenida de San José y solo entonces, oculta tras un contenedor de basura, se permitió parar y respirar, apoyando las manos en las rodillas.

El móvil vibró en su bolsillo contra su muslo. Un mensaje de Alea.

«La matrícula de la moto me ha costado, sistema nuevo encriptado. Es de alquiler, a nombre de un temporero polaco con documentación falsa. Pero el aval del alquiler lo pone una empresa de mensajería nocturna: "Express Night SL". Comparte administrador único con Segurval 24H. ¿Te suena?»

Y adjuntaba un archivo: un organigrama hecho a mano digitalmente. En el centro, en rojo: Ivanchuk. Alrededor, todas las empresas conectadas. El mismo mapa que Irene acababa de ver en el corcho.

El móvil volvió a sonar. Una llamada entrante. La pantalla se iluminó: ZUAZO.

Irene contestó, con las manos aún temblorosas por la adrenalina del gimnasio.

—Te iba a llamar —dijo el policía sin saludar, con esa voz áspera de tabaco negro y malas noticias—. Han sacado un cuerpo del Ebro hace dos horas. Altura del tercer cinturón, zona del azud.

Irene se apoyó en la pared de ladrillo. El frío del muro le traspasó la ropa, helándole la sangre.

—¿Quién es?

—Varón. Treinta y tantos. Llevaba en el agua un día, quizá dos. Pero eso no es lo raro, lo raro es que llevaba documentación encima. Una bolsa de plástico en el bolsillo interior, cerrada herméticamente con celo. DNI español falsificado, pasaporte polaco real. Todo limpio, demasiado limpio. Como si quisiera ser identificado.

—¿Nombre? —preguntó Irene, aunque ya se temía la respuesta.

—Krzysztof Staszek.

El nombre que le había dado Sorin. El anterior Krasny. El que «desapareció» porque quiso dejarlo.

—Zuazo… —empezó Irene.

—Espera. Hay más. —Zuazo hizo una pausa dramática—. Llevaba algo al cuello. Una cadena de plata barata con un colgante.

—Una estrella —susurró Irene.

—Sí. Una estrella de cinco puntas. Y Irene… —Zuazo bajó la voz, como si temiera que le escucharan—. Tiene marcas. Muescas en las puntas. Como si estuviera llevando la cuenta de algo. O como si alguien la estuviera llevando por él.

Irene cerró los ojos. La estrella del tatuaje. La estrella del colgante. El calendario de la muerte.

—¿Tenemos algo del primero? —preguntó Irene, aprovechando que Zuazo estaba soltando prenda—. ¿El del cuarto piso?

—Sí. Llegó el teletipo de la científica esta mañana. Interpol ha confirmado las huellas post-mortem. Se llamaba Tomasz Kowalski. Polaco, 42 años. Antecedentes menores en Varsovia, pero limpio en España. Desaparecido hace seis meses.

—Dos polacos —murmuró Irene—. Staszek y Kowalski.

—Demasiada casualidad para mi gusto. Vete a casa, Irene —advirtió Zuazo—. Esta vez te lo digo en serio. No preguntes por el cuerpo, mantente al margen. Esto se ha puesto muy feo. Hay gente muy peligrosa nerviosa.

—Zuazo, necesito…

—Lo que necesitas es cuidarte —dijo Zuazo, con una firmeza paternal que Irene no le había oído nunca—. Te llamo cuando sepa más. Pero tú, de momento, mantente al margen. Visible, pero al margen. Publica cosas, pero nada que te señale con un neón.

—Gracias, Zuazo.

Colgó. Se quedó sola en la calle oscura, mirando la pantalla negra del móvil.

El ciclo se había cerrado. Staszek había aparecido muerto con su estrella en el cuello. Y el nuevo Krasny, el hombre de la cicatriz, estaba a cincuenta metros de allí, vendándose las manos rojas para el siguiente asalto.

Irene guardó el teléfono y echó a andar hacia el coche. La noche de Zaragoza nunca le había parecido tan larga ni tan llena de dientes.

Recursos Humanos

Mientras Irene conducía hacia el centro, Germán libraba su propia guerra en un descampado del barrio de Valdefierro, una zona fronteriza donde la ciudad pierde su nombre y se convierte en escombros. Y la estaba perdiendo.

Había seguido a una de las furgonetas blancas de Segurval 24H desde una obra paralizada en el barrio de Las Fuentes. Lo había hecho por instinto, sin avisar a Irene, impulsado por un ataque de valentía estúpida o de necesidad profesional. Quería demostrarse a sí mismo —y a Irene, aunque nunca lo admitiría— que no era solo el «chico de la cámara», el accesorio técnico simpático, sino una parte activa y vital de la investigación.

Ahora, agazapado detrás de un montículo de escombros de obra y basura ilegal que apestaba a yeso húmedo y podredumbre orgánica, con el teleobjetivo de 200 mm pesándole en las manos sudorosas como un pecado capital, deseaba con todas sus fuerzas no haber ido nunca.

El frío se le colaba por las bermudas, pero el sudor le bajaba por la espalda.

La furgoneta, una Ford Transit sin matrícula trasera visible por una capa estratégica de barro seco, se detuvo junto a una zanja

profunda excavada en la tierra arcillosa. El motor se apagó, dejando paso al silencio ventoso del descampado.

Bajaron dos hombres.

No llevaban uniformes de seguridad esta vez. Llevaban monos azules de trabajo, manchados de grasa y pintura, pero no se movían como obreros cansados al final de su turno. Se movían con la eficiencia brutal y alerta de quien está acostumbrado a borrar rastros en la oscuridad.

No eran guardias; eran los basureros de las vidas ajenas.

Abrieron la doble puerta trasera de la furgoneta y empezaron a sacar cosas y tirarlas a la zanja con desprecio.

Germán ajustó el enfoque. A través de la lente, la imagen se volvió nítida y dolorosa.

No eran muebles viejos ni escombros de obra. Eran cajas de cartón de mudanza, cerradas con cinta barata, con la palabra «HABITACIÓN NIÑA» escrita con rotulador negro de trazo grueso en el lateral. Álbumes de fotos con tapas de colores pastel que se abrían al caer, esparciendo recuerdos brillantes sobre el barro gris: comuniones, cumpleaños con tartas caseras, vacaciones en la playa de Salou. Una trona de bebé de plástico rosa, con la bandeja aún manchada de papilla seca. Unos peluches sucios —un oso tuerto y un conejo sin una oreja— que aterrizaron boca abajo en el lodo, mirándole con sus ojos de botón.

Germán sintió que se le cerraba la garganta. Aquello no era un desalojo; era una profanación. Estaban borrando la evidencia de que allí había vivido una familia, convirtiendo un hogar en residuo.

Disparó una ráfaga. *Clic-clic-clic.* El sonido del obturador, amplificado por sus nervios, le pareció un cañonazo en el silencio del descampado.

Uno de los hombres sacó una lata de gasolina roja de la cabina. Desenroscó el tapón y roció los juguetes y los libros con un gesto despreocupado, rutinario, como quien riega las plantas un domingo. El olor a hidrocarburo llegó hasta la posición de Germán, picante y agresivo.

El otro hombre encendió un mechero Zippo, protegiendo la llama del viento con la mano, y lo dejó caer.

El fuego prendió con un *woosh* sordo, una exhalación caliente que hizo retroceder a los hombres.

Las llamas naranjas iluminaron sus caras en el atardecer gris. Se reían. Se estaban riendo, compartiendo un chiste privado y sucio, mientras quemaban la infancia de alguien para que no pudieran volver a reclamar la vivienda. Se calentaban las manos en la hoguera de la desgracia ajena.

Germán sintió una náusea violenta subirle desde el estómago. La rabia le hizo temblar el pulso. Ajustó el *zoom* al máximo para captar la cara del que reía, buscando el enfoque perfecto en sus dientes amarillos y en la cicatriz de su barbilla.

Y entonces ocurrió. El error fatal.

El hombre dejó de reír en seco. Giró la cabeza de un latigazo, como un perro de presa que huele el miedo en el aire, mirando directamente hacia el montículo de escombros donde se escondía Germán.

El reflejo de la lente.

Un destello estúpido y traicionero del sol poniente golpeando el cristal curvo del objetivo. Un faro en la oscuridad.

—¡Ahí! —gritó el hombre, señalando con un dedo enguantado en cuero negro—. ¡Hay uno ahí!

Germán no pensó. El pánico, frío y líquido, le inundó el cerebro reptiliano, anulando cualquier lógica periodística. Se olvidó de la cámara, de Irene, de la exclusiva y de la justicia social. Se convirtió en un animal asustado.

Se dio la vuelta y echó a correr hacia su coche, tropezando con piedras y hierros oxidados que sobresalían del suelo como trampas. Se raspó las manos al caer, se levantó sin sentir dolor, oyendo gritos guturales y el sonido pesado de botas militares corriendo detrás de él, acercándose, rompiendo la grava.

Llegó a su coche. Las llaves se le resbalaron de las manos sudorosas. Tardó un segundo eterno en encontrarlas en el suelo del coche. Entró, cerró los seguros con manos que parecían de trapo y arrancó derrapando en la grava, con el motor rugiendo en agonía.

Vio por el retrovisor cómo uno de los hombres golpeaba la chapa trasera con una barra de hierro justo cuando él aceleraba.

Condujo diez kilómetros sin mirar atrás, saltándose semáforos, llorando de puro terror, con las lágrimas emborronándole la visión y el sabor metálico del miedo en la boca. Cuando llegó a su casa, subió las escaleras de dos en dos. Cerró la puerta con doble vuelta y echó el cerrojo. Apagó el móvil. Bajó las persianas hasta que la oscuridad fue total.

Se metió en la cama vestido, con las zapatillas puestas, y se tapó la cabeza con la almohada para no oír sus propios latidos, que sonaban como tambores de guerra en sus oídos.

No quería ser un héroe. Solo quería que dejaran de mirarle.

***

A kilómetros de allí, ajena al pánico absoluto que había paralizado a su amigo, Irene bajaba las escaleras del archivo del periódico.

El edificio de la redacción era moderno arriba, pero el sótano era otra historia. Sentía cómo el frío del aire acondicionado subterráneo le secaba el sudor en la espalda, despejándole la mente por primera vez en días. Era un frío de morgue, perfecto para conservar cadáveres de papel.

Sacó el móvil mientras empujaba la puerta pesada cortafuegos, esperando ver algún mensaje de Germán con alguna actualización sobre las fotos editadas o algo.

Nada. La pantalla estaba limpia, muda.

Marcó su número. Un tono. Dos tonos. Tres. Buzón de voz.

—Maldita sea, Germán —murmuró, mirando el teléfono con extrañeza—. Cógelo, joder.

Era raro. Germán vivía pegado a la cámara y al teléfono como si fueran extensiones biónicas de su cuerpo; no contestar era tan extraño en él como verle con corbata o sin sus sandalias. Irene sintió una punzada de inquietud en el estómago, un mal presentimiento rápido y agudo, pero lo apartó sacudiendo la cabeza. «No te pongas paranoica», se dijo. Probablemente se ha quedado sin batería o está en una zona de sombra.

—Ya me llamarás cuando tengas hambre —dijo al móvil mudo, guardándolo en el bolsillo trasero.

Cruzó el umbral de la hemeroteca. Si Germán no aparecía, tendría que desenterrar los secretos de la gala ella sola.

Necesitaba limpiar su cabeza de la testosterona de Maksim, de la amenaza velada de Sorin y del miedo pegajoso que le había dejado la llamada de Zuazo. Ahora tenía dos nombres polacos repiqueteando en su cráneo: Staszek y Kowalski. Dos palabras que sonaban a metal, a hielo y a Europa del Este. Dos cadáveres, dos nacionalidades idénticas, dos finales similares. La casualidad había salido del edificio hacía mucho tiempo.

Al fondo de la sala, detrás de una muralla de expedientes de papel amarillento mal apilados que llegaban hasta casi el techo, allí estaba Nora Villanueva.

La jefa de documentación tenía sesenta años, el pelo gris cortado a lo *garçon* y unas gafas de pasta verde colgadas de una cadena de colores que usaba como arma arrojadiza contra los becarios lentos. Era la memoria viva del diario, la mujer que sabía dónde estaba enterrado cada cadáver metafórico de la ciudad desde la Expo 2008. El archivo era su reino, y ella era una reina despótica pero eficiente.

Cuando Irene empujó la puerta de cristal esmerilado, Nora ni siquiera levantó la vista de su monitor de tubo antiguo, una reliquia que se negaba a cambiar. Estaba tecleando con dos dedos, pero a una velocidad que haría llorar a un mecanógrafo profesional. *Tac-tac-tac-tac.*

—Si vienes a pedirme las fotos de la inauguración de la nueva serigrafía del tranvía para el especial del domingo, te aviso de que el servidor ha decidido suicidarse por dignidad esta mañana —dijo, sin dejar de mirar la pantalla, con esa voz ronca de quien ha fumado tabaco negro durante tres décadas y lo ha dejado a regañadientes, masticando chicles de nicotina con furia.

—Vengo a por algo más reciente. —Irene depositó sobre su mesa el peaje habitual: un café doble de máquina (el único brebaje radiactivo que Nora toleraba) y una bolsa de papel con dos magdalenas caseras de la panadería de la esquina—. Y más sucio.

Nora detuvo el tecleo. El silencio se hizo en la sala. Olfateó el aire como un sabueso veterano. Giró la silla, chirriando sobre el linóleo

gastado, y miró el café con una sonrisa que le arrugó las comisuras de los ojos tras las gafas.

—Sabía que eras tú por los pasos. Arrastras los pies cuando traes problemas, Larré. Y por la cara de funeral que traes, el problema es gordo. ¿Qué buscamos hoy? ¿Corrupción urbanística? ¿Adulterio político? ¿O solo quieres hundirle la carrera a alguien por puro deporte?

—La Gala Benéfica de la Fundación Ivanchuk. Abril de este año. Hotel Corona de Aragón. —Irene se dejó caer en la silla de visitas, girando el cuaderno entre las manos sudorosas—. Necesito todo lo que tengas. Lo publicado, lo que se quedó en la mesa de edición y, sobre todo, lo descartado. El crudo de los fotógrafos, los brutos sin editar. Todo.

Nora arqueó una ceja, desenvolviendo una magdalena con lentitud.

—¿El crudo? Irene, eso son gigas de basura digital. Gente comiendo canapés con la boca abierta, concejales metiendo barriga y señoras de sociedad con el rímel corrido. Nadie mira eso. Por eso lo guardo en discos duros físicos, desconectados de la red. La gente se fía de la nube, Irene, pero la nube es de quien la paga. Si mañana alguien poderoso quiere borrar una foto de internet, paga y la borra. Pero esto… —Golpeó el archivador metálico con los nudillos, haciéndolo sonar a hueco—. El papel y el disco duro local no tienen precio. El papel no se actualiza, no se corrige y no olvida. Es la única memoria que no se puede *hackear* desde Rusia.

—Busco los márgenes, Nora. Lo que pasa detrás de la foto oficial. Zuazo me ha confirmado que el primer muerto, el del piso ocupado, se llamaba Tomasz Kowalski. Polaco. Y el que acaban de sacar del río es Krzysztof Staszek. Polaco.

Nora dejó de masticar. Se limpió una miga de la comisura.

—¿Dos?

—Dos peones. Necesito saber si trabajaban para la misma empresa antes de que los jubilaran. Necesito verles las caras cuando estaban vivos y a sueldo. Necesito conectar a los muertos con la nómina.

Nora la miró fijamente durante un segundo, evaluando el riesgo. Vio la urgencia desesperada en los ojos de Irene y asintió, grave.

—Los márgenes… —murmuró, girándose hacia el teclado—. Ahí es donde siempre se esconden los jefes, en la sombra del foco. Dame un minuto, el sistema va a pedales hoy.

Mientras la barra de carga avanzaba agónicamente en la pantalla, Irene se levantó y empezó a pasear entre las estanterías metálicas móviles. El olor a papel viejo y polvo le tranquilizaba. El silencio del sótano le permitía pensar. Si Staszek era el «Krasny» anterior, el capataz de la estrella, ¿qué era Kowalski? ¿Un subordinado? ¿Un guardia de seguridad que vio demasiado? Si encontraba a uno de ellos en las fotos de la gala, el vínculo con Ivanchuk sería innegable, legalmente vinculante.

—Lo tengo —anunció Nora, rompiendo el trance—. Fotógrafo: Javi Muñoz. Buen ojo para la luz, pésimo para el encuadre limpio. Tira mucho de gran angular para abarcar salón, así que pilla mucha «basura» en los bordes. Tenemos cuatrocientas doce fotos.

Giró el monitor gigante de treinta pulgadas hacia Irene. La pantalla se llenó de miniaturas de colores saturados: el alcalde sonriendo con una copa de cava, señoras con joyas excesivas bajo lámparas de araña, camareros con bandejas de plata moviéndose como fantasmas borrosos. Era el teatro de la alta sociedad zaragozana en su máximo esplendor hipócrita.

—Siéntate —ordenó Nora—. Tú diriges, yo conduzco.

—Vamos a filtrar —dijo Irene, acercando la silla—. Busca a Maksim Ivanchuk. Y busca a cualquiera que lleve uniforme de seguridad, pinganillo o cara de querer romperle las piernas a alguien. Busca a Staszek. Rubio, mandíbula cuadrada.

Nora empezó a pasar fotos. *Clic. Clic. Clic.* Ivanchuk aparecía en muchas, impecable en su esmoquin hecho a medida, con esa sonrisa de depredador saciado que Irene había visto en el gimnasio hacía apenas unas horas. Estrechaba manos, entregaba premios, posaba junto a *photocalls* con el logo de la Fundación. Parecía un prócer, un benefactor intachable.

—Para —ordenó Irene de repente, tocando el brazo de Nora.

Señaló una imagen en la esquina inferior izquierda. Era una toma general del salón, un plano abierto destinado a mostrar la magnitud del evento. En el centro, el alcalde brindaba. Pero al fondo, en una esquina mal iluminada, casi fuera de foco, dos hombres conversaban.

—Amplía eso. Arriba a la derecha.

Nora hizo *zoom*. La imagen se pixeló un poco con ruido digital, pero se veía claro.

Era Javier Huertas. Llevaba su traje gris de siempre, ese uniforme de tecnócrata que usaba como armadura. Estaba inclinándose hacia Maksim Ivanchuk, hablándole al oído, invadiendo su espacio personal con una confianza que no se tiene con un simple conocido. La mano de Maksim descansaba sobre el antebrazo de Huertas, apretando ligeramente.

No era un saludo protocolario. Era un gesto de familiaridad, de complicidad criminal. De socios que comparten un secreto sucio y se ríen de los demás.

—Huertas e Ivanchuk —murmuró Irene, sintiendo la confirmación en el estómago—. El cerebro legal y el músculo. Se conocen y se tocan, ahí no hay distancia administrativa. Son socios.

—¿Eso es lo que buscabas? —preguntó Nora, guardando el recorte de la imagen en una carpeta aparte llamada «EVIDENCIAS».

—Es el principio. Sigue. Busca seguridad, busca chalecos.

Pasaron cincuenta fotos más. Platos de jamón ibérico, discursos aburridos, aplausos congelados. Y entonces, en la foto 312, apareció.

No era una foto buena. Estaba movida, tomada probablemente mientras el fotógrafo bajaba la cámara o ajustaba la exposición. Enfocaba una puerta de servicio lateral, lejos del escenario, cerca de las cocinas.

Allí, montando guardia con la postura rígida de los exmilitares, con las piernas separadas y las manos cruzadas en la espalda, había un hombre con chaleco negro y el logo de Segurval 24H bordado en el pecho.

Tenía el pelo corto, rubio ceniza, cortado a cepillo. Mandíbula cuadrada, rasgos eslavos duros. Miraba a la cámara con hostilidad

pura, como si el objetivo fuera un arma apuntándole.

Y al cuello, brillando bajo el *flash* accidental que había rebotado en el marco de la puerta, una cadena de plata.

—Amplía eso —dijo Irene, señalando el pecho del guardia. Su dedo dejó una huella de calor en la pantalla fría.

Nora trabajó la imagen con rapidez. Ajustó el contraste, redujo el ruido, perfiló los bordes. La forma se definió entre los píxeles borrosos.

Una estrella de cinco puntas. Plateada.

Irene sintió el frío de la morgue de nuevo, esta vez subiéndole por la espalda como una araña.

—Es él —dijo, con la voz ahogada—. Staszek. El muerto del río.

—¿Seguro? —Nora ajustó sus gafas.

—Segurísimo. Zuazo me describió el colgante hace tres horas. Muescas en las puntas. Mira su acreditación. ¿Puedes leerla?

Nora forzó el *zoom* al máximo. La tarjeta de plástico que colgaba del cuello del guardia era apenas un borrón blanco, pero las letras mayúsculas negras se intuían si sabías lo que buscabas.

K. STASZEK. OPERATIVO.

—Ahí lo tienes —dijo Nora, triunfal—. K. Staszek. Trabajaba en la gala, seguridad oficial.

—Trabajaba para ellos. —Irene sacó el móvil y fotografió la pantalla, incapaz de esperar a la copia digital. Necesitaba tenerlo ya —. Estaba en nómina. Ivanchuk le pagaba, Huertas le daba cobertura legal en la misma sala y él… él hacía el trabajo sucio en la calle. Y llevaba su estrella colgada como una medalla al mérito.

—¿Y el otro? —preguntó Nora—. ¿El tal Kowalski?

Irene escudriñó la foto. Al lado de Staszek, medio cortado por el encuadre, había otro guardia. Más bajo, pelo oscuro, con aire cansado y ojeras profundas. Irene trató de recordar la descripción que le había dado la vecina del edificio ocupado: «Pelo oscuro, cuarenta años, bien vestido».

—Amplía al de al lado.

Nora lo hizo. La acreditación era ilegible, girada. Pero la cara… era un rostro común, eslavo, con esa expresión de aburrimiento tenso

de quien lleva demasiadas horas de pie aguantando a ricos borrachos.

—No puedo estar segura —admitió Irene—. Pero cuadraría. Dos polacos en la misma empresa, en el mismo turno. Uno aparece en un piso okupado muerto, el otro en el río muerto. No son víctimas aleatorias, Nora. Son empleados. Es un ERE encubierto ejecutado con midazolam.

—Joder —susurró Nora.

—Espera, hay más —dijo Irene, que necesitaba cerrar el círculo—. Si estaban todos, tienen que estar los nombres. Mira el fondo de esta otra foto. La 204.

Era una imagen del escenario, mejor iluminada. En un atril de metacrilato, Maksim daba un discurso con gesto solemne. Detrás de él, un panel gigante, un *photocall* de tres metros de altura, exhibía los logotipos de los patrocinadores como si fueran trofeos de caza.

Nora amplió la lista de colaboradores. La resolución era perfecta.

Fundación Ivanchuk

Riberas Capital

Vistula Invest Iberia

Segurval 24H

Y debajo, en una tipografía más pequeña pero perfectamente legible, cerrando el círculo de la infamia:

Con la colaboración especial de: Asociación de Propietarios de Torrero (R. Abad).

—Bingo —susurró Irene. Era la prueba definitiva, el «Muro de la Vergüenza».

—¿Quién es R. Abad? —preguntó Nora, anotando el nombre en un *post-it*.

—El hombre que agita el avispero vecinal. El que convence a las viejecitas de que vendan sus pisos porque el barrio es inseguro, el que presidió la reunión de ayer. Y resulta que su «asociación de vecinos» está patrocinada oficialmente por la misma gente que compra los edificios y pone los matones en la puerta. Cobran de la misma caja.

En ese momento, el móvil de Irene vibró sobre la mesa, sobresaltándolas a las dos. Un mensaje de Alea.

«Te envío el "regalo" prometido. He entrado en el registro de fundaciones (no preguntes cómo, digamos que su firewall es de queso gruyer). Memoria económica de la Fundación Ivanchuk 2023. Mira la página 14, vas a flipar».

Irene abrió el PDF en el móvil con dedos torpes. Fue a la página indicada.

Bajo el epígrafe aséptico de «Servicios Profesionales Independientes», aparecía una lista de pagos recurrentes mensuales:

Asesoría Jurídica J. Huertas: 3.500 €/mes. Concepto: Asesoramiento urbanístico y gestión de licencias.

R. Abad Consultoría: 1.200 €/mes. Concepto: Informes de impacto social y mediación vecinal.

Irene soltó el aire que retenía.

—Están a sueldo —dijo, enseñándole la pantalla a Nora—. Abad no es un vecino preocupado, es un empleado. Cobra una nómina de Ivanchuk, Huertas cobra de Ivanchuk. Todos cobran del mismo fondo para vaciar el barrio.

Nora silbó, un sonido largo y admirativo.

—Tienes el organigrama completo, Irene. Tienes el dinero, tienes los nombres y tienes las fotos de familia. Los tienes cogidos por los huevos.

—Me falta una cosa —dijo Irene, volviendo a mirar la foto del guardia muerto, Staszek, con su estrella al cuello—. Me falta saber quién da la orden final. Quién dice «hoy». Quién marca los tiempos.

—¿El tal Krasny del que hablabas?

—Krasny es el capataz. Es la mano que golpea, pero alguien le da el calendario a Krasny. Alguien le dice «este edificio sí, este no».

Nora volvió a la pantalla, mordiéndose el labio.

—Quizá esto ayude. Tengo una manía: guardo las fotos que los fotógrafos borran de la tarjeta porque salen movidas o desenfocadas. A veces hay sorpresas en la basura.

Señaló una última foto, una rareza oscura que se había colado en la carpeta de «descartes». Era una toma exterior, frente a la entrada principal del hotel, de noche. Se veían los coches oficiales negros, los invitados saliendo envueltos en abrigos.

Y en un lateral, aparcada en doble fila con las luces de emergencia puestas, una furgoneta blanca. Una Mercedes Vito sin rotular. La misma que Irene había visto. La misma que Daniel había descrito.

Pero lo interesante no era la furgoneta, era el reflejo en su ventanilla trasera.

Nora aplicó un filtro de inversión y contraste, jugando con los niveles de luz como una alquimista digital. En el cristal tintado de la furgoneta se reflejaba, deformada pero reconocible, la pegatina que llevaba el coche de lujo aparcado justo al lado, un Lexus negro.

Un logotipo azul y gris.

Riberas Capital.

—La furgoneta blanca —dijo Irene, sintiendo que las piezas encajaban con un sonido sordo—. La que ve Daniel en el barrio antes de los desalojos, la que «escolta» a la policía cuando se llevan los cadáveres. Es de ellos, es flota de empresa compartida. Riberas pone el coche, Segurval pone al conductor.

—O flota de operaciones especiales —apuntó Nora—. Porque esa furgoneta tiene las lunas tintadas al máximo legal. Nadie quiere que se vea lo que lleva dentro. O a quién lleva.

Irene recogió sus cosas. Sentía el peso del *pendrive* que Nora le tendía como si fuera plomo radiactivo. Tenía la cara de Staszek vivo, tenía la conexión financiera, tenía la estructura corporativa del miedo.

—Nora, eres una bruja —le dijo, guardando el dispositivo en el bolsillo más seguro de su cazadora.

—Lo sé. Pero bruja buena. —Nora se quitó las gafas y se frotó los ojos cansados—. Ten cuidado, Irene. Si esta gente paga nóminas a concejales y tiene furgonetas ciegas, no les va a gustar salir en el periódico el domingo.

—No —dijo Irene, caminando hacia la puerta—. No les va a gustar nada. Pero ya es tarde para que les guste.

Salió de la hemeroteca. Fuera, el pasillo del sótano estaba en silencio, solo roto por el zumbido de las máquinas del periódico. Irene caminó hacia el ascensor, pero en lugar de subir a la redacción, marcó el botón del garaje.

Tenía que irse, tenía que poner esa información a salvo. Y tenía que hacer una copia de seguridad en casa de Alea.

Mientras el ascensor subía, los nombres bailaban en su cabeza, buscando su lugar en el organigrama del infierno.

Krzysztof Staszek**.** El anterior «Krasny». El ejecutor con la estrella, muerto en el río. Tomasz Kowalski**.** El hombre del traje limpio en el piso sucio.

Ahora que tenía los dos nombres, el patrón era evidente. No eran vecinos, ni okupas aleatorios. Eran mano de obra, importación barata del Este.

Staszek había sido el capataz. ¿Y Kowalski? ¿Qué era Kowalski? ¿Un aspirante que no dio la talla? ¿Un guardia que vio algo que no debía en una de esas rondas nocturnas?

El ascensor se abrió en el garaje con un timbre metálico. Irene caminó hacia su coche, con las llaves en la mano, apretándolas como un puño americano, mirando las sombras entre las columnas de hormigón, esperando ver una furgoneta blanca en cada esquina.

La muerte de Kowalski no había sido el inicio del problema; había sido un despido improcedente ejecutado con una jeringuilla.

El juego había cambiado. Ya no buscaba a un asesino. Buscaba al gerente de recursos humanos de una empresa de demolición… y acababa de encontrar su libro de cuentas.

Error 404

A las siete de la tarde, la redacción de *El Diario del Ebro* había dejado de ser un lugar de debate para convertirse en una tormenta de granizo sobre tejado de chapa. El único sonido era el repiqueteo furioso de cincuenta teclados siendo aporreados al unísono, una cacofonía mecánica y nerviosa que ahogaba el zumbido de los teléfonos. Nadie hablaba. Ya no había tiempo para las palabras en el aire, solo para las que quedaban atrapadas en la pantalla. Era el minuto de oro del cierre, ese instante de pánico controlado donde los redactores dejan de ser escritores para convertirse en obreros a destajo, levantando muros de texto contra el reloj antes de que el jefe de cierre empiece a cortar cabezas y párrafos sobrantes.

Irene Larré miraba el cursor de su pantalla. Un latido intermitente en un mar de blanco. *Tick. Tick. Tick.*

Seguía intentando localizar a Germán.

Había marcado su número cinco veces. Cinco veces había saltado el buzón de voz. Sabía que algo iba mal. Su silencio le estaba empezando a pesar como una losa de granito en el pecho. Sin sus fotos de la reunión vecinal, sin la cara del motorista del tatuaje, Irene tenía el esquema de la trama y los nombres de los ejecutores,

pero le faltaba la prueba visual del miedo. Él era el experto que se la podía dar.

—Larré.

Patricia Górriz cruzó la sala de redacción como un rompehielos partiendo la banquisa. La redactora jefe era una mujer de sesenta años que llevaba la tensión del cierre grabada en las arrugas de la frente y en un peinado corto y funcional que no requería espejo. Se detuvo tras la silla de Irene, trayendo consigo su aroma personal inconfundible: una mezcla de café intenso y decisiones difíciles.

—Dime que tienes algo más que humo y esquemas dibujados en servilletas —dijo Górriz. Su voz no se elevó por encima del murmullo de la sala, pero tuvo el efecto de un martillazo sobre una mesa de cristal.

—Tengo el organigrama, Patricia. Tengo a las empresas pantalla, a la seguridad privada, los incendios provocados. Es una maquinaria perfecta. Tengo las fotos de Huertas con Ivanchuk en la gala.

—Tengo a dos matones de barrio y a un abogado de provincias —le cortó Górriz, ajustándose las gafas de pasta roja que solía usar como arma arrojadiza contra los becarios—. Una maquinaria sin maquinista es un accidente, no una conspiración. El domingo necesito una cabeza en una pica, Irene. Una cabeza grande. Si no me traes el nombre del dueño real, del que pone el dinero desde Madrid o desde Panamá, la página se la doy a Deportes. Y tú te vas a cubrir la inauguración de las ferias de ganado en las Cinco Villas.

Irene sintió el golpe en el estómago.

—Dame veinticuatro horas. Sé que hay alguien por encima.

—Te doy cuarenta y ocho. Pero si fallas, Larré, no solo pierdes la portada. Pierdes mi confianza. Y eso es lo único que te mantiene en esta sección y no escribiendo el horóscopo.

Górriz se alejó hacia su despacho, dejando tras de sí una estela de autoridad incuestionable. Irene se quedó sola, rodeada de teléfonos que sonaban y compañeros que tecleaban con furia, sintiéndose más pequeña que nunca. La verdad estaba ahí fuera, escondida bajo capas de burocracia y miedo, burlándose de ella.

La máquina de café de la sala de descanso soltó un chorro de líquido marrón y aguado que parecía saber a plástico quemado.

Irene miró el vaso con asco, pero lo cogió igual. Necesitaba la cafeína, aunque fuera radiactiva.

Se dio la vuelta para volver a su mesa y casi chocó de frente con una pared de tela gris.

Era Manuel Bernal.

El abogado del periódico parecía haber envejecido cinco años en unos meses. Tenía bolsas oscuras bajo los ojos y, por primera vez desde que Irene lo conocía, llevaba su traje descuidado. Sostenía su propio café con una mano que temblaba levemente, haciendo oscilar el líquido negro.

Irene intentó esquivarlo, pero Bernal la agarró del brazo. Fue un gesto rápido, torpe, inusualmente físico para un hombre que siempre mantenía las distancias higiénicas.

—Suéltame, Bernal —dijo Irene, tensándose.

Manuel no la soltó. La arrastró un paso hacia la esquina, lejos de los oídos de la secretaria de dirección.

—He oído que sigues rascando en lo del desalojo —susurró, mirando a los lados con paranoia, como si las máquinas de *vending* tuvieran micrófonos—. Que estás intentando averiguar quién está detrás de todo esto.

—Estoy haciendo mi trabajo. Nada más.

—Déjalo, Irene. —Bernal apretó los dedos sobre la manga de su chaqueta de cuero. Su aliento destilaba una mezcla agría del café rancio y al miedo estomacal—. No sabes dónde te estás metiendo. Los dueños de este tipo de asuntos no te demandan; te trituran. Tienen bufetes en Madrid que cobran por minuto lo que ganamos tú y yo en meses. Te enterrarán en papeles antes de que puedas escribir la primera línea.

Irene se soltó de un tirón, derramando unas gotas de café caliente en el suelo.

—Alguien tiene que escribirlo, Bernal. Alguien tiene que decir qué está pasando en esta ciudad.

El abogado la miró. En sus ojos grises había una mezcla de lástima y terror absoluto, como si estuviera viendo a un fantasma.

—Pues que lo escriba otro periódico —dijo, con la voz rota—. Que lo escriba otro que no seas tú.

La mención hacia ella golpeó a Irene como una bofetada. Antes de que pudiera exigirle una explicación, Bernal se alejó rápido hacia su despacho, caminando pegado a la pared, como si hablar con ella contagiara mala suerte o una enfermedad terminal.

—Hazme caso por una vez —masculló sin volverse—. Vete a casa, Larré. Deja de buscar nombres.

Irene se quedó sola en el pasillo, con el corazón acelerado y el sabor metálico de la advertencia en la boca. Bernal intuía quiénes eran. Y si el hombre más prudente de Zaragoza estaba aterrorizado, es que lo que se escondía detrás de ese edificio en ruinas era mucho más grande de lo que ella imaginaba.

Tiró el café a la basura sin probarlo.

Volvió a su mesa. Fue entonces cuando su móvil personal vibró sobre la mesa. La pantalla se iluminó con dos palabras que en su oficio solían significar problemas: NÚMERO OCULTO.

Irene salió al pasillo de las escaleras de emergencia. El silencio allí era de hormigón frío y eco metálico.

—¿Irene Larré?

La voz al otro lado era un susurro húmedo, nervioso. Voz de mujer joven. Voz de quien mira por encima del hombro mientras habla.

—Soy yo.

—Llamo desde una cabina en Delicias. No tengo mucho tiempo. Me acaban de despedir esta tarde. Trabajaba en la limpieza de las oficinas centrales de Nexo Patrimonial.

Irene notó cómo se le erizaba el vello de la nuca. El instinto cazador, que creía dormido por el cansancio, despertó de golpe.

—¿Por qué te han despedido?

—Porque oí lo que no debía. Oí a mi superior hablando por teléfono en el despacho grande.

El eco de su voz todavía vibraba en la escalera, impregnando el aire con un sudor de secretos que nadie quería compartir.

—¿Con quién hablaba? —preguntó Irene, apretando el móvil hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Con «El Jefe». Con el de verdad. Le decía que los papeles del polígono ya eran ceniza. Pero yo… yo hice una copia antes de irme. —La mujer hizo una pausa para tragar saliva; se oía su respiración

agitada—. Tengo un *pendrive*. Lo copié del ordenador mientras él estaba en el baño. Tengo la estructura societaria completa. Tengo el nombre del dueño, Irene. El que firma los cheques.

El mundo se detuvo un instante. Un nombre. Eso era todo lo que necesitaba para salvar su carrera, para hacer justicia a los desahuciados, para callar a Górriz. La pieza final.

—¿Qué quieres?

—Dinero. Me voy de Zaragoza esta noche. No quiero estar aquí cuando se den cuenta de que falta el archivo. Quiero tres mil euros. En efectivo.

Irene cerró los ojos. Tres mil euros. Era casi dos meses de su sueldo. Eran sus ahorros personales, el colchón de seguridad para imprevistos o para reparar el coche cuando decidiera morir.

—No tengo autorización para pagar a fuentes —mintió, aunque era una verdad a medias. El periódico nunca pagaba.

—No es un pago. Es un seguro de vida. Si no lo quieres tú, llamo al *Heraldo*. Seguro que a ellos no les tiembla la mano para abrir la caja fuerte.

La amenaza de la competencia fue el veneno necesario. Irene pensó en el rostro decepcionado de Patricia Górriz. Pensó en Staszek muerto en el río. La desesperación es una pésima consejera financiera, pero una excelente motivadora.

—Trato hecho —dijo Irene, y al decirlo sintió que cruzaba una línea invisible—. ¿Dónde?

—A las ocho en Puerto Venecia. En los bancos frente al lago artificial, cerca del muelle de las barcas. Busca una bufanda amarilla. Y ven sola. Si veo a alguien más, tiro el *pendrive* al agua.

***

Puerto Venecia es un monumento a la evasión y al consumo. Un complejo comercial faraónico levantado en la zona de los Pinares de Venecia, donde un lago de agua teñida de azul químico simula un paraíso que no existe. El cierzo soplaba con fuerza, rizando la superficie del agua falsa y haciendo tintinear los mástiles de las barcas vacías contra el muelle de madera.

Irene llegó con el aliento corto. Había tenido que visitar tres cajeros distintos para sacar la cantidad. El sobre con los billetes le pesaba en el bolsillo interior de la chaqueta como si llevara una piedra caliente.

Volvió a mirar el móvil antes de bajar del coche. Ninguna llamada de Germán. Estaba sola en esto ahora mismo. «Mejor así», se dijo. «Si sale mal, solo me hundo yo».

Caminó hacia el lago. El lugar estaba lleno de familias paseando, parejas comiendo helados a pesar del frío, adolescentes riendo y haciéndose *selfies*. La normalidad de la escena le resultó obscena. ¿Cómo podía la gente comprar ropa y reírse mientras a pocos kilómetros quemaban las casas de sus vecinos y aparecían cadáveres en el río?

Vio el color amarillo.

Estaba sentada en un banco apartado, lejos de las farolas principales, en la zona de sombra. Llevaba un abrigo barato de paño que no abrigaba lo suficiente y una bufanda de lana amarilla enrollada hasta la nariz. Fumaba con movimientos espasmódicos, nerviosos.

Irene se sentó a su lado. El frío del banco de piedra le traspasó los vaqueros al instante.

—¿Lo has traído? —La mujer no la miró. Sus ojos barrían el paseo, vigilando a los guardias de seguridad privada del centro comercial.

—Aquí está. —Irene se tocó el bulto en el pecho—. Enséñame el *pendrive*.

La mujer abrió la mano. Tenía los dedos rojos, cortados por el frío y la lejía. En la palma descansaba una memoria USB plateada, pequeña, genérica. Ridícula. ¿Podía caber toda la corrupción de una ciudad en algo tan pequeño?

—Está todo ahí —susurró la mujer—. El DNI del socio único. Las transferencias. Los correos de mi superior. Ahora dame la pasta, tengo un autobús que coger a las nueve.

—Tengo que comprobarlo —dijo Irene, aferrándose a su última línea de prudencia profesional.

—¡Ni de coña! —La mujer se giró por primera vez. Tenía el maquillaje corrido y el pánico puro en la mirada—. Hay cámaras por

todas partes. Si sacas un ordenador, vendrán los de seguridad. Dame el dinero o lo tiro al puto lago ahora mismo.

Hizo el amago de lanzar el dispositivo al agua del lago.

Era el momento de la verdad. Irene miró esos ojos asustados. Vio miedo. O quizás vio lo que ella quería ver: la validación de su propia cruzada. La necesidad de creer es más fuerte que la evidencia.

Irene sacó el sobre blanco. Tres mil euros. Su colchón de ahorros. Todo a cambio de un nombre.

El intercambio fue sucio y rápido, como un pecado o una venta de droga. La mujer agarró el sobre, comprobó el tacto de los billetes con dedos expertos y le dejó caer el *pendrive* en la mano como si quemara.

—Suerte, periodista —dijo, poniéndose de pie de un salto—. La vas a necesitar.

Y se marchó corriendo, desapareciendo entre las luces de neón de las franquicias de comida rápida, dejando a Irene sola con el viento, el ruido del agua falsa y una pieza de plástico plateado que contenía su futuro.

***

El interior de su propio coche estaba helado. Irene se sentó al volante y cerró los seguros. Sacó su portátil de la mochila del asiento del copiloto. Le temblaban las manos tanto que tardó tres intentos en acertar con el puerto USB.

El ordenador emitió un sonido de conexión. *Ding.*

—Vamos… —susurró Irene a la pantalla, rezando a un dios en el que no creía—. Dame el nombre. Solo uno. Por favor.

Abrió la unidad externa. Había una sola carpeta llamada **«PARA EL DIARIO»**.

Irene sonrió. La tensión se liberó en un suspiro largo. Lo tenía. Había funcionado.

Hizo doble clic.

La pantalla se llenó de archivos. Pero no eran PDF. No eran hojas de cálculo Excel. Eran imágenes JPG.

—¿Son escaneos? —se preguntó en voz alta, el eco de su propia voz rebotando en el parabrisas empañado.

Abrió la primera imagen.

El silencio que siguió fue absoluto.

No era un documento. Era un meme de internet. Un gato riéndose con la boca abierta y un texto bien grande: **¿CREÍAS QUE ERA TAN FÁCIL?**

Irene parpadeó. El cerebro tardó un segundo en procesar la incongruencia, negándose a aceptar la realidad.

Abrió la segunda. Una foto borrosa y obscena de un hombre bajándose los pantalones y enseñando el culo a la cámara.

Abrió la tercera. Un dibujo infantil, hecho con Paint, de un fantasma con una sábana blanca y un signo de dólar pintado en el pecho.

Irene sintió que el suelo se abría bajo el asiento del coche. El frío de la calle de repente le pareció tropical comparado con el hielo absoluto que le recorría las venas y le paralizaba el corazón.

Al final de la lista de imágenes grotescas había un archivo de texto: **LEEME_LARRE.txt**.

Irene alargó la mano hacia el *trackpad*. Le temblaba tanto que tuvo que usar la otra mano para sujetarse la muñeca. Hizo clic.

El Bloc de notas se abrió sobre el fondo blanco, impoluto y cruel.

Estimada Irene:

Gracias por tu generosa donación a la causa. Nos ha conmovido tu interés por nuestra arquitectura societaria, pero me temo que el precio de la verdad ha subido con la inflación.

Dile a Patricia Górriz que si «El Diario del Ebro» quiere saber quiénes somos, espere sentada.

Y dile a tu amiga Alea que cierre bien la puerta por las noches. Sabemos dónde vive. Sabemos que le gusta la pizza de los jueves.

Deja de buscar fantasmas, pequeña. La próxima vez no te costará dinero. Te costará algo que no se puede reponer en el cajero.

Irene leyó la mención a Alea una y otra vez. Sabían su nombre. Sabían sus rutinas. Sabían que eran cercanas.

No era una estafa aleatoria. La habían estado vigilando. Habían intervenido su teléfono o el de la redacción.

La mujer de la bufanda amarilla no era una limpiadora asustada. Era una actriz. Una yonqui pagada con su propio dinero para humillarla, desmoralizarla y enviarle un mensaje.

El grito de Irene nació en las entrañas y murió contra el cristal cerrado de la ventanilla. Fue un grito primal, animal, de pura impotencia. Golpeó el volante con los puños cerrados hasta hacerse daño. Una vez. Dos veces.

—¡Me han robado! —sollozó, y las lágrimas brotaron calientes, furiosas—. ¡Soy imbécil! ¡Soy una maldita inútil!

Se cubrió la cara con las manos. La vergüenza era física, nauseabunda. Había caído en la trampa más vieja del mundo porque su ego necesitaba una victoria rápida. Había vendido sus ahorros, su colchón de seguridad, por un puñado de *bytes* basura.

Y lo peor es que no tenía a nadie a quien contárselo. Germán no estaba. Y Alea… Alea estaba en casa, ajena a que acababan de ponerle una diana en la espalda por su culpa.

Irene lloró hasta que no le quedó aire en el coche frío. Lloró por el dinero, sí, pero sobre todo lloró por la pérdida de la inocencia profesional. Hasta ese momento, creía que era una periodista luchando contra corruptos. Ahora sabía que era un ratón en un laberinto diseñado por sádicos que se reían de ella.

Lentamente, el llanto cesó, dejando paso a un vacío frío. Irene se limpió la cara con la manga de la chaqueta. Respiró hondo. El aire estaba viciado por el plástico recalentado y la derrota.

Miró el *pendrive* conectado al portátil. Esa pequeña pieza de tecnología barata que contenía su humillación.

Lo arrancó del puerto con violencia, sin expulsarlo con seguridad. Bajó la ventanilla. El ruido lejano de los coches y el viento del cierzo entraron en el habitáculo.

Irene lanzó el dispositivo con todas sus fuerzas contra una columna de hormigón del *parking*. El plástico estalló en mil pedazos invisibles.

Se miró en el espejo retrovisor. Tenía los ojos hinchados y el rímel corrido, pareciendo un mapache triste. Pero había algo nuevo en su mirada bajo las lágrimas. Algo duro, oscuro y mineral que no estaba allí antes.

Arrancó el motor. No podía ir a su casa. No quería estar sola con sus fantasmas.

Condujo mecánicamente hasta la calle Delicias. Aparcó en una calle adyacente y subió al segundo piso sin llamar al interfono. Tenía llave.

Al abrir la puerta, el olor a hogar de Alea —una mezcla reconfortante de infusión de frutos rojos y ozono de servidores calientes— la golpeó, desarmándola.

Alea estaba en el sofá, con el portátil sobre las rodillas y las gafas de lectura puestas. Al ver entrar a Irene, se quitó las gafas y sonrió, pero la sonrisa se le heló al verle la cara devastada.

—¿Irene? —Alea dejó el ordenador y se levantó de un salto—. ¿Qué ha pasado? Estás helada. Pareces un cadáver.

Irene se dejó caer en sus brazos. Se sintió pequeña, ridícula, rota.

—Lo he perdido, Alea —susurró contra su cuello, oliendo su piel—. He perdido el dinero. Todos mis ahorros.

—¿Qué? ¿Cómo?

—He pagado a una fuente por un *pendrive*. Me juró que tenía el nombre del dueño. —Irene se separó, incapaz de sostenerle la mirada—. Era mentira. Eran memes y basura porno. Me han desplumado, Alea. Me han sacado tres mil euros y se han reído en mi cara.

Alea le cogió las manos, que seguían temblando.

—Irene, mírame. El dinero es dinero. Es papel. Se recupera. Lo importante es que tú estás bien.

—No, no lo entiendes. —Irene levantó la vista, con los ojos llenos de miedo—. En el *pendrive* había un archivo de texto. Te nombraban a ti. Decían: «Dile a tu amiga Alea que cierre bien la puerta por las noches. Sabemos dónde vive. Sabemos lo de la pizza».

Alea se tensó. Su mirada cambió al instante, pasando de la preocupación suave a ese cálculo frío y protector que Irene conocía bien pero que rara vez veía. La *hacker* despertó.

—¿Me han nombrado? ¿Con detalles?

—Sí. Saben quién eres. Saben que me ayudas.

Alea soltó sus manos y caminó hacia la ventana. Bajó la persiana del todo, cerrando el mundo exterior con un golpe seco. *Clac.*

—Entonces ya no es una estafa —dijo, volviéndose hacia Irene con una intensidad nueva, peligrosa—. Es una amenaza directa. Querían humillarte para que pararas, y usarme a mí para asustarte. Han tocado lo que más te duele.

Se acercó y la abrazó de nuevo, esta vez más fuerte, como si quisiera fusionarse con ella para protegerla con su propio cuerpo.

—Pero han cometido un error de cálculo —susurró Alea en su oído, acariciándole el pelo sucio—. Ahora ya no es solo tu reportaje. Ahora es personal. Y no tienen ni idea de lo que puedo hacerles a sus servidores si me cabreo de verdad.

Irene cerró los ojos, sintiendo el calor del cuerpo de Alea. Por primera vez en horas, dejó de temblar. Había perdido sus ahorros y su orgullo, sí. Pero al mirar a Alea, supo que no estaba sola en la trinchera.

—Mañana Patricia me va a matar —murmuró Irene—. No tengo la noticia, no tengo el nombre y no tengo dinero.

—Mañana nos preocuparemos por Patricia y por el dinero —dijo Alea, guiándola hacia el sofá y tapándola con una manta—. Hoy vamos a cerrar todo, desconectar los *routers* y blindarnos. Y pasado mañana… pasado mañana vamos a enseñarles que no es buena idea amenazar a las chicas.

La quinta muesca

El Cuarto Cinturón era una lengua de hormigón que todavía conservaba el calor agrio del tráfico del día. A estas horas, sin coches, la carretera se sentía artificialmente grande, un escenario vacío donde el único sonido era el crujido del asfalto enfriándose bajo la humedad. No había brisa, solo un aire estancado que sabía a neumático y a metal frío, una atmósfera espesa que se te metía en el cuello de la chaqueta y te recordaba que estabas solo.

Desde el puente, el Ebro era una ausencia total de luz.

Era un río antiguo y traicionero, famoso no por su belleza de postal, sino por su capacidad infinita para guardar secretos. Los zaragozanos viejos sabían que el Ebro no devolvía lo que se caía en él; lo digería, lo arrastraba al fondo limoso y lo convertía en fango anónimo, atrapándolo entre las raíces de los sotos inundados.

Esa noche, el río no solo corría; respiraba.

Bajaba lento, con una inercia pesada, más parecido al aceite de motor que al agua de montaña. No había brillo en la superficie; el cauce se tragaba los reflejos de los edificios como si tuviera algo que ocultar. Era un río que no murmuraba, sino que masticaba en silencio la basura de las alcantarillas y los restos de una ciudad que siempre le había dado la espalda. Una corriente espesa y opaca que

cruzaba Zaragoza con la indiferencia de un enterrador, arrastrando lo que nadie quería recordar hacia la desembocadura.

Zuazo la había citado allí, lejos de la comisaría y de los micrófonos indiscretos, en un terraplén de tierra prensada cerca de la ribera. Hacía un frío que mordía la piel, pero Irene agradecía el dolor físico. El viento helado en la cara le ayudaba a no pensar en los tres mil euros que acababa de tirar a la basura ni en la amenaza directa a Alea.

Allí, en la oscuridad de la orilla, apretó los puños dentro de los bolsillos vacíos de su abrigo y se prometió que esa sería la última vez que alguien la engañaba. La última vez que jugaba a la defensiva.

—Apaga los faros —dijo Zuazo cuando ella bajó del coche.

El policía estaba apoyado en el guardarraíl oxidado, fumando un cigarro que brillaba como una luciérnaga furiosa y solitaria en la oscuridad.

—Si nos ven juntos aquí, a mí me abren un expediente disciplinario y a ti te abren la cabeza.

Irene obedeció. Giró la llave y las luces se murieron. La oscuridad se lo tragó todo, excepto el rumor constante del agua lamiendo la orilla.

Zuazo tosió. Fue una tos seca, fea, profunda. Tos de fumador viejo y de algo más, algo roto por dentro. Se llevó la mano al pecho instintivamente, frotándose el esternón con un gesto de dolor sordo. Parecía más delgado bajo la gabardina barata, más consumido por la noche. Como si la placa dorada fuera lo único que lo mantenía erguido y, sin ella, se fuera a desmoronar como un castillo de naipes empapados.

—Maldito frío —murmuró, escupiendo al suelo una flema oscura—. Se te mete en los huesos y ya no sale. Se te queda a vivir.

Irene se subió el cuello del abrigo hasta la nariz, tiritando. Zuazo se giró y la observó un instante, con los ojos entrecerrados por el humo del tabaco negro, estudiándola como si fuera una prueba en una escena del crimen que no terminaba de encajar en el informe.

—Te pareces a él, ¿sabes? —dijo de repente—. A Julián. A tu padre.

Irene se quedó helada. Nunca habían hablado de su padre. El nombre flotó en el aire frío, más pesado que la niebla del río.

—Tenía la misma mala leche que tú —siguió Zuazo, esbozando una sonrisa triste que apenas le llegó a los ojos—. Y la misma manía de meterse donde no le llamaban. Yo llevé el atestado de su muerte hace cinco años. «Infarto por estrés», pusieron en el informe médico. Una forma elegante de decir que le reventaron el corazón a disgustos y deudas. No pude hacer nada entonces, Irene. Era solo un caso administrativo, una quiebra más, un número en una carpeta azul.

Dio una última calada profunda, trágica, suicida, y tiró la colilla al río. El punto rojo trazó un arco perfecto en la noche antes de ser engullido por el agua negra con un siseo imperceptible.

—No voy a dejar que te rompan a ti también —dijo, mirando el punto donde el cigarro había desaparecido—. Esta vez no. No en mi turno.

—¿Qué tienes? —preguntó ella, acercándose, rompiendo la distancia de seguridad.

—El informe definitivo de la autopsia de Staszek. —Zuazo se frotó las manos para calentarlas—. Lo que te dije por teléfono se queda corto. No solo lo sedaron con midazolam. Lo prepararon.

—¿Prepararon?

—Le vaciaron el estómago con una sonda. Le limpiaron las uñas con cepillo. Le vistieron con ropa limpia que no era de su talla. —Zuazo la miró a los ojos, grave—. Y la estrella… la estrella del cuello no es de plata barata, Irene. Es platino. Y las muescas no están hechas a navaja, están hechas con un punzón de precisión. De los que usan los grabadores o los cirujanos vasculares.

Irene sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento.

—Es una ceremonia —dijo—. No es un asesinato pasional, es un ritual. Un despido formal.

—Es un mensaje, Irene. Para los otros. Para los que vienen detrás en la cadena de montaje. «Así terminan los empleados del mes». Y ahora escucha lo peor: hemos cruzado los datos biológicos con la base de desaparecidos de Interpol. ¿Recuerdas al primer muerto? ¿El del piso de la calle Pontevedra?

—Tomasz Kowalski.

—Bien. Pues resulta que Kowalski y Staszek sirvieron en la misma unidad militar de zapadores en Polonia hace diez años. Y ambos entraron en España con contratos de trabajo visados por la misma ETT. Una empresa fantasma con sede en un apartado de correos en Huesca.

—¿De quién es la empresa?

—Del administrador único de Segurval.

El círculo se cerró con un chasquido metálico en la mente de Irene. Kowalski no era una víctima aleatoria, un okupa cualquiera. Era el predecesor. El peón que falló antes que Staszek.

—Los están reciclando —murmuró Irene con asco—. Traen mano de obra desesperada, los usan para reventar los edificios y asustar a viejas y, cuando se queman o saben demasiado, los eliminan. Es una trituradora de carne humana.

De repente, Zuazo se tensó. Su cuerpo de policía viejo reaccionó antes que su cerebro. Se llevó la mano a la cadera, instintivamente, hacia el arma reglamentaria que llevaba bajo el abrigo.

—Al coche —ordenó en un susurro áspero.

—¿Qué?

—He dicho al coche. Ahora. Muévete.

Irene miró hacia la zona de arbustos y cañas que bordeaba el río. Algo se había movido. Una sombra se desprendió de la oscuridad, separándose de la negrura de los pilares de hormigón del puente.

No era un animal. Era un hombre.

Llevaba una sudadera gris con la capucha subida y las manos metidas en los bolsillos delanteros, simulando una postura relajada que su tensión muscular desmentía. Estaba a veinte metros, plantado como una estaca.

Irene reconoció la silueta. La anchura de hombros. La forma de moverse, elástica y peligrosa.

Era él. El motorista. El hombre de la cicatriz. El nuevo Krasny.

—¡Alto! —gritó Zuazo, sacando la placa con una mano y una linterna táctica con la otra. El haz de luz blanca cortó la noche e impactó en la cara del hombre, cegándolo.

El hombre no parpadeó. No huyó. No sacó un arma.

Levantó las manos despacio, muy despacio, mostrando las palmas vacías y sucias de grasa. Tenía los ojos claros, fijos en Irene, ignorando al policía armado. La cicatriz de la ceja brillaba bajo la luz led, blanca y cerosa.

—No —dijo Irene, poniéndole la mano en el brazo a Zuazo para que bajara la linterna—. Espera, Damián. No viene a atacar.

—¿Estás loca? Es un sicario. Tengo tiro limpio.

—Mírale. No se está escondiendo. Se está mostrando.

El hombre dio un paso adelante. Zuazo tensó el dedo en el gatillo mentalmente, pero Irene avanzó un paso, saliendo de la protección del chasis del coche.

—¿Qué quieres? —le gritó, con la voz quebrada por el viento—. ¡Habla!

El hombre, el nuevo Krasny, hizo algo que Irene no esperaba.

Se bajó la capucha con un movimiento lento. Se señaló el cuello, el lugar exacto donde llevaba el tatuaje de la estrella negra.

Luego levantó la mano derecha y extendió cuatro dedos.

Cuatro.

Se señaló el pecho, señaló el río negro a sus espaldas. Y luego cerró el puño y se golpeó el corazón dos veces. *Bum-bum.*

—Cuatro muescas —susurró Irene, entendiendo de golpe el lenguaje de signos de la muerte—. Staszek tenía cinco y está muerto. Él tiene cuatro.

El hombre la miró con una intensidad desesperada, casi suplicante. Luego señaló hacia el aparcamiento superior, hacia la explanada de asfalto donde Irene había dejado su coche antes de bajar al terraplén con Zuazo.

Hizo un gesto llevándose dos dedos a los ojos. *Mira.*

Y después, con la misma rapidez sobrenatural con la que había aparecido, dio dos pasos atrás y se dejó tragar por la maleza de la ribera.

Zuazo corrió hacia el borde, barriendo la zona con la linterna, pero el haz de luz solo iluminó cañas rotas y agua negra. El hombre se había esfumado con la eficacia de un fantasma entrenado en operaciones especiales.

—Se ha ido —dijo Zuazo, jadeando, guardando la placa—. Joder, Irene. Te ha marcado. Sabe dónde estamos.

—No —dijo Irene, dándose la vuelta y corriendo hacia la rampa de subida—. Me ha avisado.

Subieron al aparcamiento superior a la carrera, con el corazón en la boca. El coche de Irene estaba allí, un utilitario negro solitario bajo la luz mortecina de una farola fundida que parpadeaba.

Parecía intacto.

Irene sacó las llaves. Le temblaban las manos tanto que casi se le caen. Desbloqueó el cierre centralizado. *Clic-clac.*

—Espera. —Zuazo la apartó con el brazo—. Déjame a mí. Protocolo.

El policía inspeccionó los bajos con la linterna. Nada. Revisó las cerraduras. Intactas. Abrió la puerta del conductor con cuidado quirúrgico.

El interior olía a ambientador de pino barato y a tabaco frío.

—Está limpio —dijo Zuazo, relajando los hombros.

—No. —Irene señaló el asiento del copiloto—. Mira ahí.

Sobre la tapicería oscura, casi invisible si no sabías qué buscar, había un objeto metálico.

Irene se inclinó. No lo tocó.

Era un punzón. Un punzón de mango de madera noble, pulida, de los que se usan en joyería para grabar metales duros. La punta de acero era finísima, afilada como una aguja hipodérmica, capaz de perforar metal… o piel.

Y clavada en la punta, atravesada como una mariposa muerta en un corcho, había una nota de papel.

Zuazo iluminó el papel con la linterna. Había una frase escrita con letras recortadas de revista, al estilo de los secuestradores antiguos, o quizás para evitar cualquier análisis caligráfico policial.

«LA QUINTA ES PARA TI»

Irene sintió que las piernas le fallaban. Se apoyó en el marco de la puerta para no caerse.

El punzón. La herramienta con la que hacían las muescas en las estrellas de los cadáveres. La herramienta con la que firmaban las sentencias de despido.

—Han estado aquí —dijo Irene, con la voz estrangulada por el pánico—. Mientras estábamos abajo hablando. Han abierto el coche sin forzarlo con un inhibidor, han dejado esto y se han ido. Nos han tenido a tiro, Zuazo.

—Es una amenaza de muerte, Irene. Directa y creíble. Tengo que pedir protección.

—Es más que eso. —Irene miró hacia la oscuridad del parque, hacia donde el nuevo Krasny había desaparecido—. Ese hombre, el de la cicatriz… él sabía que esto estaba aquí. Me avisó. Me dijo que mirara.

—¿Por qué te avisaría el sicario de Ivanchuk?

—Porque tiene cuatro dedos —dijo Irene, recuperando el aliento y una lucidez fría y terrible—. Tiene cuatro muescas en su estrella. La próxima es la quinta. La próxima es la suya.

Se giró hacia Zuazo. Los ojos le brillaban bajo la luz de la farola con una mezcla de terror y epifanía.

—Están limpiando la casa, Zuazo. Staszek llegó a la quinta y lo mataron. Kowalski llegó a la quinta y lo mataron. Y ahora este nuevo, el de la cicatriz, sabe que le toca el turno. Está aterrorizado. No me estaba amenazando abajo. Me estaba pidiendo ayuda. Me estaba diciendo quién es la siguiente víctima.

El móvil de Irene vibró en su mano con la violencia de un disparo.

Un mensaje de texto. NÚMERO OCULTO.

«Nowak. Calle Arquímedes 17. 3º C. Van ahora. Tienes 20 minutos antes de que le pongan la quinta».

Irene miró a Zuazo, pálida.

—¿Quién es Nowak? —preguntó el policía.

—El ingeniero —recordó Irene de golpe, su cerebro conectando los cables a toda velocidad—. El polaco que firmaba los informes técnicos de ruina de Vistula antes de que empezaran a usar la firma digital. El único técnico que queda vivo aparte de los que están en nómina. El eslabón perdido.

Miró el reloj del salpicadero.

—Van a por él. Esta noche es noche de limpieza general. Van a borrar todo el rastro.

—Llamo a una patrulla —dijo Zuazo, sacando la radio del cinturón.

—¡No hay tiempo para patrullas! —gritó Irene—. Estamos a diez minutos de la calle Arquímedes si nos saltamos los semáforos. Si esperamos a los Zetas y a la orden judicial, llegaremos para el levantamiento del cadáver.

Irene se subió al coche y arrancó el motor. El punzón rodó por el asiento del copiloto, brillando con una luz maligna.

—Sube —le gritó a Zuazo—. O te quedas aquí.

Zuazo maldijo en voz alta, dio un rodeo al coche corriendo y se subió en marcha.

—Si salimos vivos de esta, te detengo yo mismo por conducción temeraria —gruñó, abrochándose el cinturón mientras Irene metía primera.

Irene pisó el acelerador a fondo. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto helado, dejando olor a goma quemada.

El coche salió disparado hacia la noche de Zaragoza. Ya no era una investigación periodística; era una carrera contra la muerte. Y la meta era un hombre que no sabía que ya estaba sentenciado.

La herencia del papel

El neumático delantero del coche de Irene mordió el bordillo con un golpe seco que le sacudió los hombros. El vehículo quedó cruzado en mitad de la calle Arquímedes, con las ruedas giradas y el morro a un palmo de un contenedor de basura que olía a cartón mojado y desperdicio orgánico. Irene no apagó el motor de inmediato; dejó que el ralentí vibrara contra sus costillas, escuchando la quietud del barrio Oliver. No había movimiento visible, pero la certeza de ser observados desde algún balcón a oscuras era tan real como el frío que empezaba a filtrarse por la ventanilla.

—Tercero C —dijo Zuazo, desabrochándose el cinturón y comprobando su arma con un gesto mecánico, casi religioso—. Tú quédate aquí. Con el motor en marcha. Si ves salir a alguien corriendo que no seamos nosotros, le atropellas. No preguntes, acelera.

—Ni hablar. —Irene abrió la puerta y el frío de la noche entró en el habitáculo—. El mensaje decía que yo tenía veinte minutos. Nowak no va a abrir la puerta a un policía armado que huele a tabaco y a ley. Va a pensar que eres uno de ellos. Va a pensar que eres el verdugo.

Zuazo maldijo entre dientes, pero sabía que ella tenía razón. El miedo tiene su propia lógica paranoica, y Nowak estaba viviendo en

el pánico absoluto.

Entraron en el portal aprovechando que un vecino salía a pasear a un perro insomne que les ladró sin convicción. El vestíbulo apestaba a humanidad y a tuberías viejas. El ascensor estaba parado en el quinto piso.

—Subo por las escaleras —dijo Zuazo, ya en movimiento, subiendo los escalones de dos en dos—. Tú llama al ascensor, le cortamos el paso por los dos lados. Si intenta huir, se encontrará con uno de nosotros.

Irene vio cómo el policía desaparecía escaleras arriba, con la agilidad sorprendente de un hombre de su edad impulsado por la adrenalina. Ella pulsó el botón de llamada. El motor del ascensor gimió en algún lugar de la estructura, lento, pesado, como un animal herido despertándose.

Mientras esperaba, Irene se fijó en el panel de buzones de metal dorado. El del 3.º C no tenía nombre. Solo una etiqueta blanca, vacía.

Pero lo que le heló la sangre no fue eso. Fue el sonido que venía de abajo… del sótano.

Un golpe metálico. Seco. *¡Clang!*

Como una herramienta cayendo al suelo de hormigón.

Irene miró las escaleras que bajaban hacia los cuartos de servicios y trasteros. La oscuridad allí abajo era total.

Nowak era ingeniero. Él sabía cómo funcionaban los edificios, conocía sus tripas. Si alguien venía a matarte a tu casa, no te quedabas en el salón esperando sentado en el sofá. Te escondías en las entrañas del inmueble, donde nadie mira.

Ignoró el ascensor que acababa de llegar y bajó las escaleras del sótano de dos en dos, guiada por una intuición que le gritaba en la nuca.

El pasillo inferior era un túnel de hormigón desnudo, iluminado por fluorescentes tubulares que parpadeaban con un zumbido eléctrico enloquecedor. Al fondo, una puerta de metal pintada de gris industrial estaba entreabierta. Un cartel oxidado con un rayo amarillo rezaba: «Contadores Eléctricos - Prohibido el Paso - Alta Tensión».

Irene se acercó despacio, pegada a la pared. La puerta tenía marcas recientes alrededor de la cerradura, arañazos brillantes en el metal viejo donde la pintura había saltado. Alguien la había forzado, pero no con violencia bruta, sino con prisa y una ganzúa.

Empujó la hoja metálica con la punta de los dedos. Las bisagras chirriaron levemente.

Dentro, agazapado entre los armarios de fusibles y los manojos de cables de colores que colgaban como lianas negras, había un hombre.

Llevaba un abrigo gris de lana, demasiado elegante para estar tirado en el suelo sucio, y unas gafas de pasta rectangulares que reflejaban el terror puro. Estaba acurrucado en posición fetal, temblando.

—¿Nowak? —susurró Irene.

El hombre dio un respingo violento, levantando un destornillador largo como si fuera un puñal de combate.

Irene se fijó en sus manos. Eran manos finas, de dedos largos y uñas limpias. Manos de pianista o de teclear códigos en un despacho, sin un solo callo. Manos que no estaban hechas para la violencia física. El destornillador temblaba en su puño con la vibración incontrolable del pánico absoluto. Nowak era un hombre de números que acababa de descubrir que, en el sótano oscuro de un edificio, las ecuaciones no sirven para salvarte la vida.

—¡Atrás! —gritó, con un acento polaco espeso y tembloroso—. ¡No te acerques! ¡Aléjate!

—Soy Irene. Irene Larré. La periodista. Me envió un mensaje… o alguien me envió un mensaje sobre usted. Vengo a ayudarle.

Nowak bajó el destornillador milímetros, pero no relajó la guardia. Estaba sudando a chorros, a pesar del frío húmedo del sótano.

—¿Irene? —susurró, entornando los ojos tras los cristales empañados—. ¿Vino sola?

—Hay un policía arriba. Está asegurando su piso, tenemos que salir de aquí. El edificio no es seguro.

Nowak negó con la cabeza frenéticamente, con los ojos desorbitados.

—El piso es la trampa. Ellos sabían que irían al piso, por eso bajé. Aquí… aquí controlo la luz. Si entran, corto todo. Oscuridad total. Es mi única ventaja.

Metió la mano en el bolsillo interior del abrigo con movimientos espasmódicos. Irene se tensó, esperando un arma, pero lo que Nowak sacó no fue una pistola. Fue un *pendrive* negro, pequeño, pegado con cinta adhesiva a una tarjeta de visita arrugada. Y un sobre de papel manila doblado por la mitad.

Se incorporó a medias y se lo tendió a Irene con urgencia desesperada.

—Tome. Rápido. —Su voz era un hilo—. Aquí está todo. El protocolo, los nombres, el calendario de ruido.

Irene cogió el *pendrive* y el sobre. Pesaban poco, pero valían vidas.

—¿Qué es esto?

—Informe rojo. El que no se presenta en el Ayuntamiento, el interno. El de la «predisposición acelerada a ruina». —Nowak miró hacia la puerta, paranoico—. Si lleva estrella de cinco puntas, hay plan. Si hay plan, hay dinero. Mucho dinero.

En ese momento, un sonido agudo, electrónico, cortó la conversación. Un *bip* singular, seco, que no venía de ningún móvil.

Irene y Nowak miraron al techo al mismo tiempo.

Camuflado entre las tuberías de agua y las bandejas de cables, un pequeño dispositivo rectangular de plástico negro había cobrado vida. Un led rojo parpadeaba rítmicamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Irene.

La respuesta llegó antes de que Nowak pudiera formular una hipótesis. La puerta del cuarto de contadores, la única salida, se cerró de golpe con un estruendo metálico. El sonido del pestillo electromagnético al bloquearse fue definitivo. *¡CLAC!*

—¡No! —Nowak se lanzó hacia la puerta y tiró de la manilla con las dos manos. Bloqueada. Soldada.

—Es una trampa —dijo Irene, golpeando la puerta con el hombro. Sólida como una caja fuerte—. Sabían que bajaríamos. O sabían que tú estabas aquí y me estaban esperando a mí para cerrar la ratonera.

Entonces escucharon el siseo.

Psssssssss.

Provenía de las rejillas de ventilación situadas a ras de suelo. Un sonido suave, constante, sibilante, como el de un neumático perdiendo aire. Una bruma blanca, apenas visible, empezó a reptar por el suelo de hormigón como una alfombra viva.

El olor llegó un segundo después. Picante, químico, agresivo. Como lejía y pimienta concentrada.

Nowak tosió, llevándose la manga del abrigo a la boca.

—Gas —dijo, con los ojos llorosos—. Aerosol de pimienta militar. O algo peor. Gas CS.

Irene sintió el picor en la garganta, una garra invisible que le cerraba las vías respiratorias y le quemaba las mucosas. Se tapó la boca con la bufanda, intentando filtrar el aire.

—¡Zuazo! —gritó, aporreando la puerta metálica—. ¡Zuazo, abajo! ¡Estamos encerrados!

Nadie respondió. El cuarto estaba insonorizado o Zuazo estaba demasiado lejos, en el tercer piso, peleando con sus propios fantasmas o esperando en una puerta vacía.

El gas subía rápido. La habitación era pequeña y hermética. En un minuto no podrían ver. En dos, no podrían respirar. En cinco, estarían inconscientes.

—La rejilla —dijo Nowak, señalando hacia arriba, hacia una ventilación antigua cerca del techo, cubierta de óxido—. Da al cuarto de calderas del edificio de al lado, lo vi en los planos estructurales. Hay conexión.

Irene miró la rejilla. Estaba atornillada con cuatro tornillos de cabeza plana.

—¡El destornillador! —le gritó a Nowak—. ¡Úsalo! ¡Ahora!

El ingeniero polaco, impulsado por el pánico, se subió a uno de los transformadores grandes, haciendo caso omiso de las pegatinas amarillas de «Alta Tensión». Empezó a desatornillar con manos temblorosas pero rápidas. Era un técnico. En medio del caos, sus manos recordaban cómo funcionaban las herramientas, encontrando consuelo en la mecánica.

Irene, abajo, sentía que los ojos le ardían como si tuviera arena caliente o cristal molido en las pupilas. El gas se espesaba, volviéndose una niebla lechosa. Sacó el móvil. Sin servicio. El búnker de hormigón y metal bloqueaba la señal.

—¡Vamos, Nowak! ¡Rápido!

Un tornillo cayó al suelo. *Cling.* Otro. *Cling.*

—¡Listo!

Nowak arrancó la rejilla de metal con un tirón, cortándose un dedo. El hueco era estrecho, oscuro y sucio, lleno de telarañas y polvo de años. Un túnel negro.

—Pase usted primero —dijo él, tosiendo violentamente con la cara roja—. Yo le empujo. Vaya.

Irene no discutió. Trepó por el transformador, ignorando el calambre estático que le recorrió el brazo al tocar un cable pelado. Se metió de cabeza en el conducto. El espacio era claustrofóbico, apestaba a ratas en descomposición. Se arrastró sobre los codos, raspándose la piel, sintiendo el polvo en la boca, avanzando hacia la oscuridad.

Oía a Nowak detrás, resoplando, empujando su propio cuerpo por el túnel como un gusano desesperado.

Avanzó tres metros que parecieron tres kilómetros. Vio luz al final, una rejilla suelta. Empujó con la cabeza y cayó al suelo de otra habitación, rodando para amortiguar el golpe.

Era un cuarto de calderas. Aire limpio. Olor a gasoil, pero respirable.

Segundos después, Nowak cayó a su lado, aterrizando mal sobre un hombro con un crujido seco. Gimió de dolor, pero se levantó enseguida, impulsado por el terror.

—Fuera —dijo, agarrándose el brazo—. Tenemos que salir fuera. Al aire.

Corrieron hacia la salida del edificio contiguo. La puerta de la calle se abrió con una barra antipánico que activó una alarma local.

Salieron a la calle lateral, jadeando, con los ojos rojos inyectados en sangre y las caras manchadas de hollín y lágrimas por el gas. El aire frío de la noche fue una bendición dolorosa en sus pulmones

quemados. Irene se dobló por la cintura, tosiendo, escupiendo saliva espesa, intentando limpiar sus bronquios.

—¡Eh! ¡Ahí están!

Una voz masculina. Autoritaria. Teatral.

Irene levantó la cabeza, cegada por el dolor.

A diez metros, en la acera, un hombre con un chaleco reflectante amarillo y un móvil de alta gama en la mano los estaba grabando. Tenía el *flash* encendido, un foco led potente que los cegaba, clavándolos en el sitio como insectos.

—¡Son ellos! —gritaba el hombre hacia el móvil, como si estuviera retransmitiendo en directo para una audiencia invisible—. ¡Los saboteadores! ¡Acaban de salir de reventar los contadores! ¡Mirad cómo tienen las caras! ¡Han cortado la luz del bloque entero! ¡Terroristas!

Irene se cubrió la cara con el brazo, instintivamente, protegiendo su identidad.

—¿Qué dice? —preguntó Nowak, aterrado, sin entender nada.

—Es una encerrona. —Irene entendió la jugada al instante. Su cerebro periodístico procesó la escena en milisegundos. El gas no era para matarlos. Era para sacarlos de allí con aspecto de culpables, tosiendo, huyendo, sucios, justo a tiempo para ser grabados por un «vecino vigilante» convenientemente situado—. Nos están montando un vídeo viral. Nos están incriminando.

El hombre del móvil se acercó, agresivo, invadiendo su espacio.

—¡Tengo vuestras caras! ¡La policía viene de camino! ¡No os vais a escapar, cabrones!

Irene agarró a Nowak del brazo sano.

—Corre. No hables. Corre.

Echaron a correr calle abajo, alejándose del hombre, del edificio y de la trampa mediática. Giraron la esquina justo cuando las luces azules de una patrulla —probablemente llamada por el propio hombre del móvil— aparecían al final de la avenida, reflejándose en los escaparates cerrados.

No pararon hasta llegar tres calles más allá, con los pulmones ardiendo, refugiándose en la oscuridad de un parque infantil desierto. Irene se dejó caer en un banco de madera pintada, el

pecho subiendo y bajando con violencia. Nowak se apoyó en un árbol, vomitando bilis y miedo.

Irene sacó el sobre que Nowak le había dado. Lo había protegido bajo la cazadora, contra su cuerpo. Estaba arrugado, caliente, pero intacto.

El móvil de Irene vibró. Ya tenía cobertura.

Mensaje de Alea. **URGENTE**.

«ALARMA ROJA. Acaban de subir un vídeo a Twitter y a los grupos de WhatsApp de vecinos del Oliver. Título: "Periodista radical y okupa intentan sabotear la red eléctrica". Se os ve la cara perfectamente. Dicen que llevabais explosivos caseros. La policía tiene orden de busca y captura preventiva. Sal de la calle».

Irene miró a Nowak. El ingeniero se limpiaba la boca con el dorso de la mano temblorosa.

—Estamos quemados —dijo Irene, mirando la pantalla—. Nos han convertido en terroristas domésticos en cinco minutos. Ya no somos víctimas; somos los malos de la película.

—No importa. —Nowak señaló el sobre que Irene tenía en la mano con un dedo manchado de sangre—. Lea. Lea los nombres. Eso es lo único que importa.

Irene abrió el sobre bajo la luz anaranjada de una farola lejana.

Era una lista. Una lista mecanografiada con el membrete oficial de Segurval 24H.

Título: «Unidad Estrella — Operativos de campo — Personal autorizado».

Los nombres estaban ahí, alineados como lápidas en un cementerio militar:

A. Lafuente (Jefe de Operaciones)

M. Coronas (Logística y Coordinación)

K. Staszek (Operador de campo - Sector Norte) -> Tachado con bolígrafo rojo y una nota al margen: (BAJA noviembre).

R. Abad (Enlace institucional)

J. Huertas (Asesor legal)

Y debajo del nombre de Staszek, añadido con otra letra, con bolígrafo negro apresurado:

Sustituido temporalmente (sin documentación oficial en sistema).

Irene sintió que el frío desaparecía, reemplazado por una furia caliente, precisa y letal.

Tenía el organigrama y la jerarquía. Tenía la prueba de que Staszek había sido dado de «baja» el mismo mes que apareció flotando en el Ebro con los pulmones llenos de agua. Y tenía la confirmación de que «Krasny» no era una persona, sino un puesto rotatorio para los indocumentados, los desechables, los que nadie iba a reclamar.

—Arístides Lafuente —leyó Irene en voz alta. El nombre supo a sangre en su boca.

—Él manda —dijo Nowak, recuperando el aliento—. Es el hombre. El que lleva el punzón. El que marca la quinta muesca. Si encuentra a Lafuente, encuentra el centro de la araña.

El móvil vibró de nuevo. Era Zuazo.

Irene descolgó.

—¿Dónde coño estás? —bramó el policía, con la respiración agitada—. He entrado en el piso y estaba vacío. He oído golpes abajo, pero cuando he llegado al cuarto de contadores estaba lleno de gas y vacío. Y ahora hay una patrulla de la Nacional buscando a dos «saboteadores» por el barrio. Dicen que van armados. Tienes que salir de ahí.

—Tengo a Nowak —dijo Irene—. Y tengo la lista, Zuazo. Tengo todos los putos nombres. Tengo la prueba.

—Sácale de ahí y llévatelo lejos, yo distraeré a la patrulla. Pero Irene… escúchame bien. Si te pillan con eso encima, no van a llevarte a comisaría. Te van a llevar a un descampado. Tienen orden de tirar a matar si hay resistencia.

—No me van a pillar.

Colgó. Miró a Nowak. El ingeniero estaba pálido, pero sus ojos brillaban con una determinación nueva.

—¿Puede correr un poco más?

—Puedo correr hasta Polonia si hace falta —dijo el ingeniero, ajustándose las gafas rotas.

—No iremos tan lejos. Vamos a casa de una amiga. Vamos a escribir el artículo que va a tirar abajo ese edificio antes de que ellos puedan demolerlo.

Irene guardó la lista en el bolsillo interior, junto a su corazón acelerado.

La trampa había fallado. Habían querido desacreditarlos, convertirlos en vándalos, en ruido, en enemigos públicos… pero les habían dejado escapar con la única cosa que no podían combatir con gas pimienta ni con vídeos manipulados: la verdad escrita en un papel con membrete oficial.

Salieron del parque y se fundieron con las sombras, dos fugitivos armados con una bomba de papel que iba a estallar al amanecer.

***

Irene dejó a Nowak durmiendo en el sofá de Alea, protegido por tres cerrojos, un sistema de vigilancia casero montado con Raspberry Pi y el agotamiento absoluto de quien ha visto a la muerte a los ojos en un sótano lleno de gas. Alea no hizo preguntas; solo le dio un abrazo sentido, y le prometió que vigilaría al polaco mientras ella «solucionaba cosas».

Al salir a la calle Delicias, el aire frío de la madrugada golpeó a Irene en la cara, pero no logró despejarle la cabeza. La adrenalina del rescate se estaba disipando, dejando paso a un eco oscuro y persistente.

Las palabras del inspector Zuazo en la orilla del río resonaban en su mente con la persistencia de una canción maldita: «A tu padre le reventaron el corazón. No fue un infarto, fue una ejecución administrativa».

Irene subió al coche. No podía ir a casa. No podía dormir. Necesitaba saber si Zuazo tenía razón. Sus manos, agarradas al volante con los nudillos blancos, aún temblaban. Arrancó. El vehículo, como si tuviera memoria muscular propia, no giró hacia el centro. Giró hacia el norte, cruzando el Puente de Santiago sobre un Ebro negro, dejando atrás las luces cálidas de la ciudad para adentrarse en la boca del lobo industrial.

El Polígono Cogullada a las tres de la madrugada era un cementerio de hormigón y chapa ondulada. Naves cerradas, carteles de «SE ALQUILA» descoloridos por el sol y perros ladrando a

fantasmas detrás de verjas oxidadas. El viento del cierzo soplaba allí con más violencia, silbando entre los cables de alta tensión.

Irene detuvo el motor frente a la nave número 4B.

El cartel de GRÁFICAS LARRÉ todavía colgaba de un solo tornillo, golpeando la fachada metálica con un ritmo fúnebre. *Clang. Clang. Clang.* Era el metrónomo de su infancia.

Bajó del coche. Hacía dos años que no pisaba aquel lugar. Desde el infarto. Desde que el corazón de Julián Larré estalló, según el forense, por «estrés financiero sostenido». Desde que el banco ejecutó el embargo y puso el candado judicial.

Pero los bancos son burócratas, y los burócratas olvidan que los dueños siempre guardan una copia de la llave maestra.

Irene sacó el llavero viejo de la guantera. La llave entró en la cerradura con un chirrido de protesta, pero giró. *Clic.*

La puerta peatonal se abrió y el olor la golpeó como un puñetazo físico en el pecho.

No olía a cerrado. Olía a su padre.

Era una mezcla densa y dulzona de tinta *offset*, disolvente industrial, tabaco negro y serrín. El perfume de tres generaciones de Larrés manchándose las manos para pagar las facturas.

Encendió la linterna del móvil. El haz de luz cortó la oscuridad, revelando el esqueleto de la nave vacía.

Donde antes rugían las máquinas Heidelberg de dos colores, ahora solo había manchas de aceite en el suelo de cemento, como sangre seca de bestias muertas. El silencio era absoluto, pesado. Irene caminó entre las sombras, sintiendo que profanaba un templo. Recordó a su abuelo gritando instrucciones sobre el ruido de las rotativas, a su padre revisando las pruebas de color con una lupa cuentahílos, con las manos siempre manchadas de cian y magenta.

Todo eso había desaparecido. «Mala gestión», dijeron los auditores. «El mercado digital», dijeron los expertos.

Irene llegó a la oficina acristalada del fondo, la pecera desde donde su padre dirigía el barco mientras se hundía.

Entró. El calendario de pared seguía marcando febrero de 2019. El mes en que todo se detuvo. Se sentó en la silla giratoria de su

padre. El cuero estaba rajado y soltó un suspiro de aire viejo al recibir su peso.

Abrió los cajones. Bolígrafos secos. Albaranes amarillentos. Una foto de ella vestida de primera comunión, sonriendo sin saber que el futuro venía con dientes.

—¿Por qué no me dejaste ayudarte, papá? —preguntó al aire viciado.

Irene siempre creyó que su padre era un hombre débil. Un hombre bueno, sí, pero incapaz de pelear contra la corriente. Un hombre que se dejó comer por las deudas. Esa creencia había moldeado su propia vida, su obsesión por ser dura, por no ser una víctima como él.

Su mirada se posó en el rodapié detrás del archivador metálico. Había una marca en la madera, un roce casi invisible que solo ella conocía.

El corazón le dio un vuelco.

Se arrodilló y empujó el archivador pesado. Detrás, la madera del zócalo estaba suelta. La apartó con las uñas, rompiéndose una.

Allí estaba. La caja fuerte empotrada marca Arfe. Pequeña, doméstica, ridícula para los estándares modernos. Su padre no confiaba en los bancos («te dan el paraguas cuando hace sol y te lo quitan cuando llueve», decía siempre). Lo importante lo guardaba aquí.

Irene acercó la linterna. La rueda de combinación estaba fría.

Derecha, 05. Izquierda, 09. Derecha, 88.

Su fecha de nacimiento. La única contraseña que Julián Larré nunca olvidaría.

La manilla giró. La puerta se abrió con un gemido de acero oxidado.

Irene contuvo la respiración. Estaba vacía de dinero, por supuesto. Julián murió sin un euro. Pero al fondo, empujado contra el metal, había un sobre manila abultado y un objeto rectangular de plástico negro.

Irene los sacó con reverencia. El objeto era una grabadora de voz Sanyo antigua, de las que usaban microcasetes, con los botones

gastados por el uso. El sobre tenía una sola palabra escrita con la caligrafía angulosa y nerviosa de su padre: SEGURO.

Abrió el sobre primero.

Eran documentos notariales. Copias de escrituras de compraventa, ofertas de adquisición de suelo, recalificaciones de terrenos del polígono. Y en todas ellas, como una marca de agua venenosa, aparecía un logotipo que había evolucionado con los años pero que era inconfundible: una «N» estilizada dentro de un círculo. Nexo. Y antes de eso: Construcciones Orellana S.L.

Irene sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la nave.

—Tú le conocías —susurró, pasando las páginas con dedos temblorosos—. Tú tuviste tratos con él.

Cogió la grabadora. Tenía una cinta dentro. En la etiqueta, con tinta azul: «Reunión 14 mayo».

Irene pulsó el botón de *PLAY*. Las pilas debían de llevar años allí, sulfatándose, porque el motor giró lento, agónico. El audio surgió entre una tormenta de estática y siseos, voces de fantasmas atrapadas en cinta magnética.

—…no es razonable, Julián. Estás siendo sentimental.

La voz de su padre. Sonaba joven. Firme. Irene cerró los ojos y, por un segundo, él estaba vivo de nuevo en la habitación.

—No es sentimentalismo. Es mi vida. Esta nave la levantó mi padre con sus manos. Mis trabajadores llevan aquí veinte años. No voy a vender para que construyáis un centro logístico.

Silencio en la cinta. El sonido de un mechero encendiéndose. *Clic.* Y luego, una exhalación de humo.

Entonces habló la segunda voz.

Era una voz suave, educada, casi aterciopelada.

Irene sintió una náusea repentina. Reconocía esa cadencia. Era la misma voz que la había saludado hacía solo unas semanas en la recepción del Patio de la Infanta, cuando cubría el acto de Ibercaja. Recordó el tacto de su mano seca al estrechar la suya, su sonrisa de patricio amable, el modo en que ella misma había pensado: «Por fin alguien con clase, un mecenas de los de antes».

Le había dado la mano al verdugo de su padre. Le había sonreído. Había bebido su vino.

En esa cinta, sin cámaras delante, la voz no tenía máscara.

—Julián, Julián… Siempre tan dramático. No te estoy pidiendo que vendas. Te estoy explicando lo que va a pasar si no lo haces.

—¿Me estás amenazando, Gregorio? —preguntó su padre.

Gregorio Orellana. El nombre real. El hombre detrás de la máscara.

—Te estoy asesorando. Mira a tu alrededor. El Plan General va a cambiar. Si no vendes ahora por el precio que te ofrezco, mañana tendrás una inspección de trabajo. Y pasado mañana, una de Hacienda. Y la semana que viene, curiosamente, tus proveedores dejarán de servirte papel.

—Vete de mi oficina.

—Piénsalo bien —continuó la voz de Orellana, imperturbable, disfrutando de su propio poder—. Tienes una hija, ¿verdad? Irene. Preciosa. La vi el otro día saliendo del colegio. Lleva una mochila rosa muy llamativa.

En la grabación se oyó un golpe violento. Una silla arrastrándose contra el suelo.

—¡Ni se te ocurra nombrar a mi hija! —El grito de su padre distorsionó el micrófono.

—Siéntate, Julián. No seas vulgar. Solo digo que la vida es cara. La universidad es cara. Sería una lástima que una niña tan lista tuviera que dejar de estudiar porque su padre se arruinó jugando a ser un héroe. O peor… que tuviera un accidente en esos parques tan mal mantenidos que hay por su barrio. Los columpios son peligrosos.

La cinta siseó durante unos segundos eternos. Se podía escuchar la respiración agitada de Julián. El sonido de un hombre siendo acorralado. El sonido de un hombre que se da cuenta de que su dignidad tiene un precio, y ese precio es la seguridad de su hija.

—¿Qué tengo que firmar? —preguntó Julián finalmente. Su voz ya no era firme. Estaba rota. Era el sonido de la derrota absoluta.

—Así me gusta. Sabía que entrarías en razón. Al final, todos sois razonables cuando hay sangre de por medio.

Clic. La grabación terminó.

Irene se quedó inmóvil en la oscuridad. El silencio de la nave ya no era paz; era un grito.

Lágrimas calientes, ácidas, le rodaban por las mejillas. Pero no eran lágrimas de duelo. Eran lágrimas de revelación.

Su padre no había sido un mal gestor. No había sido débil. Su padre se había inmolado. Había vendido su legado, su orgullo y su salud, triturado por el estrés y la vergüenza durante años, solo para protegerla a ella. Orellana no solo había comprado una nave industrial; había comprado la vida de Julián Larré y la había usado como servilleta.

Irene apretó la grabadora contra su pecho hasta que el plástico le hizo daño en la piel.

—Lo siento, papá —sollozó, con la frente apoyada en la mesa fría —. Lo siento tanto. Pensé que te habías rendido.

Se limpió la cara con la manga de la cazadora. El gesto fue brusco, violento.

Se levantó. La silla giratoria chocó contra la pared.

Patricia Górriz quería un motivo. Quería un arma humeante. Irene acababa de encontrar algo mucho más peligroso: una causa.

Ya no se trataba de periodismo. Ya no se trataba de salvar su puesto en *El Diario del Ebro*, ni de destapar una trama de corrupción urbanística. Orellana había matado a su padre. Lo había matado lentamente, día a día, con miedo y extorsión, hasta que su corazón estalló.

Y ahora, años después, el mismo hombre había vuelto a amenazar su entorno. A Alea. A Germán. A ella.

Irene guardó la cinta y el sobre en el bolsillo interior, junto a su propio corazón, que ahora latía con un ritmo lento y pesado, como un tambor de guerra.

Salió de la oficina. Caminó entre las sombras de las máquinas fantasmas, pero esta vez no sintió tristeza. Sintió que los fantasmas se ponían en pie, cuadrándose a su paso, esperando órdenes.

Salió a la noche gélida del polígono y sacó el móvil. Marcó el número de Alea.

—¿Irene? —La voz de la *hacker* sonó preocupada al primer tono—. ¿Dónde estás? Nowak sigue durmiendo.

—Prepara el equipo de audio —dijo Irene. Su voz sonaba distinta. Metálica. Fría como el cañón de una pistola—. Voy para allá. Tengo algo que necesitamos digitalizar. Algo que no se puede borrar.

—¿Qué has encontrado?

Irene miró el cartel oxidado de la imprenta, oscilando al viento bajo la luna de Zaragoza.

—He encontrado mi herencia, Alea. Y la voy a cobrar. Con intereses.

Colgó y aceleró, dejando atrás la nave vacía, llevando consigo el peso de los muertos y la furia de los vivos.

El abogado del diablo

Javier Huertas no era un hombre que te recibiera; era un hombre que te permitía entrar en su órbita. Te envolvía con una cortesía de filo quirúrgico y un aire que no pertenecía a Zaragoza, sino a un mundo donde las facturas se pagaban con influencia. El despacho era una combinación letal de éxito y control: una mezcla de colonia cara, cuero italiano que jamás había sentido el sudor de la espalda y ese aroma seco y adictivo del café de especialidad molido con precisión de laboratorio. Era una atmósfera filtrada, higienizada, una barrera invisible diseñada para recordarte que allí dentro, el caos, el ruido y la mugre de la calle eran solo un rumor lejano sin derecho de admisión.

La oficina ocupaba la planta noble de un edificio rehabilitado del siglo XIX en la calle Alfonso I, con balcones de forja negra que miraban directamente a la Plaza del Pilar. Era un escenario de poder tranquilo, casi anestésico: paneles de madera de roble oscura que absorbían el sonido de los pasos, fotos enmarcadas en plata de inauguraciones oficiales —Huertas con el alcalde, Huertas con el consejero, Huertas cortando cintas con tijeras doradas— y una estantería llena de códigos legales encuadernados en piel roja que parecían no haber sido abiertos nunca, lomos vírgenes diseñados para impresionar a los clientes, no para ser leídos.

La sonrisa de Huertas era la de siempre: asimétrica, estudiada frente al espejo cada mañana, ligeramente elevada en la comisura izquierda. El gesto de quien está acostumbrado a que las malas noticias se las den a otros.

—Vaya noche has tenido —dijo a modo de saludo, con la tranquilidad de quien comenta la lluvia o el índice bursátil—. Ya te habrán contado que te has convertido en la protagonista involuntaria de un vídeo viral en Twitter. Internet es cruel, Irene. Y la gente tiene mucha imaginación para los memes.

Irene no se quitó la cazadora. Todavía llevaba el polvo gris de la nave de su padre en los hombros, como caspa industrial, y el olor químico a gas pimienta impregnado en el pelo. Había dormido apenas dos horas en un sillón en casa de Alea, con el cuerpo entumecido, mientras la *hacker* digitalizaba la cinta de casete y vigilaba el sueño químico de Nowak en la habitación de invitados.

Se sentó en la silla de visitas —una silla Bauhaus de diseño, de tubos cromados, incómoda a propósito— sin que la invitaran. Dejó la mochila en el suelo, encajándola entre sus botas, protegiéndola con los tobillos como si contuviera nitroglicerina.

—Iban a meternos gas en un cuarto cerrado para grabarnos «manipulando contadores» —dijo, con voz plana, carente de emoción—. Una trampa de manual. Cámara preparada, cerradura electromagnética, testigos listos con el móvil en la mano. Me faltaba ver en directo un «conato» de evidencia manufacturada. Ya lo tengo. Gracias por el guion, muy profesional.

Huertas no perdió la curva de la sonrisa ni un milímetro. Se sentó en su silla de cuero negro, que crujió suavemente, y apoyó los codos en el escritorio de cristal con una elegancia ensayada.

—No enseñan eso en la Facultad de Periodismo —comentó, con un tono que oscilaba entre la diversión genuina y la condescendencia—. Técnicas de campo, supervivencia urbana… ¿Un café? Tengo uno bueno, de Etiopía. Lo traigo yo mismo. A mi secretaria no le gustan estas reuniones informales fuera de agenda.

—Hoy sí —dijo Irene. Necesitaba cafeína para no saltarle al cuello. Le temblaban las manos y no quería que él lo notara—. Negro, sin azúcar. Hirviendo.

Mientras Huertas se levantaba y caminaba hacia el mueble bar de caoba, Irene sacó de la mochila su carpeta de plástico. El sonido de la cremallera rasgó el silencio del despacho. Empezó a colocar documentos sobre la mesa de cristal inmaculada. Uno a uno. *Plaf. Plaf. Plaf.* Como cartas de una baraja marcada en una partida de póker donde se juega la vida.

El diagrama de flujo con la estrella dibujada a mano. La foto ampliada de la gala donde Huertas tocaba el brazo de Ivanchuk con excesiva familiaridad. La lista mecanografiada de la «Unidad Estrella» que Nowak le había entregado en el sótano antes de que el gas lo cubriera todo.

Huertas volvió con dos tazas de porcelana fina humeantes. Dejó una frente a Irene y se sentó.

—Bonita iconografía —dijo Irene, ignorando el café—. Una estrella que resulta que no es roja, pero que marca todo el proceso. Una unidad con nombre de juguete que coordina operaciones paramilitares en suelo urbano. Un protocolo oficial con logo compartido entre Ayuntamiento y empresas privadas. «Interés municipal» que tiene cinco puntas muy específicas.

Huertas bebió un sorbo pequeño. Se ajustó las gafas de pasta negra, bajándolas hasta la mitad de la nariz, y leyó los documentos sin tocarlos, manteniendo una distancia higiénica, como si pudieran transmitir una enfermedad. Sus ojos recorrieron la lista de nombres con rapidez lectora: Lafuente, Coronas, Staszek, Abad, Huertas.

El silencio duró un minuto eterno, roto solo por el tictac de un reloj de pared antiguo y el zumbido lejano del tráfico de la calle Alfonso.

Luego, Huertas hizo algo que a Irene le revolvió el estómago: sacó un pequeño bote de gel hidroalcohólico del bolsillo de la americana, se echó una gota en las manos y se las frotó con meticulosidad quirúrgica, separando los dedos, como si el simple acto de leer aquellos nombres hubiera manchado su piel de abogado caro. Un olor intenso a limón artificial y alcohol estéril llenó el despacho, intentando tapar la podredumbre moral de la conversación.

Se quitó las gafas y suspiró, recostándose.

—«Estrella», sí —dijo, con el tono de quien admite un pecado menor, una falta administrativa irrelevante—. Proyecto piloto de

gestión coordinada de incidencias en entornos urbanos vulnerables. Participación de técnicos, reuniones con vecindad, protocolos transparentes de actuación rápida. Cosas modernas, Irene. Innovación en gestión pública. ¿Dónde está el delito? ¿Qué ley se ha roto exactamente?

—Iremos viendo. —Irene bebió un sorbo de café. Estaba ardiendo y era amargo como el veneno—. Tenemos a Arístides Lafuente como jefe operativo. ¿El mismo A. Lafuente que figura en la nómina de Segurval 24H? Tenemos a M. Coronas, también de la órbita de Ivanchuk. Tenemos a K. Staszek, ahora dado de baja porque apareció muerto en el Ebro hace tres días con los pulmones llenos de agua. Y tenemos a R. Abad como enlace institucional. Las flechas se dibujan solas, señor Huertas.

Huertas entrelazó los dedos sobre la mesa, formando una torre con los índices.

—Te voy a hacer un regalo, Irene. Un regalo de contexto gratis, porque me caes bien. Ese «Krasny» que aparece en los documentos que me muestras no es un nombre real. No es una persona. Es una función; un indicativo operativo, como «Alfa» o «Bravo». La persona cambia; el indicativo se mantiene. Lo de la estrella tatuada es… gusto personal de los contratistas externos. Superstición de gimnasio. Folklore eslavo. Irrelevante jurídicamente ante un juez.

—A K. Staszek lo sacaron del Ebro con un colgante de estrella plateada al cuello —replicó Irene, clavándole la mirada, buscando una grieta en su armadura—. Y sedado con midazolam. Igual que el primer muerto del cuarto piso de Torrero. ¿También eso es superstición? ¿También es irrelevante?

—Los muertos —dijo Huertas, y por primera vez su mirada se oscureció, perdiendo el brillo cínico— tienen costumbres que a veces continúan un rato después de morir. No mezclemos simbología cultural con logística. Son cosas distintas.

—Hablemos de logística, entonces. —Irene señaló el diagrama con un dedo acusador—. Cinco pasos. Incidencia, mediación, evaluación, insalubridad, ruina. Cinco puntas. Tenemos a Abad como bisagra política para calmar a los vecinos. A Vistula como dictamen a medida. A Segurval como músculo. A Riberas poniendo el dinero. Y

al Ayuntamiento como alfombra. ¿Quién firma las órdenes finales? ¿Quién mueve realmente las piezas?

—Nadie firma «órdenes». —Huertas sonrió, una sonrisa pequeña y triste, casi melancólica—. Se firman actas, informes, convenios de colaboración público-privada. Pero órdenes, como tú dices… no. Mover, mueve la ciudad sola. El dinero es como el agua, Irene, busca el camino más fácil hacia abajo. Los nombres que ves ahí solo ayudan a que el movimiento sea ordenado. Es gobernanza.

—Se llama cohecho —dijo Irene, sintiendo la rabia subirle por la garganta—. Se llama prevaricación. Y se llama homicidio imprudente, o asesinato, cuando alguien acaba en el río con sedación hospitalaria. Ya no hablamos de poesía administrativa, hablamos de Código Penal.

Huertas miró sus manos limpias, oliendo el rastro del gel desinfectante. Luego levantó la vista, endurecido. El abogado amable había desaparecido.

—No me gusta la gente que se cree valiente por hacer sufrir a los demás. Los kamikazes. Tú no eres de esos, Irene. Tú eres inteligente. Por eso te diré algo que es verdad: no publiques todavía. Espera.

Se inclinó hacia delante, invadiendo su espacio vital.

—Te van a montar un caso judicial por sabotaje industrial. Te tienen en vídeo, Irene. Dentro de un cuarto de contadores, con la rejilla arrancada y la cara sucia de hollín. Si sales ahora con tu artículo, te van a romper. Te denunciarán, te imputarán, te harán un juicio mediático… y todo lo que publiques quedará manchado. Serás «la periodista delincuente». Nadie te creerá. Serás ruido.

—Voy a salir con nombres propios, documentos escaneados y fotos. —Irene no tembló. O si lo hizo, lo disimuló apretando los dientes—. Con fuentes confirmadas. Si me rompen, que lo hagan con las pruebas sobre la mesa. No pienso entregar la munición a cambio de que me dejen seguir andando.

—¿Qué quieres, entonces? —preguntó Huertas. Parecía sinceramente curioso, como un antropólogo estudiando una especie extinta—. ¿Qué necesitas para no destruirte?

—Un nombre por encima de Lafuente. El nombre de quien preside realmente este sistema. Y que me lo digas tú, ahora. Sin grabar. *Off the record*.

Huertas respiró hondo. Miró hacia el balcón, hacia la Basílica del Pilar. Se quitó la máscara de abogado un segundo.

—No está por encima de Lafuente —susurró—. Está al lado, en paralelo. La «Mesa de Coordinación» la preside formalmente alguien de Alcaldía que rota cada seis meses para que no haya rastro. Pero técnicamente… técnicamente la firma siempre el titular de la Asesoría Urbanística - Convenio Marco.

Miró a Irene a los ojos.

—Sí. Ese mismo sello que viste en los expedientes. Ese que aparece en las actas. Ese es el nudo corredizo.

—Ibas a negar incluso esto hace cinco minutos. —Irene se bebió el resto del café frío de un trago, sintiendo los posos en la lengua—. Gracias por invitarme a perder el miedo con tus amenazas. No ha funcionado.

Se levantó, recogió sus papeles con calma metódica y salió del despacho sin despedirse, dejando a Huertas solo en su jaula de oro.

***

Cuando salió a la calle Alfonso, el mundo digital se le cayó encima como una avalancha. Al quitar el modo avión, el móvil casi explotó en su mano. Notificaciones de Twitter, menciones en Facebook, mensajes de WhatsApp de números desconocidos.

Alea le había mandado el enlace al vídeo editado: «SABOTEADORA PROFESIONAL». Tenía ya miles de reproducciones. Los comentarios eran una mezcla de insultos y amenazas veladas. *«Hay que echarla de la ciudad», «Periodista de mierda», «Que se vaya con sus amigos okupas a reventar pisos».*

Pero debajo del enlace, Alea había añadido un mensaje personal: *«No leas los comentarios. Céntrate. Estoy reportando y borrando lo peor con bots. Tú sigue»*. Irene sonrió levemente; incluso en el caos, Alea era su cortafuegos personal.

Irene caminó rápido, sintiendo las miradas de los turistas y los paseantes como si todos hubieran visto el vídeo y la juzgaran. La ciudad parecía de repente un tribunal gigante al aire libre.

El móvil vibró de nuevo. Telegram. Alea.

«He conseguido limpiar la foto que hizo Germán en el Centro Cívico. El motorista. He aplicado filtros de nitidez. Mira el cuello».

Adjuntaba una imagen ampliada, tratada digitalmente. Era la nuca del hombre de la cicatriz, captada justo antes de ponerse el casco negro.

«Es la prueba física de lo que viste en el río. Cuatro puntas están rellenas de tinta negra, sólidas. Pero la quinta punta, la de arriba, es solo el contorno. Está vacía. Esperando tinta».

Irene se detuvo un momento en medio de la acera, dejando que la gente la esquivara.

Ahí estaba la confirmación forense para el periódico. No era una alucinación suya en la oscuridad del Ebro; era tinta en la piel. Un contrato de vida con fecha de caducidad.

Staszek, el muerto, tenía la estrella completa en el colgante. Cinco muescas. Ciclo cerrado. Y lo habían matado.

El nuevo Krasny, el de la cicatriz, tenía cuatro. Estaba en el paso cuatro, «insalubridad». Le faltaba la quinta, la ruina total.

«Trabajo en curso», pensó Irene. «Por eso me avisó en el río. No es que tenga miedo de morir algún día; tiene miedo de morir ahora. Cuando rellenen ese contorno vacío, él será el siguiente en ir al agua».

Era un sistema de obsolescencia programada humana. Los ejecutores tenían fecha de caducidad impresa en la piel. Y ahora Irene tenía la foto para demostrarlo.

***

Irene echó a correr hacia la redacción.

Patricia Górriz, la jefa de sección, la recibió de pie en su despacho acristalado, con los brazos cruzados. Tenía cara de haber peleado con tres directivos y un abogado antes del desayuno.

—Me están pidiendo tu cabeza en bandeja de plata —dijo Patricia sin preámbulos—. El director ha recibido llamadas del Ayuntamiento, de la Cámara de Comercio y de un bufete de abogados que cobra por minuto lo que tú ganas en un mes. Dicen que eres una saboteadora, una radical. Quieren que te despida antes del informativo de mediodía.

—Tengo los nombres —dijo Irene, poniendo el *pendrive* de Nowak sobre la mesa con un golpe seco que hizo vibrar el ordenador—. Tengo la Unidad Estrella. Tengo el acta de la Mesa de Coordinación. Y sé quién la preside, tengo el organigrama completo.

Patricia miró el *pendrive*, luego miró a Irene a los ojos, buscando la duda. No la encontró.

—¿Tienes dos fuentes independientes?

—Tengo tres. Nowak, documentos internos y la confirmación visual de los tatuajes. Y tengo una cinta de audio de mi padre que vincula el origen del dinero con Gregorio Orellana. Es un sistema de conteo, Patricia. Marcan los pasos en sus propios cuerpos. Es un matadero industrial.

Patricia suspiró. Se sentó y abrió su portátil.

—Dame todo. Mañana abrimos la edición digital con esto a las seis de la mañana. Que nos denuncien. Si vamos a caer, caeremos haciendo el ruido más grande que ha escuchado esta ciudad.

En ese momento, el móvil de Irene sonó. Número desconocido.

El despacho se quedó en silencio. Irene descolgó.

—¿Sí?

—Buenas tardes, Irene. —La voz era suave, educada, con ese tono de terciopelo rancio que usan los hombres poderosos cuando quieren morder—. He pensado en nuestra conversación de ayer.

Irene reconoció la voz al instante. Se le heló la sangre. Era la voz de la cinta de casete que había escuchado esa misma madrugada. La voz de la recepción en el Patio de la Infanta.

Gregorio Orellana.

—No hemos tenido ninguna conversación reciente, señor Orellana.

—No, pero sé lo que vas a publicar mañana, y creo que deberías reconsiderarlo. Por tu bien, y por el de la gente que te rodea. La

informática es muy frágil, Irene. Y las casas de las amigas también. Los cortocircuitos ocurren.

—¿Cómo sabe lo que voy a publicar? —preguntó Irene, mirando alrededor de la redacción, buscando ojos que no debían estar allí. La paranoia le subió por la garganta.

Orellana rio suavemente al otro lado de la línea. Una risa seca, como hojas muertas pisadas.

—Porque alguien que te aprecia me lo ha contado. Alguien muy preocupado por tu seguridad. Alguien que prefiere verte viva y en el paro, antes que siendo una mártir en el río.

Colgó.

Irene se quedó con el teléfono en la mano, mudo. *Alguien que te aprecia.*

Solo cinco personas sabían el contenido exacto del borrador final: Alea, Germán, Patricia, Bernal (el abogado del periódico)… y ella misma.

Pensar en Alea le provocó un dolor físico en el pecho, instantáneo y agudo, que desechó de inmediato. «No, Alea no. Era imposible. Alea era su ancla».

Pero, ¿entonces quién? ¿Había un topo en la redacción?

Necesitaba hablar con alguien que estuviera fuera del radar. Alguien del principio.

Marcó el número de Daniel, el chico que le había hablado de la furgoneta blanca el primer día. El que vivía en el quinto del edificio Venecia.

Un tono, dos, tres. Buzón de voz.

Probó otra vez. Nada.

Llamó al fijo de la vecina del tercero, la mujer del rosario, que le había dado su número «por si acaso».

—¿Dígame? —La voz de la mujer sonaba asustada, pequeña.

—Soy Irene, la periodista. Busco a Daniel, no me coge el móvil.

Hubo un silencio espeso al otro lado.

—Daniel ya no está, hija —dijo la mujer, bajando la voz—. Se fue ayer a Lleida, con un primo.

—¿Por qué?

—Porque tiene miedo. Vinieron a buscarle dos hombres. Preguntaron por él en la escalera, no eran policías. Llevaban cazadoras de cuero y olían a alcohol fuerte. Daniel cogió una mochila y se fue por la azotea. Él dijo en su día lo que sabía y ahora quiere olvidarse. Y tiene razón, ya hemos pasado bastante todos. Déjelo en paz, por favor.

—¿Pero está bien?

—Ten cuidado, no te preocupes por nosotros.

Colgó. *Clic.*

Irene guardó el móvil. Daniel había sido más listo que ella. Había visto el fuego y había corrido en dirección contraria antes de quemarse.

Se sentó frente a su ordenador. La pantalla blanca parpadeaba, esperando, burlona.

Irene puso las manos sobre el teclado. Ya no escribía para salvar su trabajo. Escribía para sobrevivir.

Tecleó un titular provisional: *«Quien mueve, no firma»*.

Luego lo borró. Demasiado suave.

Escribió de nuevo, con rabia, golpeando las teclas:

«LA QUINTA MUESCA ES LA MUERTE»

Esa era la historia. Y mañana, Zaragoza iba a desayunar con ella, le gustara o no.

La jaula de Faraday

El artículo salió a las siete de la mañana en punto, programado automáticamente por el gestor de contenidos para coincidir con la primera dosis de cafeína de la ciudad.

Durante los primeros cinco minutos, no pasó nada. Fue un silencio eléctrico, antinatural, denso como la niebla que subía del Ebro. Era el momento exacto en que el mar se retira de la orilla, dejando al descubierto la arena húmeda y los cangrejos, justo antes de que llegue el tsunami.

Irene permaneció sentada frente a su monitor, inmóvil, con las manos sobre el regazo para que no se le notara el temblor. Contenía la respiración, escuchando únicamente el zumbido hipnótico de los tubos fluorescentes del techo y el latido desbocado de su propio corazón, que le golpeaba las costillas como un pájaro atrapado.

Y entonces, rompió la ola.

A las nueve, la redacción de *El Diario del Ebro* ya no era una oficina de provincias; era un castillo bajo asedio de artillería pesada.

Los teléfonos fijos comenzaron a sonar. Primero uno, solitario y estridente. Luego tres. Luego todos a la vez, creando una sinfonía disonante y aguda que ponía los nervios de punta. El sonido físico de la crisis. Ninguna llamada traía buenas noticias. Eran quejas de anunciantes retirando publicidad institucional, gritos de jefes de

prensa municipales histéricos exigiendo rectificaciones y amenazas veladas de bufetes de abogados de Madrid con más prestigio que el mismo periódico.

El titular ocupaba la portada digital completa, desplazando a la política nacional y al fútbol. Letras negras sobre fondo blanco, sin adornos, sobrio como una lápida:

«LA QUINTA MUESCA: LA TRAMA OCULTA QUE VACÍA ZARAGOZA»

Irene miraba la pantalla, viendo cómo el contador de visitas en tiempo real subía como un termómetro en el infierno. Diez mil. Veinte mil. Cincuenta mil lecturas únicas.

Pero lo que le helaba la sangre no eran los números, sino la sensación física de estar desnuda en medio de una plaza llena de gente. La llamada de Orellana de la noche anterior seguía repitiéndose en su cabeza en un bucle tóxico: «Alguien que te aprecia».

Levantó la vista y escaneó la redacción con ojos nuevos, paranoicos. Vio a compañeros tecleando, riendo junto a la máquina de café, pasando páginas de teletipos con indiferencia. ¿Quién? ¿El becario de deportes que siempre la saludaba con demasiada efusividad y preguntaba por sus reportajes? ¿La secretaria de dirección que gestionaba la agenda del director y tenía acceso a las contraseñas?

La paranoia es un gas inodoro que lo llena todo antes de que te des cuenta de que te estás asfixiando. De repente, la redacción, que siempre había sido su refugio, se sentía hostil. Cada sonrisa le parecía una mueca de complicidad; cada susurro en un pasillo, una delación pagada.

La puerta de su despacho se abrió con un golpe seco que la hizo saltar en la silla.

Patricia Górriz entró como un huracán de malas noticias. Traía una taza de café negro en una mano y un folio arrugado en la otra. Tenía esas ojeras profundas, casi violáceas, de quien ha pasado la noche en vela peleando con tiburones corporativos y perdiendo sangre.

—El Ayuntamiento ha emitido un comunicado oficial —dijo Patricia, lanzando el papel sobre la mesa. El folio se deslizó sobre la

superficie lisa hasta detenerse frente a Irene—. Niegan categóricamente la existencia de la «Unidad Estrella». Dicen que son «fantasías conspiranoicas sin base documental» propias de un blog de misterio y que el documento de Nowak es una falsificación burda hecha con Photoshop. Han activado el ventilador de mierda, Irene, y nos están salpicando a todos.

—¿Y Segurval? —preguntó Irene. Su mano derecha buscó instintivamente el bolsillo de su cazadora, rozando el plástico frío de la vieja grabadora de su padre, su secreto recién descubierto, su ancla con la realidad.

—Segurval no emite comunicados, ellos directamente disparan a matar. —Patricia se sentó en el borde de la mesa, invadiendo el espacio personal de Irene, oliendo a tabaco frío y estrés—. Nos han puesto una querella criminal por calumnias e injurias graves con publicidad. Nos piden trescientos mil euros de indemnización y la retirada cautelar inmediata del artículo. El burofax ha llegado a las 8:05. Lo tenían redactado antes de que saliera el sol. Estaban esperando.

—¿Retiramos? —preguntó Irene. Sentía un nudo de ansiedad en el estómago, ácido y caliente, pero mantuvo la voz firme. Ella sabía la verdad sobre Orellana, pero Patricia aún no había oído la cinta. Aún no sabía toda la historia.

Patricia soltó una risa seca, sin humor, que sonó como madera partiéndose.

—El director quiere retirar. Dice que eres un pasivo tóxico para esta empresa, una bomba de relojería. —Górriz se inclinó hacia ella, bajando la voz hasta convertirla en un susurro afilado—. Y no le falta razón, Larré. Hace dos días viniste aquí diciendo que tenías el nombre del dueño y resultaron ser memes de gatos por los que pagaste tres mil euros de tu bolsillo. Te dejaste timar como una becaria en Puerto Venecia, y ahora nos traes a un fugitivo polaco y una demanda millonaria que puede cerrar el periódico y mandarnos a todos al paro.

Irene bajó la vista, aceptando el golpe. La mención a la estafa escocía más que la querella, pero el dolor era distinto ahora. Ya no era vergüenza paralizante; era combustible de alto octanaje.

—Ese *pendrive* fue un error, Patricia. Lo sé. Pero esto no. Nowak es real. La sangre en el río es real.

—Más te vale que sea real —sentenció Górriz, ajustándose las gafas con un dedo agresivo—. He convencido al director para aguantar el envite veinticuatro horas más. He puesto mi cargo sobre la mesa por ti. Pero mi paciencia se ha acabado, Irene. Ya gastaste tu cartucho de «confía en mí». Ahora necesito hechos. Necesitamos un arma humeante, algo que vincule la mano con la firma de forma irrefutable. Si vamos a juicio con lo que tenemos ahora, nos destrozan en la instrucción.

—Patricia —dijo Irene, bajando la voz hasta que fue casi imperceptible—. Orellana sabía lo que íbamos a publicar. Conocía frases literales del borrador. Me llamó anoche a mi móvil personal.

La jefa de sección se quedó inmóvil. El humo metafórico de la redacción pareció detenerse.

—¿Qué estás insinuando?

—Solo cinco personas leímos ese borrador antes de maquetación. Tú, yo, Germán, Bernal y Alea.

Patricia la miró con una dureza que habría roto un espejo. Sus ojos brillaron con indignación.

—Si estás sugiriendo que yo he vendido a mi propia redactora al Ayuntamiento, puedes ir recogiendo tus cosas ahora mismo y no volver nunca.

—No sugiero nada. Tengo miedo, Patricia. Alguien nos está escuchando. Alguien está dentro.

—Pues averigua quién es. Vete a ver a tu amiga la *hacker*, limpia tu entorno, barre tu casa. Yo me encargaré de mantener a los abogados de Segurval ocupados hasta mañana con recursos y dilaciones. Pero tráeme esa prueba definitiva antes de que un juez nos cierre la boca con cinta americana.

***

El trayecto hasta el piso de Alea fue un ejercicio de neurosis clínica.

Irene condujo mirando más por el retrovisor que por el parabrisas, convencida de que cada coche blanco era una furgoneta de

operaciones de Segurval y cada motorista que se acercaba por el ángulo muerto era un nuevo sicario buscando tallar su quinta muesca. La ciudad, bajo la lluvia fina que empezaba a caer, parecía un escenario hostil diseñado para ocultar depredadores. Los limpiaparabrisas marcaban un ritmo monótono y angustioso: *clic-clac, clic-clac*.

El piso de Alea estaba en penumbra, con las persianas bajadas a cal y canto, convertido en una cueva tecnológica aislada del mundo. El aire estaba viciado, una atmósfera pesada y caliente: una mezcla densa de café rancio, el olor a ozono de los servidores sobrecalentados trabajando al máximo y el sudor agrio del miedo.

Nowak dormía en el sofá, hecho un ovillo bajo una manta de cuadros, con las gafas puestas torcidas, como si esperara tener que salir corriendo en medio de un sueño. Su respiración era un silbido irregular.

El zumbido de los ventiladores de las torres era constante, un ruido blanco hipnótico que llenaba cada rincón. Irene entró directa a la mesa principal, donde Alea tecleaba frente a tres monitores que proyectaban una luz azulada y fantasmal sobre su cara pálida.

—¿Quién ha sido? —preguntó Irene en voz baja, pero con una intensidad que hizo que Alea detuviera sus manos sobre el teclado mecánicamente.

Alea giró la silla *gaming* lentamente. Llevaba una sudadera gris dos tallas más grande, con manchas de café, y tenía los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño. Parecía haber envejecido cinco años en una noche.

—¿De qué hablas? No me has dado ni los buenos días.

—Orellana me llamó anoche. Sabía lo que iba a publicar. —Irene se apoyó en la mesa, invadiendo el espacio de Alea, buscando una reacción, un tic nervioso, una gota de sudor, algo que confirmara la traición—. Somos cinco personas, Alea. Si él lo sabía, uno de vosotros me ha vendido. Y tú eres la única que tiene acceso a mis archivos en la nube. Tú eres la que maneja los datos.

—¡Eres una egoísta de mierda! —gritó Alea de repente, poniéndose de pie de un salto. La silla cayó hacia atrás con

estrépito, despertando a Nowak, que se incorporó asustado en el sofá.

—¿Qué? —Irene se quedó paralizada por la explosión.

—Te da igual que te espíen. Solo te importa la exclusiva. Solo te importa tu venganza. —Alea temblaba, con los puños apretados a los costados, lívida—. ¡A mí me importa que te maten, joder! ¡Me importa que un día vengas aquí con un tiro en el estómago y te desangres en mi alfombra! Yo soy tu soporte técnico, Irene, no quiero ser tu viuda.

Se hizo un silencio denso en la habitación, solo roto por el zumbido de los ordenadores. La palabra «viuda» flotó entre ellas, pesada y reveladora. Alea respiró hondo, recuperando la compostura a la fuerza, volviendo a ser la analista fría. Extendió la mano con la palma abierta.

—Dame tu móvil.

—¿Qué?

—Que me des tu puto móvil, Irene. Ahora mismo.

Irene se lo entregó, desbloqueado. Alea lo conectó a un cable negro que salía de su torre principal como un cordón umbilical de datos.

Sus dedos volaron sobre el teclado mecánico, un repiqueteo furioso y preciso. *Tac-tac-tac-tac.* Irene la observó de perfil bajo la luz azul. Había algo nuevo en su postura, una tensión agresiva en los hombros. Desde la amenaza del *pendrive*, Alea ya no tecleaba solo por curiosidad intelectual o lealtad; tecleaba con rabia. Ya no era solo la aliada incondicional; era una combatiente defendiendo su trinchera.

—Si crees que te he vendido por dinero, es que no me conoces nada —masculló Alea sin mirarla, mientras líneas de código verde corrían por la pantalla—. Analizando tráfico de salida en segundo plano… buscando firmas digitales no autorizadas… filtrando puertos ocultos…

—Espera. —Dijo Irene. Puso una mano sobre el hombro de su amiga, deteniéndola—. Antes del análisis. Tienes que oír esto. Perdóname por dudar.

Sacó la grabadora vieja de su bolsillo. Parecía un objeto prehistórico, sucio y gastado, en aquel salón lleno de tecnología punta.

—¿Qué es eso?

—Es lo que encontré anoche en la nave de mi padre. Mi herencia.

Irene conectó un cable de audio desde la salida de auriculares de la grabadora a la tarjeta de sonido de Alea.

—Dale al *play*.

El audio surgió entre una tormenta de estática y siseos analógicos. Y luego, la voz.

«… Sería una lástima que una niña tan lista tuviera que dejar de estudiar… o que tuviera un accidente en esos parques tan mal mantenidos…»

Alea se quedó petrificada. Dejó de teclear.

La voz de Gregorio Orellana, joven y arrogante, llenó la habitación. La amenaza sonó aún más cruel, más nítida, con la calidad de los altavoces de alta fidelidad. Era la voz del mal en estado puro, educada, tranquila y letal.

Cuando la cinta terminó, Alea detuvo la grabación. En la pantalla del ordenador apareció el espectro de audio: una onda verde irregular. La forma visual de la extorsión que había matado a Julián Larré.

—Ya está en la nube —dijo Alea. Su voz temblaba levemente—. Copia en tres servidores distintos encriptados en Islandia. Esa voz no se va a borrar nunca, Irene. Te lo juro. Si nos queman el piso, el audio sobrevive.

Se giró y miró a Irene. Ya no había lástima ni enfado en sus ojos. Había una furia compartida, un vínculo de sangre y *bytes*.

—Ahora entiendo por qué no quieres solo una noticia —dijo Alea —. Quieres su cabeza.

—Quiero que pague —corrigió Irene—. Quiero verle caer desde su pedestal y romperse en pedazos.

Alea asintió y volvió a mirar la pantalla de análisis del móvil de Irene.

Pasaron veinte minutos de silencio tenso. Irene caminaba de un lado a otro. Nowak miraba al vacío.

Algo iba mal. Irene conocía a Alea; conocía su ritmo de trabajo frenético. Pero esto era distinto. Alea se había quedado quieta de repente, congelada, como un animal que huele un incendio forestal antes de ver el humo.

—¿Qué pasa? —preguntó Irene. Su voz sonó demasiado alta en la habitación.

Alea no contestó inmediatamente. Lentamente, giró la silla y miró el teléfono móvil de Irene, que descansaba al lado del ordenador, conectado por el cable negro. Lo miró con una mezcla de repugnancia biológica y terror puro, como si el dispositivo se hubiera transformado en una rata muerta o en una granada sin anilla.

—Irene —dijo Alea, y su voz era un hilo que amenazaba con romperse—, desconecta tu teléfono.

—¿Qué?

—¡Desconéctalo! ¡Ahora!

La urgencia histérica en su grito hizo que Irene saltara. Arrancó el cable del puerto USB.

—Dámelo.

Alea cogió el teléfono con unas pinzas largas de electrónica que tenía en el banco de trabajo, evitando tocarlo con la piel, y lo metió apresuradamente en una bolsa de tela metálica plateada que tenía preparada sobre la mesa. Cerró el velcro con fuerza. Solo entonces soltó el aire que llevaba reteniendo.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Irene, con el corazón acelerado—. ¿Me vas a decir por qué tratas mi móvil como si fuera radiactivo?

Alea se pasó las manos por la cara, frotándose los ojos cansados hasta ver estrellas.

—Porque lo es, Irene. Es radiactivo.

Se giró hacia la pantalla principal y señaló un gráfico de ondas que Irene no entendía. Era una línea plana que, cada treinta segundos exactos, daba un pequeño salto. Un pico minúsculo, casi invisible entre el ruido digital.

—Llevo un rato notando algo raro en el tráfico de red —explicó Alea, recuperando su tono técnico para ocultar el miedo—. Había un «ruido» de fondo. Al principio pensé que eran actualizaciones del

sistema o el GPS buscando satélites. Pero el patrón era demasiado perfecto. Demasiado humano.

Alea amplió la imagen.

—Mira esto. Cada treinta segundos, tu teléfono envía un paquete de datos encriptados a un servidor fantasma. Es minúsculo, apenas cuatro kilobytes. Tan pequeño que no consume batería. Tan rápido que los antivirus comerciales ni lo huelen. Se disfraza de proceso del sistema, como si fuera el reloj sincronizándose.

—¿Y qué envía? —preguntó Irene, sintiendo un frío repentino en la nuca, como si alguien le hubiera puesto hielo en la piel.

—Todo. —Alea la miró a los ojos—. Envía todo, Irene.

La *hacker* se levantó y empezó a caminar por la habitación pequeña, incapaz de quedarse quieta.

—No es un virus normal para robarte las claves del banco. Esto es… esto es arte negro. Es código militar. Se llama Invisio. Es una evolución del Pegasus que usan los servicios de inteligencia para espiar a terroristas. Cuesta medio millón de euros la licencia en el mercado negro.

Irene miró la bolsa plateada sobre la mesa. De repente, los últimos meses cobraron un sentido terrible.

—¿Orellana?

—Orellana tiene el dinero, pero no el cerebro. Alguien se lo ha instalado. Alguien tuvo acceso físico a tu teléfono, Irene. Aunque fuera diez segundos. ¿Lo has dejado solo en algún momento? ¿En la redacción? ¿En algún bar?

Irene hizo memoria, retrocediendo en el tiempo a través de la niebla del estrés.

—En el pleno del Ayuntamiento —murmuró, sintiendo náuseas—. Cuando me echaron la primera vez. Dejé el bolso en la sala de prensa cinco minutos para ir al baño. Cuando volví, estaba tal cual.

—Cinco minutos es una eternidad para un profesional. —Alea se apoyó en la mesa, derrotada—. Te clonaron la tarjeta o te inyectaron el *rootkit* por cable. Desde ese día, Irene, no has estado sola nunca. Jamás.

La implicación de aquellas palabras cayó sobre Irene como una losa de hormigón, aplastándola contra el sofá.

—¿Qué quieres decir con «nunca»?

—El micrófono. La cámara. El GPS. El acelerómetro. Todo. —Alea empezó a contar con los dedos, implacable—. Han escuchado todas tus conversaciones con Zuazo. Han leído todos tus borradores antes de que los enviaras a imprenta. Saben dónde duermes. Saben a qué velocidad caminas. Saben incluso cuándo se te acelera el pulso porque el giroscopio detecta el temblor de tus manos. Te han llevado en el bolsillo como a una mascota.

Irene se levantó de golpe. Sintió la necesidad física de vomitar. Miró alrededor del piso franco. Las paredes, antes sólidas, ahora parecían de papel.

—¿Y ahora? —preguntó en un susurro—. ¿Nos están escuchando ahora?

—No. Esa bolsa es una jaula de Faraday. Bloquea todas las señales entrantes y salientes. Dentro de ahí, tu teléfono está ciego, sordo y mudo. Pero hasta hace cinco minutos… ellos estaban aquí, en esta habitación, con nosotras.

Alea dejó la frase en el aire. No hacía falta terminarla.

Irene pensó en las llamadas nocturnas a Germán. Pensó en las reuniones en cafeterías «seguras». Pensó en las veces que había llorado sola en su cama, murmurando insultos contra Orellana al techo de su habitación.

Lafuente. Tenía que ser Lafuente. El jefe de seguridad con cara de perro de presa. Él era la oreja gigante pegada a su vida. Irene recordó la sensación que tenía a veces de ser observada, de ver una sombra por el rabillo del ojo al doblar una esquina. No era paranoia. Era tecnología.

—Tenemos que deshacernos de él —dijo Irene, alargando la mano hacia la bolsa con intención de destrozarla contra la pared.

—¡No! —Alea la detuvo, agarrándole la muñeca con fuerza—. Si lo apagas o lo rompes, sabrán que lo sabemos. El programa tiene un protocolo de «muerte súbita». Si deja de enviar señal, alerta al operador. Sabrán que los hemos descubierto y vendrán a por nosotras antes de que podamos reaccionar.

—¿Entonces qué hacemos? —Irene se soltó, frustrada—. ¿Lo paseamos? ¿Les invitamos a escuchar cómo planeamos su caída?

Alea sonrió. Fue una sonrisa ladeada, peligrosa, que le iluminó la cara de niña prodigio por primera vez en toda la tarde.

—Exacto. Vamos a darles de comer. Pero nosotros elegiremos el menú.

La *hacker* volvió a sentarse frente al teclado, con una energía renovada. Sus dedos volvieron a volar sobre las teclas.

—Si ellos tienen el Ojo de Dios, nosotros vamos a ser el Diablo. Vamos a clonar la señal de tu teléfono. Crearemos un «gemelo digital». Dejaremos el teléfono real en un autobús dando vueltas por Zaragoza para que el GPS les mande datos de movimiento aleatorios… y mientras tanto, nosotras trabajaremos en la sombra, invisibles.

—¿Y Zuazo? —preguntó Irene—. Si me escuchaban a mí…

Alea se quedó callada un segundo. El zumbido de los servidores pareció aumentar de volumen.

—Si tienen Invisio, Irene, tienen acceso a las puertas traseras de la red. Zuazo es policía. Su radio, su móvil oficial… todo pasa por servidores que Orellana puede haber comprometido hace años.

Irene sintió un pinchazo de culpa. Zuazo estaba expuesto. Ella lo había expuesto.

—Estamos solos —dijo Irene.

—Estamos desconectados —corrigió Alea—. A partir de ahora, volvemos a la Edad de Piedra. Nada de móviles. Nada de correos. Papel, lápiz y cabinas telefónicas. Como en las películas de espías de los setenta, pero sin el *glamour* y con más miedo.

Alea abrió un cajón de su escritorio y sacó un objeto que parecía una reliquia arqueológica: un viejo Nokia de plástico duro, indestructible, sin pantalla táctil ni conexión a internet. Se lo lanzó a Irene.

—Toma. Tarjeta de prepago comprada en un locutorio a nombre de un señor fallecido en 1985. Solo para emergencias de vida o muerte. Y habla en clave.

Irene atrapó el teléfono al vuelo. Pesaba. Parecía sólido, real. Parecía un arma.

—Bienvenida a la resistencia, Larré —dijo Alea, tecleando una última línea de código—. Ahora cállate y déjame *hackear* a los

hackers.

La puerta del piso se abrió de golpe.

Germán entró sacudiéndose la lluvia del casco de moto, con la respiración agitada. No parecía asustado como el día anterior; parecía eufórico, con los ojos brillantes por la adrenalina. Sacó un sobre de papel fotográfico del bolsillo interior de su chaqueta con movimientos lentos, teatrales.

—Y hablando de armas... —dijo, dejando el casco mojado sobre una silla—. He pasado varios días encerrado en el cuarto oscuro. Revelando a la antigua, ampliando negativos. Necesitaba encontrar algo para compensar mi cobardía de estos días, lo siento Irene, ver a esa gente me acojonó por completo, se lo conté a Alea.

Puso una fotografía en blanco y negro, todavía húmeda por los químicos, sobre la mesa de Alea, apartando tazas de café vacías con impaciencia.

—Mirad esto. Es de la noche del incendio en el Centro Cívico. Antes de que Irene saliera corriendo tras el motorista.

La imagen, granulada por el ISO alto, mostraba un rincón del vestíbulo del Centro Cívico, lejos del foco de atención. De espaldas, un hombre con uniforme de seguridad genérico. De frente, Arístides Lafuente.

El jefe de seguridad no estaba mirando al público. Tenía un rotulador permanente negro en la mano y estaba escribiendo algo en el reverso de la tarjeta de identificación que colgaba del pecho del guardia.

Germán sacó una lupa de su bolsillo.

—Ahí —señaló con el dedo manchado de fijador—. Está firmando.

A través de la lupa, la imagen cobraba vida. En el plástico blanco de la acreditación, Lafuente acababa de trazar una X grande sobre un esquema impreso. Y al lado, había garabateado una hora: **22:00**.

Nowak, que se había acercado arrastrando los pies, miró la foto por encima del hombro de Irene.

—Es el protocolo —confirmó el ingeniero con voz ronca, tocando la foto con reverencia—. Sin firma de Lafuente, no hay pago a los

equipos de limpieza. Esa X autoriza el desalojo por la fuerza. La hora es la hora del ataque. Es una orden de combate firmada.

—Es la prueba de cargo —dijo Irene, sintiendo una descarga eléctrica—. Esta foto lo sitúa en la cadena de mando ejecutiva. Ya no puede decir ante un juez que él solo «coordina la seguridad». Él firma la orden.

—Hay más —intervino Alea sin levantar la vista de sus monitores —. Mientras buscaba el origen del virus en tu móvil, he encontrado archivos residuales. Archivos de audio borrados que Invisio intentó ocultar.

Alea pulsó una tecla. Los altavoces escupieron audio sucio y metálico.

Era la voz de R. Abad, fría, pragmática, sin la máscara de político amable: *«Hacedlo rápido. Gasead el edificio si hace falta. No quiero líos antes del pleno del viernes…»*

Irene se apoyó en la mesa. Las piezas encajaban con un sonido de cerrojo cerrándose.

—Tenemos la mano que firma (Lafuente), la voz que ordena (Abad), el dinero que paga (Orellana e Ivanchuk) y el motivo original (la cinta de mi padre) —resumió Irene—. Es jaque mate.

Alea negó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior hasta casi hacerse sangre.

—No —dijo la *hacker*—. No es jaque mate. Es jaque, pero el Rey se puede mover.

—¿De qué hablas? —Irene sintió que la euforia se desinflaba de golpe—. Tenemos los audios, las fotos, los testigos…

—Son pruebas circunstanciales —explicó Alea—. Un buen abogado como Huertas dirá que los audios son *deepfakes* generados por Inteligencia Artificial, que hoy en día se hacen con una *app*. Dirá que la foto de Lafuente es un montaje o está sacada de contexto. Necesitamos el libro de contabilidad, Irene. El registro oficial de los pagos. El «Dossier Negro». El rastro del dinero real.

—Sabemos dónde está —intervino Nowak—. En el servidor de la Fundación Ivanchuk. Ellos centralizan los pagos para blanquear.

—Exacto. Pero he intentado entrar esta mañana —Alea tecleó con frustración, mostrando una pantalla negra con letras rojas de

ACCESO DENEGADO—. Y es un búnker. El servidor es *air-gapped*. Está desconectado de la red. Físicamente aislado en su sede. No puedo *hackearlo* desde aquí. Necesitaría un mes para romper el cifrado externo.

Se hizo un silencio pesado en la habitación. Tenían al asesino a tiro, pero el gatillo estaba bloqueado por una pared digital inexpugnable.

—¿Cómo entramos? —preguntó Irene.

—No podemos entrar en la Fundación, tiene seguridad biométrica y guardias armados las veinticuatro horas —dijo Alea—. Pero hay otra forma. Si consigo clonar la credencial de acceso del administrador principal, puedo engañar al sistema para que crea que el jefe está conectado y abrir un túnel remoto.

—¿Quién tiene esa credencial? —preguntó Germán.

—Gregorio Orellana. La lleva siempre encima. Es una tarjeta maestra RFID de alto nivel.

Irene miró por la ventana. La lluvia caía ahora con fuerza sobre la calle Delicias, difuminando las luces de la ciudad, convirtiendo Zaragoza en una acuarela gris y triste.

—Orellana… —murmuró—. Hoy es lunes.

Nowak señaló el televisor que Alea tenía en silencio en una esquina, sintonizado en el canal autonómico. En la pantalla, un rótulo de noticias anunciaba la agenda cultural del día.

—El telediario —dijo el polaco—. Lo han dicho antes. Hoy es la Gala de Arquitectura en el Casino Mercantil. Orellana recibe el premio a la «Trayectoria del Año».

Irene se giró hacia sus amigos. Una sonrisa peligrosa, la primera en mucho tiempo, se dibujó en su cara. Una sonrisa que no llegaba a los ojos, una sonrisa de depredador.

—Va a estar allí —dijo Irene—. Rodeado de gente. Relajado. Bebiendo champán francés y recibiendo aplausos mientras mi padre se pudre en la tumba por su culpa.

—Irene, es una locura —advirtió Germán, pálido—. El Casino estará blindado por Segurval. Lafuente estará allí. Si te ven… te matan.

—No me van a ver —cortó Irene—. Porque no voy a ir como periodista.

Miró a Alea, desafiante.

—¿Puedes configurar y darme un clonador de tarjetas RFID que quepa en un bolso de fiesta pequeño?

Alea la miró, calculando probabilidades, tiempos y riesgos en su cabeza. Luego, asintió lentamente.

—Dame una hora. Pero el rango es corto. Tendrás que acercarte mucho. A menos de treinta centímetros de su bolsillo. Tendrás que bailar con el diablo, Irene.

Irene cogió su móvil infectado y lo metió en la bolsa de seguridad plateada, anulando la señal para que los espías de Invisio se quedaran ciegos y sordos durante la próxima hora.

—Germán —dijo—. Busca ese esmoquin de camarero que robaste en la boda de tu prima. Nos vamos de fiesta. Y vamos a arruinarles la noche.

***

La transformación tuvo lugar en el baño de Alea, un cubículo asfixiante donde el aire olía a humedad y a desesperación mal camuflada. En lugar de luz, había una claridad cruda que rebotaba contra los azulejos desconchados, devolviéndole a Irene un reflejo que apenas reconocía. El silencio allí dentro era pesado, roto solo por el goteo metálico de un grifo que marcaba los segundos como una cuenta atrás, mientras ella se observaba en el espejo picado, buscando entre las grietas del cristal la versión de sí misma que estaba a punto de abandonar.

No fue un acto de vanidad; fue un ritual de guerra, tan metódico y frío como el de un soldado de operaciones especiales pintándose la cara de camuflaje antes de infiltrarse en territorio enemigo.

Irene se duchó lentamente. Con esa tranquilidad que no había tenido en semanas, frotándose la piel con una esponja vegetal áspera hasta casi hacerse daño. Como si quisiera arrancar físicamente la suciedad de los últimos días: el hollín graso del cuarto de contadores, el olor acre a gas pimienta que se le había quedado

pegado en las fosas nasales, el tacto frío del miedo en el río y, sobre todo, la sensación de violación íntima que le había dejado el descubrimiento del *spyware* infectando su vida. Quería ser una página en blanco. Una superficie pulida donde nada pudiera adherirse.

Salió de la ducha envuelta en una nube de vapor denso que empañaba el espejo. Se secó con violencia.

Sobre la cama de invitados, extendido como una ofrenda sacrificial o un arma de destrucción masiva, descansaba el vestido.

Alea lo había sacado del fondo de su armario, de una caja precintada con celo que encerraba el aroma a lavanda seca y a oportunidades perdidas. Era de seda roja, pesado, líquido al tacto. Largo hasta el suelo, con una espalda descubierta que bajaba peligrosamente hasta la cintura y una abertura lateral en la pierna izquierda pensada, diseñada y cortada para detener corazones.

—Es una segunda piel —dijo Alea desde la puerta, alisando la tela con reverencia—. Me lo compré para la boda de mi hermana hace tres años. Nunca me atreví a ponérmelo. Decían que era «demasiado agresivo». Que eclipsaba a la novia.

—Perfecto —murmuró Irene—. Hoy nadie va a mirar a la novia.

Se lo puso. La seda fría se deslizó sobre su cuerpo caliente, adaptándose a sus curvas con una intimidad casi obscena, como agua derramada. No llevaba ropa interior que marcara líneas; era solo piel y tejido rojo sangre. Se subió la cremallera lateral. El vestido la abrazó, obligándola a erguirse, cambiando su postura.

Se miró en el espejo de cuerpo entero del pasillo.

El vestido era espectacular, una obra de ingeniería textil, pero lo que la sorprendió no fue la tela, sino la mujer que la miraba desde el otro lado del cristal empañado.

Ya no era Irene Larré, la redactora precaria que pedía permiso para preguntar, que vestía vaqueros y cazadoras de cuero para pasar desapercibida. Era una depredadora. Sus hombros estaban rectos, tensos como cuerdas de violín. Su cuello, largo y expuesto, ofrecido al peligro pero con orgullo. Sus ojos tenían un brillo febril, oscuro, que no era miedo, sino anticipación.

Se sentó frente al espejo del lavabo y desplegó el arsenal cosmético de Alea.

Se maquilló con precisión quirúrgica. Base densa para tapar las ojeras violáceas del insomnio crónico y los días de persecución. *Eyeliner* negro, afilado como una cuchilla, para endurecer la mirada y rasgar sus ojos castaños hasta hacerlos felinos. Y los labios. Un rojo profundo, mate, violento. El color de una herida abierta o de una advertencia de peligro.

—Pareces… —Alea se detuvo en el umbral, con una caja de plástico negro en la mano y la boca entreabierta—. Pareces peligrosa. Pareces alguien que podría matar a un hombre con un suspiro.

—Esa es la idea. —Irene se giró despacio, haciendo ondear la seda —. Si parece que tengo dinero, nadie me preguntará de dónde vengo. El dinero es el mejor disfraz en esta ciudad. Es el único pasaporte que nadie cuestiona.

Alea se acercó. En la mano tenía el dispositivo que habían estado preparando y soldando durante la última hora: una caja negra mate del tamaño de una cajetilla de tabaco *slim*, envuelta en cinta aislante, con una pequeña luz led azul en un lateral que pulsaba suavemente. *Bip. Bip.* Como un corazón digital.

—Es un clonador RFID de alto rango modificado —explicó la *hacker*, metiéndolo con cuidado extremo en el pequeño bolso de mano dorado tipo *clutch* que Irene había rescatado del fondo del armario de Alea—. Tiene una antena amplificada casera con cobre bobinado. El alcance normal de estos aparatos es de cinco centímetros, contacto casi directo, pero le hice una mejora. Llega a treinta.

—Treinta centímetros —repitió Irene. Miró sus propias manos, imaginando la distancia en el aire. Era la distancia de un susurro. De un brindis.

—No necesitas tocarle. Solo necesitas estar cerca. Muy cerca. Bailar con él, rozarle al pasar entre la multitud. Si la luz azul se pone fija y sientes una vibración corta en el bolso, es que ha enganchado la señal de su tarjeta maestra. Necesitas mantener la posición unos veinte segundos para desencriptar y copiar la clave completa.

—Veinte segundos es una eternidad con un hombre como Orellana —dijo Irene, sintiendo un nudo en la garganta—. Es un hombre paranoico. Me olerá el miedo.

—Es lo que hay. La criptografía es matemáticas, no magia. Si te separas antes de tiempo, la copia se corrompe y no servirá de nada. Tendremos basura binaria.

Alea le colocó un pinganillo diminuto, color carne, en el oído izquierdo, oculto bajo la cascada de pelo suelto.

—Lleva esto también. Estaré escuchando todo en tiempo real. Tengo acceso a las cámaras de seguridad del Casino gracias a un *backdoor* antiguo. Seré tus ojos en el techo. Si tu frecuencia cardíaca sube demasiado o detecto a Lafuente acercándose por un punto ciego, te saco de allí echando leches.

—¿Y el plan de Germán? —preguntó Irene.

—Él te lleva en el coche hasta la puerta principal para que entres como una VIP. Luego aparca lejos, se pone la pajarita y entra por la puerta de servicio de cocinas. He falseado un turno extra en la empresa de *catering*. Estará en la sala sirviendo champán diez minutos después que tú. Él cubrirá las salidas de emergencia.

Irene asintió. Se sentó en la cama para calzarse unos tacones de aguja negros de diez centímetros, unos *stilettos* letales. Al ponerse de pie, el mundo cambió de perspectiva. Se sentía más alta, más inestable, pero también más poderosa. El taconeo sobre el parqué del pasillo sonó seco y rítmico, como el amartillar de un arma automática. *Clac. Clac. Clac.*

Salió al salón.

Nowak, que estaba comiendo un yogur con la mirada perdida, dejó caer la cuchara al suelo. Se quedó mirándola como si hubiera visto una aparición mariana.

Germán, que ya llevaba puestos los pantalones de pinzas negros y la camisa blanca de cuello mao del uniforme robado, soltó un silbido bajo. La chaqueta del esmoquin de camarero colgaba del respaldo de una silla, lista para la infiltración.

—Joder, jefa —murmuró el fotógrafo, mirándola de arriba abajo—. Si Orellana no te da la tarjeta voluntariamente, se la robarás con la mirada y te dará las gracias. Das miedo. De verdad.

—¿Tienes la invitación? —preguntó Irene, ignorando el cumplido, centrada en la misión.

Alea le tendió su propio móvil, ahora limpio de virus y seguro. En la pantalla había un código QR dorado con el logotipo modernista del Casino Mercantil.

—Victoria Soler. Concejala de Cultura de Villanueva de Gállego y también hija de un gran empresario. Está en cama con una gripe de cuarenta grados desde esta mañana, así que no irá. He interceptado su invitación en el servidor y he cambiado la foto de la base de datos por la tuya. Tienes vía libre y pase VIP hasta el salón principal.

—Vámonos —dijo Irene. Su voz sonaba distinta bajo el maquillaje. Más grave. Más teatral. Como si el personaje se hubiera comido a la persona—. La Cenicienta tiene prisa. A las doce, la carroza se convierte en calabaza y los ratones vuelven a ser ratas.

—Y si nos pillan —añadió Germán, cogiendo las llaves del coche con mano temblorosa—, la calabaza nos la parten en la cabeza en un callejón trasero.

Bajaron en silencio por las escaleras, evitando el ascensor para no dejar rastro facial en las cámaras del edificio. La calle Delicias los recibió con una bofetada de humedad, frío y olor a asfalto mojado. Irene se ajustó el abrigo largo negro sobre el vestido de seda, ocultando el rojo, sintiendo el contraste brutal entre el lujo de su disfraz y la realidad sucia de su barrio.

Subieron al viejo Seat Ibiza de Germán. El coche apestaba a polvo de obra y a ambientador de pino caducado hace años. El motor rugió al arrancar, tosiendo humo negro antes de estabilizarse con un traqueteo diésel que hacía vibrar los asientos.

Irene miró por la ventanilla empañada mientras la ciudad desfilaba ante sus ojos. Zaragoza parecía distinta esa noche bajo la lluvia. Los neones de los bares y las farmacias se reflejaban en los charcos como joyas derretidas. El asfalto brillaba como piel de serpiente. Ya no era un mapa de crímenes y callejones oscuros; era un escenario iluminado, lleno de trampas doradas y espejos. Iba a entrar en la boca del lobo, en el corazón del poder fáctico, y por primera vez en su vida, no iba vestida para correr y esconderse, sino para matar.

—Ponme la cinta —pidió Irene antes de que Germán metiera primera.

El fotógrafo la miró por el retrovisor, preocupado. Sus ojos se encontraron en el espejo.

—¿La de tu padre? Irene, te vas a desconcentrar. Te vas a poner emocional y te van a notar el pulso acelerado. Necesitas estar fría como el hielo.

—Ponla. —Su voz no admitía réplica. Era una orden—. Necesito recordar por qué hago esto. Necesito recordar que debajo de los esmóquines italianos de seda y el perfume caro, solo son carniceros con cuchillos. Necesito odiarlos lo suficiente para poder sonreírles a la cara sin vomitar.

Germán suspiró y conectó el audio al sistema *Bluetooth* del coche.

La voz de su padre, joven, asustada, quebrada por la presión. Y la voz de Orellana, suave, condescendiente y letal. Llenaron el habitáculo del coche, mezclándose con el ruido rítmico de los limpiaparabrisas barriendo la lluvia.

«… Sería una lástima que una niña tan lista tuviera que dejar de estudiar… o que tuviera un accidente en esos parques tan mal mantenidos…»

Irene cerró los ojos. Dejó que las palabras se filtraran en su piel, bajo la seda roja, como un veneno necesario. Dejó que el odio se asentara en su estómago, frío, pesado y sólido, desplazando al miedo y a la duda. Sintió la presencia de su padre en el asiento de al lado, oliendo a tinta, tabaco y derrota.

Cuando abrió los ojos, ya no le temblaban las manos. Sus pupilas estaban dilatadas, negras como pozos sin fondo.

—Al Casino —ordenó, mirando al frente—. Vamos a cerrar el trato.

Bajo la lluvia

Zaragoza no lloraba esa noche; sudaba un agua helada y sucia. A las nueve y media, la calle Coso se había convertido en un túnel de viento y neón ahogado. La lluvia no lavaba nada, simplemente barnizaba el asfalto con una película aceitosa donde los neumáticos de los coches siseaban como animales acorralados. Las luces de las farmacias y los semáforos no se reflejaban, sino que se disolvían en el suelo como pintura fresca en un lienzo gris, creando manchas borrosas que mareaban si las mirabas demasiado tiempo.

El Casino Mercantil, un palacio modernista de piedra blanca que había sobrevivido a un siglo de guerras civiles, bancarrotas y especulación feroz, brillaba como una joya obscena en medio del aguacero. Parecía un transatlántico iluminado en medio de un naufragio. Bajo la marquesina de hierro forjado *art nouveau*, los coches oficiales blindados y los taxis de lujo escupían a la élite de la ciudad sin que una sola gota de agua tocara sus trajes de diseño. Hombres con esmoquin que destilaban tabaco caro, coñac rancio e impunidad, y mujeres con vestidos de seda que costaban más que la hipoteca media de un piso en el barrio de Torrero, aferradas a bolsos minúsculos como si fueran salvavidas.

Irene observó la escena desde la oscuridad profunda del soportal de enfrente, tiritando.

No era solo por el frío húmedo del cierzo que le calaba los huesos. Era por el vestido. Y por lo que significaba llevarlo.

Era rojo. Un rojo sangre, violento, saturado y casi vulgar, que cortaba la grisura uniforme de la noche. La espalda descubierta dejaba su piel expuesta al aire gélido, erizándole el vello hasta la nuca, y la seda fría se le pegaba al cuerpo como una segunda epidermis, marcando cada curva, cada tensión muscular, cada latido acelerado. La vertiginosa abertura lateral de la pierna estaba pensada para distraer, pero ahora, en la calle, solo servía para dejar entrar el viento helado que aullaba bajito entre las columnas de piedra.

—Es una locura —murmuró Irene al micrófono, con los labios casi pegados a la solapa del abrigo negro que la cubría, sintiéndose ridícula y letal a la vez—. Parezco una señal de tráfico luminosa en medio de un apagón. Se trata de pasar desapercibida, Alea. Con esto parezco la mujer de rojo de *Matrix* justo antes de que la acribillen a balazos.

—Esa es la idea —respondió la voz de Alea en el minúsculo auricular color carne que Irene llevaba escondido bajo la cascada de pelo suelto. Su voz sonaba metálica, lejana, como si viniera de otro planeta—. Si vas de gris, te mirarán a la cara, verán tus ojeras de insomnio, tu miedo, y te reconocerán. Si vas de rojo putón, te mirarán al vestido y a las piernas. Es camuflaje inverso. Desvío de atención básico. Nadie mira a los ojos a una mujer que viste así en un sitio como ese; miran lo que creen que pueden comprar. Eres un objeto brillante, Irene. Úsalo.

—Vale, pero cuéntame un poco más sobre la mujer a la que estoy suplantando —preguntó Irene, ajustándose el abrigo sobre los hombros para no congelarse antes de entrar. Sentía el peso del bolso dorado contra su cadera como si llevara una granada sin anilla—.

—Ya la tengo —dijo Alea. Se escuchó el tecleo rápido y furioso al otro lado de la línea estática—. Asquerosamente rica, heredera y caprichosa. Hija de un promotor inmobiliario de Huesca, vieja escuela. Más preocupada en salir de fiesta que en gestionar su cargo.

—Victoria Soler —repitió Irene, probando el nombre en su lengua. Sabía a mentira y a dinero viejo—. ¿Tan rica es?

—De las que nunca han oído la palabra «no». Entra ahí y actúa como si fueras la dueña del edificio y estuvieras perdonándoles la vida por asistir a su fiesta de mierda. La arrogancia es el mejor pasaporte.

Irene apretó el bolso de fiesta *clutch* dorado hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Dentro, camuflado entre un paquete de pañuelos y una barra de labios de marca, había un dispositivo clonador del tamaño de una cajetilla de tabaco que zumbaba suavemente, buscando señales. Si alguien abría ese bolso, se acababa la fiesta y empezaba la cárcel. O algo peor.

—¿Dónde está Germán?

—Ya está dentro. Infiltrado en el equipo de *catering* por la puerta de servicio de cocinas. Dice que el jefe de sala es un tirano que huele a ajo, así que estará ocupado sirviendo canapés y esquivando broncas. Estás sola en la pista, Irene. Victoria Soler entra en escena en tres, dos, uno…

Irene respiró hondo. El aire húmedo, cargado de ozono y gasolina, le llenó los pulmones. Se quitó el abrigo negro y lo dejó caer en un banco mojado del soportal, abandonándolo como una piel vieja. Ya no había vuelta atrás. La mancha roja avanzó hacia la luz.

Cruzó la calle bajo la lluvia torrencial, taconeando sobre los adoquines resbaladizos con un equilibrio precario, sintiendo el agua fría salpicarle los tobillos. Subió la escalinata de mármol bajo la mirada indiferente de los leones de piedra. En la puerta, dos guardias de seguridad de Segurval 24H —armarios de dos metros con trajes mal cortados, auriculares en espiral y caras de hormigón armado— revisaban las invitaciones en una *tablet* y una lista de papel, actuando como cancerberos del paraíso artificial.

Irene mantuvo la cabeza alta, la barbilla desafiante.

Se saltó la cola de dos parejas que esperaban bajo paraguas y se plantó ante el jefe de seguridad.

—Buenas noches —dijo el guardia, bloqueándole el paso con un brazo fuerte como una barrera de peaje—. ¿Su invitación, señorita?

Irene resopló, un gesto de fastidio ensayado, de niña rica aburrida de tener que explicar quién es.

—No la llevo encima. Soy Victoria Soler. —Irene le miró por encima del hombro, con el desprecio justo—. Mi padre tiene una mesa reservada cerca del palco. Y llego tarde por culpa de este diluvio y de este tráfico imposible, así que le agradecería que no me hiciera esperar más o se me estropeará el peinado. Y créame, no quiere que mi padre se entere de que me ha tenido aquí fuera como a una cualquiera.

El guardia la miró. Sus ojos de policía frustrado dudaron un segundo. Bajó la vista a la lista de papel, buscando refugio en la burocracia.

—Soler… Soler… —El dedo grueso del guardia bajó por la columna de nombres. Se detuvo—. Sí, aquí está. Victoria Soler. Huesca.

El guardia levantó la vista. Iba a pedir el DNI, era el procedimiento estándar de nivel 4 que Lafuente había implantado. Pero entonces sus ojos bajaron del rostro de Irene, de su maquillaje de guerra, al vestido rojo. A la seda mojada pegada al pecho, a la piel de la espalda expuesta por la lluvia, a la curva de la cadera que la abertura insinuaba. El instinto básico anuló al protocolo de seguridad. El deseo venció al deber.

El guardia tragó saliva, catalogándola como «inalcanzable pero visible», y retiró el brazo.

—Adelante, señora Soler. Disfrute de la velada.

—Muy amable —dijo Irene, con voz gélida, sin darle las gracias, pasando de largo como si él fuera parte del mobiliario.

Irene entró. El calor del vestíbulo la golpeó en la cara como una bofetada suave. Olía a una mezcla sofocante de perfume Chanel, madera vieja encerada, cera de velas y dinero. Mucho dinero concentrado en poco espacio.

—Estoy dentro —susurró al micrófono, sintiendo que entraba en una cámara de gas dorada—. Victoria Soler está en la pista.

***

A cincuenta metros de la entrada, aparcado en una zona de carga y descarga oscura, casi invisible entre dos contenedores de basura, un coche gris con los cristales tintados mantenía el motor al ralentí, vibrando suavemente bajo el chaparrón.

El inspector Damián Zuazo estaba al volante.

Tenía el asiento reclinado para no ser visto desde la acera. El interior del coche estaba envuelto en una penumbra azulada por el humo de su cigarro negro. Fumaba con la ventanilla bajada dos dedos, dejando que el humo acre se mezclara con la lluvia gris y el vaho de su propia respiración cansada. En el asiento del copiloto, su pistola reglamentaria y la placa descansaban sobre una bolsa de papel grasienta con un sándwich de gasolinera que no tenía hambre de comerse.

—Estás loca, chica —murmuró Zuazo, con la voz ronca, viendo la mancha roja del vestido de Irene desaparecer tras las puertas giratorias doradas del Casino a través del vaivén hipnótico de los limpiaparabrisas.

Cogió la radio del salpicadero. Le pesaba la mano como si fuera de plomo.

—Central, aquí Z-1. Solicito situación en calle Coso.

—Sin novedades, Z-1 —respondió la operadora con voz metálica, aburrida y lejana—. Zona tranquila por lluvia. No hay incidentes reportados.

Zuazo no se fiaba. Su instinto, ese animal viejo, cínico y cicatrizado que vivía en su estómago, llevaba una hora arañándole las tripas. Había visto demasiado movimiento de furgonetas negras alrededor del perímetro del Casino. Furgonetas sin rotular, Mercedes Vito con cristales tintados. No eran de la Nacional. No eran de la Local. Eran seguridad privada. La guardia pretoriana de Orellana, los fontaneros que arreglaban los problemas antes de que mancharan la alfombra.

Segurval estaba blindando el edificio desde fuera, creando un perímetro invisible.

Zuazo tosió.

No fue una tos normal de fumador. Fue un espasmo violento, seco, que le rasgó el pecho por dentro como si hubiera tragado alambre

de espino. El cigarro se le cayó de los labios, quemando la tapicería del asiento con un olor a plástico derretido.

—Joder… —gimió, doblándose sobre el volante.

Intentó alcanzar el cigarro para no provocar un incendio, pero el brazo izquierdo no le respondió. Lo sentía dormido, pesado, una pieza de carne muerta ajena a su cuerpo. Un hormigueo eléctrico, frío y desagradable, le bajaba desde el hombro hasta la punta de los dedos, entumeciéndolos.

—Jefe, debería ir al médico —le había dicho Pilar, su compañera, la última vez que hablaron en comisaría, mirándole con preocupación —. Tiene mala cara. Color de cera.

—Cuando me jubile —había respondido él, encendiendo otro cigarro—. Cuando termine esto.

Pero el cuerpo no entiende de plazos, ni de casos abiertos, ni de jubilaciones. El cuerpo cobra sus deudas cuando quiere.

El dolor estalló en el centro de su pecho con la fuerza de una demolición controlada. No fue un pinchazo. Fue una presión brutal, absoluta, como si el bloque del motor del coche se le hubiera caído encima de las costillas, aplastándolas. Le faltaba el aire. Boqueó como un pez sacado del agua, con la boca abierta, intentando tragar oxígeno que no llegaba a sus pulmones. El sudor frío le bañó la frente al instante.

Miró por el parabrisas empañado, con la visión borrosa, túnel.

Una de las furgonetas negras, la que estaba aparcada en la esquina, a veinte metros, encendió los faros un segundo y los volvió a apagar. Estaban allí. Esperando. Esperando a que Irene saliera.

Zuazo intentó coger el móvil para avisarla. Para decirle que abortara. Sus dedos, torpes y entumecidos, resbalaron sobre la pantalla táctil sin fuerza.

Sin señal. Las barras de cobertura estaban a cero. Inhibidores. Estaban bloqueando la calle entera electrónicamente.

—Irene… —susurró, y su voz fue un gorgoteo.

El dolor se hizo insoportable, una garra de hierro retorciéndole el corazón. El mundo se estrechó hasta convertirse en un punto gris. La lluvia sonaba cada vez más lejos, como un rumor de fondo en otra habitación.

Sintió una urgencia desesperada de aire fresco. Intentó abrir la puerta del coche. Tiró de la manilla con las últimas fuerzas que le quedaban.

La puerta se abrió de golpe. El frío y la lluvia le golpearon la cara empapada en sudor, pero no fue suficiente. No había aire en el mundo para llenar el vacío de su pecho.

Zuazo se derrumbó hacia un lado, con la mitad del cuerpo colgando fuera del coche, retenido por el cinturón de seguridad que no había podido desabrochar. Su cabeza quedó a pocos centímetros del asfalto mojado. La pistola reglamentaria resbaló del asiento del copiloto y cayó al charco con un golpe metálico sordo que él ya no oyó.

Vio pasar unos pies por la acera. Gente con paraguas, corriendo para no mojarse. Nadie se detuvo. En la ciudad bajo la lluvia, nadie mira a un hombre borracho o enfermo caído en un coche. En la ciudad de Orellana, es mejor no mirar.

Damián Zuazo cerró los ojos. No hubo disparos, no hubo persecución. Solo la traición silenciosa de su propia sangre, espesa y cansada de tanta nicotina y tanta rabia contenida. Su corazón dio un último vuelco agónico, un aleteo desesperado, y se detuvo, dejándolo solo en la oscuridad ruidosa de la calle Coso.

***

El salón principal era una orgía de cristal, luz dorada y terciopelo rojo. Una araña de luces inmensa colgaba del techo, iluminando a trescientas personas que sostenían copas de *Moët & Chandon* como si fueran cetros y fingían que Zaragoza era París en los años veinte. El ruido de las conversaciones y las risas falsas creaba un zumbido constante, mareante.

Irene se movía entre la multitud como un tiburón en una piscina de peces de colores. El vestido rojo cumplía su función: abría caminos como el Mar Rojo. Los hombres se apartaban para mirarla el escote o la espalda; las mujeres, para criticarla con la mirada y evaluar el coste de la seda. Nadie le miraba a los ojos. Era invisible por exceso de visibilidad.

Agarró una copa de champán de una bandeja que pasaba, solo para tener algo en las manos y no apretar los puños, que le sudaban. El cristal frío le ayudó a anclarse a la realidad. Escaneó la sala por encima del borde de la copa.

Vio al Alcalde riendo con la boca llena de canapé con un constructor famoso. Vio a la concejala de Urbanismo susurrando con complicidad con el director de un banco. Vio a Patricia Górriz, su jefa, bebiendo más de la cuenta en una esquina oscura, con cara de funeral, probablemente calculando la indemnización del despido.

Y al fondo, elevado sobre los mortales en el palco presidencial, lo vio.

Gregorio Orellana.

El Rey estaba en su trono. Rodeado de un séquito de aduladores que reían sus gracias antes de que las terminara, Orellana brillaba con luz propia. Llevaba un esmoquin de terciopelo azul noche hecho a medida seguramente esa misma semana. Reía con la boca muy abierta, mostrando unos dientes perfectos, blanqueados. Parecía intocable. Parecía un dios pagano recibiendo ofrendas antes del sacrificio.

Pero Irene vio algo más. La sombra detrás del trono.

A tres metros de Orellana, inmóvil como una estatua de granito, estaba **Arístides Lafuente**.

El jefe de seguridad no llevaba esmoquin. Llevaba un traje negro funcional, un corte de pelo militar al cero, un pinganillo en la oreja y una mirada que barría la sala cada cinco segundos como un radar. Lafuente no bebía. No sonreía. No socializaba. Era el perro de presa vigilando el rebaño, buscando lobos.

—Objetivo localizado —susurró Irene al micro, tapándose la boca con la copa—. El Rey y su Mastín están en posición. Voy a entrar en su burbuja.

—Cuidado con Lafuente —dijo la voz tensa de Alea en su oído—. Sus ojos son cámaras. No dejes que te vea la cara de frente. Usa el pelo, usa la copa. Sé una espalda bonita, nada más.

Irene avanzó. El corazón le golpeaba contra las costillas, amenazando con romper la seda del vestido. Cada paso con los tacones prestados era un riesgo.

Un camarero pasó a su lado, tropezando levemente con una bandeja de plata cargada de volovanes. Irene le sujetó del brazo con firmeza para que no cayera.

—Cuidado.

El camarero levantó la vista. Detrás de unas gafas de pasta sin graduar y un bigote falso ridículo pegado con goma, los ojos de Germán la miraron con pánico puro. Estaba sudando bajo la camisa de cuello mao.

—Jefa —susurró Germán, temblando, sin mover los labios—. Esto es un nido de víboras. He contado doce agentes de Segurval de paisano mezclados con los invitados. Tienen bultos bajo las chaquetas. Están armados. Y tú vas vestida de diana humana.

—Sigue sirviendo, Germán. Mantén la calma. Si esto sale mal, tira la bandeja, crea el caos con el ruido y corre hacia la salida de cocina. No me esperes.

—Ten cuidado, por favor.

Irene se separó de él y siguió avanzando, dejando atrás la única cara amiga en aquel océano de tiburones. Estaba a diez metros de Orellana. A ocho.

Orellana levantó su copa para un brindis. El silencio se hizo en la sala. La gente aplaudió con entusiasmo servil.

—Por Zaragoza —tronó su voz, amplificada por la acústica del salón, la misma voz de la cinta de casete—. Por el futuro que estamos construyendo juntos. Un futuro limpio, ordenado y próspero. Sin ruinas del pasado que nos frenen.

—Un futuro muerto, construido sobre cadáveres —murmuró Irene para sí misma.

Cinco metros.

Lafuente giró la cabeza. Sus ojos, fríos y vacíos como los de un reptil, pasaron por encima de Irene.

Irene contuvo la respiración, girando levemente la cara para ofrecerle el perfil cubierto por el pelo. Si la reconocía, estaba muerta antes de llegar al suelo. Pero el rojo funcionó. Lafuente vio el vestido, vio la silueta, catalogó a la mujer como "acompañante de lujo" o "buscadora de fortuna", una distracción inofensiva para su

jefe, y siguió barriendo la sala buscando amenazas reales: hombres con abrigos largos o mochilas sospechosas.

Irene aprovechó el prejuicio del depredador.

Se deslizó entre un grupo de arquitectos borrachos que discutían a gritos sobre hormigón y se colocó justo detrás de Orellana, en su punto ciego.

Estaba tan cerca que su aroma le invadió la garganta. Despedía una mezcla de sándalo, tabaco rubio caro cargada de una soberbia tan densa que casi se podía masticar.

—Ahora —dijo Alea en su oído—. Activa el clonador.

Irene metió la mano en el bolso *clutch* y pulsó el botón lateral del dispositivo. Una luz LED azul parpadeó dentro del bolso, oculta por la tela dorada. *Bip.*

Se acercó un paso más. Su hombro desnudo casi rozaba la espalda de Orellana. El bolso estaba a veinte centímetros del bolsillo interior izquierdo del empresario.

—Escaneando... —dijo la voz de Alea, tensa—. 10%. Mantén la posición. No te muevas ni un milímetro.

Orellana se giró levemente para saludar a alguien a su derecha. Irene tuvo que dar un paso lateral, bailando con él un vals invisible sin tocarlo, manteniéndose en su sombra roja, pegada a su flanco izquierdo.

—20%... Joder, la encriptación de esa tarjeta es de grado militar. Va lento. Necesito tiempo, Irene.

Irene sintió una gota de sudor frío bajándole por la espalda desnuda, trazando una línea helada a lo largo de su columna vertebral.

Un hombre con cara de banquero se acercó a Orellana, eufórico.

—¡Gregorio! ¡Enhorabuena por el premio! ¡Merecidísimo, maestro!

Orellana se giró bruscamente para abrazar al recién llegado. Al hacerlo, chocó contra Irene.

Fue un golpe suave, social, pero suficiente para romper la distancia de seguridad.

—Oh, perdone, señorita —dijo Orellana, sonriendo con el encanto automático que usaba para comprar voluntades.

Irene se quedó helada. Tenía los ojos azules del asesino de su padre a treinta centímetros de los suyos. Vio las patas de gallo, el ligero enrojecimiento por el alcohol. Vio la seguridad absoluta de quien nunca ha pagado por sus pecados porque cree que están justificados.

—Culpa mía —dijo Irene, forzando una sonrisa que le dolió en la cara. Moduló la voz para que sonara más suave, más aguda, más inofensiva, más estúpida—. Quería felicitarle. Su discurso ha sido... absolutamente inspirador.

Orellana la miró. Su sonrisa vaciló un instante. Sus ojos se entrecerraron un milímetro, analizando su cara. ¿La reconocía? ¿Había visto esa cara en la sala de prensa hacía dos días, desafiándole? ¿Recordaba los rasgos de la hija del impresor que arruinó hace cinco años?

—¿Nos conocemos? —preguntó Orellana, con una nota de sospecha en la voz de terciopelo.

—40%... —cantó Alea en el oído de Irene—. Te está mirando demasiado. Aguanta, Irene. Métele conversación. Distráele. Hazte la tonta.

Irene mantuvo la sonrisa, aunque sentía que se le iba a romper la cara como una máscara de yeso seco.

—No creo. Pero soy una gran admiradora de su obra. La remodelación en la Plaza de los Sitios... simplemente magnífica. Ha cambiado la ciudad.

El ego de Orellana se infló, borrando la sospecha. La vanidad es siempre el punto ciego de los hombres poderosos.

—Gracias. Es usted muy amable. Es solo el principio. Tenemos grandes planes para esta ciudad.

—60%... sigue así...

Lafuente se acercó. El perro guardián había notado que su amo estaba hablando demasiado tiempo con una desconocida atractiva que había aparecido de la nada. Se colocó detrás de Orellana, mirando a Irene por encima del hombro de su jefe con ojos de rayos X.

Irene sintió la mirada del jefe de seguridad en su nuca como el cañón frío de una pistola. No se atrevió a mirarle. Mantuvo los ojos

fijos en Orellana, sonriendo como una muñeca.

—Señor Orellana —dijo Lafuente, con voz grave, una advertencia apenas velada—. El concejal de Urbanismo le espera en el reservado para la foto.

—Voy enseguida, Arístides. Un momento, estoy charlando.

—80%... ¡No te vayas, joder! —gritó Alea por el auricular, perdiendo la calma—. ¡Se está moviendo! ¡Lo pierdo!

Orellana hizo ademán de irse, girándose hacia Lafuente. Si se alejaba ahora, la señal se cortaría a mitad del proceso y todo habría sido en vano.

Irene no pensó. Hizo lo único que se le ocurrió para ganar segundos.

Tropezó.

Se dejó caer hacia delante con todo su peso, fingiendo que se le doblaba un tacón de aguja en la alfombra, y se agarró desesperadamente del brazo de Orellana con ambas manos para no caer al suelo. Al hacerlo, estampó su bolso dorado contra el costado izquierdo del empresario. Justo sobre el bolsillo de la tarjeta.

—¡Ay! —exclamó Irene, con un grito ahogado muy convincente.

—¡Cuidado! —Orellana la sostuvo con caballerosidad refleja, rodeándole la cintura para estabilizarla.

Estaban pegados. Pecho con pecho. El vestido rojo de seda contra el esmoquin azul de terciopelo. Bolso con bolsillo. El zumbido del clonador contra la tela de su traje.

—90%... 95%... —La voz de Alea era un susurro frenético, casi una plegaria—. ¡Aguanta, no te sueltes!

Irene levantó la vista hacia Orellana. Estaban tan cerca que sus alientos se mezclaban. Podía ver los poros de su piel, el brillo artificial de sus lentes de contacto. Sintió una náusea profunda al estar en los brazos del hombre que había matado a su padre.

—Lo siento muchísimo —dijo Irene, con voz entrecortada, jadeando—. Estos zapatos... son un crimen. Casi me mato.

—No se preocupe —dijo Orellana, soltándola despacio, disfrutando del contacto un segundo más de lo necesario—. Está usted bien. Y muy guapa, si me permite decirlo.

—¡100%! —gritó Alea en su oído, triunfal—. ¡Lo tenemos! ¡Tengo la llave maestra! ¡Tengo el acceso! ¡Sal de ahí, Irene, corre antes de que Lafuente se dé cuenta!

Irene se separó de él como si quemara.

—Gracias —dijo, dando un paso atrás, recuperando el equilibrio—. Muy amable. Buenas noches.

Lafuente se interpuso físicamente entre ella y Orellana, rompiendo la línea de visión. El jefe de seguridad la miró fijamente a los ojos. Esta vez no hubo indiferencia ni evaluación sexual. Hubo reconocimiento. Sus ojos de reptil se clavaron en los de ella.

Lafuente miró hacia abajo, hacia los pies de Irene, buscando los tacones traicioneros que habían causado el tropiezo.

Irene no llevaba tacones de aguja de diseñador.

Llevaba sus propias botas militares negras, toscas, de suela de goma gruesa, pulidas para brillar pero inconfundibles, que había decidido ponerse en el último momento en el coche porque sabía que no podría correr con los *stilettos* de Alea.

Irene no había tropezado por los zapatos.

Lafuente levantó la vista lentamente. Sus ojos se cruzaron de nuevo. Y Irene supo, con la certeza helada de la muerte, que él lo sabía. Sabía quién era. Y sabía que acababa de robarles algo.

—Arístides, vamos —dijo Orellana, caminando hacia el reservado, ajeno al drama silencioso que se desarrollaba a su espalda.

Lafuente dudó un segundo eterno. Miró a su jefe, que se alejaba sin protección, y miró a Irene, la amenaza confirmada. El deber de proteger contra el instinto de cazar.

Finalmente, el deber ganó por poco. Lafuente se giró para seguir a Orellana, pero antes de desaparecer entre la multitud, se llevó la mano al pinganillo de la oreja y murmuró una orden seca y letal.

—¡Fuera! —gritó Alea en el oído de Irene, histérica—. ¡Irene, te han marcado! ¡Ha dado la orden! ¡Sal ya! ¡Ahora!

Irene no esperó. Se dio la vuelta y empezó a caminar rápido hacia la salida, abriéndose paso a codazos entre la gente guapa, sin pedir perdón, una mancha roja huyendo de la escena del crimen, sintiendo las miradas de los guardias de seguridad clavándose en su espalda desnuda.

Irene salió al frío hostil de la calle Coso, jadeando. La lluvia la empapó en un segundo, pegándole el vestido rojo al cuerpo, arruinando la seda, convirtiéndola en una segunda piel helada y pesada.

Buscó el coche de Zuazo. Sabía que estaba por allí. Él le había prometido que estaría cubriendo la salida. "Yo te cubro la espalda, chica".

Vio un coche en doble fila a cincuenta metros, cerca de los contenedores. Su coche gris.

—¡Damián! —gritó, corriendo hacia él bajo el diluvio, resbalando en los adoquines mojados con sus botas militares.

Pero algo iba mal.

La puerta del conductor estaba abierta de par en par, oscilando con el viento y la lluvia, gimiendo sobre sus goznes oxidados. *Ñiiic. Ñiiic.* El interior del coche estaba mojado.

Irene llegó al coche. Se asomó.

Estaba vacío.

No había nadie al volante. El cigarro de Zuazo había quemado el asiento, dejando un agujero negro y olor a chamusquina. La bolsa del sándwich estaba tirada en el suelo del copiloto.

Irene miró al suelo, junto a la puerta abierta. El agua de lluvia corría hacia la alcantarilla, teñida de un rosa pálido. Vómito y sangre diluida.

Y allí, brillando en el charco sucio bajo la luz naranja de una farola, abandonada como un juguete roto que ya no sirve para nada, estaba la pistola reglamentaria de Zuazo. Y a su lado, su placa dorada.

—¿Zuazo? —susurró Irene, con la voz rota por el terror.

Se detuvo en seco, empapada, temblando incontrolablemente. Miró alrededor. La calle estaba desierta. Solo lluvia y sombras.

Al fondo de la calle, las luces azules de una ambulancia se alejaban a toda velocidad en silencio, sin sirena, perdiéndose en la noche hacia el hospital.

—Se lo han llevado —murmuró. No sabía si estaba vivo o muerto. Solo sabía que ya no estaba.

Irene miró la pistola y la placa en el suelo. Las armas de un hombre que había intentado protegerla y había caído solo. Su escudo se había roto.

Entonces, una sensación de frío nuca, más intensa que la lluvia, la hizo levantar la vista.

Al otro lado de la calle Coso, bajo el alero oscuro de una sucursal bancaria cerrada, había una figura inmóvil.

Era Arístides Lafuente.

No se escondía. Estaba de pie, con las manos cruzadas a la espalda, indiferente al diluvio que le empapaba el traje oscuro. La miraba fijamente desde la otra orilla del río de asfalto. No hizo ningún gesto de acercarse, ni de sacar un arma. Solo la observaba con esa curiosidad biológica y fría de un científico viendo morir a un insecto en un frasco.

Se llevó un dedo al pinganillo de la oreja y dijo algo. Una orden corta.

El auricular en su oreja crepitó con pánico estático.

—¡Irene! —gritó Alea—. ¿Qué haces ahí parada? ¡La furgoneta negra de la esquina ha dado la vuelta! ¡Vienen a por ti! ¡Germán está llegando! ¡Sal de ahí!

Se agachó rápidamente, cogió la placa fría y pesada del inspector junto a la pistola y se la metió en el bolso junto al clonador.

Un coche derrapó en la esquina, lanzando una cortina de agua sucia. El Seat de Germán frenó en seco frente a ella. La puerta del copiloto se abrió en marcha.

—¡Sube! —gritó Germán, pálido, todavía con el ridículo bigote falso de camarero colgando de un lado de la cara.

Irene se lanzó dentro del coche. Cerró la puerta justo cuando los faros de la furgoneta negra de Segurval aparecían por el retrovisor.

—¡Arranca! —gritó Irene, golpeando el salpicadero.

Germán pisó el acelerador a fondo. El coche salió disparado, derrapando sobre el asfalto mojado, dejando atrás el Casino dorado, la lluvia incesante y el lugar donde un policía viejo había caído sin poder disparar una sola bala.

Pólvora y papel

El viejo Seat Ibiza se detuvo derrapando sobre la grava suelta de un descampado en el Meandro de Ranillas, buscando el refugio precario de la sombra esquelética de la Torre del Agua. Estaban lejos de las cámaras de tráfico, lejos de las avenidas iluminadas donde la ciudad fingía ser civilizada, en esa tierra de nadie llena de maleza salvaje, jeringuillas viejas y estructuras oxidadas que la Expo 2008 había dejado como una cicatriz de hormigón abandonado en el flanco oeste de Zaragoza.

Germán apagó el motor. El silencio cayó sobre ellos como una losa de plomo, denso, asfixiante, una entidad física que ocupaba el espacio entre sus cuerpos. Solo lo rompía el repiqueteo furioso y monótono de la lluvia contra el techo de chapa del coche. *Tac-tac-tac-tac.* Como si un mecanógrafo loco estuviera escribiendo sus sentencias desde el cielo negro.

Nadie habló durante dos minutos eternos. Solo se oía la respiración entrecortada, cargada de adrenalina agria, de tres personas que acababan de cruzar la línea invisible del no retorno. El interior del coche era una cápsula de tensión irrespirable, saturada de sudor frío y tapicería mohosa. El perfume de Irene, dulce y empalagoso, se corrompía en ese aire viciado, creando un cóctel nauseabundo de lujo impostado y pánico real.

Irene se arrancó el pinganillo del oído como si fuera un insecto y lo lanzó contra el salpicadero con rabia. El pequeño aparato rebotó y cayó en la alfombrilla llena de barro. Se miró las manos bajo la luz amarillenta y enfermiza de la guantera abierta. Aún le temblaban con espasmos incontrolables. Le ardían las plantas de los pies, cortadas y magulladas por las piedras del callejón en la huida, y sentía el frío de la noche calándole los huesos a través de la seda mojada, que ahora pesaba sobre sus hombros como una cota de malla helada.

Pero su mano derecha seguía aferrada al bolso dorado, con los nudillos blancos, protegiendo lo que había dentro como si fuera el último ascua de un fuego en el invierno nuclear.

—¿Nos siguen? —gritó Germán, rompiendo el silencio con una voz que se quebró en un gallo agudo, infantil. Tenía los ojos clavados en el retrovisor, desorbitados, buscando faros fantasmas en la oscuridad. Sus nudillos estaban blancos sobre el volante, apretando el plástico barato como si fuera el cuello de Arístides Lafuente. Llevaba el esmoquin de camarero desabrochado, la pajarita negra deshecha colgando sobre el pecho manchado de sudor y el bigote postizo despegado de un lado, dándole el aspecto grotesco de un payaso triste que acaba de presenciar una masacre.

Irene se giró en el asiento del copiloto, retorciéndose con dificultad dentro del vestido empapado que crujió húmedo y obsceno. A través de la luneta trasera, empañada por el vaho de tres respiraciones agitadas, vio las luces de Zaragoza difuminadas por la cortina de lluvia torrencial, como acuarelas corridas.

Era una ciudad fantasma, hostil, que los había escupido. Taxis amarillos patrullaban como tiburones buscando noctámbulos incautos, autobuses rojos vacíos pasaban como acuarios rodantes iluminados, algún coche particular perdido en la tormenta.

Ninguna furgoneta negra sin matrícula. Ningún destello de sirenas azules. De momento. El silencio del depredador antes del ataque.

—Creo que no —dijo Irene. Su propia voz le sonó extraña, lejana, metálica, como si viniera del fondo de un pozo profundo. El zumbido de la adrenalina le taponaba los oídos, un pitido agudo y constante que no la dejaba pensar con claridad.

Bajó la vista a sus manos manchadas. Grasa negra del asfalto, barro de la calle y algo más oscuro y ferroso que no quería identificar. Había recogido la pistola y la placa del suelo, de un charco sucio donde se mezclaba el agua de lluvia con la derrota de un hombre bueno.

El vestido rojo de seda, esa pieza de alta costura que hace una hora era su armadura de seducción, su camuflaje perfecto para bailar con el diablo, ahora era un trapo mojado, pesado y frío, pegado a su cuerpo como una segunda piel enferma. La seda, al mojarse, se había oscurecido, pareciendo sangre coagulada sobre su piel pálida.

—¿Qué ha pasado con Zuazo? —preguntó Alea a través del manos libres del coche. Se había quedado en el piso monitorizando desde el portátil, conectada por un *router* 4G seguro, su voz sonaba distorsionada por la mala señal. Su tono, normalmente firme, sarcástico y cínico, temblaba con una fragilidad nueva—. He perdido su señal GPS hace siete minutos exactos. Su teléfono da apagado o fuera de cobertura. El enlace con la centralita de Jefatura está mudo. Es como si hubiera desaparecido del mapa digital. Como si lo hubieran borrado del sistema.

Irene apretó el bolso de fiesta contra su pecho, buscando calor donde solo había metal frío y anguloso.

Dentro, notaba los contornos duros de la realidad. El clonador electrónico, esa pequeña caja negra que contenía la llave del reino de Orellana. Y la pistola reglamentaria HK USP Compact del inspector, un peso muerto, frío y letal.

Dos herramientas ilegales. Una para destruir reputaciones, otra para destruir vidas. Irene se dio cuenta de que, al cruzar esa puerta giratoria del Casino, había dejado de ser una periodista para convertirse en algo diferente. Algo más peligroso. Y mucho más triste.

—Ha caído —dijo Irene. No lloró. No podía. El *shock* actuaba como un torniquete emocional, impidiendo que el dolor la desangrara allí mismo. Las lágrimas eran un lujo que no podía permitirse—. Creo que estaba en el suelo, junto a la puerta abierta de su coche. Había sangre y vómito en el asfalto. Se lo han llevado en ambulancia, Alea.

No sé si estaba vivo o muerto. Solo sé que su pistola estaba tirada en un charco y nadie la recogió.

—Joder… —susurró Germán, golpeando el volante con la frente una y otra vez, suavemente—. Joder, joder, joder.

—Ya no está para protegernos, Germán. Nuestro escudo ha caído. La placa que nos cubría ya no existe. Estamos solos en esto. Completamente solos en una ciudad que es suya.

El silencio llenó el coche de nuevo, pesado y denso como el hormigón fraguando a su alrededor. Solo se oía el limpiaparabrisas luchando contra el diluvio en una batalla perdida: *sssh-clac, sssh-clac, sssh-clac.* Un metrónomo marcando el tiempo que les quedaba antes de que los cazaran.

—¿A dónde vamos? —preguntó Germán, arrancando de nuevo el motor, que tosió humo negro antes de rugir. Se saltó un semáforo en ámbar oscuro, casi rojo, al salir del descampado—. No podemos volver a tu casa, Irene. La policía científica la ha dejado patas arriba y seguro que hay vigilancia discreta de Segurval en la portería. Y mi piso es un bajo con ventanas a la calle. Si Lafuente sabe que hemos estado en el Casino, sabe quiénes somos. Sabe mi matrícula. Saben dónde dormimos.

—Tampoco podemos ir a mi piso de Delicias —dijo Alea por el altavoz, recuperando el tono de mando a la fuerza—. Ese lugar está quemado. Orellana me envió la amenaza allí. Saben dónde vivo, saben qué pido de cenar, saben la marca de mi champú. Si vamos allí, nos estarán esperando en el salón con el té servido.

—¿Entonces qué? —Irene miró por la ventana. La ciudad, reflejada en el cristal mojado, parecía una trampa gigante de fauces abiertas.

—Al Gancho —dijo Alea—. Tengo un plan B. Siempre tengo un plan B. Un piso en la calle San Pablo.

—¿Seguro? —preguntó Germán, girando el volante bruscamente hacia el Casco Histórico, haciendo chillar las ruedas sobre el asfalto mojado.

—Es de mi abuela, muerta hace diez años. La escritura no está digitalizada, sigue en un archivo de papel amarillento, comido por ratones, en el registro de la propiedad con un nombre que no es el mío. No figura en ninguna base de datos que ellos puedan rastrear

con sus algoritmos Invisio. No hay internet contratado, no hay contador eléctrico inteligente. Es un agujero negro en el siglo XXI. Es el único lugar de Zaragoza que no existe para el Gran Hermano.

—Pues al agujero —dijo Germán, pisando el acelerador a fondo—. Agarraos, que vamos a entrar en la boca del lobo.

***

El barrio del Gancho, en el corazón antiguo y cicatrizado de la ciudad, era un laberinto de calles estrechas, húmedas y mal iluminadas, donde los edificios antiguos se inclinaban unos sobre otros como ancianos borrachos conspirando en la oscuridad. Entraron como fugitivos, mojados, temblando y subiendo tres pisos por una escalera de madera carcomida que crujía y gemía a cada paso, dejando un rastro delator de agua sucia y barro en los escalones desgastados.

Irene cerró la puerta vieja de madera maciza y echó los dos cerrojos oxidados uno a uno, con una lentitud deliberada: *clac… clac*. El sonido del hierro viejo encajando fue el único consuelo. Comprobó la resistencia del marco empujándolo con el hombro. Sólida, a pesar de los años. La casa apestaba a cerrado, a polvo antiguo, a naftalina y a vidas pasadas.

Luego fue a la ventana y cerró las contraventanas de madera interior, dejando la habitación sumida en la oscuridad absoluta, aislada del mundo exterior y de las miradas indiscretas.

—Luces fuera —ordenó—. Solo monitores. No quiero que nadie vea ni el resplandor de un cigarro desde la calle.

Alea, que había llegado antes en taxi con el equipo esencial en una mochila táctica, ya tenía montado el puesto de mando en una mesa camilla vieja con faldillas de terciopelo raído. La habitación se iluminó con el resplandor frío, espectral y azulado de los led de los portátiles y las torres de discos duros. Parecía el puente de mando de una nave espacial *cyberpunk* incrustado en el salón de una anciana del siglo pasado. El contraste era mareante.

Nowak estaba sentado en una mecedora de mimbre que chirriaba rítmicamente, frotándose la cara con las manos grandes y callosas.

El ingeniero polaco los miró desde las sombras. Al ver a Irene con el vestido rojo destrozado, el rímel corrido por las mejillas como lágrimas negras de alquitrán y la culata de una pistola asomando del bolso de lentejuelas, no hizo preguntas estúpidas. Sus ojos cansados entendieron la situación al instante. La diplomacia había muerto en una cuneta de la calle Coso.

Germán fue a la cocina, un antro de azulejos amarillentos, a buscar algo fuerte. Volvió con una botella de brandy Soberano barato que debía llevar allí veinte años y cuatro vasos de Duralex desparejados. Llenó los vasos hasta el borde. Nadie brindó. Bebieron el alcohol ardiente como si fuera medicina.

Irene se dejó caer en una silla de mimbre frente a Alea. Le dolía cada músculo del cuerpo. Sacó el clonador del bolso y lo puso sobre el tapete de ganchillo de la mesa con cuidado extremo, como si fuera nitroglicerina.

—¿Lo tienes? —preguntó, con la garganta seca y rasposa por el brandy.

Alea se ajustó las gafas, que reflejaban el código en movimiento, y cogió el dispositivo negro. Conectó el cable USB reforzado al portátil principal.

—Veamos si has bailado bien con el diablo, cenicienta.

La pantalla se llenó de líneas de código verde cayendo en cascada, una lluvia digital hipnótica. Alea contuvo la respiración. Sus dedos flotaban sobre el teclado, esperando.

—Sincronizando… Desencriptando clave RFID de alto nivel… Analizando firma biométrica…

Una barra de progreso apareció en el monitor. Avanzaba dolorosamente despacio, como si el ordenador estuviera masticando cristales. *20 %… 35 %… 50 %…*

El silencio en la habitación era total, opresivo, casi sólido. Solo lo rompía el viento golpeando los cristales viejos de la ventana, la mecedora de Nowak (*ñic, ñic, ñic*) y el zumbido creciente de los ventiladores de los portátiles, que trabajaban al límite de su capacidad para romper el cifrado militar.

—Vamos, maldita sea… —susurró Germán, dando otro trago largo a la botella, sin vaso.

80 %… 95 %… 99 %…

—¡Bingo! —gritó Alea, golpeando la mesa, haciendo saltar el tapete—. ¡Lo tenemos! ¡Tenemos la credencial maestra! A ojos del sistema, ahora mismo somos Gregorio Orellana conectado desde su portátil personal con privilegios de dios.

—Entra —dijo Irene, levantándose, sintiendo una descarga de energía oscura—. Entra en la Fundación. Quiero verle las tripas al monstruo. Quiero ver dónde guarda los cadáveres.

Alea abrió una terminal negra. Sus dedos volaron. *Tac-tac-tac-tac.*

>> CONEXIÓN ESTABLECIDA. >> BIENVENIDO, SR. ORELLANA.

—Estamos dentro —susurró Alea, con reverencia y terror.

En la pantalla apareció la estructura de carpetas del servidor privado de la Fundación Ivanchuk, el cerebro financiero de la trama. No había fotos de galas benéficas. Había carpetas con nombres que helaban la sangre por su frialdad burocrática:

PAGOS_B

ADJUDICACIONES_AYTO_AMAÑADAS

RED_CAIMÁN

OPERACIÓN_LIMPIEZA_URBANA

NÓMINAS_EXTRAS_VIP

—Abre «NÓMINAS_EXTRAS_VIP» —dijo Irene, señalando la pantalla, dejando una huella húmeda.

Alea hizo doble *clic*.

Se abrió una hoja de cálculo interminable. Miles de filas. Nombres, fechas, importes.

Irene recorrió la lista con la mirada, sintiendo náuseas físicas. Reconoció nombres. Demasiados. Vio concejales de todos los colores políticos, jueces de instrucción, inspectores de Hacienda, jefes de policía local. Vio el precio exacto de su ciudad.

—Busca a Lafuente —ordenó Irene. Necesitaba verlo escrito.

Alea usó el buscador.

ARÍSTIDES_L. CONCEPTO: SERVICIOS ESPECIALES Y LIMPIEZA. PAGO MENSUAL: 15.000 €. BONUS: 50.000 € (FECHA: 12 OCTUBRE).

—El 12 de octubre —murmuró Irene, apoyándose en la mesa porque las piernas le fallaban—. El día del Pilar. El día que quemaron

mi barrio. El día que murió mi padre. Cincuenta mil euros. Eso vale una vida humana en el mercado de Orellana.

—Descárgalo todo —ordenó Irene. Su voz se endureció, convirtiéndose en hielo. El dolor se transformó en munición—. Haz copias. Mándalo a servidores en Rusia, en Islandia, en Panamá. Donde sea. Quiero que esto sea indestructible.

—Estoy en ello —dijo Alea, tecleando comandos de copia masiva —. Son tres *gigabytes*. Tardará un rato con esta conexión 4G de mierda.

La espera se convirtió en una tortura física. El piso, cerrado a cal y canto, empezó a calentarse. Las tres torres de discos duros y el portátil principal, trabajando al límite de su capacidad de procesamiento para desencriptar y copiar a la vez, generaban un calor de horno industrial.

El zumbido de los ventiladores subió de tono hasta convertirse en un aullido agónico de turbinas a punto de despegar.

—Huele a quemado —dijo Irene, arrugando la nariz.

—Es la pasta térmica del procesador —masculló Alea. Estaba pálida, sudando a chorros, con el pelo pegado a la frente. Su pierna se movía rápidamente controlando su ansiedad. Su respiración se había vuelto superficial y rápida, un jadeo de animal asustado—. Está a noventa grados. Aguanta, pequeña, aguanta...

De repente, una alerta roja saltó en la pantalla, parpadeando violentamente. Una sirena digital, estridente y aguda, empezó a sonar por los altavoces del portátil, rompiendo la calma del piso franco. *BIP-BIP-BIP-BIP.*

>> ALERTA DE SEGURIDAD CRÍTICA. ACCESO CONCURRENTE DETECTADO. IP RASTREADA.

—¡Mierda! —gritó Alea, palideciendo—. ¡Nos han pillado!

—¿Qué pasa? —Irene sacó la pistola de Zuazo del bolso instintivamente, apuntando a la puerta cerrada, con el corazón desbocado.

—¡Alguien está accediendo al sistema con la tarjeta física real! —Alea tecleaba a toda velocidad, luchando contra el sistema—. Orellana debe de haber llegado a su despacho o a casa y ha intentado entrar. El sistema ha detectado dos «Gregorio Orellana» a

la vez. ¡Ha saltado la alarma silenciosa! ¡Están haciendo un *traceback*!

—¿Qué coño es eso? —preguntó Germán.

—¡Están rastreando nuestra ubicación física en tiempo real! Están triangulando la señal de nuestro *router* 4G con las antenas de telefonía móvil. ¡Saben que estamos en el Casco Viejo!

—¡Corta la conexión! —gritó Germán, tirando la botella de brandy.

—¡No! —Irene agarró el hombro de Alea. Notó que la *hacker* estaba vibrando, sacudida por espasmos de ansiedad pura—. ¡Sigue descargando!

Y entonces, el piso dijo basta.

Hubo un chasquido seco, como un hueso rompiéndose dentro de la pared. *¡CLACK!*

La luz del techo se apagó. La nevera de la cocina dejó de zumbar. La oscuridad se tragó la habitación.

—¡Los plomos! —gritó Nowak—. ¡La instalación vieja no ha aguantado el consumo!

El silencio fue aterrador. Pero en la oscuridad, una luz tenue seguía brillando. La pantalla del portátil de Alea.

—Estamos con batería —susurró Alea. Su voz era un hilo de terror —. Nos queda el 8 %. Y con los ventiladores a tope, eso son... dos minutos.

En la pantalla, dos barras de progreso competían en una carrera mortal. La barra verde de la descarga: 89 %. La barra roja del rastreo de ubicación: UBICANDO... TRIANGULANDO ANTENAS...

—Me están cazando, Irene —Alea empezó a hiperventilar. Se llevó las manos a la cabeza, tirándose del pelo, balanceándose en la silla —. No puedo... no puedo respirar. Me van a encontrar. Saben dónde estoy.

Irene se agachó junto a ella. Le cogió la cara con las dos manos, obligándola a mirarla, ignorando el calor que irradiaba la máquina.

—Mírame, Alea. Respira. Tú eres más rápida que ellos. Siempre lo has sido. Aguanta un minuto más. Solo un minuto.

Alea clavó sus ojos en los de Irene. Estaban desorbitados por el terror agorafóbico de sentirse observada por el Ojo de Dios, pero

encontró un ancla en la mirada de su amiga. Asintió, tragando aire con dificultad, y volvió al teclado.

92 %... BATERÍA BAJA. 5 %. CONECTE EL CARGADOR.

—¡No hay luz, maldita sea! —gritó Germán, iluminando el teclado con la linterna del móvil para que Alea pudiera ver las teclas.

95 %... RASTREO AL 90 %. ZONA: BARRIO DE SAN PABLO.

El portátil empezó a pitar. El aviso de apagado inminente. La pantalla bajó el brillo automáticamente para ahorrar energía, sumiéndolos casi en tinieblas.

—¡Se muere! —gritó Alea, tecleando como una posesa, luchando contra la máquina que se apagaba—. ¡Vamos, joder, vamos!

98 %... BATERÍA CRÍTICA.

99 %...

>> DESCARGA COMPLETA.

—¡AHORA! —gritó Irene.

Alea arrancó el módem USB del puerto de un tirón seco, matando la conexión un segundo antes de que el portátil se apagara por completo, fundido a negro.

La habitación se hundió en un silencio negro. El aire se había espesado, cargado con la acidez del sudor frío y los vapores del plástico derretido.

Alea se derrumbó sobre la mesa, sollozando, con el cuerpo sacudido por el temblor de la descarga de adrenalina. Había ganado, pero la máquina casi la mata.

—¿Lo tenemos? —preguntó Irene en la oscuridad.

Se oyó el sonido de Alea golpeando suavemente el disco duro externo.

—Está aquí —dijo la *hacker* entre jadeos, buscando su inhalador en la oscuridad—. Tenemos al Rey en una caja de plástico. Pero casi nos cuesta la vida.

***

Irene miró el reloj de pared, un viejo reloj de cocina con forma de tetera. Eran las tres de la madrugada del martes. El día del juicio.

Se giró hacia el baño.

—Voy a ducharme. Necesito quitarme a Victoria Soler de encima antes de que me vuelva loca. Y quitarme el olor de Orellana.

Entró en el baño pequeño, de azulejos rosas y desconchados, y cerró la puerta con pestillo. Se miró en el espejo picado por la humedad. El rímel corrido la hacía parecer una viuda en duelo. El vestido rojo estaba arruinado, manchado de barro, grasa de coche y lluvia ácida.

Se lo quitó con asco, bajando la cremallera con violencia. La seda roja cayó al suelo formando un charco carmesí sobre las baldosas frías. Lo pateó hacia la esquina. No quería volver a verlo.

Entró en la ducha y abrió el grifo. El agua salió helada, procedente de las tuberías viejas de plomo, pero no la reguló. Necesitaba el frío. Necesitaba despertar y endurecerse. Vio cómo el agua gris y negra se iba por el desagüe, llevándose el maquillaje y el miedo.

Se frotó la piel con tanta fuerza hasta casi hacerse sangre. Quería arrancarse la sensación de la mano del empresario en su cintura.

Salió cinco minutos después, tiritando pero limpia. Se puso unos vaqueros viejos que encontró en un armario (le quedaban cortos), una camiseta negra básica de Germán que le estaba grande y sus propias botas militares, que había limpiado concienzudamente con papel higiénico hasta que el cuero volvió a brillar bajo la luz de la bombilla desnuda.

Se recogió el pelo mojado en una coleta tirante.

Volvió al salón. Ya no era la invitada de la fiesta. Parecía un soldado en la trinchera antes del amanecer.

—Escuchadme bien —dijo Irene, poniendo el disco duro en el centro de la mesa—. Tenemos la bomba. Pero una bomba en un cajón no sirve de nada. Y si la publicamos en internet ahora, sus abogados cerrarán la web en diez minutos alegando robo de datos y manipulación digital. Dirán que son *fakes*. Controlan los medios, controlan los jueces, controlan la narrativa digital.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Germán.

—Necesitamos que sea físico. Necesitamos que sea real. Que ocupe espacio. Que pese en las manos como un ladrillo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alea.

—¿Tienes papel en la impresora que trajiste?

—Sí, un par de paquetes de quinientos folios, pero…

—Vamos a imprimirlo. Todo.

—Irene, son casi mil páginas de hojas de cálculo y correos —protestó Alea—. Vamos a fundir el tóner. Tardaremos horas. Hará ruido.

—Me da igual. —Irene se volvió hacia ellos con una determinación que asustaba, con los ojos oscuros y fijos—. Quiero convertir estos ceros y unos en un bloque de papel que no puedan borrar con un *clic* ni con una orden judicial cautelar. Quiero poder tirárselo a la cara al alcalde y que le duela físicamente. Quiero que el sonido al caer sobre la mesa del pleno sea el sonido de su tumba política. Quiero que los periodistas lo puedan tocar, oler y leer sin pantallas de por medio.

El piso de la calle San Pablo se convirtió en una imprenta clandestina de resistencia.

La impresora láser de Alea zumbaba con un ritmo monótono, hipnótico, escupiendo hojas calientes una tras otra. *Zzzzt-clac. Zzzzt-clac. Zzzzt-clac.* El olor a ozono, a papel caliente y a tóner quemado llenó el salón, desplazando el olor a humedad y a rancio.

Eran las cuatro y media de la madrugada. El cielo seguía siendo negro, impermeable sobre los tejados del Gancho.

Irene caminaba alrededor de la mesa como un animal enjaulado, recogiendo las hojas según salían, apilándolas, ordenándolas por carpetas. Cada folio era una sentencia. Cada línea era un insulto a la gente trabajadora de esa ciudad que pagaba sus impuestos mientras ellos robaban a manos llenas.

En un rincón, bajo la luz amarillenta de una lámpara de pie, Nowak sostenía una de las hojas recién salidas. La miraba como si fuera su propia esquela.

—Cincuenta mil euros —dijo el polaco en voz baja, con un hilo de voz ronco—. Eso valía mi silencio, Irene. Me dieron dos mil euros en mano en un sobre para irme a Polonia en autobús y se quedaron el resto. Me vendieron barato como a un perro viejo.

—Ya no —dijo Irene, acercándose y poniéndole una mano en el hombro, apretando fuerte—. Mañana tu voz vale más que todo su dinero junto. Mañana tú eres el testigo de cargo que va a hundirles.

A las cinco y media, la impresora se detuvo con un pitido de agotamiento. Habían gastado el papel y el cartucho de tóner estaba ardiendo, pero lo tenían.

Irene cogió un perforador industrial que encontró en un cajón y comenzó a agujerear el taco de folios, que tenía el grosor de una guía telefónica antigua. *Crac. Crac.* Nowak le trajo unas tapas de cartón negro rígido y polvoriento que encontró en el trastero. Germán le dio unas bridas de plástico gruesas de electricista que llevaba en la mochila.

Irene montó el *dossier*. Apretó las bridas con fuerza hasta que chirriaron, sellando el destino de Orellana.

El resultado era un bloque negro y blanco, pesado, feo, brutal, sin adornos. Dos kilos de verdad comprimida. Un arma contundente hecha de papel.

—Chicos, id a dormir un rato en los sofás —dijo Irene, acariciando la cubierta rugosa del *dossier*—. Yo tengo que escribir mi discurso. No puedo tartamudear mañana.

—Yo no duermo —dijo Germán, sentado en el suelo, cogiendo su cámara y limpiando la lente con un paño de microfibra, con devoción religiosa—. Yo voy contigo. Necesitas la foto del momento. Esa foto será mi Pulitzer o mi esquela, pero la voy a hacer.

Irene asintió. Necesitaba aire, aunque fuera húmedo y sucio. Salió a la pequeña terraza que daba a un patio interior oscuro a fumar un cigarro robado del paquete de Germán. El amanecer empezaba a teñir el cielo de un azul cobalto sucio, grisáceo, el color de las mañanas de resaca, arrepentimiento y ejecuciones. La lluvia había parado, pero el suelo brillaba húmedo y las canaletas goteaban rítmicamente.

La puerta de la terraza se abrió con un chirrido de goznes oxidados. Alea salió, envuelta en una manta de lana vieja impregnada de polvo.

Se apoyó en la barandilla de hierro forjado, fría y mojada, junto a Irene. El roce de sus brazos fue eléctrico. Alea olía a café y a cansancio profundo, un olor que Irene había aprendido a asociar con la lealtad absoluta.

Fumaron en silencio durante un minuto, mirando los tejados mojados del Gancho.

—En unas horas te van a detener —dijo Alea. No era una pregunta; era un diagnóstico de datos, frío e inevitable, basado en probabilidades—. En cuanto entres ahí con eso y abras la boca, activarán todos los protocolos. La policía local, la nacional, los de seguridad privada. Todos irán a por ti.

—Lo sé. Allanamiento, robo de datos, revelación de secretos, injurias, tenencia ilícita de armas… La lista de cargos del fiscal será larga. Me van a pedir veinte años.

—Podríamos irnos, Irene. Ahora mismo. Tengo dinero en una cuenta en Portugal que no pueden tocar. Podríamos coger el coche, cruzar la frontera, volcar los datos anónimamente en Wikileaks desde un cibercafé en Oporto y desaparecer. Empezar de cero en Lisboa o en Berlín con nombres falsos. Nadie nos encontraría jamás.

Irene negó con la cabeza lentamente y exhaló el humo azul hacia la ciudad que despertaba.

—Tengo que dar la cara, Alea. Si me escondo, él gana. Él se esconde detrás de empresas fantasma, testaferros, abogados caros y pantallas de humo. Yo no, yo no me escondo. Yo firmo mis noticias con mi nombre y mi cara. Esta es mi ciudad, no la suya.

Alea la miró de reojo. Tenía los ojos brillantes, húmedos tras los cristales de las gafas.

—Eres una idiota suicida, Irene Larré. Una mártir del periodismo de papel.

—Soy la idiota que te metió en esto y te arruinó la vida. Lo siento de verdad.

—No lo sientas. —Alea se giró bruscamente y le cogió la cara con las dos manos frías, obligándola a mirarla a los ojos—. Cállate. Nunca me había sentido tan viva como esta noche, reventando la seguridad de ese servidor a tu lado. Nunca me había importado tanto algo… o alguien. Antes solo eran datos; ahora es personal.

Irene la miró. Vio el cansancio extremo, el miedo a perderla, pero también vio el amor que llevaba meses escondido entre líneas de código, sarcasmos defensivos y cafés compartidos a deshoras. Ya no

había tiempo para sutilezas ni juegos. El mundo tal como lo conocían se acababa en tres horas.

Se inclinó y la besó.

No fue un beso de película romántica con música de violines de fondo. Fue un beso desesperado, áspero, con sabor a brandy, café rancio y miedo al futuro. Un choque de bocas buscando refugio y calor humano antes de la tormenta. Alea respondió con fuerza, aferrándose a la camiseta de Irene, atrayéndola hacia sí como si quisiera fundirse con ella para evitar que se marchara a la guerra, clavando los dedos en su espalda.

Se besaron bajo el cielo gris de Zaragoza, en un balcón oxidado del Gancho, ignorando que el mañana traería esposas, calabozos fríos y juicios mediáticos.

Cuando se separaron, jadeantes, Alea apoyó la frente contra la de Irene, respirando fuerte, con los ojos cerrados.

—Cuando salgas de la cárcel —susurró la *hacker* contra su piel—, voy a estar ahí esperándote en la puerta. Aunque tarde diez años.

—No me esperes, Alea. Haz tu vida. Olvídate de mí.

—Te voy a esperar. Y te voy a *hackear* la condicional si hace falta para sacarte antes.

El momento se rompió con el sonido del teléfono de Irene, que vibraba violentamente desde el interior de la bolsa. El zumbido sonó como una alarma de intrusión, sobresaltándolas.

Número desconocido. Fijo.

Irene contestó, con el corazón encogiéndosele en el pecho, temiendo que fuera Lafuente.

—¿Sí?

—¿Señorita Larré? —Una voz de mujer, profesional pero cansada.

—Sí. Soy yo.

—Soy la doctora Miralles, de la UCI del Hospital Miguel Servet.

El mundo se detuvo. El ruido de la ciudad desapareció. Irene apretó el teléfono hasta que crujió el plástico barato.

—Dígame.

—Tenemos ingresado al inspector Damián Zuazo. Llegó en ambulancia hace cuatro horas. Lo trajeron como «varón no identificado» hasta que revisamos sus huellas dactilares.

Irene sintió que el suelo del balcón desaparecía bajo sus pies. Se agarró a la barandilla oxidada con la mano libre para no caer al vacío.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con la voz estrangulada, temiendo oír «bala en la cabeza» o «traumatismo craneal por paliza».

—Un infarto masivo. Lo encontraron los servicios de limpieza en su coche, en la calle Coso, bajo la lluvia, inconsciente. Su corazón… su corazón está muy dañado, Irene. Lleva años soportando demasiado estrés.

—¿Está vivo?

—En coma inducido para estabilizarlo. Su situación es crítica. Está conectado a soporte vital. No sabemos si despertará. Su hija Elena está aquí con él.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—El inspector… tuvo un momento de lucidez en la ambulancia antes de que lo sedáramos del todo. Estaba muy agitado. Repetía su nombre una y otra vez. «Irene, Irene, el cajón, el cajón».

Irene sintió una punzada de dolor agudo.

—Voy para allá —dijo, y colgó. El teléfono le pesaba como una piedra de molino.

Miró a Alea con ojos de terror puro.

—Es Zuazo. Está vivo, pero se muere. Tengo que ir al hospital.

—El pleno del Ayuntamiento empieza a las diez —advirtió Germán desde el salón, despertándose con el ruido, asomando la cabeza despeinada y ojerosa—. Si no estás allí, Orellana se irá de rositas y todo esto no habrá servido para nada.

Irene miró el reloj de su muñeca. Las ocho menos cuarto.

—Tengo tiempo para despedirme de mi amigo.

***

Los pasillos del Miguel Servet estiraban el tiempo y el espacio. Irene cruzó aquel desierto de linóleo sintiendo que la suciedad de la noche se le había pegado a la piel como una segunda capa de ropa, una armadura mugrienta frente a la blancura agresiva del hospital.

Llevaba el dossier pegado al pecho, un secreto sucio que proteger de los ojos juiciosos del personal sanitario.

La encontró en la sala de espera, desmoronada en una de esas sillas de plástico moldeado diseñadas para no estar cómodo. Apenas tendría treinta años. Parecía una niña disfrazada con esa sudadera gris gigante, pero cuando alzó la vista, con los ojos abrasados por las lágrimas, Irene reconoció la herencia maldita de los Zuazo en el corte afilado y obstinado de su mandíbula."

—¿Eres Elena? —preguntó Irene, deteniéndose frente a ella, con la voz suave.

La chica levantó la vista. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano con un gesto brusco, enfadado, casi agresivo.

—Tú eres la periodista. Irene Larré. —No era una pregunta. Era una acusación. Su voz estaba ronca de llorar.

—Sí. Soy yo. Lo siento mucho, Elena. De verdad. Tu padre es… tu padre es el mejor policía que conozco. El único honrado en esa maldita comisaría llena de ladrones y cobardes. Él me salvó la vida anoche.

Elena soltó una risa amarga que sonó a cristal roto cayendo al suelo. Se puso de pie, encarando a Irene. Era alta, sólida, con la misma presencia física que su padre.

—Mi padre es un idiota que se ha dejado el corazón en esa comisaría de mierda por gente que no lo merece. Literalmente. Llevaba meses quejándose del brazo y del pecho y no quiso ir al médico porque decía que tenía «un caso importante» y que tenía que proteger a una chica. Esa chica eras tú, ¿verdad?

Irene bajó la cabeza, aceptando la culpa.

—Sí. Era yo.

Elena la miró unos segundos, evaluándola, decidiendo si odiarla o ayudarla. Finalmente, metió la mano en el bolsillo de su sudadera y sacó un sobre blanco arrugado y manchado de sangre seca en una esquina.

—Me dijo que te diera esto si venías. —Su voz se quebró un poco —. Lo llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta cuando le quitaron la ropa en urgencias. Los enfermeros me lo dieron. Está manchado porque… porque se mordió la lengua al caer y sangró.

Irene cogió el sobre. El papel estaba rígido por la mancha de sangre seca. Lo abrió con manos que no paraban de temblar.

Era una nota manuscrita en un papel de receta médica de la Seguridad Social, escrita con la letra temblorosa, picuda y urgente de alguien que sabe que se está muriendo o que tiene mucha prisa y poco tiempo.

«Irene:

Si lees esto, es que la patata me ha fallado antes de tiempo. Típico. Escúchame bien: Lafuente no actúa solo. Nunca lo ha hecho. Tiene ojos en el juzgado de instrucción número 4 y amigos en la fiscalía provincial. Si vas a por ellos con la ley en la mano, perderás. Te enterrarán en papeles, recursos y dilaciones hasta que te aburras o te maten. No juegues a su juego. Si vas a por ellos, no te detengas en la puerta pidiendo permiso. Tírala abajo a patadas. Quema el edificio. Haz lo que yo no pude hacer por seguir el maldito reglamento y llevar esta placa. Tienes mi permiso para ser el poli malo. Acaba el trabajo, chica. Por tu padre. Y por mí».

Irene leyó la nota dos veces. Las letras bailaban ante sus ojos, borrosas por las lágrimas que luchaban por salir. Sintió un nudo en la garganta que casi le impedía respirar, una mezcla de dolor agudo, culpa y una responsabilidad inmensa que amenazaba con aplastarla.

Zuazo sabía que esto podía pasar. Había escrito su testamento moral en un coche patrulla, bajo la lluvia, mientras esperaba a que ella saliera del Casino.

Irene metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros prestados y sacó la placa del inspector, que llevaba allí desde la noche anterior, caliente por el contacto con su cuerpo. El metal dorado y el esmalte azul brillaron bajo la luz fría del fluorescente.

—La tengo —dijo Irene, con la voz rota, enseñándosela a Elena en la palma de la mano—. La recogí del suelo, donde cayó.

Elena miró la placa de su padre, el objeto por el que había vivido y muerto. Asintió lentamente, apretando los labios hasta dejarlos blancos.

—Úsala —dijo la chica con dureza, mirándola a los ojos con la misma intensidad que Zuazo—. Haz que valga la pena, Irene. Mi padre se ha dejado la vida intentando limpiar esa ciudad de mierda.

No dejes que gane el de siempre, el de los trajes caros. Véngalo. Quémalos a todos hasta los cimientos.

Irene guardó la placa y la nota en el bolsillo, junto a la cinta de casete de su padre. Ahora llevaba el peso de dos padres muertos o moribundos en su bolsillo. El suyo, asesinado por el miedo y la extorsión, y Zuazo, caído por el deber y el corazón roto.

—Te lo juro por mi vida —dijo Irene. Su voz sonó ronca, peligrosa, definitiva. Una voz que ya no pediría permiso nunca más—. Hoy se acaba. Hoy gana tu padre.

Irene se dio la media vuelta sin despedirse más. Su paso resonó en el pasillo del hospital, firme, rápido, militar. Las botas militares golpeaban el linóleo con un ritmo de marcha fúnebre y de guerra. *Tac. Tac. Tac.*

Ya no tenía dudas. Ya no tenía miedo a la cárcel ni a las consecuencias. El miedo se había evaporado, sustituido por una claridad fría. Iba al Ayuntamiento a cumplir una última voluntad.

Salió al aparcamiento gris de cemento. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía siendo una losa de plomo opresiva sobre la ciudad.

Germán la esperaba en el viejo Seat con el motor en marcha, vibrando, y la calefacción puesta a tope para combatir el frío húmedo de la mañana. El fotógrafo tenía los ojos rojos de sueño y tensión, pero la cámara estaba lista en su regazo.

La miró cuando se acercó. Vio la expresión en su cara. Vio los ojos secos y duros. Vio que Irene Larré, la periodista que dudaba, ya no estaba allí; solo quedaba la misión.

—¿Al periódico? —preguntó Germán, poniendo la mano en la palanca de cambios, listo para salir quemando rueda.

Irene abrió la puerta, se sentó y puso el «Dossier Negro» sobre el salpicadero con un golpe seco y pesado que hizo temblar el plástico. El *dossier* pareció absorber la poca luz que había en el coche, como un agujero negro de papel.

Irene miró al frente, a través del parabrisas, hacia la silueta de la ciudad que se recortaba contra el cielo gris. Hacia la Plaza del Pilar. Hacia el poder.

—Sí —dijo Irene, con una calma aterradora—. Necesito mi acreditación de prensa primero. Y luego… luego vamos a prenderle fuego al Ayuntamiento.

Bomba de papel

Aparcaron el coche en doble fila frente a la sede de *El Diario del Ebro*, invadiendo una zona de carga reservada. El reloj digital del salpicadero parpadeaba con una luz verde agónica: **09:15**.

El sol había logrado abrir en canal la costra de nubes plomizas, pero lo que descendía sobre Zaragoza no era calidez, sino una claridad despiadada. Era una luz de forense, blanca y acusadora, que no secaba el asfalto, sino que lo hacía brillar con la textura viscosa de la piel de un reptil muerto. Bajo ese resplandor, la ciudad parecía un animal enfermo sudando fiebre fría.

El motor se paró. Se quedó un momento inmóvil, escuchando el tictac del metal enfriándose. Abrazó el *dossier* negro contra su pecho, sintiendo la rugosidad del cartón barato y la frialdad de las bridas de plástico bajo sus dedos entumecidos. No llevaba un informe; llevaba un escudo medieval forjado con la única materia que podía detener una bala en esa ciudad: la verdad.

Salió del coche. El viento del cierzo la golpeó en la cara, secándole los labios agrietados.

Subió en el ascensor. El espejo le devolvió la imagen de una desconocida. Había dejado el vestido rojo de seda, arruinado y sucio de barro, en un cubo de basura en el piso franco del Gancho. Aquel disfraz de espía glamurosa se había quedado atrás, en la ficción.

Ahora volvía a llevar su uniforme de trinchera: unos vaqueros negros que le quedaban cortos, una camiseta básica prestada que apestaba a suavizante barato y la vieja chaqueta de cuero que era su segunda piel, su armadura contra el mundo. Llevaba el pelo recogido en una coleta tan tensa que le estiraba las facciones hasta el dolor, y unas ojeras tan profundas que parecían pintadas con carbón o ceniza, las cicatrices visibles de una noche que había durado diez años.

Cuando las puertas de acero se abrieron en la tercera planta con un timbre suave, el zumbido habitual de la redacción —esa mezcla orgánica y constante de tecleo frenético, teléfonos sonando, impresoras escupiendo papel caliente y murmullos de conspiración— se detuvo en seco.

No fue una pausa. Fue un infarto.

Fue un silencio físico, palpable, denso como la niebla. Fue como entrar en una iglesia justo antes de que saquen el ataúd, o en un bar de carretera el segundo antes de que alguien rompa una botella contra la barra.

Cincuenta cabezas se giraron al unísono. Cien ojos se clavaron en ella.

Irene avanzó por el pasillo central, ignorando las miradas que se clavaban en su nuca como dardos envenenados. El suelo laminado parecía absorber el sonido de sus botas militares. *Tac. Tac. Tac.*

Lo que intimidaba a sus excompañeros no era su ropa sucia, ni su evidente falta de higiene, ni el cansancio que le curvaba los hombros. Era la determinación homicida de sus ojos. Eran los ojos de un animal acorralado que ha decidido dejar de huir y empezar a morder. Eran los ojos de alguien que ya no tiene nada que perder porque ya lo ha perdido todo.

Patricia Górriz la interceptó antes de que llegara a su mesa.

La jefa de sección se interpuso en su camino con los brazos cruzados, plantada como un muro de contención humano. Detrás de ella, en el despacho acristalado del fondo —la pecera insonorizada de los tiburones—, el director del periódico estaba hablando por teléfono, de pie, gesticulando violentamente, con la cara encendida de una ira roja y venosa que se podía sentir a través del cristal.

—No deberías haber venido, Irene —dijo Patricia en voz muy baja. Su tono carecía de la hostilidad corporativa habitual; estaba teñido de una derrota inmensa, gris y polvorienta. Era la voz de quien lleva veinte años tragando sapos para pagar la hipoteca y el colegio de los niños—. Los abogados de Segurval han presentado la querella criminal a las ocho en punto en el juzgado de guardia. Han llamado a los accionistas mayoritarios. Han amenazado con retirar la publicidad institucional de todo el grupo editorial. Van a por la yugular, y el cuchillo está afilado.

—Me da igual Segurval. Me da igual el grupo. Me da igual el director.

—Estás despedida. —Patricia soltó la bomba con suavidad, casi con lástima, como quien confirma la hora de la muerte—. El director ha firmado tu carta de despido disciplinario hace diez minutos. Seguridad tiene orden de escoltarte a la salida si pones un pie aquí. Eres *persona non grata*. Eres radiactiva, Larré. Si te tocan, se queman.

Irene miró el despacho del director. Vio al hombre gesticular, ajeno a que su tiempo también se acababa, ajeno a que él también era un peón en un tablero que estaba a punto de volcarse. Luego miró a Patricia, a las arrugas finas alrededor de sus ojos, marcas de mil batallas perdidas en silencio, de mil titulares suavizados, de mil verdades enterradas en la página veinte.

—Necesito mi acreditación de prensa —dijo Irene. Su voz era roca sólida, granito sin fisuras—. La oficial. La de plástico duro naranja para plenos extraordinarios. La necesito para pasar el control de la Policía Local en el Ayuntamiento.

Patricia negó con la cabeza, incrédula, cerrando los ojos un instante. Suspiró, y el aire salió temblando de sus labios, oliendo a café rancio y tabaco mentolado.

—Irene, ¿no me has oído? Ya no trabajas aquí. No existes para esta empresa. Tu mesa ya no es tu mesa. Si te doy esa tarjeta, me voy a la calle contigo. Tengo familia que mantener y unos gastos que me ahogan cada mes. No puedo… no puedo ser tú.

Irene dio un paso adelante, invadiendo el espacio personal de su jefa, rompiendo la burbuja de seguridad corporativa. Con un

movimiento brusco, dejó caer el pesado dossier negro sobre la mesa de redacción más cercana, apartando un teclado.

¡PUM!

El golpe fue seco, pesado, definitivo. Un sonido sordo, sin eco, que resonó en toda la planta diáfana, haciendo callar incluso a los teléfonos lejanos. Varios redactores saltaron en sus sillas. El dossier, un ladrillo de dos kilos de papel negro atado con bridas industriales blancas que se clavaban en el cartón, parecía un artefacto explosivo casero. Y en cierto modo, lo era. Era una bomba de racimo moral lista para detonar.

—Patricia —susurró Irene, con una intensidad febril que hizo que la otra retrocedera instintivamente, como si temiera contagiarse—. Anoche entré en el servidor de la Fundación Orellana.

Los ojos de Patricia bajaron al dossier. Lo miró con fascinación y repulsión, como si fuera un animal muerto en la carretera.

—¿Qué es eso? —preguntó, aunque ya lo sabía.

—Es la contabilidad B. —Irene puso la mano sobre la tapa rugosa, sintiendo el calor residual del papel recién impreso—. Tengo los pagos de los incendios de varios edificios. Tengo los sobornos a la policía local y a los inspectores de urbanismo con nombres, apellidos y DNI. Tengo la factura del gas pimienta comprado al por mayor. Tengo el precio exacto, con IVA incluido, de la vida de Staszek. Y tengo la lista de periodistas a sueldo que comen de su mano.

Patricia palideció. El color abandonó su rostro como si hubieran abierto un grifo en su cuello. Miró el dossier con una mezcla de terror absoluto y de codicia periodística primaria, ese instinto atávico de sabueso que ni las hipotecas, ni los directores cobardes, ni los años de cinismo pueden matar del todo.

—¿Tienes la prueba? ¿La prueba física? —preguntó Patricia, tocando el borde del *dossier* con un dedo tembloroso.

—La tengo bajo mi mano. Y en una hora voy a entrar en el Ayuntamiento y se la voy a tirar a la cara a Orellana delante de toda la ciudad. Voy a reventar el pleno, Patricia. Voy a hacer lo que este periódico debería haber hecho hace diez años si tuviera huevos, en lugar de publicar notas de prensa.

Irene cogió el dossier de nuevo, sopesándolo.

—Pero necesito entrar. Si no me das la tarjeta, me iré con esto a la competencia. Se lo daré al *Heraldo*. Y mañana, *El Diario del Ebro* será el único periódico de España que no tenga la exclusiva del siglo porque su director fue un cobarde y su jefa de sección miró hacia otro lado para salvar su culo.

Patricia miró el despacho del director. Miró a Irene, sucia, desesperada, peligrosa y magnífica en su destrucción. Miró ese ladrillo que contenía la verdad que llevaban años callando, la verdad que les había convertido en cómplices por omisión.

El instinto despertó en los ojos de la jefa de sección. Fue un destello breve, una chispa en la ceniza, pero suficiente.

Patricia miró a los lados, asegurándose de que nadie más escuchaba en el círculo de silencio. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una tarjeta de identificación con una cinta naranja.

—La desactivarán a mediodía —dijo Patricia, poniéndosela en la mano rápidamente, con un movimiento de prestidigitador, pasándole el testigo caliente—. En cuanto Recursos Humanos tramite la baja en el sistema informático del Ayuntamiento, ese código QR dejará de funcionar. Tienes dos horas, Larré. Ni un minuto más. Después de eso, eres un fantasma.

Irene apretó el plástico en su mano. Estaba caliente. Era la llave del castillo.

—Dos horas es todo lo que necesito para enterrarlos.

Patricia se apartó, dejándole vía libre hacia el ascensor. Se ajustó las gafas para ocultar el brillo húmedo en sus ojos cansados.

—Vete. Yo no te he visto. —Y luego, cuando Irene ya se giraba, añadió en un susurro cargado de rabia contenida y admiración—: Dales duro, Irene. Quémalos. Haz que estas semanas hayan merecido la pena.

Irene cruzó la redacción hacia la salida. Sentía las miradas de sus excompañeros clavadas en su espalda. Algunos bajaban la vista, avergonzados de su propia inacción, fingiendo leer teletipos urgentes que no decían nada. Otros la miraban con curiosidad mórbida, como se mira a un condenado camino del patíbulo. Pero a Irene ya no le importaba el periódico. El periódico era el pasado. Era un cadáver exquisito que exhalaba formalina.

Su futuro estaba a diez minutos de allí.

***

Ante ellos, la explanada del Pilar amanecía hostil y geométrica, vigilada por las torres de la Basílica. Germán no perdió el tiempo admirando el paisaje; deslizó el coche en la zona de carga lateral, incrustándose como una pieza de Tetris entre un camión de cerveza y una furgoneta de panadería. Allí eran invisibles.

Al cortar el contacto, el coche se convirtió en una cápsula hermética. Germán se ajustó las gafas con un gesto mecánico, dejando una huella de grasa en el cristal. Sus manos eran un manojo de nervios, vibrando sobre el cuero sintético del volante, pero su mirada tenía la fijeza de un francotirador. El miedo estaba en su cuerpo, no en su cabeza.

—¿Estás lista? —preguntó, sin mirarla.

Irene bajó el parasol y se miró en el espejo de cortesía manchado.

Lo que vio no era la Irene Larré de hace una semana. No era la redactora precaria que pedía perdón por preguntar, la chica que vivía a la sombra de la memoria de su padre arruinado. La mujer del espejo tenía la piel pálida, tensa como un tambor de guerra, y unos ojos oscuros, pozos de petróleo donde ya no quedaba espacio para la duda ni para el miedo. El miedo se había quedado en el suelo de un hospital, junto a un inspector moribundo conectado a máquinas que pitaban.

En su regazo descansaba el «Dossier Negro». Dos kilos de verdad comprimida.

—No —dijo Irene—. Pero ellos tampoco.

Se tocó el bolsillo derecho. La placa de Zuazo estaba ahí, fría y dura contra su muslo, un peso metálico que le recordaba su promesa. En el izquierdo, la cinta de casete de su padre. Llevaba a sus dos fantasmas con ella, susurrándole al oído.

—La pistola se queda aquí —dijo Irene, sacando el arma reglamentaria de Zuazo del bolso y metiéndola en la guantera con cuidado, cerrando la tapa con suavidad—. No puedo pasar los arcos de seguridad con ella. Y hoy no necesito balas de plomo. Necesito

balas de papel. Las balas de plomo matan a hombres; las de papel matan leyendas.

—Yo entraré por la puerta de prensa trasera —dijo Germán, comprobando la batería de su cámara y ajustando el teleobjetivo con movimientos mecánicos—. Buscaré un ángulo alto en la galería. Quiero coger la cara de Orellana cuando le tires eso. Quiero ver el momento exacto en que se le rompe la máscara y se le ve el cráneo.

—Asegúrate de que Alea esté lista.

—Alea está en posición, conectada al nodo desde el Gancho. Tiene el dedo en el gatillo. En cuanto tú pises el estrado, ella aprieta el botón rojo.

Irene abrió la puerta del coche. El aire frío de la mañana le golpeó la cara, limpiándole los pulmones, despertando cada nervio de su cuerpo.

—Nos vemos al otro lado, Germán.

—Suerte, jefa. Haz historia.

El vestíbulo del Ayuntamiento era un mausoleo de poder que exhalaba el frío del mármol recién fregado y el tufo de la burocracia rancia. El aire allí dentro estaba viciado, cargado por el peso del poder estancado y un aire acondicionado reciclado durante décadas.

Había cola en el control de seguridad. Funcionarios con cafés en vasos de cartón mirando el reloj, ciudadanos enfadados con carpetas de reclamaciones bajo el brazo y un grupo de periodistas locales que Irene conocía bien, compañeros de ruedas de prensa y vinos españoles, pero a los que evitó cruzando la mirada, bajando la cabeza. No quería saludos hipócritas. No quería preguntas piadosas sobre su despido.

Irene se subió el cuello de la chaqueta, intentando hacerse pequeña, pasar desapercibida entre los abrigos grises, pero era difícil ignorar el bloque negro que llevaba bajo el brazo. Pesaba como una lápida de granito.

Al llegar al arco detector, el vigilante de seguridad —un hombre mayor, con ojeras, cansado de la vida, con el uniforme de una empresa subcontratada que no era Segurval— la miró con desgana infinita.

—Buenos días. ¿Acreditación?

Irene le tendió la tarjeta de cinta naranja que le había dado Patricia. El vigilante la cogió sin mirarla y la pasó por el lector láser. *Bip.*

La luz del torno parpadeó un segundo, indecisa, ámbar. Irene contuvo el aliento, sintiendo el corazón golpeándole las costillas como un preso pidiendo salir. «La desactivarán a mediodía». Si Recursos Humanos había sido rápido, la luz se pondría roja, sonaría una alarma estridente y todo habría acabado antes de empezar.

Bip. Luz verde.

Irene soltó el aire que quemaba en sus pulmones.

—Ponga el bolso y el paquete en la cinta, por favor. Objetos metálicos fuera.

Irene dejó el bolso. Luego puso el *dossier* en una bandeja de plástico gris. El golpe sordo del papel prensado contra el plástico hizo que el vigilante arqueara una ceja y levantara la vista del monitor.

—¿Qué lleva ahí, señorita? ¿La enciclopedia británica? ¿Ladrillos?

—Alegaciones —dijo Irene. Su voz no tembló. Era hielo seco—. Alegaciones al Plan General de Ordenación Urbana. Y pruebas. Muchas pruebas.

El vigilante pasó el dossier por el escáner. En la pantalla de rayos X, en colores falsos naranjas y azules, apareció un bloque denso, compacto, rectangular, inofensivo. Papel. Solo papel. Las ideas no pitan en los detectores de metales. El odio no sale en los rayos X. La corrupción no tiene forma metálica.

—Adelante.

Irene recogió sus cosas al otro lado. Se colgó la acreditación al cuello, sintiendo el plástico contra su pecho como una soga y, a la vez, como una llave maestra.

Subió la escalinata de mármol de dos en dos. Sus botas militares resonaban en los escalones con un eco marcial. *Tac. Tac. Tac.*

Cada paso la acercaba al final.

Recordó a su padre limpiando la grasa de las máquinas Heidelberg con disolvente, con las manos manchadas de tinta honesta, llorando en la cocina por las noches. Recordó a Zuazo bajo la lluvia, con el pecho roto, intentando salvarla con su último aliento agónico.

Recordó el olor a humo químico en el portal de la calle Pontevedra y la mirada de terror de los vecinos del barrio. Recordó el beso de Alea en la terraza, desesperado y vivo, prometiendo esperarla.

Llegó a la puerta del Salón de Plenos. Dos policías locales custodiaban la entrada, aburridos, con los brazos cruzados, charlando sobre fútbol.

Irene mostró la acreditación naranja sin detenerse, con la arrogancia absoluta de quien pertenece al lugar por derecho de conquista.

—Prensa —dijo, con autoridad.

Los agentes se apartaron mecánicamente.

Irene puso la mano en el pomo de bronce. Empujó la pesada puerta de madera tallada.

El silencio era sepulcral, eclesiástico, solo roto por la voz monótona, nasal y aburrida del Secretario del Ayuntamiento que leía el orden del día por el micrófono, ajeno al tsunami que se avecinaba.

—...Punto cuarto: Aprobación definitiva de la modificación aislada del Plan General para la recalificación de los terrenos de la antigua Expo y la zona industrial de Delicias...

Irene entró.

La sala era imponente, diseñada para intimidar. Techos altos con artesonado mudéjar que parecían vigilar desde arriba con mil ojos geométricos, bancos de madera noble oscura pulida por siglos de traseros ilustres, escudos de la ciudad bordados en oro y terciopelo rojo carmesí. Olía a historia, a cera y a traición. Olía a dinero viejo y cerrado.

En los bancos de la izquierda y la derecha, los concejales de los distintos partidos escuchaban con aburrimiento fingido. Algunos miraban el móvil bajo la mesa, revisando Twitter. Otros susurraban chistes privados. Sabían que el pescado estaba vendido. La votación era un trámite. Una pantomima democrática coreografiada de antemano.

En el palco de invitados, en primera fila, presidiendo la escena como un emperador romano en el Coliseo esperando el sacrificio, estaba él.

Gregorio Orellana.

Llevaba otro traje cortado a medida, esta vez más protocolario, que costaba más que el coche de Irene. Estaba sentado con las piernas cruzadas, relajado, proyectando esa aura de poder tranquilo de quien sabe que es el dueño del edificio, de la ciudad y de las almas que hay dentro. A su lado, su abogado, Javier Huertas, le susurraba algo al oído que le hizo sonreír. Una sonrisa de tiburón satisfecho que acaba de comer.

Orellana levantó la vista al oír la puerta abrirse fuera de tiempo con un chirrido.

Sus ojos azules, fríos como el hielo, se encontraron con los de Irene al otro lado de la sala.

La sonrisa se le congeló en la cara. No fue miedo, al principio. Fue incredulidad. Ofensa. Como si viera a una cucaracha entrar en un quirófano estéril. Como si viera un error en la Matrix. ¿Cómo se atrevía esa mujer, despedida, arruinada, sucia y perseguida, a entrar en su templo?

Irene no se detuvo. Caminó por el pasillo central, directa hacia él. Sus pasos resonaban en la moqueta, firmes, inevitables, marcando el ritmo de su caída. *Tac. Tac. Tac.*

—¡Señorita! —gritó un subalterno, corriendo tras ella, escandalizado, agitando los brazos—. ¡La zona de prensa es arriba! ¡No puede estar en el hemiciclo! ¡Salga de ahí!

Irene lo ignoró. Era ruido de fondo. Siguió caminando hacia el estrado, hacia la mesa presidencial donde el Alcalde y el Secretario la miraban con la boca abierta, paralizados por la audacia, con el mazo de madera suspendido en el aire.

—¡Deténganla! —gritó alguien desde la bancada del gobierno, reconociéndola.

Dos policías locales avanzaron desde el fondo, llevándose las manos a los cinturones, despertando de su letargo.

Irene aceleró el paso. Llegó al centro de la sala, justo frente al micrófono de intervenciones ciudadanas, que estaba apagado, mudo.

Se giró hacia Orellana. Estaban a cinco metros de distancia. Podía ver el pánico empezando a agrietar su máscara de bronce, podía ver cómo le temblaba el párpado izquierdo.

Orellana se puso de pie, rojo de ira, con las venas del cuello hinchadas como serpientes.

—¿Qué hace esta loca aquí? —bramó el empresario, perdiendo la compostura, señalándola con un dedo tembloroso—. ¡Seguridad! ¡Sáquenla de aquí! ¡Echen a esta puta loca!

Irene levantó el Dossier Negro con las dos manos sobre su cabeza. Lo levantó alto, como Moisés levantando las tablas de la ley, para que todos lo vieran. Para que las cámaras de Germán y de la televisión local lo captaran.

—¡Señor Alcalde! —gritó Irene. Su voz, entrenada para proyectarse sin micrófono, retumbó en la sala, rebotando en las paredes de madera, llenando cada rincón—. ¡Antes de votar, tienen que leer esto!

—¡Expúlsenla! —ordenó el Alcalde, golpeando su micrófono, lívido.

Los policías estaban a dos metros. Irene sentía su aliento, oía el ruido de sus botas. Sabía que tenía segundos.

Miró a Orellana a los ojos. Vio el abismo. Vio el miedo de un niño. Y lanzó el dossier.

No se lo dio. Se lo tiró. Con toda su fuerza, con toda su rabia.

El bloque de dos kilos de papel voló por el aire, girando sobre sí mismo, una parábola negra y pesada, imparable.

Aterrizó sobre la mesa de los taquígrafos, justo delante del Alcalde y de Orellana, con un sonido brutal que heló la sangre de los presentes.

¡PUM!

El estruendo fue seco, pesado, definitivo. Sonó como un disparo de cañón en una biblioteca. Sonó como el derrumbe de un edificio. El polvo del impacto flotó en el aire iluminado por los focos.

—¡Ahí tienen su recalificación! —gritó Irene, mientras un policía le agarraba del brazo derecho y le retorcía la muñeca con una llave dolorosa—. ¡Ahí tienen los sobornos! ¡Ahí tienen las cuentas en Panamá! ¡Y ahí tienen el precio de los muertos!

—¡Sáquenla de aquí! —gritó Orellana, histérico, retrocediendo como si el libro fuera radiactivo, protegiéndose con las manos.

Irene forcejeó. Otro policía le agarró el brazo izquierdo. La inmovilizaron.

—¡Ahora, Alea! —gritó Irene al aire, mirando directamente a la lente negra de la cámara de seguridad del techo—. ¡Ahora!

Y entonces, se hizo la oscuridad.

Las luces del Salón de Plenos parpadearon una vez y se apagaron. *Zzzzt.*

Un murmullo de pánico recorrió la sala. La oscuridad era total, densa, aterradora.

Entonces, las tres pantallas gigantes de proyección que se usaban para mostrar los planos urbanísticos se encendieron de golpe.

No mostraban planos.

Mostraban una hoja de cálculo.

Fondo negro. Letras verdes fosforescentes. La estética del crimen digital brillando en la oscuridad del poder.

FUNDACIÓN ORELLANA - CONTABILIDAD B

Las filas empezaron a desplazarse automáticamente, haciendo *scroll* hacia abajo a velocidad vertiginosa. Nombres y cifras. Gigantes. Innegables. Iluminando las caras pálidas y sudorosas de los concejales con la luz espectral de su propia corrupción.

CONCEJAL URBANISMO: 25.000 € (MENSUAL) PARTIDO [X]: DONACIÓN CAMPAÑA: 200.000 € COMISARIO JEFE: 10.000 €

Un grito ahogado salió de la bancada. Algunos se tapaban la cara con las manos. Otros miraban al techo, buscando dónde esconderse, pero la luz verde lo inundaba todo, revelando cada pecado.

Entonces, el audio estalló por los altavoces de la sala. Alea había secuestrado el sistema de megafonía.

Sonó una voz. La voz de Gregorio Orellana, nítida, sin estática, grabada hacía cinco años pero eterna, amplificada hasta lo insoportable, llenando la sala con su eco metálico.

«...Sería una lástima que una niña tan lista tuviera que dejar de estudiar... o que tuviera un accidente en esos parques tan mal mantenidos...»

Y luego, otra voz. La de Arístides Lafuente, grabada días atrás, brutal y directa.

«Quemadlo todo. Que parezca un accidente eléctrico. Si hay gente dentro, mala suerte.»

La sala estalló en caos.

Los periodistas se levantaron, disparando flashes como ametralladoras, iluminando la escena con relámpagos blancos estroboscópicos. Germán, desde la galería superior, no dejaba de disparar, con una sonrisa salvaje en la cara, capturando el momento exacto en que Gregorio Orellana se desplomaba en su asiento, pálido como un cadáver, viendo su propia voz destruir su vida en directo.

Irene dejó de forcejear. Los policías que la sujetaban habían aflojado el agarre, mirando las pantallas con horror, paralizados por la magnitud de lo que veían. Eran funcionarios, y acababan de darse cuenta de que trabajaban para criminales.

Irene se alisó la camiseta. Recuperó el aliento.

Miró a Orellana una última vez. El Rey estaba desnudo. Y todo el mundo lo estaba viendo.

—Se acabó la fiesta, Gregorio —dijo Irene, aunque nadie podía oírla en medio del tumulto.

El Alcalde intentaba suspender la sesión a gritos, golpeando la mesa, pero el micrófono no funcionaba. Solo se oía la letanía de los datos bancarios y las grabaciones en bucle, repitiendo la infamia una y otra vez.

Las puertas principales se abrieron de golpe con un estruendo.

Dos agentes de la Policía Nacional entraron. No eran locales. Llevaban chalecos de la **UDEF** (Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal). No venían a por Irene.

Uno de ellos, un inspector joven que Irene reconoció —había trabajado con Zuazo en otros casos—, se dirigió directamente al palco de invitados, abriéndose paso entre los concejales aturdidos sin pedir permiso.

Se detuvo frente a Orellana.

—Don Gregorio Orellana —dijo el inspector, poniéndole una mano pesada en el hombro—. Queda detenido por orden de la Audiencia Nacional.

Orellana miró al policía. Luego miró a Irene. Sus ojos, antes arrogantes, ahora estaban vacíos, vidriosos. Era un hombre hueco. Un decorado de cartón piedra que se había caído con el viento.

—Esto es un error —susurró Orellana, pero su voz se perdió en el estruendo de la verdad.

Le pusieron las esposas con las manos a la espalda. El sonido metálico del clic cortó el aire. *Clic.* Fue el aplauso final que merecía su carrera.

Irene sintió que se mareaba. La adrenalina se retiraba de golpe, como una marea baja violenta, dejando paso a un agotamiento infinito que le pesaba en los huesos.

Se dejó caer en el suelo enmoquetado del pasillo central, sentada sobre sus talones, rodeada de caos.

Un policía local se acercó a ella. Parecía triste, avergonzado.

—Señorita Larré —dijo el agente, con tono respetuoso pero firme —. Tengo que detenerla. Alteración del orden público, allanamiento, revelación de secretos... El protocolo.

Irene levantó las manos, ofreciendo las muñecas.

—Póngame las esposas —dijo Irene, sonriendo por primera vez en semanas. Una sonrisa cansada, rota, pero real—. Me da igual. He ganado.

El agente le puso las esposas. No apretaban. El metal estaba frío.

Mientras la sacaban del salón, escoltada por dos agentes que la trataban con una delicadeza inusual, Irene giró la cabeza.

Vio a Germán en el balcón de prensa, levantando el pulgar con lágrimas en los ojos tras el visor de la cámara. Vio el Dossier Negro sobre la mesa de los taquígrafos, intocable, negro y denso como un monolito en medio de la destrucción. Vio las pantallas gigantes escupiendo la verdad verde sobre las caras de los culpables.

Al salir al pasillo, se cruzó con Orellana, que salía escoltado por otra puerta, con la cabeza baja.

Sus miradas no se cruzaron. Orellana miraba al suelo, a sus zapatos italianos de ochocientos euros. Irene miraba al frente.

Salió a la Plaza del Pilar.

La lluvia había parado definitivamente. Un rayo de sol tímido, pálido, rompía las nubes grises e iluminaba las piedras mojadas de la plaza y las palomas que levantaban el vuelo asustadas.

Había gente fuera. Cientos de personas. La proyección de Alea no solo estaba dentro; estaba hackeando las pantallas publicitarias de

la plaza y los móviles de los transeúntes. La gente miraba hacia arriba, señalando, leyendo los nombres de los corruptos en las pantallas gigantes. La ciudad despertaba de su letargo.

Irene respiró el aire frío. Sintió el Ebro como nunca lo había hecho.

Olía a limpieza.

El coche patrulla la esperaba con las luces azules girando en silencio. El agente le abrió la puerta trasera.

Irene entró. Se recostó en el asiento incómodo y frío. Cerró los ojos.

La quinta muesca no se había cerrado, la cicatriz siempre estaría ahí, pero ya no sangraba. La herida estaba cauterizada. Había cumplido.

—Llévame donde quieras —murmuró Irene al cristal de seguridad.

El coche arrancó suavemente. Y por primera vez en veinte años, con las manos esposadas a la espalda y camino del calabozo, Irene Larré se sintió, paradójicamente, completamente libre.

Filiación

La Jefatura del Paseo María Agustín se alza como una mole de color piedra, una fachada curtida por el humo del tráfico que impone silencio a los peatones y pánico a los detenidos. En las plantas nobles, entre moquetas y aire acondicionado, ondean las banderas y reina la burocracia. En el subsuelo, allí donde la luz del sol es un recuerdo y los móviles mueren, se amontona la miseria humana.

El descenso fue un viaje al inframundo.

Caminaba por pura inercia mecánica, flanqueada por dos uniformes que la guiaban sin tocarla, como pastores mudos. El aplomo con el que había pisado la madera noble del Ayuntamiento se disolvió al tocar el suelo sintético de la comisaría. Ya no era una autoridad, era un expediente con pulso. Las esposas actuaban como un ancla, tirando de ella hacia las profundidades, lejos de la superficie y de la mañana, hasta hundirla en ese subsuelo hermético que vibraba con el zumbido de las máquinas de ventilación.

La bofetada química la detuvo antes de cruzar la última puerta de seguridad blindada. No era un hedor a suciedad reciente. Era algo más antiguo, geológico. El pasillo apestaba a lejía industrial barata, utilizada en cantidades masivas para intentar borrar —sin éxito— décadas de vómito, orina seca y sudor rancio. El miedo tiene una

frecuencia específica, pensó Irene, arrugando la nariz. Sabe a monedas de cobre chupadas y a adrenalina agria. Se te pega al paladar como una película de grasa y no te deja tragar.

—Ponte ahí —ordenó el agente de la científica, señalando una pared blanca desconchada con una escala de altura pintada en negro.

La sala de filiación era un quirófano de la identidad. Luces blancas cegadoras, superficies de acero inoxidable y ordenadores que parpadeaban procesando pecados y huellas.

Irene se colocó contra la pared. Notó el frío de la pintura a través de su camiseta negra.

—Perfil derecho —dijo el agente. Su voz era monótona, gastada, sin inflexiones. Una voz que había repetido esa frase diez mil veces a ladrones de carteras, a narcos con cadenas de oro y a asesinos con la mirada perdida. Hoy se la decía a una periodista que había ganado el premio gordo de la lotería judicial.

Irene giró la cabeza. El cuello le crujió, rígido por la tensión acumulada de las últimas cuarenta y ocho horas.

El *flash* estalló. *¡Paf!*

Una explosión blanca que le quemó las retinas, dejándole una mancha ciega violeta flotando en la visión.

—Perfil izquierdo.

Obedeció. Se sentía como una muñeca articulada en manos de un niño bruto.

—De frente. Mire al objetivo. Barbilla arriba. No sonría.

Irene no tenía ninguna intención de sonreír. Pero tampoco iba a bajar la mirada sumisa. Buscó el reflejo de la lente, ese ojo de cíclope negro y vidrioso, y lo desafió. Pensó en su padre muerto de miedo. Pensó en Orellana esposado. Pensó que esa foto policial, con el pelo sucio, la camiseta prestada y las ojeras marcadas a carbón, sería la que usarían mañana todos los periódicos que Orellana controlaba para llamarla «radical», «loca» o «terrorista informativa».

Bien. Que lo hicieran. Quería que esa foto diera miedo. Quería parecer peligrosa.

—Quieta —dijo el fotógrafo, un hombre calvo que mascaba chicle con un ritmo desesperante. Dudó un segundo antes de apretar el

disparador, incomodado por la intensidad asesina de la mirada de ella.

Clic.

Su rostro quedó digitalizado, convertido en un archivo *.jpg* en la base de datos del Ministerio del Interior. Expediente DIL-4590/24. Irene Larré ya no era una persona; era una referencia alfanumérica en el sistema.

—Manos —ordenó el agente, señalando el escáner biométrico de cristal verde.

Irene puso las manos sobre el cristal. Estaba tibio y grasiento por el uso anterior. Vio cómo sus huellas dactilares, esos laberintos únicos de crestas y valles, aparecían en la pantalla del ordenador en alta resolución. Las mismas manos que habían acariciado a Alea en la terraza, las mismas que habían empuñado el martillo de su padre y lanzado el «Dossier Negro» a la cara del poder, ahora eran reducidas a patrones de identificación criminal.

—Pulgar derecho. Rótalo. Bien. Índice.

El proceso fue lento, minucioso, humillante. El agente le limpió los dedos después con una toallita húmeda que olía a limón sintético, un intento patético de civilidad en medio de la barbarie burocrática.

Luego vino el registro.

Una agente mujer, con el pelo recogido en un moño tirante y cara de pocos amigos, la llevó a un cuarto aparte sin ventanas. No hubo amabilidad, pero tampoco crueldad innecesaria. Solo eficiencia funcionarial. La eficiencia del sistema digiriendo a otro cuerpo extraño.

—Zapatos fuera.

Irene se desató las botas militares. Le costó; le temblaban los dedos por el bajón de adrenalina. Se las entregó. La agente sacó los cordones negros uno a uno, con movimientos rápidos y expertos, para evitar suicidios.

—Cinturón.

Irene se lo quitó. Los vaqueros le quedaban un poco sueltos sin él; había perdido peso en la última semana sin darse cuenta. La dieta del estrés y el café malo.

—Vacíe los bolsillos. Todo sobre la mesa.

Irene sacó la acreditación de prensa de Patricia (ya un trozo de plástico inútil), un paquete de chicles aplastado, un mechero Bic azul y un billete de diez euros arrugado. La agente lo metió todo en una bolsa de plástico transparente con cierre *zip*, junto con su reloj barato y su móvil apagado.

—¿El collar también? —preguntó la agente, señalando la cadena de plata fina que Irene llevaba al cuello.

Irene se llevó la mano a la garganta instintivamente, protegiéndolo. De la cadena colgaba un anillo simple, barato, con una piedra pequeña. El anillo de bodas de su madre, que había rescatado de un joyero olvidado hacía años. Era lo único que le quedaba de una época en la que su familia no estaba rota.

—No se puede quitar —mintió Irene, sosteniéndole la mirada con frialdad—. El cierre está soldado. Si quieres quitármelo, tendrás que cortar la cadena con unas tenazas.

La agente la miró. Evaluó la situación. Vio el cansancio infinito en los ojos de Irene, la suciedad en su ropa, la dignidad con la que mantenía la espalda recta a pesar de estar descalza sobre el suelo de terrazo frío.

Suspiró y cerró la bolsa de pertenencias. *Zip.* El sonido de su vida anterior quedando sellada al vacío.

—Vale. Quédate el collar. Pero si intentas ahorcarte con él o tragártelo, me vas a buscar una ruina y te juro que bajo aquí y te resucito a hostias.

—No tengo intención de morir hoy —dijo Irene con voz ronca—. Hoy no. Hoy he empezado a vivir.

—Vamos. Celda 4.

La bajaron al nivel inferior, el verdadero pozo. El pasillo de los calabozos era un tubo de hormigón desnudo, pintado de un gris industrial brillante que absorbía la luz y la esperanza. Los fluorescentes zumbaban con un parpadeo casi imperceptible que, al cabo de una hora, te taladraba el cerebro.

A cada lado, puertas de acero macizo pintadas de gris oscuro, con pequeñas rejillas cuadradas a la altura de los ojos y ranuras inferiores para pasar la comida como a los perros.

La agente abrió la puerta de la celda 4 con una llave maestra pesada. El chirrido de las bisagras oxidadas resonó como un grito en la galería vacía.

—Adentro.

Irene entró.

La celda medía dos metros por tres. Un ataúd de hormigón para gente viva. Tenía un banco de obra corrido adosado a la pared, tan duro como la acera de la calle, y un inodoro de acero inoxidable sin tapa ni asiento en la esquina, expuesto, humillante. Nada más. Ni ventanas, ni mantas, ni colchón. Era una caja diseñada no para contener, sino para anular. Para recordarte que eres materia biológica a disposición del Estado.

La puerta se cerró a su espalda.

¡CLANG!

El sonido del cerrojo de acero echándose fue definitivo. Un punto final de hierro.

Irene se quedó de pie en el centro de la celda, descalza. El suelo estaba helado a través de los calcetines. El silencio cayó sobre ella, pesado, denso, casi líquido. Podía oír su propia respiración y el latido desbocado de su corazón retumbando en los oídos.

Pero, a medida que sus sentidos se adaptaban a la privación sensorial, se dio cuenta de que no era un silencio total.

La Jefatura respiraba. Crujidos de tuberías lejanas. Pasos amortiguados de guardias dos pisos más arriba. El zumbido constante del aire acondicionado.

Y algo más.

Desde el fondo del pasillo, desde la celda número 1 —la celda de aislamiento, la reservada para los peligrosos o los vulnerables— llegaba un sonido rítmico, patético.

Al principio pensó que era un animal herido. Un gemido constante, agudo.

Luego el sonido se convirtió en palabras.

—i… ilegal! ¡Esto es una detención ilegal! ¡Exijo una llamada! ¡Soy Gregorio Orellana! ¡Soy una figura pública!

Irene se acercó a la rejilla de la puerta. Apretó la cara contra los barrotes fríos, intentando ver.

—¡Quiero hablar con el Delegado del Gobierno! ¡Conozco al Ministro del Interior, cenamos juntos la semana pasada! ¡Sáquenme de aquí! —La voz se rompió en un gallo histérico—. ¡Tengo claustrofobia! ¡No puedo estar aquí! ¡Me falta el aire! ¡Me ahogo!

Irene cerró los ojos y sonrió. Una sonrisa lenta, cruel, que le nació en el estómago.

El Rey de Zaragoza. El hombre que había redibujado el mapa de la ciudad a su antojo, que había quemado edificios con gente dentro sin pestañear, que había comprado voluntades con sobres de manila y cenas en restaurantes de tres estrellas… estaba gritando como un niño malcriado al que le han apagado la luz por primera vez en su vida.

El eco de sus gritos rebotaba en las paredes de hormigón, patético y vacío. Nadie contestaba. Los policías de guardia estaban acostumbrados a los gritos de los borrachos, de los yonquis con el mono y de los locos. Para ellos, Orellana ya no era el VIP del palco del fútbol. Era solo un detenido más. Un número de expediente. Un problema de turno molesto.

—¡Guardia! ¡Guardia! —seguía gritando Orellana, golpeando la puerta—. ¡Me duele el pecho! ¡Tengo una condición cardíaca! ¡Me muero!

—Cállese ya, joder —bramó una voz grave y cansada desde el control de seguridad al final del pasillo—. O bajo ahí y le pongo la mordaza reglamentaria. Cállese.

El silencio volvió, roto solo por los sollozos ahogados del empresario. Era el sonido inconfundible de un hombre rompiéndose en pedazos. Irene se apartó, como si temiera que aquella fragilidad fuera contagiosa, y se dejó caer en el banco de piedra. Al contacto con la superficie, la adrenalina se evaporó de golpe. El frío del hormigón le traspasó los vaqueros, calándole los huesos, pero no le importó. Se abrazó las rodillas, haciéndose un ovillo. Fue entonces cuando el cuerpo le pasó factura: le dolía cada músculo como si le hubieran dado una paliza, y el hombro donde la había agarrado el policía palpitaba con un dolor sordo. Tenía hambre, sed y un sueño atrasado de días. Pero, paradójicamente, se sentía ligera.

Había soltado el lastre. El «Dossier Negro» ya no era suyo. La verdad ya no era un secreto venenoso que la quemaba por dentro, un cáncer que había crecido durante veinte años en silencio. Ahora la verdad era propiedad de la ciudad. Estaba en las pantallas gigantes, en los móviles de los ciudadanos, en las conversaciones de los bares, en los titulares de los digitales de todo el país. Era un virus imparable. Ya no podían matarlo matándola a ella.

Había ganado. Y el precio era esa celda fría.

Era un precio justo. Una ganga.

Pasaron las horas. O quizá fueron minutos. En el calabozo, el tiempo se estira y se encoge como un chicle viejo. Irene perdió la noción de si era de día o de noche. Solo existía el zumbido de la luz artificial.

Empezó a cabecear contra la pared, cayendo en microsueños poblados de imágenes violentas: el fuego naranja en la nave de su padre, la lluvia gris sobre el cuerpo de Zuazo, el vestido rojo manchado de sangre en el suelo del baño.

—¿Larré?

La voz la sobresaltó, sacándola de un pozo negro.

Irene abrió los ojos, desorientada. Se puso de pie de un salto, a la defensiva, con los puños cerrados.

Un policía joven, con el uniforme azul de la Nacional y cara de no haber dormido en veinticuatro horas, la miraba a través de la rejilla. No tenía la mirada hostil y deshumanizada de los de seguridad ciudadana. Tenía curiosidad. Y algo más que Irene tardó en identificar: respeto.

—¿Sí? —Su voz salió como un graznido. Tenía la garganta seca como papel de lija.

—Te traigo agua. Y algo de comer. No es gran cosa, no tenemos mucho por aquí, pero es mejor que nada.

El agente deslizó una botella de plástico pequeña y un sándwich envuelto en plástico por la ranura inferior de la puerta. El sándwich parecía de máquina, un triángulo triste de pan de molde seco y jamón sintético, pero a Irene le pareció un manjar de dioses.

Se agachó a recogerlo con humildad. Bebió la mitad de la botella de un trago. El agua estaba tibia, sabía a plástico, pero le devolvió la

vida.

—Gracias.

El agente no se fue. Se quedó allí, apoyado en la puerta, mirando a los lados del pasillo para asegurarse de que el sargento de guardia no bajaba.

—Menuda habéis liado ahí fuera —susurró el policía. Su tono era de complicidad clandestina—. Están los telediarios de Madrid en la puerta. Hay unidades móviles con antenas parabólicas hasta en la acera de enfrente, ocupando el carril bus. Dicen que es la mayor operación contra la corrupción urbanística en Aragón desde que tengo memoria. Han caído todos.

Irene bajó la botella.

—¿Han salido los datos? —preguntó. Necesitaba confirmación verbal. Necesitaba saber que el sacrificio de Alea había funcionado.

—¿Salir? —El agente soltó una risa breve, nerviosa—. Está en todas partes, Larré. Alguien ha proyectado las cuentas de Orellana en la fachada del Corte Inglés del Paseo Independencia. Ha *hackeado* los paneles de tráfico de la entrada de la ciudad. En Twitter sois tendencia mundial número uno. La gente está colapsando las redes compartiendo el PDF. Se habla de dimisiones en cadena en el Ayuntamiento. El jefe superior de policía ha presentado su renuncia hace una hora por «motivos de salud repentinos».

Irene se apoyó contra la pared fría, sintiendo un alivio tan intenso que casi le dolió físicamente en el pecho. Se le llenaron los ojos de lágrimas calientes.

—Lo conseguimos —susurró.

—Lo conseguisteis —corrigió el agente—. Aunque el precio ha sido alto.

Irene se tensó.

—¿Zuazo?

El agente asintió levemente con la cabeza. Se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo corto.

—Sigue en la UCI del Miguel Servet. He hablado con un compañero que está de custodia allí en la puerta. Dice que está estable dentro de la gravedad extrema. El coma es profundo, pero

tiene el corazón fuerte como un toro. Es un cabezota, ya lo sabes. Se niega a irse.

—Es el mejor policía de esta casa —dijo Irene con firmeza—. El único que merecía llevar esa placa.

—Lo sé. Yo fui su binomio cuando entré en el cuerpo, en prácticas. Me enseñó que la ley y la justicia no siempre son lo mismo, y que a veces hay que elegir. —El agente miró a Irene a los ojos a través de los barrotes oxidados—. Lo que has hecho hoy… Zuazo estaría orgulloso. Ha valido la pena, Larré.

—Gracias.

—Descansa. Aprovecha ahora que hay silencio, porque Orellana se ha quedado afónico de tanto gritar y se ha dormido o desmayado. Mañana va a ser un día largo. Te trasladan.

Irene se incorporó, alerta.

—¿Al juzgado de guardia? ¿A la Ciudad de la Justicia?

El agente negó con la cabeza.

—No. Eso se os ha quedado pequeño. El juez decano de Zaragoza se ha inhibido hace media hora. Ha visto el «Dossier Negro», ha visto los nombres de sus compañeros de golf en la lista de pagos, y ha dicho que la trama es demasiado compleja. Ha alegado «conexiones internacionales», blanqueo de capitales y aforados nacionales. Nadie aquí quiere tocar este caso; es uranio empobrecido. Se han lavado las manos como Pilatos.

—¿Entonces?

—La Audiencia Nacional ha asumido la competencia. El juez central de instrucción número 4 ha ordenado vuestro traslado inmediato y prisión provisional incondicional sin fianza.

Irene sintió un escalofrío. La Audiencia Nacional. La calle Génova. Madrid. Donde juzgan a los terroristas, a los grandes narcos y a las mafias internacionales. Las ligas mayores.

—Mañana a las seis de la mañana sale un furgón blindado de la Guardia Civil para Madrid —continuó el agente—. Te vas a la capital, Larré. Tú y Orellana. Vais a jugar en la Champions League judicial.

—¿Vamos en el mismo furgón?

—Probablemente. El protocolo de traslados es así. Pero no te preocupes, iréis en celdas separadas y con escolta reforzada de los

GRS. Aunque tendrás que aguantar su cara todo el viaje por la carretera de Barcelona.

El agente se puso la gorra. Se oyó un ruido metálico arriba, una puerta abriéndose.

—Tengo que irme. Suerte en Madrid, Irene. Dales duro. Que no quede ni uno.

El policía se alejó, sus pasos resonando en el pasillo hasta desaparecer, llevándose consigo el único rastro de humanidad en aquel agujero.

Irene se quedó sola de nuevo con el zumbido eléctrico.

Madrid.

Eso significaba que el caso ya no se podía tapar localmente. Orellana no podía llamar a un amigo juez para arreglarlo en una cacería el fin de semana. En Madrid era un pez pequeño en un estanque lleno de tiburones hambrientos. La maquinaria del Estado, lenta, torpe y ciega, por fin se había puesto en marcha para triturarlo.

Irene se tumbó en el banco duro, usando su chaqueta de cuero hecha un burruño como almohada incómoda. El cuero olía a ella, a tabaco y a calle, un recordatorio olfativo de quién era y de dónde venía.

Miró al techo gris, buscando patrones en las manchas de humedad, mapas de continentes imaginarios donde la gente no quemaba las casas de sus vecinos.

Debería estar aterrorizada. Iba a enfrentarse a cargos bastante graves. Había perdido su trabajo, su casa probablemente estaba precintada por orden judicial, y tenía a gente muy poderosa deseando verla muerta o podrida en la cárcel. Su vida, tal como la conocía, había terminado hoy.

Pero entonces, en el silencio sepulcral de la celda, escuchó algo.

No era un grito. Era un sollozo.

Venía de la celda 1.

Gregorio Orellana, el intocable, el hombre de hierro, estaba llorando. Lloraba con hipo, con miedo infantil, con la desesperación absoluta del que se sabe acabado y desnudo.

Irene cerró los ojos. Una paz extraña, profunda, la invadió.

Metió la mano en el bolsillo vacío, buscando por inercia la cinta de casete de su padre que ya no estaba allí. La policía la tenía custodiada como prueba A. Pero ya no la necesitaba. La voz de su padre ya no era un fantasma que le susurraba miedo y precaución desde la tumba fría. Ahora era solo un recuerdo cálido, una historia cerrada con un final justo.

—Buenas noches, papá —susurró Irene a la oscuridad—. La imprenta ha cerrado para siempre, pero la edición especial ha salido a la calle. Y se ha vendido toda. Todo el mundo la ha leído.

Se acomodó en el banco de piedra, ignorando el dolor punzante de sus costillas magulladas.

—Buenas noches, Zuazo. Aguanta, viejo. No te vayas todavía. Tienes que ver esto.

Y, finalmente, pensó en Alea. En su beso con sabor a alcohol y valentía. En su promesa de esperarla en la puerta, aunque tardara diez años.

—Espérame —murmuró, mientras el sueño pesado la vencía—. Voy a volver.

Irene Larré, la periodista precaria que había tumbado un imperio corrupto con dos kilos de papel y la ayuda de un puñado de renegados, se durmió en el calabozo más profundo y sucio de Zaragoza con una sonrisa en los labios.

Fue el mejor sueño que había tenido en veinte años.

Audiencia Nacional

Zaragoza no se despide con un beso. Se despide con el chasquido metálico de unos grilletes de acero cerrándose y un empujón seco hacia la parte trasera de un furgón celular de la Guardia Civil.

Eran las seis de la mañana. El patio interior de la Jefatura Superior de Policía, en el Paseo María Agustín, estaba bañado por una luz azulada, casi clínica, fría como un depósito de cadáveres. El amanecer todavía no se atrevía a salir sobre la ciudad. Irene llevaba la misma ropa del pleno: los vaqueros negros, ahora arrugados como una segunda piel muerta, y la chaqueta de cuero que empezaba a oler a sudor rancio, a humedad y a tensión acumulada de días sin ducha.

—Cabeza abajo —ordenó el agente. No había cortesía en su voz, solo rutina funcionarial. Para él, Irene era un paquete certificado.

Irene trepó al interior del furgón con la torpeza de quien ha perdido el uso de los brazos. Tuvo que inclinar el torso hacia delante, casi en una reverencia forzada, para compensar el peso de las esposas y no caerse de espaldas en los escalones. Sin equilibrio, se dejó caer sobre el asiento metálico. El habitáculo la recibió con una atmósfera irrespirable, pero no por sucia, sino por aséptica: apestaba a plástico recalentado y a una lejía tan agresiva que le picó

en la garganta. Era un aire denso, sin oxígeno, diseñado para anular cualquier rastro de vida anterior.

El espacio estaba dividido en celdas individuales, pequeñas jaulas de metal de apenas sesenta centímetros de ancho donde un ser humano adulto apenas cabía sentado. Eran ataúdes verticales con una ventanilla de rejilla para ver pasar tu vida.

—Al fondo a la derecha.

Irene se sentó en el banco de metal helado. La puerta de rejilla se cerró ante su nariz con un estruendo que reverberó en sus dientes. *¡CLANG!*

Estaba sola en su cubículo. A través de la malla de acero, vio cómo subían a otro detenido en el compartimento opuesto. No era Orellana. Era un chico joven, con el pelo rapado y aspecto de camello de barrio periférico, que la miró con una curiosidad desafiante antes de que le cerraran su propia puerta.

—¿Dónde vamos? —preguntó Irene. Su voz sonó ronca, rota, como si hubiera tragado arena del desierto. Llevaba ocho horas sin hablar con nadie que no fuera para recibir una orden.

El guardia civil no la miró. Cerró la puerta trasera del furgón blindado y el mundo exterior desapareció, reducido a la penumbra de la caja metálica y al olor a óxido.

—A Madrid, guapa —dijo la voz amortiguada del agente desde la cabina del conductor, filtrada por una mampara de seguridad de policarbonato—. A la Nacional. Ponte cómoda. Tienes tres horas y media de baches y mareo.

El motor diésel rugió bajo el suelo. El furgón se puso en marcha con una sacudida violenta que hizo que Irene se golpeara el hombro dolorido contra la pared.

Irene apoyó la cabeza contra la chapa fría que vibraba. Ya se lo había el policía el día anterior pero quería confirmarlo. Madrid. La Audiencia Nacional.

Su cerebro de periodista, entrenado para buscar patrones en el caos, empezó a trabajar a pesar del miedo y la falta de sueño. Si la llevaban a Madrid, significaba que el caso había mutado. Ya no era un asunto local de orden público o corrupción municipal; se había convertido en un tumor sistémico que afectaba al Estado.

Cerró los ojos y visualizó las hojas de cálculo que había visto en la pantalla del ordenador de Alea y en los papeles que volaron por el Salón de Plenos como confeti negro.

Transferencias a las Islas Caimán. Sociedades pantalla en Panamá gestionadas por bufetes suizos. Pagos a funcionarios de alto nivel del Ministerio.

Orellana no solo había comprado concejales de urbanismo en Zaragoza para recalificar terrenos; había movido dinero negro a escala internacional. Había utilizado el sistema bancario para blanquear millones de euros procedentes de la extorsión y el crimen organizado. Y eso cambiaba las reglas del juego. Un juzgado de instrucción de provincias no podía tocar eso. Eso era competencia de la Audiencia Nacional.

Era un asunto de Estado.

El furgón tomó la autovía A-2. Irene lo supo no por ver el paisaje, sino por el cambio en la vibración del suelo bajo sus pies y la velocidad constante. El zumbido monótono de los neumáticos sobre el asfalto se convirtió en su única compañía.

Intentó no pensar. Pero en una celda de medio metro cuadrado, el pensamiento es el único ocupante que no puedes echar a patadas. Se te mete en la cabeza y grita.

Pensó en Zuazo. ¿Seguiría vivo? La última noticia que tenía de él no era real; era una voz telefónica aséptica de una doctora diciéndole que su corazón había estallado. ¿Habría despertado del coma? ¿Sabría que ella había cumplido su parte, que había lanzado la bomba? ¿O habría muerto pensando que ella había fallado y que su sacrificio había sido en vano? La idea de que Zuazo muriera creyendo que Orellana había ganado era insoportable, como un ácido en el estómago.

El furgón dio un bandazo por el viento lateral. Irene tuvo que hacer fuerza con las piernas para no caerse del banco. El chico del compartimento de enfrente empezó a cantar en voz baja, una letanía monótona de reguetón para espantar el miedo al silencio.

—Cállate —susurró Irene.

—Me aburro, jefa —dijo el chico, pegando la cara a la rejilla como un mono en el zoo—. ¿Tú qué has hecho? ¿Matar a alguien? Tienes

cara de haber matado a alguien. Tienes los ojos raros.

Irene miró sus manos esposadas sobre el regazo. Las muñecas le dolían. La piel estaba roja, marcada por el acero. Recordó el peso del «Dossier Negro» en su mano la noche anterior. Recordó la sensación de poder absoluto al ver caer a Orellana.

—Casi —dijo Irene. Y la palabra sonó tan fría y definitiva que el chico dejó de cantar.

El viaje fue una tortura medieval moderna. Sin ventanas, sin reloj, sin espacio para estirar las piernas. Cada bache era un golpe en las costillas magulladas. El aire se iba cargando, volviéndose pesado, caliente y viciado.

Pasaron horas. O quizás días. El tiempo se dilata cuando no tienes libertad ni horizonte.

De repente, el furgón frenó bruscamente. Irene escuchó el ruido del tráfico denso, frenazos, cláxones lejanos, sirenas. Madrid. La jungla de asfalto.

El vehículo maniobró, giró varias veces y luego bajó por una rampa interminable en espiral. El sonido cambió. Ya no era aire libre; era el eco cavernoso y grave de un garaje subterráneo inmenso.

El motor se apagó. El silencio volvió.

Las puertas traseras se abrieron y una luz blanca, cegadora, de quirófano, inundó la penumbra del furgón.

—¡Bajada! —gritó un agente.

Irene bajó, entumecida. Sus piernas apenas la sostenían, dormidas por la mala postura. Tropezó, pero se mantuvo en pie por orgullo.

Estaban en un hangar de hormigón inmenso, gris, brutalista. Había furgones policiales aparcados en batería hasta donde alcanzaba la vista, guardias civiles con armas largas y chalecos antibalas, y perros detectores que ladraban con eco. Se respiraba un aire pastoso, con ese regusto aceitoso del diésel quemado que se agarra a la garganta y no deja pensar.

Esto no era una comisaría de barrio. Esto era la maquinaria pesada del Estado.

—Larré —leyó un funcionario de prisiones con una carpeta en la mano, sin mirarla a la cara, como si pasara lista de ganado—.

Juzgado Central de Instrucción número 4. A los calabozos de la planta menos dos.

La llevaron por pasillos laberínticos pintados de un amarillo institucional deprimente, pensados para desorientar. Pasaron controles de seguridad, arcos detectores, puertas blindadas que se abrían con tarjeta magnética y códigos numéricos. Todo era inmenso, frío e impersonal.

En Zaragoza, los policías la conocían. La llamaban por su nombre, la saludaban o la insultaban, pero sabían quién era. Aquí no era nadie. Era el expediente **459/2024**. Un paquete de carne procesada por la burocracia judicial.

La metieron en una celda de espera. Paredes de azulejo blanco hasta media altura, banco de obra corrido, inodoro de acero sin tapa.

—¿Puedo hacer una llamada? —preguntó Irene antes de que la puerta se cerrara.

—Ya hizo su llamada en Zaragoza. Ahora está a disposición judicial en situación de incomunicada hasta que el juez decida levantar el secreto. Siéntese y espere.

La puerta se cerró. *Clac-pum.*

Irene se sentó. El silencio de los calabozos de la Audiencia Nacional era distinto. No era un silencio vacío; era un silencio denso, histórico. En esas mismas celdas habían esperado su destino terroristas de ETA, narcos gallegos, yihadistas y banqueros corruptos. Las paredes parecían sudar culpabilidad y desesperación antigua.

Pasaron horas. Irene perdió la noción del tiempo. El hambre le roía el estómago, un dolor sordo y constante, pero la sed era peor. Se acercó al lavabo integrado en la pared y bebió un poco de agua del grifo pulsador con la mano ahuecada. Sabía a hierro y a cloro.

Se tumbó en el banco duro, usando su chaqueta de cuero hecha un burruño como almohada.

Empezó a dormitar, vencida por el agotamiento físico y mental, cuando el sonido metálico de la cerradura la despertó de golpe como un disparo en la sien.

—Larré. Arriba. Su abogado está aquí..

Irene se incorporó de un salto, frotándose los ojos, con el corazón acelerado.

—¿Mi abogado? —preguntó, con la voz pastosa—. ¿El de oficio?

—Dice que es su abogado particular. Sala de letrados 3. Tiene cinco minutos.

Irene se puso la chaqueta. El pulso le latía en las sienes. ¿Particular? Ella no tenía dinero para un abogado privado. ¿Sería una trampa? ¿Un abogado pagado por Orellana para comprar su silencio o engañarla antes de entrar a declarar?

La llevaron escoltada por dos agentes a una pequeña sala con una mesa atornillada al suelo y una mampara de cristal blindado que dividía el espacio en dos mundos.

Al otro lado del cristal, ordenando unos papeles con manos nerviosas, había un hombre con un abrigo color *camel* impecable, aunque se le notaba que había dormido con él puesto en el tren.

Se giró cuando Irene entró.

No era un abogado de Orellana.

Era Bernal.

El abogado de *El Diario del Ebro*. El hombre de la empresa. El que siempre defendía los intereses de los accionistas, el que le revisaba los artículos con rotulador rojo para evitar demandas, el que le decía que «la verdad está muy bien, Irene, pero la publicidad paga las nóminas y la luz».

—¿Bernal? —Irene se dejó caer en la silla, atónita—. ¿Qué haces aquí?

Bernal la miró a través del cristal sucio. Tenía ojeras profundas y la sombra de una barba de dos días, pero había un brillo nuevo en sus ojos, una especie de fiebre que Irene no reconocía en el hombre gris que conocía.

—Hola, Irene. Tienes mala cara.

—Tú tampoco estás para concurso de belleza. —Irene señaló su maletín de piel con la barbilla—. ¿Te envía el director? Si vienes a negociar mi despido o a que firme una cláusula de confidencialidad para que no hable de la complicidad del periódico, te puedes ir por donde has venido. No voy a firmar nada.

Bernal soltó una risa breve, seca, sin humor.

—El director me ha despedido esta mañana, Irene. O mejor dicho, le he dicho que se metiera su código ético y su cláusula de exclusividad por el culo y he dimitido antes de que pudiera echarme.

Irene parpadeó, incapaz de procesar la información.

—¿Qué?

—Me prohibieron venir. Dijeron que defender a una «terrorista informativa» dañaba la imagen corporativa del grupo editorial ante las instituciones y los anunciantes. —Bernal se aflojó la corbata, un gesto de liberación que Irene nunca le había visto hacer—. Así que ya no soy el abogado del *Diario*. Soy libre. Y tú eres mi primer caso como abogado independiente, aunque seas insolvente.

Irene sintió una oleada de emoción que le subió desde el estómago y casi la hace llorar allí mismo. En medio de ese búnker de hormigón hostil, en una ciudad extraña que quería comérsela, ver una cara amiga, ver que alguien más había decidido saltar al vacío por ella, era como recibir una transfusión de sangre.

—No tengo dinero, Bernal. Estoy en números rojos y embargada.

—Cobraremos de las costas cuando ganemos. O escribiremos un libro y nos forraremos. Me da igual el dinero. —Bernal abrió su carpeta con decisión—. Escucha, céntrate. La situación es jodida pero tenemos munición pesada. El juez instructor tiene el «Dossier Negro» en su mesa. La UDEF ha estado toda la noche cruzando datos. Lo que lanzaste en ese pleno es napalm, Irene. Napalm puro. Ha quemado media Zaragoza.

Bernal se inclinó hacia el cristal, bajando la voz, intenso.

—Pero escucha bien, Orellana está en la sala de al lado con sus letrados. Sus abogados —un bufete de la Castellana que factura por un juicio más de lo que tú ganarás en dos vidas— están intentando anular la prueba principal. Su estrategia es técnica: dicen que la robaste, que rompiste la cadena de custodia, que es un montaje digital creado por *hackers* anarquistas. Si el juez se traga eso, él sale libre esta tarde bajo fianza y tú te vas a prisión preventiva por revelación de secretos y robo industrial.

Irene apretó los puños bajo la mesa hasta clavarse las uñas. Sintió la rabia calentándole la sangre fría.

—Es real. Todo lo que hay ahí es real. Cada céntimo, cada soborno.

—Lo sé. Yo te creo. Pero necesitamos que el juez lo crea más allá de toda duda razonable. —Bernal la miró fijamente a los ojos—. En diez minutos entramos a declarar. Van a ir a degüello, Irene. Te van a llamar ladrona, loca, resentida y anarquista. Van a sacar el historial psiquiátrico de tu padre para desacreditarte por herencia. Van a intentar romperte para invalidar tu testimonio.

Irene pensó en la placa de Zuazo, que la policía le había requisado a la entrada y que ahora estaba en una bolsa de pruebas, pero cuyo peso seguía sintiendo en el bolsillo fantasma. Pensó en Nowak y en su redención. Pensó en el martillo y en la promesa que se había hecho a sí misma bajo la lluvia.

Levantó la barbilla. Su reflejo en el cristal blindado le devolvió una mirada de acero templado.

—Que lo intenten, Bernal. Llevo mucho tiempo rota. Ya no me pueden hacer nada nuevo. Ya no me duele.

Bernal sonrió. Esta vez, la sonrisa fue genuina, de camaradería.

—Esa es la actitud. Vamos a hacer historia, compañera.

La puerta metálica se abrió con un zumbido eléctrico.

—Larré. A sala. El juez espera.

Irene se puso de pie. Las esposas volvieron a cerrarse sobre sus muñecas doloridas con un *clic* familiar.

Caminó hacia el pasillo central, escoltada por dos agentes de la Policía Nacional. El corredor era largo, de techos altos, intimidante, diseñado para hacerte sentir pequeño ante la ley.

Al fondo, vio otra puerta abrirse.

Vio salir a Gregorio Orellana.

Iba impecable, con su traje gris marengo de corte italiano, aunque sin corbata y con las manos esposadas a la espalda. Iba rodeado de tres abogados con togas que le susurraban al oído como moscas nerviosas.

El grupo se detuvo. Sus caminos se cruzaron en el centro del pasillo de la Audiencia Nacional.

Orellana levantó la vista. Sus ojos se encontraron.

El empresario la miró con odio puro, un odio negro, denso y antiguo. Pero también, por primera vez en toda su vida, Irene vio algo más en el fondo de esas pupilas azules que siempre habían mirado por encima del hombro.

Vio miedo.

El Rey estaba desnudo. Y sabía que ella tenía la ropa.

Irene no bajó la vista. Sostuvo la mirada del hombre que había matado a su padre hasta que los agentes la empujaron hacia la puerta del juzgado.

La batalla física había terminado. La batalla del martillo había acabado. Ahora empezaba la guerra de las palabras. Y ella era periodista.

La Pecera

La Sala de Vistas de la Audiencia Nacional no tiene nada que ver con la majestuosidad de madera noble y terciopelo rojo que venden las películas. No hay mazos de nogal golpeando estrados, ni público conteniendo el aliento en bancos de iglesia, ni ventiladores de techo cortando el humo de los cigarrillos. Eso es literatura. La realidad es mucho más aséptica, más funcional y, por tanto, más aterradora.

Es un quirófano legal.

La llaman «La Pecera». Y el nombre no es gratuito. Es una caja blindada de cristal antibalas y acero reforzado, incrustada como un quiste dentro de un búnker de hormigón en el corazón de Madrid. Un espacio hermético diseñado específicamente para procesar la toxicidad de la nación: terroristas, narcotraficantes gallegos y corruptos de alto nivel. La arquitectura allí dentro está pensada para la contención. La acústica es seca, muerta; absorbe los gritos para que la verdad suene metálica, procesada, y las mentiras retumben con un eco que marea.

Irene entró en aquel acuario humano escoltada por dos agentes nacionales de la unidad de traslados, dos moles de uniforme que la flanqueaban sin tocarla. Las esposas le habían mordido las muñecas durante el trayecto, dejando un tatuaje de líneas rojas en la piel

pálida, pero lo que realmente le pesaba era la atmósfera. El aire estaba viciado, cargado de una electricidad estática agresiva y del ozono que escupían los equipos de grabación.

Bernal ya estaba allí. Le indicó con un movimiento imperceptible de cabeza que ocupara su lugar en el banco de los acusados, a la izquierda.

—No mires a la derecha —le susurró el abogado.

Bernal intentaba organizar sus papeles sobre la mesa de formica con una calma profesional, pero Irene vio cómo le temblaban los dedos al desenroscar el capuchón de su pluma barata. Era un abogado de causas perdidas en un escenario que le venía grande.

—Hagas lo que hagas, Irene, no le des el gusto de ver que estás temblando. Mírame a mí, mira al juez o mira al techo. Pero él ya no existe.

Irene, por supuesto, miró. Fue un acto reflejo, magnético.

En el banco de la derecha, a apenas tres metros de distancia, separado por un pasillo de linóleo gris desgastado que parecía un abismo insalvable, estaba Gregorio Orellana.

El contraste era brutal. Casi obsceno. Una bofetada visual que resumía la lucha de clases en una sola imagen.

Irene parecía una náufraga escupida por una tormenta: el pelo sucio recogido en una coleta grasienta que le tiraba de la piel del cráneo, la chaqueta de cuero rozada por el suelo de los calabozos y unas ojeras marcadas bajo los ojos, oscuras y profundas como moratones de una pelea callejera perdida.

Orellana, en cambio, parecía estar presidiendo un consejo de administración en su torre de marfil. A pesar de tener las manos esposadas sobre la mesa, su traje gris marengo de corte italiano estaba impecable, sin una sola arruga, como si el furgón policial hubiera tenido servicio de planchado y mayordomo. Su pelo plateado, esa melena de león viejo que tantas portadas había ocupado en la prensa aragonesa, estaba peinado hacia atrás con fijador caro, brillando bajo los tubos fluorescentes.

Pero el león estaba viejo. Irene lo notó con su ojo de fotógrafa, entrenado para buscar la grieta en la fachada. Lo vio en la tensión de su mandíbula, apretada hasta blanquear la piel de las mejillas, y

en el tic nervioso de su párpado izquierdo, que saltaba rítmicamente como un insecto atrapado bajo la piel. El Rey de Zaragoza estaba fuera de su reino. Aquí, en la calle García Gutiérrez de Madrid, sus contactos locales, sus llamadas al Gobernador Civil y sus favores debidos no servían de nada. Aquí era solo otro rico de provincias en problemas graves, un número de expediente más en la lista de espera del matadero judicial.

Detrás de él, formando un muro de contención de lana oscura y corbatas de seda italiana, estaba su equipo legal. Tres abogados del bufete más exclusivo de la Castellana. Tiburones con maletines de piel de becerro y relojes suizos en las muñecas que costaban más que la vida entera de Irene. Miraban a Bernal —un abogado de oficio improvisado, sin corbata, con ojeras y una carpeta de cartón deshilachada— con la condescendencia con la que se mira a un camarero torpe que ha derramado la sopa en un banquete.

—Todos en pie —anunció el agente judicial con voz de barítono, rompiendo el murmullo estéril de la sala.

El tribunal entró. La solemnidad del momento cayó sobre la sala como una manta de plomo. Tres magistrados con togas negras y puñetas de encaje blanco almidonadas que crujían al moverse, creando un sonido seco, antiguo.

El juez presidente se sentó en el centro. Era el magistrado Calzada. Una leyenda negra en los pasillos de la Audiencia. Un hombre calvo, con gafas de montura fina y una expresión de aburrimiento crónico esculpida en granito. Calzada era famoso por haber metido en la cárcel a ministros, banqueros y generales sin pestañear. Un hombre que no se casaba con nadie, que no tenía amigos, y que desayunaba expedientes complejos como el de Orellana para coger fuerzas.

—Se abre la sesión —dijo Calzada con voz monótona, arrastrando las palabras, sin dignarse a mirar a los acusados, con los ojos clavados en sus papeles—. Vista de medidas cautelares en la causa **459/2024** contra don Gregorio Orellana y doña Irene Larré.

El fiscal se puso en pie. Era un hombre joven con cara de *bulldog*, cuello de toro y una montaña de expedientes frente a él. Se ajustó

la toga con un tirón agresivo, como si se preparara para una pelea a puñetazos.

—Con la venia, Señoría.

Su voz resonó potente, llenando la Pecera, rebotando en los cristales blindados.

—El Ministerio Fiscal, ante la gravedad de los hechos instruidos y la alarma social generada, solicita la prisión provisional comunicada y sin fianza para el acusado Gregorio Orellana por los presuntos delitos de blanqueo de capitales, cohecho continuado, organización criminal, delito contra la Hacienda Pública e inducción al homicidio en grado de tentativa.

La lista de delitos quedó flotando en el aire estéril de la sala como una nube de gas tóxico. Cada palabra era un clavo martilleado en un ataúd. Orellana se revolvió en su asiento, incómodo, intentando mantener la postura de patricio romano, pero sus hombros se hundieron un centímetro. La realidad le estaba golpeando.

—Asimismo —continuó el fiscal, girándose hacia Irene sin cambiar de expresión, con la frialdad de quien lee la lista de la compra en una morgue—, solicitamos prisión provisional eludible bajo fianza de sesenta mil euros para la acusada Irene Larré por los delitos de revelación de secretos, acceso ilícito a sistemas informáticos, allanamiento de morada y daños informáticos graves.

Bernal se puso en pie de un salto, tirando el bolígrafo al suelo. El ruido del plástico barato contra el suelo rompió el protocolo sagrado del silencio.

—Señoría, con la venia. Mi cliente no es una criminal. Es una *whistleblower*. Una alertadora cívica. Ha destapado la mayor trama de corrupción urbanística de la última década en Aragón arriesgando su propia vida. No ha buscado lucro, ha buscado verdad.

—Su cliente, letrado —le cortó el juez Calzada sin levantar la vista de los papeles, pasando una página con una lentitud exasperante, *shhh-clac*—, ha reventado un pleno municipal, ha agredido verbalmente a una autoridad, ha huido de la policía nacional en una persecución temeraria y ha sustraído tres *gigas* de información privada protegida por la Ley de Protección de Datos. Le ruego que

se centre en los hechos jurídicos, no en la poesía épica. Esto no es una serie de Netflix.

Bernal tragó saliva, su rostro enrojeció levemente y se sentó, derrotado momentáneamente por la maquinaria.

El turno pasó a la defensa. El abogado principal de Orellana, un hombre llamado Garrido que tenía fama de no haber perdido un caso mediático en diez años y de cobrar mil euros la hora solo por respirar, se levantó. Su voz era suave, casi melódica, untuosa como aceite de motor caliente. La voz de alguien acostumbrado a que le escuchen, le obedezcan y le teman.

—Con la venia, Señoría. Esta defensa se opone radicalmente, y con toda la fuerza moral de la ley, a las medidas solicitadas. Y lo hace por una razón muy sencilla: no hay caso. Es humo. Humo tóxico y difamatorio.

Garrido caminó hacia el estrado, moviéndose con la elegancia depredadora de un bailarín, haciendo ondear su toga de seda negra.

—Toda la acusación se basa en un supuesto «Dossier Negro». Un archivo digital obtenido de manera ilícita, mediante *hacking*, violando los derechos fundamentales de mi cliente a la intimidad y al secreto de las comunicaciones. Unos archivos manipulados por piratas informáticos anónimos y presentados de forma teatral, casi circense, por una periodista despedida, resentida y con antecedentes de inestabilidad emocional que busca notoriedad en redes sociales.

El abogado señaló a Irene con un dedo acusador perfectamente manicurado. Irene sintió aquel dedo como si fuera el cañón de una pistola apuntándole a la frente.

—Es la doctrina del «fruto del árbol envenenado», Señoría. La prueba es nula de origen. No existe cadena de custodia. Esos archivos pueden haber sido fabricados con una hoja de Excel en cinco minutos en cualquier sótano de Zaragoza. Mi cliente es un empresario modelo, Medalla de Oro de su ciudad, filántropo, creador de empleo, que está siendo víctima de un linchamiento mediático orquestado por esta mujer peligrosa. Solicito su libertad inmediata y el sobreseimiento de la causa con imposición de costas para la acusadora.

El silencio que siguió fue denso, pesado como el mercurio. Orellana sonrió levemente, recuperando el color en las mejillas. Era un buen discurso. Era la estrategia perfecta: matar al mensajero para que el mensaje desaparezca. Convertir a la víctima en verdugo. Irene sintió el frío del miedo en el estómago. ¿Y si ganaban? ¿Y si el dinero volvía a ganar, como siempre?

El juez Calzada se quitó las gafas lentamente y se frotó el puente de la nariz, dejando dos marcas rojas en la piel pálida. Suspiró. Parecía profundamente cansado de la estupidez humana.

—¿El Ministerio Fiscal tiene algo que decir sobre la validez de la prueba? —preguntó al aire, como quien pregunta si va a llover.

El fiscal asintió. Con movimientos lentos, teatrales, sacó un folio con el sello oficial de la UDEF. El papel parecía vibrar.

—Señoría, esta mañana, a las 08:00 horas, la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal ha realizado un cotejo de urgencia. Basándose en los datos del «Dossier Negro» facilitado por la señora Larré, han contactado con sus homólogos europeos. Aunque la comisión rogatoria completa tardará semanas, la Interpol ha confirmado coincidencias numéricas exactas en las cuentas puente.

Orellana dejó de sonreír. Fue instantáneo. Su cara se volvió de cera, perdiendo toda la sangre. Sus manos esposadas se crisparon sobre la mesa, arañando la madera.

—¿Y bien? —preguntó el juez, impaciente, tamborileando los dedos.

—Las cuentas existen, Señoría. —El fiscal levantó el papel como si fuera una sentencia de muerte—. Los números de cuenta coinciden. Los titulares coinciden. Las fechas de las transferencias coinciden al milímetro con las adjudicaciones de obras públicas en Zaragoza de los últimos diez años. Los movimientos de capitales son reales. El árbol puede estar envenenado, como dice poéticamente la defensa, pero la fruta es real. Y está podrida hasta el hueso.

Un murmullo recorrió la sala, un sonido de sorpresa sofocado. Garrido, el abogado estrella, frunció el ceño. Perdió la compostura un segundo —algo inédito en su carrera— y se puso a susurrar frenéticamente con sus socios, tapándose la boca con la mano.

Bernal le dio un codazo suave a Irene bajo la mesa.

—Te dije que era napalm —susurró con una sonrisa torcida.

El juez miró a Orellana. Su mirada era fría, analítica, clínica. Era la mirada de un entomólogo estudiando un escarabajo pelotero antes de decidir si lo aplasta o lo mete en un frasco de formol.

—Señor Orellana —dijo el juez—. Póngase en pie. ¿Tiene algo que declarar ante esta evidencia?

Orellana se levantó. Se alisó la chaqueta con un gesto nervioso, compulsivo. Intentó proyectar la imagen de hombre de estado, de intocable, que había cultivado durante veinte años, pero aquí, bajo la luz cruel de los fluorescentes que no perdonaban ni una arruga, parecía viejo. Parecía pequeño.

—Señoría, soy inocente. —Su voz tembló ligeramente, una grieta en la armadura—. Esto es una conspiración política. Esa mujer… —señaló a Irene con desprecio, sin mirarla a los ojos, como si fuera basura— es hija de un impresor fracasado que me odiaba por envidia. Es una *vendetta* personal patética de una mujer frustrada.

—Siéntese —ordenó el juez, aburrido de la retórica vacía, cortándole en seco con un gesto de la mano—. No estamos en un mitin.

Luego, los ojos del magistrado, aumentados por las lentes de sus gafas, se posaron en Irene.

—Señora Larré. Su abogado pide su libertad alegando interés público. La defensa del señor Orellana pide su ingreso en prisión por robo, injurias y daños al honor. ¿Tiene algo que decir en su defensa antes de que decida su destino?

Irene sintió que las piernas le temblaban al ponerse de pie. Las rodillas le chocaron contra la madera de la mesa. *Toc.*

Bernal le había preparado un discurso legal sobre la libertad de información y el derecho a la verdad, lleno de citas del Tribunal Supremo, pero en ese momento, con Orellana a dos metros respirando el mismo aire viciado que ella, las palabras técnicas se le olvidaron. Se evaporaron. Solo quedaba la rabia.

Se agarró al micrófono de la mesa con las dos manos esposadas, como a un salvavidas en medio de un naufragio.

—No soy una ladrona, Señoría —dijo Irene. Su voz tembló al principio, fina como un hilo, pero luego se afianzó, volviéndose grave

y oscura, naciendo desde el estómago—. Soy periodista. Mi trabajo es encender la luz en los sótanos donde esta gente guarda sus secretos para que los demás no tropecemos.

Se giró lentamente. Obligó a su cuerpo a rotar para mirar a Orellana directamente a los ojos. Él intentó sostenerle la mirada, con todo su odio, pero parpadeó primero.

—El señor Garrido dice que no hay cadena de custodia. Tiene razón. La rompí yo. La rompí porque la policía de mi ciudad estaba a sueldo de este hombre. La rompí porque si hubiera seguido el protocolo, hoy estaría muerta en una cuneta del Ebro, flotando boca abajo como el ingeniero Nowak, y esos archivos habrían desaparecido para siempre en una trituradora.

Irene se llevó la mano al bolsillo del pantalón, un gesto instintivo, buscando el fantasma de la cinta de casete que la policía le había requisado al entrar. No la tenía, pero sentía su peso, el peso de la historia de su padre.

—Dice que es una venganza personal. —Irene volvió a mirar al juez a los ojos—. Hace veinte años, este hombre entró en el taller de mi padre y le amenazó con matarme si no vendía su negocio por cuatro perras para construir pisos de lujo. Mi padre murió de un infarto por el estrés seis meses después. Orellana construyó su imperio sobre ese cadáver y sobre muchos otros. Sobre los pulmones ahogados de K. Staszek. Sobre las cenizas de la calle Delicias.

Irene señaló el *dossier* negro que descansaba sobre la mesa del fiscal como un monolito de muerte.

—Yo no he fabricado esos datos, Señoría. Esos datos son la biografía no autorizada de Gregorio Orellana. Es su vida real, no la que sale en las revistas. Y si tengo que ir a la cárcel para que la gente la lea, iré. Me da igual. Pero él tiene que venir conmigo.

El silencio en la Pecera fue absoluto. Era un vacío neumático. Se escuchaba el zumbido eléctrico de las luces. Hasta el fiscal parecía impresionado, con el bolígrafo suspendido en el aire. Orellana tenía la cara roja, congestionada, las venas del cuello hinchadas a punto de estallar, pero Garrido le sujetaba del brazo con fuerza, clavándole

los dedos en el traje, para que no se levantara y terminara de cavar su propia tumba.

El juez Calzada miró a Irene, sucia, agotada y digna. Luego miró a Orellana, limpio, rico y podrido.

Empezó a escribir en su ordenador.

El tecleo rítmico fue el único sonido en el mundo durante dos minutos eternos que parecieron eras geológicas. *Tac-tac-tac. Tac-tac.* Cada pulsación era un latido menos en el pecho de Irene.

Finalmente, dejó de escribir. Levantó la vista. Se ajustó las gafas.

—El tribunal ha tomado una decisión sobre las medidas cautelares. Pónganse en pie.

Irene se levantó. Bernal le apretó el codo con tanta fuerza que le hizo daño. Sentía el corazón golpeándole las costillas como un pájaro enloquecido atrapado contra los barrotes de una jaula pequeña. *Bum-bum. Bum-bum.*

—En cuanto al acusado Gregorio Orellana —dijo el juez con voz neutra, quirúrgica—. Dada la extrema gravedad de los delitos imputados, la existencia confirmada por la UDEF de cuentas en paraísos fiscales que facilitan un riesgo de fuga inminente, y la inmensa capacidad económica demostrada para destruir pruebas o coaccionar a testigos… Se decreta la prisión provisional comunicada y sin fianza.

Un grito ahogado, gutural, como de animal herido, salió de la bancada de la defensa. Orellana se desplomó en su silla como si le hubieran cortado los hilos.

—¡Esto es un atropello! —gritó, perdiendo los papeles, la educación y la estrategia, golpeando la mesa con las esposas—. ¡Soy una figura pública! ¡Usted no sabe con quién está hablando! ¡He cenado con el Ministro! ¡Tengo su teléfono personal! ¡Llamaré a Madrid! ¡Llamaré a…!

—¡Cállese! —La voz del juez restalló como un látigo, helando la sala—. Cállese o le imputaré un delito adicional de desacato y resistencia a la autoridad. Aquí no cena con nadie, señor Orellana. Aquí es un imputado más. Agentes, procedan al traslado inmediato al centro penitenciario de Soto del Real. Módulo de ingresos.

Dos policías nacionales levantaron a Orellana por las axilas sin ninguna delicadeza. El empresario pataleó, forcejeó, su máscara de dignidad completamente hecha añicos, su traje italiano arrugándose y subiéndosele por la espalda.

Mientras se lo llevaban a rastras hacia la puerta lateral de seguridad, sus ojos, inyectados en sangre, buscaron a Irene. Pero no la miró como antes. No hubo amenazas. Solo hubo el vacío aterrador de un hombre que se da cuenta de que el suelo bajo sus pies ha desaparecido.

El juez esperó a que se llevaran los gritos de Orellana y a que la puerta se cerrara con un golpe seco antes de dirigirse a Irene. La sala parecía de repente más grande, más vacía.

—En cuanto a la acusada Irene Larré.

Bernal contuvo la respiración a su lado. Irene cerró los ojos y apretó los dientes.

—Usted ha cometido delitos, señora Larré. Graves. El fin no justifica los medios en un estado de derecho, por muy noble que usted crea que sea la causa. Ha *hackeado*, ha robado datos, ha allanado propiedad privada. Eso tendrá su juicio, su fiscal y su condena en su momento.

Irene bajó la cabeza. Prisión. Lo sabía. Se preparó mentalmente para sentir el frío del hormigón durante años. Imaginó los barrotes, el rancho, la soledad.

—Sin embargo —continuó el juez, bajando las gafas hasta la punta de la nariz para mirarla directamente a los ojos—, este tribunal no puede ignorar, bajo el principio de realidad, que su acción ha permitido desarticular una organización criminal compleja que operaba con total impunidad. Existe arraigo social y no hay riesgo de destrucción de pruebas, puesto que usted misma las ha hecho públicas a escala nacional. Ya no queda nada que esconder.

El juez cerró la carpeta con un golpe suave pero definitivo. *Paf.*

—Se decreta la libertad provisional con cargos. Deberá comparecer los días 1 y 15 de cada mes. Se le retira el pasaporte.

Bernal soltó el aire de golpe, como un globo desinflándose ruidosamente.

—Puede irse —dijo el juez. Y por primera vez, hubo un destello, algo parecido a un respeto reacio en su mirada de reptil.

—Gracias, Señoría —dijo Bernal, con la voz temblorosa por el alivio.

Irene no se movió. Seguía mirando la puerta por la que había desaparecido Orellana, hipnotizada por el vacío que había dejado el monstruo.

—Irene —susurró Bernal, tirándole de la manga de la camiseta—. Vámonos. Estás libre. Despierta.

Un agente se acercó y le quitó las esposas con una llave pequeña. *Clic-clac.* El metal se abrió. La sensación de libertad física fue tan intensa, tan repentina, que le mareó. Se frotó las muñecas doloridas, sintiendo el retorno de la circulación, el hormigueo de la sangre volviendo a fluir.

Salieron de la sala, dejando atrás el aire viciado y opresivo de la Pecera.

En el pasillo de mármol de la Audiencia, inmenso y resonante como una catedral laica, los abogados de Orellana estaban ya reagrupándose. Hablaban por teléfono frenéticamente, gestionando el control de daños, preparando notas de prensa para intoxicar a la opinión pública y redactando recursos de apelación. Garrido, el abogado jefe, colgó su teléfono de última generación al ver pasar a Irene.

Se interpuso en su camino, bloqueándoles el paso con su cuerpo enfundado en tres mil euros de sastrería. Olía a colonia cara, a tabaco rubio y a un fracaso que no podía digerir.

—Disfruta del aire libre mientras puedas, Larré —dijo el abogado. Su voz era veneno dulce, suave y letal. No gritaba; los profesionales no gritan—. Hemos perdido una cautelar, no la guerra. Te vamos a demandar por lo civil y por lo penal. Te vamos a quitar todo lo que tienes y lo que tendrás. Te vamos a arruinar de por vida. Cuando acabemos contigo, tendrás que vender hasta los órganos para pagarnos las costas.

Bernal se interpuso. Se puso pecho con pecho con el abogado de la Castellana, creciéndose, sacando una valentía que no sabía que tenía.

—Guárdese las amenazas para el recurso de apelación, compañero —dijo Bernal con una sonrisa afilada y peligrosa—. Y vaya preparando la defensa de Orellana para el juicio oral. Le sugiero que alegue demencia senil o locura transitoria. Es su única salida digna para que su cliente no muera de viejo en una celda.

Garrido bufó con desprecio, se ajustó el nudo de la corbata con rabia y se apartó.

Bernal cogió a Irene del brazo y la llevó casi a rastras hacia los ascensores, lejos de los tiburones.

—¿Estás bien? —preguntó cuando las puertas metálicas se cerraron, aislándolos en un cubo de espejos y acero inoxidable.

Irene se apoyó contra el espejo del ascensor, dejando su huella de grasa y sudor en el cristal impoluto. Estaba temblando de pies a cabeza. La adrenalina se estaba retirando como una marea baja y dejaba paso al agotamiento absoluto, a un vacío negro y frío.

—He visto sus ojos, Bernal.

—¿Los de Orellana? Olvídalo. Está acabado. Va camino de la cárcel.

—Sí. El juez lo ha metido en la jaula, pero no lo ha desactivado. Tiene dinero. Tiene gente fuera. La cabeza de la serpiente sigue mordiendo aunque la cortes.

Irene miró su propio reflejo demacrado. Parecía diez años mayor que esa misma mañana.

—No, Bernal. No ha acabado. Tiene a alguien más. Lafuente no estaba en el sumario. Nadie ha mencionado a Arístides Lafuente en la sala. El jefe de seguridad no ha caído. El perro de presa sigue suelto.

Bernal frunció el ceño, preocupado por primera vez, borrando su sonrisa de triunfo.

—La policía lo está buscando. Caerá. Es cuestión de horas. No puede esconderse eternamente.

El ascensor llegó a la planta baja con un timbre alegre, incongruente. *Ding.* Las puertas se abrieron hacia el *hall* de la Audiencia Nacional. A través de los cristales blindados de la entrada se veía la luz del día, una luz blanca, lechosa y cegadora de la tarde madrileña.

—Vamos —dijo Bernal, empujándola suavemente hacia la salida—. Te llevo a la estación de Atocha. El primer AVE a Zaragoza sale en una hora. Se acabó, Irene. Has ganado. Vuelves a casa.

Irene caminó hacia la luz. El aire de la calle Génova la golpeó en la cara, seco, ruidoso, lleno de tráfico, sirenas y vida normal. La gente caminaba mirando sus móviles, ajena a que a pocos metros se acababa de decidir el destino de una ciudad entera.

Era libre.

Pero mientras bajaba las escaleras de la Audiencia, con el sol calentándole la piel por primera vez en días, no podía dejar de pensar que en el ajedrez, cuando el Rey cae, a veces quedan peones sueltos en el tablero. Peones negros, armados, leales y peligrosos que no saben hacer otra cosa que matar y que siguen jugando aunque la partida haya terminado oficialmente.

Y ella, aunque temblaba de miedo, acababa de derribar el tablero.

Epílogo

Billete de vuelta

El paisaje de los Monegros es una herida ocre y sedienta que pasa a trescientos kilómetros por hora al otro lado de la ventanilla blindada del AVE. Es una tierra dura, honesta en su brutalidad, incapaz de ocultar nada porque no tiene dónde. No hay árboles, no hay sombras; solo polvo y horizontes rotos.

Irene apoyó la frente contra el cristal frío del vagón. La vibración del tren le masajeaba las sienes, pero no conseguía borrar el dolor de cabeza sordo que se había instalado detrás de sus ojos desde el juicio.

El vagón apestaba a aire procesado y cafeína industrial. Un olor aséptico, de aeropuerto internacional, que chocaba contra el hedor a lejía como un tren de mercancías que se le había incrustado en los poros durante su estancia en los calabozos de la Audiencia Nacional. Aún sentía que, si se frotaba la piel con fuerza, saldría suciedad gris.

—Deja de mirar fuera, Irene. El desierto sigue ahí. No se va a mover.

Irene giró la cabeza, despacio, reflexionando sobre sus palabras.

En el asiento de al lado, Manuel Bernal pasaba las páginas de un periódico nacional con una parsimonia casi religiosa. Su viejo mentor parecía haber envejecido cinco años en una semana. Las arrugas de

su cara se habían profundizado, convirtiéndose en surcos de arado sobre una tierra cansada, pero sus ojos brillaban con una satisfacción infantil, casi maliciosa.

Bernal señaló un titular a cinco columnas en la página 12, golpeando el papel con el índice.

EL JUEZ DECRETA PRISIÓN SIN FIANZA PARA LA «TRAMA ORELLANA». *La Fiscalía Anticorrupción solicita 30 años por blanqueo, cohecho y organización criminal.*

—Treinta años —murmuró Bernal, saboreando las palabras en su boca como si fueran un vino gran reserva—. Orellana tendrá noventa cuando salga. Si es que sale. Se acabaron los trajes italianos a medida y el palco presidencial en la Romareda. Se acabó el champán francés. Va a morir en una celda de hormigón de Soto del Real, Irene. Solo, viejo y olvidado.

Irene miró la foto de Orellana en el periódico. Era una foto de archivo, sonriendo, poderoso. Ya parecía de otra época.

—¿Y el resto de la corte? —preguntó Irene, apartando la vista del papel—. Orellana no firmaba solo. Hay concejales, técnicos, gente del partido...

Bernal asintió con la cabeza, con la calma del jurista que sabe que la maquinaria es lenta pero pesada.

—Se ha abierto un proceso separado para la rama política. La Fiscalía va a imputar a media Gerencia de Urbanismo. —Bernal hizo un gesto vago con la mano, abarcando un horizonte invisible de burocracia—. Va a ser un camino largo, Irene. Años de instrucción, recursos y desfiles por los juzgados. Pero el dominó ha empezado a caer. Ya nadie duerme tranquilo en el Ayuntamiento.

Irene procesó el dato. Justicia a largo plazo. Burocracia. Eso podía aceptarlo. Pero había una pieza que no encajaba en los tiempos de la justicia ordinaria.

—¿Y Lafuente? —preguntó ella. Su voz seguía ronca, rasposa. Había hablado poco en los últimos diez días. El silencio se había convertido en su mecanismo de defensa.

El rostro de Bernal se ensombreció de golpe, como si hubiera pasado una nube. Cerró el periódico con un gesto brusco,

doblándolo con violencia, como si quisiera aplastar una mosca molesta.

—Esa es la mala noticia —dijo el veterano, bajando la voz—. Lafuente se ha esfumado. Se ha evaporado.

Irene se tensó en el asiento ergonómico.

—¿Cómo que se ha esfumado?

—Cuando la UDEF fue a detenerle al Casino, ya no estaba. Se escabulló durante el apagón que provocó tu amiga Alea. Aprovechó el caos. Han ido a su casa y parece que no vive nadie allí desde hace semanas. Su cuenta en Suiza está vacía y sus teléfonos están muertos. —Bernal se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz, exhausto—. Es un fantasma, Irene. Hay una orden de búsqueda y captura internacional de la Interpol, alerta roja, pero ese tipo sabe cómo desaparecer. Era mercenario antes que jefe de seguridad. Sabe moverse en las sombras.

Irene volvió a mirar por la ventanilla. El paisaje desértico de los Monegros le pareció de repente mucho más hostil. Un lugar perfecto para cavar agujeros y esconder secretos.

—No se ha ido lejos —murmuró Irene, sintiendo un frío repentino en la nuca.

—La policía cree que está en Brasil o en el Sudeste Asiático —dijo Bernal, intentando tranquilizarla, aunque no sonaba convencido—. No es estúpido. Volver a Zaragoza con su cara en todos los telediarios sería un suicidio.

Irene no contestó. Tocó el cristal frío con la frente. Sabía algo que Bernal y la policía ignoraban: Arístides Lafuente no era un hombre de dinero, era un hombre de orgullo. Un cazador. Y ella le había humillado. Le había quitado a su presa.

—¿Y yo? —preguntó, cambiando de tema—. Estoy en libertad provisional, Bernal. Tengo que firmar en el juzgado cada quince días como una delincuente común. Me han retirado el pasaporte. Estoy imputada por revelación de secretos y daños informáticos.

Bernal le puso una mano sobre el brazo. Su mano pesaba, cálida y paternal.

—Tú eres una heroína, Irene. Aunque la ley tarde en reconocerlo y los jueces sean lentos. Ningún jurado popular de esta ciudad te

condenará jamás después de lo que has destapado. Y si lo hacen… bueno, habrás escrito la página más brillante y sangrienta de la historia del periodismo aragonés. La libertad no es gratis, chica. La libertad es cara. Y tú ya has pagado la entrada con creces.

El tren comenzó a frenar suavemente. La megafonía anunció la llegada a Zaragoza-Delicias con un timbre alegre que sonaba falso en aquel vagón silencioso.

—Además —añadió Bernal, guiñándole un ojo y recuperando su cinismo habitual—, ya tienes tres ofertas de editoriales para escribir el libro. Y una de ellas paga de anticipo más de lo que cobrarías en el *Diario* en diez años de esclavitud.

La Estación Intermodal Zaragoza-Delicias era una catedral de hormigón y cristal, inmensa, fría y ventosa. Una estructura futurista que nunca terminaba de llenarse. El viento característico de la ciudad, el cierzo, se colaba por los andenes subterráneos, aullando entre las vías, recordándole a Irene dónde estaba. El cierzo no perdona, te corta la cara, pero limpia el aire.

En el andén de media distancia, lejos de los focos, un pequeño grupo esperaba junto a unas maletas de cartón baratas atadas con cuerda.

Eran Nowak y Krasny.

El ingeniero polaco parecía otro hombre. Se había afeitado la barba de náufrago, llevaba una camisa limpia planchada y, aunque sus zapatos eran viejos, estaba erguido. Había recuperado la dignidad que Orellana le había robado en los sótanos. A su lado, el joven Krasny miraba a su alrededor con nerviosismo, tocándose inconscientemente el cuello de la camisa para asegurarse de que el tatuaje de la estrella estaba bien tapado.

Germán estaba con ellos, sacándoles una última foto de despedida, buscando el ángulo perfecto entre las sombras del andén.

Irene se acercó. Sus pasos resonaron en el hormigón.

—Nowak —dijo.

Él se giró. Al verla, una sonrisa triste y cansada le iluminó la cara llena de surcos. Dejó las maletas en el suelo y le tendió la mano. Irene ignoró el gesto formal y le dio un abrazo. Un abrazo fuerte, de

huesos contra huesos, de los que duelen y sanan. Nowak olía a tabaco barato y a jabón de lavandería industrial.

—¿Os vais ya? —preguntó Irene al separarse, conteniendo la emoción.

—Sí. El tren a Barcelona sale en diez minutos. Y de allí, el autobús nocturno a Varsovia. —Nowak señaló las vías oscuras—. Es un viaje largo. Treinta horas. Pero es un viaje de vuelta a casa.

—¿Qué haréis allí?

Nowak se encogió de hombros con fatalismo eslavo.

—Construir —dijo—. Pero esta vez, casas de verdad. Para gente de verdad. Nada de especulación, nada de fuego, nada de miedo.

Miró a Krasny, que asintió tímidamente hacia Irene, bajando la cabeza en señal de respeto. El chico de la cicatriz ya no era un sicario; era un superviviente.

—Gracias, Irene —dijo el ingeniero. Su voz se quebró un poco—. Nos has devuelto el nombre. Ya no somos fantasmas ni números en una hoja de cálculo.

—Nunca lo fuisteis.

Irene se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre grueso. Era parte del anticipo que Bernal le había gestionado esa misma mañana con la editorial.

—Tomad. Es poco, pero servirá para el viaje y para empezar de nuevo.

Nowak intentó rechazarlo, levantando las manos, pero Irene se lo metió a la fuerza en el bolsillo de la camisa.

—No es caridad, Nowak. Es vuestro finiquito. Orellana os debía mucho más que esto. Cógelo y calla.

El silbato del tren sonó. Un sonido agudo y melancólico que rebotó en la bóveda de la estación.

—Cuídate, periodista —dijo Nowak, subiendo al estribo del vagón —. Y ten cuidado. Las serpientes muerden incluso cuando les cortas la cabeza. El veneno sigue activo un tiempo.

Irene vio cómo el tren se alejaba lentamente, convirtiéndose en un punto de luz roja que se desvanecía en la oscuridad del túnel.

Se quedó sola en el andén con Bernal y Germán. El vacío que dejó el tren pareció llenarse de frío.

—¿Y ahora qué? —preguntó Germán, colgándose la cámara al hombro y bostezando.

—Ahora me voy a casa —dijo Irene.

Bernal la miró con preocupación paternal.

—¿Quieres que te llevemos? Tu piso… bueno, la policía lo dejó bastante revuelto en el registro. No es un sitio agradable ahora mismo.

—No. Necesito ir sola. Necesito verlo con mis propios ojos. Necesito recuperar mi espacio.

—Alea me ha dicho que la llames en cuanto estés segura —dijo Germán, revisando su móvil—. Está en Portugal, en un piso seguro cerca del mar, pero dice que si no la llamas en dos horas, hackeará las cámaras de tráfico de Zaragoza para localizarte y mandará a la caballería.

Irene sonrió. La primera sonrisa real y sin dolor en diez días.

—Dile que estoy bien. Dile que la espero. Y dile que deje de espiarme.

Se ajustó la chaqueta de cuero, subiéndose el cuello contra el frío subterráneo.

—Idos. Tomaos una cerveza a mi salud y a la de Zuazo. Yo tengo que cerrar una puerta primero.

***

II. Territorio recuperado

El taxi la dejó en la puerta principal del complejo funerario cuando el sol empezaba a caer.

El Cementerio de Torrero es una ciudad dentro de la ciudad. Se extiende sobre el Monte de Torrero, vigilando Zaragoza desde las alturas, cubierto de pinares oscuros y un silencio mineral.

Irene caminó por la avenida principal, bajo la sombra alargada de los cipreses centenarios que se mecían con el viento. El aire allí arriba era distinto. Sentía la resina de pino, la cera derretida, las flores marchitas y a esa paz profunda que solo tienen los lugares donde el tiempo se ha detenido para siempre.

Subió hacia la parte vieja, la de las tumbas en tierra, donde las lápidas de piedra arenisca se deshacían lentamente bajo el sol implacable y el cierzo, borrando nombres y recuerdos.

Encontró la tumba de su padre en la calle 11. Era una lápida sencilla, de granito gris sin pulir, sin ángeles ni cruces doradas. Solo un nombre y dos fechas grabadas a cincel.

JULIÁN LARRÉ (1958 - 2019) *La letra con sangre entra, pero con tinta perdura.*

Irene se sentó en el borde de piedra fría. Sacó de su bolsillo la cinta de casete TDK. La policía se la había devuelto al salir de la Audiencia, al no considerarla ya prueba fundamental, junto con sus cordones y su cinturón. Ya no era una evidencia criminal; era un recuerdo.

La puso sobre la lápida. El plástico negro y barato contrastaba con la solemnidad de la piedra.

—Hola, papá —susurró.

El viento movió las copas de los pinos, un susurro verde y constante que parecía contestar.

—Ya está —dijo Irene, con la voz firme—. La imprenta ha cerrado definitivamente. Orellana está en Soto del Real. Le han caído treinta años de petición fiscal. No va a salir. Nadie te va a hacer daño nunca más.

Irene acarició la fecha de la muerte con la yema de los dedos.

—Tenías razón en una cosa. El miedo es una tinta muy potente. Mancha mucho. Pero se borra. Al final, con el disolvente adecuado, se borra.

Se quedó allí sentada una hora, viendo cómo la luz de la tarde caía sobre la ciudad a sus pies, tiñendo las torres del Pilar de naranja y violeta, convirtiendo el Ebro en una cinta de plata. Se sentía vacía, hueca, pero era un vacío limpio. Como una habitación recién pintada y ventilada.

Se levantó cuando el frío empezó a morder. Besó sus dedos y tocó la piedra fría de la tumba.

—Descansa, papá. Yo me encargo del taller a partir de ahora.

Irene decidió bajar andando desde el cementerio. Cruzó la Avenida América como si fuese el primer día, sintiendo el asfalto bajo sus

botas.

El barrio de Torrero la recibió con su olor característico a pueblo incrustado en la urbe, a ropa limpia tendida al sol en los balcones y a vida de barrio resistente y obrera.

Llegó a la calle Pontevedra.

El edificio número 25 seguía allí. La fachada de ladrillo caravista seguía teniendo las mismas grietas estructurales y los mismos grafitis descoloridos, pero algo había cambiado en la energía de la calle.

Era sutil, pero Irene lo notó en la piel.

Ya no estaba la furgoneta blanca de Segurval 24H aparcada en la esquina vigilando con los cristales tintados. No había matones con cazadoras de cuero fumando en el portal. La puerta de entrada estaba abierta de par en par, calzada con una piedra para ventilar el olor a humedad y miedo de los últimos meses.

La señora Carmen, la vecina del tercero, estaba barriendo el escalón con energía. Al ver a Irene acercarse, soltó la escoba y se santiguó antes de saludarla con la mano, como si hubiera visto a un fantasma resucitado o a una santa laica.

—¡Niña! —gritó—. ¡Que te hemos visto en la tele! ¡Que dicen que has salvado las casas!

Irene sonrió, cansada pero agradecida, y saludó con la mano.

Levantó la vista hacia arriba. En el balcón del quinto, donde antes había persianas bajadas a cal y canto por terror y oscuridad, ahora había luz. La ventana estaba abierta.

Daniel, el chico del tatuaje en el cuello que había huido a Lleida, estaba allí. Había vuelto de su exilio. Estaba fumando un cigarro, apoyado en la barandilla oxidada con una pose desafiante, dueño de su castillo. Echó el humo hacia la calle, dejando que la nube gris flotara en el aire frío. No era un vicio; era una bandera plantada en territorio reconquistado.

Ese humo decía: «Estamos aquí. Y no nos vamos a ir. No nos han movido».

Al ver a Irene abajo, se quedó quieto. No bajó. No gritó.

Simplemente, levantó el puño en un saludo silencioso y solemne. Un saludo de superviviente a superviviente. De soldado a general.

Irene le devolvió el gesto. Daniel estaba en casa. Su madre estaba en casa. El edificio no iba a ser derribado para hacer *lofts* de lujo para gente que no era del barrio.

Esa era la verdadera victoria. No la cárcel de Orellana, ni los titulares de prensa, sino la luz encendida en el balcón de Daniel.

***

III. La última bala

Tras visitar Torrero, volvió a su casa. Bernal le había dado un juego de llaves nuevas, ya que la policía había reventado la cerradura original durante el registro judicial.

Al entrar, el aire olía a cerrado y a polvo revuelto.

El piso estaba destrozado. Era una zona de guerra doméstica.

La policía científica lo había revuelto todo buscando pruebas inexistentes o, quizás, simplemente buscando intimidar y castigar. Los libros estaban tirados por el suelo, con las páginas arrancadas y pisoteadas. Los cajones volcados, la ropa interior esparcida. El colchón de su cama rajado con cuchillo de arriba abajo, con el relleno fuera como tripas blancas de un animal destripado.

Irene no lloró. No le quedaban lágrimas. La indignación había dejado paso a la resignación práctica.

Fue a la cocina, apartando escombros con el pie. Se sirvió un vaso de agua del grifo y bebió con ansia, sintiendo cómo el líquido frío le limpiaba la garganta de polvo y palabras legales.

El móvil que le había devuelto la policía vibró en su bolsillo. Lo había encendido hacía diez minutos.

Era un mensaje de Alea: *«No uses el wifi. He detectado intentos de intrusión en tu router desde una IP enmascarada hace una hora. Te quiero. Descansa. Empezaremos de cero mañana».*

Irene sonrió levemente. Mañana. Había un mañana.

Se sentó en el sofá, el único mueble que seguía en pie en medio del caos del salón. Miró por la ventana hacia el edificio de enfrente. Las sombras se recortaban contra un atardecer rojo sangre, violento y hermoso, típico de Aragón.

Había ganado. Había limpiado el nombre de su padre. Había salvado un barrio entero. Zuazo estaba vivo, aunque en la UCI.

Pero entonces, sus ojos bajaron a la mesita de centro de cristal, que milagrosamente no se había roto.

Entre el caos de papeles y objetos tirados que había dejado la policía, había algo que no encajaba. Algo ordenado. Algo deliberado. Algo que no era policial.

En el centro exacto de la mesa, perfectamente alineada con el borde, había una bala.

Un cartucho de 9 milímetros *Parabellum*. Dorado. Brillante. Sin disparar. De pie, haciendo equilibrio sobre su base, como un pequeño soldado de plomo haciendo guardia.

Y debajo, pillada por el peso de la bala para que no volara, una nota escrita en un papel arrancado de una libreta cuadriculada. La letra era firme, angulosa, agresiva. No era letra de policía.

Irene cogió el papel con dedos fríos.

«Buena jugada, Irene. Has tirado al Rey. Enhorabuena. Pero la partida no acaba hasta que el tablero queda vacío. Me debes una vida. Y yo siempre cobro mis deudas».

No había firma. No hacía falta.

Irene cogió la bala. Estaba helada al tacto. Pesaba.

Lafuente.

—Me debes una vida —susurró, releyendo la nota.

La frase se le clavó en el pecho más profundo que cualquier cuchillo.

No era su propia vida la que debía. Era la de Zuazo.

De repente, la euforia de la victoria en la Audiencia Nacional se convirtió en ceniza en su boca. La realidad la golpeó con la fuerza de un mazo, doblándole las rodillas. Se dejó caer en el sofá destrozado, con la bala apretada en el puño contra su corazón.

Recordó la llamada de la doctora. Recordó la imagen que no se quitaba de la cabeza: Zuazo intubado, lleno de cables, luchando por cada bocanada de aire en una cama fría de la UCI, mientras ella estaba aquí fuera, respirando.

Si no hubiera entrado en ese Casino...

El pensamiento tóxico floreció en su mente, oscuro y viscoso. Si ella se hubiera rendido, si hubiera aceptado el despido y se hubiera ido a casa a llorar, Zuazo estaría ahora mismo en un bar de Casablanca, quejándose del fútbol, comiéndose un bocadillo de lomo y fumando un cigarro. Estaría despierto. Estaría sano.

Ella lo había puesto en esa cama. No Lafuente. No Orellana. Ella, con su maldita ambición de verdad, lo había arrastrado al borde de la muerte.

—Lo siento, Zuazo —sollozó a la habitación vacía. Una lágrima caliente y solitaria le bajó por la mejilla sucia—. Despierta, por favor...

¿Valía la pena? ¿Valía la pena limpiar una ciudad entera si el precio era el corazón roto del único hombre honrado que quedaba en ella?

Miró la bala dorada en su palma. Brillaba con una promesa de violencia futura.

Lafuente no se había ido. Lafuente estaba allí fuera, esperando para cobrar esa deuda. Y si Irene se quedaba allí sentada, paralizada por la culpa, el sacrificio de Zuazo habría sido en vano. Si él no despertaba, o si despertaba para encontrarla muerta, no se lo perdonaría jamás.

La culpa no desapareció, pero se transformó. Se endureció. Se convirtió en combustible.

Irene se secó la lágrima con rabia, dejando un rastro de suciedad en su pómulo.

—No —dijo, poniéndose de pie despacio, sintiendo cómo los huesos le crujían—. No voy a dejar que sea en vano. Vas a despertar, viejo. Y cuando lo hagas, voy a estar aquí.

El miedo intentó subir por su garganta, una garra conocida y viscosa, pero Irene lo empujó hacia abajo con violencia, aplastándolo bajo el peso de su responsabilidad. Ya no había sitio para el miedo en su cuerpo; solo había espacio para la memoria y la supervivencia.

Se levantó despacio. Fue hacia el trastero. Buscó entre las cajas que la policía había tirado y destrozado.

Encontró lo que buscaba bajo un montón de ropa vieja. La vieja caja de herramientas de metal azul de su padre.

La abrió.

Sacó un martillo pesado de carpintero. La madera del mango estaba oscura, pulida por años de sudor y trabajo honesto, y tenía la forma exacta de la mano de su padre moldeada en la fibra. Al empuñarlo, Irene sintió que sus dedos encajaban perfectamente en las huellas invisibles de él. Era un saludo a través del tiempo. Su padre no había podido defenderse con leyes, pero ella se defendería con su herencia.

Volvió al salón.

Puso la bala dorada y el martillo viejo sobre la mesa, uno al lado del otro.

La amenaza y la respuesta.

Miró a la ciudad que se oscurecía tras la ventana. Las luces de las calles se encendían, indiferentes al drama. En algún lugar de esa red de luces y sombras, Arístides Lafuente la estaba mirando.

—Ven a buscarme —susurró Irene a la habitación vacía. Su voz no tembló. Era una invitación—. Ven cuando quieras.

La quinta muesca no se había marcado en su piel, pero la cicatriz que llevaba por dentro era mucho más profunda. Y estaba lista para abrirse de nuevo.

Sobre el autor

Jorge Herrero (Zaragoza, 1990) es un escritor que ha encontrado en la novela negra y criminal su territorio natural, un espacio donde convergen el misterio, la tensión narrativa y una mirada crítica sobre la realidad contemporánea.

Desde muy joven desarrolló una profunda pasión por la lectura, iniciándose en los clásicos de la aventura: Julio Verne, Alejandro Dumas y Emilio Salgari. Aquellas historias de intriga y descubrimiento fueron la puerta de entrada a un universo literario que, con el tiempo, lo condujo hacia la novela negra española. Allí descubrió a Manuel Vázquez Montalbán, Juan Madrid y Lorenzo Silva, autores cuya influencia resultaría decisiva en la construcción de su propia voz narrativa.

Formado en el ámbito de la informática y las telecomunicaciones, Herrero traslada a su literatura la precisión, el ritmo y la lógica de su profesión. Su trayectoria ha sido reconocida en diversos concursos de relato corto, consolidando un estilo propio que combina el misterio con una marcada crítica social.

Como columnista en El Confidencial, Vozpópuli y diversos medios regionales, como El Periódico de Aragón, aborda temas de historia, sociedad y cultura con una mirada analítica, clara y cercana. Desde Zaragoza, continúa desarrollando una obra que tiende puentes entre

el mundo digital y la literatura, demostrando que la imaginación puede ser tan rigurosa como el mejor algoritmo… y tan inquietante como la sombra de un crimen sin resolver.